

Harlan Coben

El bosque

SERIE NEGRA

*«El maestro moderno del best-seller que te atrapa
y te deja sin aliento.» Dan Brown*



L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Hace veinte años, en un campamento de verano, cuatro adolescentes se adentraron de noche en el bosque. Dos fueron hallados asesinados y a los otros dos no volvieron a verlos nunca más. Para cuatro familias la vida cambió para siempre. Dos décadas después, está a punto de cambiar otra vez.

El luto de Paul Copeland, fiscal del condado de Essex, Nueva Jersey, por la muerte de su hermana apenas comienza a remitir. Cope, como le llaman todos, está ocupado ahora criando solo a su hija de seis años tras la muerte de su esposa, enferma de cáncer. Equilibrar la vida familiar y una carrera profesional en rápida ascensión como fiscal le distrae de sus antiguos traumas, pero sólo temporalmente. Cuando encuentran a una víctima de homicidio con pruebas que le relacionan con Cope, los secretos tan bien enterrados de la familia del fiscal se ven amenazados. ¿Es esta víctima de homicidio uno de los campistas que desapareció con su hermana? ¿Podría estar viva su hermana? Cope debe enfrentarse a lo que dejó atrás aquel verano de hace veinte años: su primer amor, Lucy; su madre, que abandonó a la familia, y los secretos que sus padres rusos podrían haber ocultado incluso a sus propios hijos. Cope debe decidir qué es mejor seguir ocultando en las sombras y qué verdades pueden salir a la luz.

L≡**LIBROS**

Harlan Coben

El bosque

Este libro está dedicado a
Alek Coben
Thomas Bradbeer
Annie van der Heide.

Las tres alegrías a las que tengo la suerte de llamar ahijados.

Prólogo

Veo a mi padre con aquella pala.

Las lágrimas le resbalan por las mejillas. Un sollozo horrible y gutural surge del fondo de sus pulmones y se escapa entre sus labios. Levanta la pala y la hunde en la tierra. La hoja desgarrá la tierra como si se tratara de carne húmeda.

Tengo dieciocho años, y éste es mi recuerdo más vivo de mi padre: él, en el bosque, con aquella pala. No sabe que estoy mirando; me escondo tras un árbol mientras él cava. Lo hace con rabia, como si la tierra le hubiera enfurecido y buscara venganza.

Nunca había visto llorar a mi padre, ni cuando murió su padre, ni cuando mi madre se marchó y nos abandonó, ni cuando se enteró de lo de mi hermana, Camille. Pero ahora está llorando. Llora sin ninguna vergüenza. Las lágrimas le caen en cascada por la cara. Los sollozos resuenan entre los árboles.

Es la primera vez que le espío de esta manera. Casi todos los sábados finge que se va de pesca, pero yo nunca me lo he creído.

Creo que siempre supe que este lugar, este horrible lugar, era su destino secreto.

Porque a veces también es el mío.

Me quedo detrás de los árboles observándolo. Lo haré ocho veces más. Nunca le interrumpo. Nunca me dejo ver. Creo que no sabe que estoy aquí. De hecho, estoy seguro. Y entonces un día, cuando va a coger el coche, mi padre me mira con los ojos secos y dice:

—Hoy no, Paul. Hoy voy yo solo.

Le miro alejarse. Es la última vez que va al bosque.

Dos décadas después, en su lecho de muerte, mi padre coge mi mano. Está muy medicado. Tiene las manos ásperas y callosas. Ha trabajado con ellas toda la vida, incluso en años más prósperos y en un país que ya no existe. Tiene una de esas apariencias endurecidas en las que toda la piel parece quemada y dura, casi como su propio caparazón de tortuga. Ha sufrido un dolor físico inmenso, pero no llora.

Sólo cierra los ojos y aguanta.

Mi padre siempre me ha hecho sentir seguro, incluso ahora que ya soy un adulto con una hija. Hace tres meses fuimos a un bar, cuando él todavía tenía fuerzas para ello, y se armó una bronca. Mi padre se colocó frente a mí, dispuesto a detener a cualquiera que se me acercara. Todavía. Así es él.

Le miro en la cama. Pienso en aquellos días en el bosque. Pienso en cómo cavaba, en cómo lo dejó por fin, en cómo pensé que se había rendido después de que mi madre se fuera.

—¿Paul?

Mi padre se agita de repente.

Quiero suplicarle que no se muera, pero no estaría bien. Ya he pasado por esto. Las cosas no mejoran, para nadie.

—Tranquilo, papá —digo—. Todo se arreglará.

No se tranquiliza. Intenta incorporarse. Quiero ayudarle, pero me aparta. Me mira fijamente a los ojos y veo claridad, o tal vez sea una de esas cosas que deseamos creer al final. Un último consuelo falso.

Se le escapa una lágrima. La veo resbalar lentamente por su mejilla.

—Paul —dice mi padre, todavía con un fuerte acento ruso—. Todavía necesitamos encontrarla.

—La encontraremos, papá.

Me mira fijamente otra vez. Asiento con la cabeza para calmarlo. Pero no creo que quiera que le tranquilice; creo que, por primera vez, busca culpabilidad.

—¿Lo sabías? —pregunta, con una voz apenas audible.

Siento que todo mi cuerpo se estremece, pero no parpadeo, no aparto la mirada. Me pregunto qué ve, qué cree. Pero nunca lo sabré.

Porque entonces, justo entonces, mi padre cierra los ojos y muere.

Capítulo 1

Tres meses después.

Estaba sentado en el gimnasio de una escuela elemental, observando a Cara, mi hija de seis años, deslizarse nerviosamente por una barra de equilibrio situada a unos diez centímetros del suelo, pero en menos de una hora estaré mirando la cara de un hombre que ha sido perversamente asesinado.

Eso no debería sorprender a nadie.

Con los años —y de las formas más horribles que uno pueda imaginar— he aprendido que la pared que separa la vida de la muerte, la belleza extraordinaria de la fealdad apabullante, es frágil. Sólo se necesita un segundo para atravesarla. En un momento la vida parece idílica: estás en un lugar tan casto como el gimnasio de una escuela elemental. Tu hijita está haciendo piruetas. Su voz suena atolondrada. Tiene los ojos cerrados. Ves la cara de su madre en ella (su madre solía cerrar los ojos y sonreír así) y recuerdas lo frágil que es esa pared.

—¿Cope?

Era mi cuñada, Greta. Me volví hacia ella. Como siempre, Greta me miró con cariño. Le sonreí.

—¿En qué piensas?—susurró.

Ella lo sabía. Mentí de todos modos.

—En las cámaras de video —dije.

—¿Qué?

Todas las sillas plegables estaban ocupadas por los demás padres. Yo me había quedado atrás de pie, con los brazos cruzados y apoyado en la pared de cemento. Sobre la puerta había reglamentos pegados, y por todas partes se veía esa clase de frases supuestamente estimulantes pero tan irritantes como « No me digas que el cielo es el límite cuando hay huellas en la luna ». Las mesas del almuerzo estaban plegadas. Me apoyé en una, sintiendo el frío del acero y el metal. Nosotros envejecemos, pero los gimnasios de escuela elemental no cambian. Sólo parecen empequeñecer.

Hice un gesto hacia los padres.

—Hay más cámaras de video que niños.

Greta asintió.

—Los padres lo filman todo. Absolutamente todo. ¿Qué harán con todo eso? ¿Crees que alguien vuelve a mirarlo de principio a fin?

—¿Tú no lo haces?

—Preferiría dar a luz.

Sonrió.

—No —dijo—, seguro que no.

—Vale, no, puede que no, pero ¿no formamos parte de la generación MTV? Tomas cortas, muchos ángulos... Pero filmar esto tal cual, someter a un inocente

amigo o a un familiar a este...

Se abrió la puerta. En cuanto los dos hombres entraron en el gimnasio, supe que eran policías. Aunque no hubiera tenido mucha experiencia —soy fiscal del condado de Essex, en el que se encuentra la ciudad, más bien violenta, de Newark—, me habría dado cuenta. Al menos en eso la televisión acierta. El modo de vestir de los policías, por ejemplo, no es el mismo que el de los padres de una urbanización de lujo como Ridgewood. Nosotros no nos ponemos traje cuando vamos a ver a nuestros hijos haciendo gimnasia; nos ponemos pantalones de pana o vaqueros con un jersey de cuello de pico o una camiseta. Esos dos hombres llevaban trajes de mala confección y de un marrón que me recordó las astillas de madera después de una tormenta. No sonreían. Sus ojos escudriñaron la habitación. Conozco a casi todos los policías de la zona, pero a esos dos no los conocía. Eso me preocupó. Algo me olía mal. Sabía que yo no había hecho nada, por supuesto, pero seguía sintiendo un hormigueo en el estómago del tipo « soy inocente pero me siento culpable » .

Mi cuñada Greta y su marido Bob tienen tres hijos. La pequeña, Madison, tenía seis años e iba a la misma clase que Cara. Greta y Bob me habían ayudado mucho. Tras la muerte de Jane, mi esposa y hermana de Greta, se mudaron a Ridgewood. Greta asegura que ya tenían pensado hacerlo. Lo dudo, pero estoy tan agradecido que no me lo cuestiono. No puedo imaginar cómo sería mi vida sin ellos.

Normalmente los otros padres se quedan detrás conmigo, pero como este acontecimiento era en horario diurno, había muy pocos. Las madres —excepto la que me estaba mirando furiosamente a través de su videocámara, porque había oído mi diatriba antivideocámara— me adoran. No es por mí, evidentemente, sino por mi historial. Mi esposa murió hace cinco años, y estoy criando solo a mi hija. Hay otros progenitores solos en la ciudad, básicamente madres divorciadas, pero yo soy la estrella. Si me olvido de escribir una nota o me retraso para recoger a mi hija o me olvido su almuerzo en la cocina, las otras madres o el personal de la escuela intervienen y me echan una mano. Mi indefensión masculina les parece encantadora. Si alguna madre sola hace una de estas cosas, se la acusa de negligente y recibe todo el peso del sarcasmo de las demás madres.

Los niños seguían saltando o tropezando, dependiendo del punto de vista. Miré a Cara. Estaba muy concentrada y lo hacía bien, pero me dio la sensación de que había heredado la falta de coordinación de su padre. Algunas chicas del equipo de gimnasia del instituto estaban allí para ayudar. Eran mayores; probablemente tenían diecisiete o dieciocho años. La que recogió a Cara durante su intento de salto mortal me recordaba a mi hermana. Mi hermana, Camille, murió cuando tenía más o menos la edad de esta chica, y los medios de comunicación nunca me permiten olvidarlo. Pero tal vez eso no sea tan malo.

Ahora mi hermana estaría cerca de los cuarenta, la misma edad que cualquiera de estas madres. Es raro pensar en ella así. Yo siempre recordaré a Camille como una adolescente. Es difícil imaginar qué estaría haciendo ahora, dónde estaría, sentada en una de esas sillas, con esa sonrisa tonta-feliz-preocupada de «ante todo soy madre», filmando sin parar a su retoño. Me pregunto qué aspecto tendría ahora, pero lo que veo siempre es a la adolescente que murió.

Puede parecer que estoy obsesionado con la muerte, pero hay una diferencia enorme entre el asesinato de mi hermana y la muerte prematura de mi esposa. El primero determinó mi proyección profesional y mi trabajo actual. Puedo luchar contra esa injusticia en los tribunales. Y lo hago. Intento que el mundo sea más seguro, intento meter entre rejas a las personas que podrían hacer daño a otras, intento que otras familias tengan lo que la mía nunca llegó a tener: una conclusión.

Frente a la segunda muerte, la de mi esposa, me sentí indefenso y estafado y, por mucho que me esfuerce, nunca podré hacer nada para compensarla.

La directora de la escuela esbozó una sonrisa de falsa preocupación con su boca excesivamente pintada y se dirigió hacia los dos policías. Se puso a hablar con ellos, pero ninguno de los dos se molestó siquiera en mirarla. Observé sus ojos. Cuando el policía alto, sin duda el jefe, vio mi cara, se detuvo. Ninguno de los dos se movió durante un segundo. Ladeó muy ligeramente la cabeza, convocándome fuera de aquel paraíso seguro de risas y volteretas. Mi asentimiento fue igual de leve.

—¿Adónde vas? —preguntó Greta.

No quiero parecer cruel, pero Greta era la hermana fea. Ella y mi amada y difunta esposa se parecían; saltaba a la vista que eran hijas de los mismos padres. Pero todo lo que funcionaba físicamente en Jane no lograba el mismo resultado en Greta. Mi esposa tenía una nariz prominente que la hacía parecer *sexy*. Greta tiene una nariz prominente que sólo parece eso, grande. Los ojos de mi esposa, bastante separados, le daban un atractivo exótico. En Greta, tanta separación hace que se parezca a un reptil.

—No estoy seguro —dije.

—¿Trabajo?

—Podría ser.

Eché un vistazo a los probables policías y después me miró.

—Iba a llevar a Madison a almorzar a Friendly's. ¿Quieres que me lleve a Cara?

—Sí, le encantará.

—También puedo recogerla después de la escuela.

—Sería de gran ayuda —contesté.

Greta me besó suavemente en la mejilla, algo que hace muy pocas veces.

Me dirigí a la salida, acompañado por las carcajadas infantiles. Abri la puerta y salí al pasillo. Los dos policías me siguieron. Los pasillos de las escuelas tampoco cambian nunca. Tienen una especie de eco de casa encantada, un extraño semisilencio y un vago pero perceptible olor que calma y enerva al mismo tiempo.

—¿Es usted Paul Copeland? —preguntó el alto.

—Sí.

Miró a su compañero, que era más bajo, robusto y sin cuello. Tenía una cabeza en forma de ladrillo, y su piel también era áspera, lo que acrecentaba la ilusión. Un grupo de niños que podían ser de cuarto dobló una esquina. Estaban todos rojos de hacer ejercicio. Probablemente venían del patio. Pasaron junto a nosotros, seguidos por la agobiada maestra que nos dirigió una sonrisa forzada.

—Quizá sea mejor que hablemos fuera —dijo el alto.

Me encogí de hombros. No tenía ni idea de sobre qué quería hablar. Tenía de mi parte la inocencia, pero la experiencia me decía que con la policía nada es lo que parece. Seguro que no querían hablar del gran e importante caso en el que trabajaba y que copaba todos los titulares. De haber sido eso, me habrían llamado a la oficina, me habrían avisado al móvil o a la BlackBerry.

No, estaban allí por otra cosa, por algo personal.

Insisto en que era consciente de no haber hecho nada malo. Pero he visto a toda clase de sospechosos y toda clase de reacciones. Les sorprendería. Por ejemplo, cuando la policía tiene bajo custodia a alguien que considera un sospechoso razonable, a menudo lo deja horas encerrado en la sala de interrogatorios. Sería de esperar que los culpables se subieran por las paredes, pero en general sucede precisamente lo contrario. Son los inocentes los que se ponen más nerviosos y se angustian. No tienen ni idea de por qué están allí o de qué es lo que la policía cree erróneamente que han hecho. Los culpables a menudo se duermen.

Salimos fuera. El sol caía de lleno. El alto entornó los ojos y levantó una mano a modo de pantalla. Ladrillo no pensaba dar esa satisfacción a nadie.

—Soy el detective Tucker York —dijo el alto. Sacó la placa y después señaló a Ladrillo—. Él es el detective Don Dillon.

Dillon también sacó su identificación. Me las mostraron. No sé por qué lo hacen. ¿Cuánto puede costar conseguir identificaciones falsas?

—¿En qué puedo ayudarles? —pregunté.

—¿Le importaría decirnos dónde estuvo anoche? —preguntó York.

Ante una pregunta como ésta deberían haber sonado las sirenas. Debería haberles recordado inmediatamente quién era yo y que no respondería a ninguna pregunta sin un abogado presente. Pero yo soy abogado. Un abogado muy bueno. Y evidentemente, eso hace que te vuelvas más estúpido cuando te representas a ti mismo. También era humano. Cuando la policía te acusa, lo sé

por experiencia, tu reacción es desear complacerlos. No lo puedes evitar.

—Estaba en casa.

—¿Puede confirmarlo alguien?

—Mi hija.

York y Dillon miraron hacia la escuela.

—¿La niña que daba volteretas ahí dentro?

—Sí.

—¿Alguien más?

—No lo creo. ¿De qué se trata?

York era el que llevaba la voz cantante. Ignoró mi pregunta.

—¿Conoce a un hombre llamado Manolo Santiago?

—No.

—¿Está seguro?

—Bastante seguro.

—¿Por qué sólo bastante seguro?

—¿Sabe quién soy?

—Sí —dijo York Tosió tapándose la boca con el puño—. ¿Quiere que nos arrodillemos o le besemos el anillo?

—No quería decir eso.

—Bien, entonces estamos en la misma onda. —No me gustó su actitud, pero lo dejé pasar—. ¿Por qué está sólo bastante seguro de no conocer a Manolo Santiago?

—El nombre no me suena. Creo que no lo conozco. Pero podría ser alguien a quien he procesado o un testigo en uno de mis casos, o qué sé yo, puedo haberlo conocido en alguna asociación benéfica hace diez años.

York asintió, animándome a seguir hablando. No lo hice.

—¿Le importa acompañarnos?

—¿Adónde?

—No tardaremos mucho.

—No tardaremos mucho —repetí—. Eso no parece un sitio.

Los dos policías intercambiaron una mirada. Intenté que diera la impresión de que no pensaba ceder.

—Anoche fue asesinado un hombre llamado Manolo Santiago.

—¿Dónde?

—Su cadáver se encontró en Manhattan. En la zona de Washington Heights.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Creemos que puede ayudarnos.

—¿Ayudar cómo? Ya se lo he dicho, no lo conozco.

—Ha dicho... —York llegó a consultar su cuaderno, pero era sólo teatro, porque no había escrito nada mientras yo hablaba— que estaba «bastante seguro» de no conocerle.

—Pues estoy seguro. ¿Vale? Estoy seguro.

Cerró de golpe el cuaderno con un gesto teatral.

—El señor Santiago si le conocía.

—¿Cómo lo sabe?

—Preferiríamos que lo viera.

—Y yo prefiero que me lo digan.

—El señor Santiago... —York vaciló, como si eligiera sus siguientes palabras
—llevaba algunos objetos encima.

—¿Objetos?

—Sí.

—¿Puede ser más concreto?

—Objetos —dijo— que lo señalan a usted.

—¿Me señalan como qué?

—¿Es usted fiscal del distrito?

Por fin Dillon, el Ladrillo, había hablado.

—Soy fiscal del condado —dije.

—Lo que sea. —Adelantó el cuello y señaló mi pecho—. Empieza a tocarme
las pelotas.

—¿Disculpe?

Dillon se acercó a mi cara.

—¿Le parece que estamos aquí para una lección de semántica o qué?

Creí que se trataba de una pregunta retórica, pero él esperó. Finalmente dije:

—No.

—Pues escuche. Tenemos un cadáver. El tipo está relacionado con usted de
forma obvia. ¿Quiere venir y ayudarnos a aclarar esto o quiere seguir con estos
juegos de palabras que hacen que parezca cada vez más sospechoso?

—¿Con quién cree exactamente que está hablando, detective?

—Con alguien que se presenta a las elecciones y no desearía que nosotros
fuéramos con esto a la prensa.

—¿Me está amenazando?

York intervino.

—Nadie está amenazando a nadie.

Pero Dillon había dado en el clavo. La verdad era que mi designación para el
cargo era sólo temporal. Mi amigo, el actual gobernador de Nueva Jersey, me
había nombrado fiscal en funciones del condado. También se hablaba en serio de
que me presentara al Congreso, tal vez incluso a un escaño vacante en el Senado.
Mentiría si dijera que no tenía ambiciones políticas.

Un escándalo, incluso el mero rumor de un escándalo, no me ayudaría en
absoluto.

—No veo cómo podría ayudar —dije.

—Tal vez no pueda o tal vez sí. —Dillon hizo rotar el ladrillo—. Pero su deseo

es ayudar si puede, ¿no?

—Por supuesto —dije—. Vaya, no deseo tocarle las pelotas más de lo estrictamente necesario.

Mi comentario casi le hizo sonreír.

—Pues suba al coche.

—Esta tarde tengo una reunión importante.

—Para entonces ya habrá vuelto.

Esperaba encontrarme un Chevy Caprice desvencijado, pero el coche era un Ford nuevo. Me senté en el asiento trasero. Mis dos nuevos amigos se sentaron delante. No hablamos en todo el trayecto. Había tráfico en el puente George Washington, pero encendimos la sirena y nos colamos entre los coches. Al cruzar al lado de Manhattan, York rompió el silencio.

—Creemos que Manolo Santiago podría ser un alias.

—Ya —dije, porque no se me ocurrió nada mejor que decir.

—La verdad es que no tenemos una identificación positiva de la víctima. Le encontramos anoche. En su permiso de conducir dice Manolo Santiago. Lo hemos investigado y no parece ser su nombre auténtico. Hemos buscado sus huellas dactilares. Nada. Así que no sabemos quién es.

—¿Pero creen que yo sí?

No se molestaron en responder.

La voz de York era tan informal como un día de primavera.

—¿Es usted viudo, señor Copeland?

—Sí —dije.

—Debe de ser difícil criar a una hija solo.

No dije nada.

—Sabemos que su esposa murió de cáncer y que usted ha creado una fundación para promover la investigación de esa enfermedad.

—Ajá.

—Admirable.

Como si pudieran saberlo.

—Debe de sentirse raro —dijo York.

—¿Por qué?

—Por lo de estar al otro lado. Normalmente es usted el que hace las preguntas, no el que las responde. Tiene que parecerle raro.

Me sonrió por el retrovisor.

—¡Eh, York! —dije.

—¿Qué?

—¿Tiene un cartel o un programa? —pregunté.

—¿Un qué?

—Un cartel —dije—. Para que vea sus anteriores papeles, y a sabe, antes de que le tocara el codiciado papel de « poli bueno » .

York soltó una risita.

—Sólo digo que es raro. ¿Le ha interrogado alguna vez la policía?

Era una pregunta con trampa. Tenían que saberlo. A los dieciocho años había trabajado como monitor en un campamento de verano. Cuatro campistas —Gil Pérez y su novia Margot Green, Doug Billingham y su novia, Camille Copeland (es decir, mi hermana)— se adentraron en el bosque una noche.

Nunca volvieron a verles.

Sólo se hallaron dos de los cuatro cadáveres. Margot Green, de diecisiete años, fue hallada degollada a cien metros del campamento. Doug Billingham, también de diecisiete, apareció a un kilómetro de distancia. Tenía varias puñaladas, pero la causa de la muerte era el degollamiento. Los cadáveres de los otros dos —Gil Pérez y mi hermana, Camille— nunca aparecieron.

El caso apareció en los titulares. Wayne Steubens, un monitor de buena familia del campamento, fue arrestado dos años más tarde —tras su tercer verano de terror—, pero no hasta haber asesinado a cuatro adolescentes más. Le bautizaron como el «Monitor Degollador» y otras tonterías por el estilo. Las siguientes dos víctimas de Wayne fueron halladas cerca de un campamento de exploradores en Muncie, Indiana. Otra de las víctimas estaba en uno de esos campamentos omnipresentes cerca de Vienna, Virginia. Su última víctima había estado en un campo de deportes de Poconos. Casi todas fueron degolladas. A todas las habían enterrado en el bosque, a algunas antes de morir. Sí, enterradas vivas. Se tardó mucho en localizar los cadáveres. Al chico de Poconos, por ejemplo, tardaron seis meses en encontrarlo. Los expertos creen que en las profundidades del bosque puede haber todavía más muertos enterrados.

Como mi hermana.

Wayne no ha confesado nunca, y a pesar de estar en una cárcel de máxima seguridad desde hace dieciocho años, insiste en que no tuvo nada que ver con los cuatro asesinatos que supusieron el principio de todo.

Yo no le creo. El hecho de que todavía quedaran dos cadáveres por descubrir daba pie a especulaciones y creaba un halo de misterio. Daba más protagonismo a Wayne. Creo que le gusta. Pero esa incertidumbre, ese atisbo de esperanza, duele una barbaridad.

Quería a mi hermana. Todos la queríamos. La gente suele pensar que la muerte es lo más cruel. Pero no lo es. Al cabo de un tiempo, la esperanza es un sentimiento mucho más doloroso. Cuando se lleva tanto tiempo conviviendo con ella, con el cuello todo el tiempo en la tabla de cortar, con el hacha levantada sobre ti desde hace días, después meses, y luego años, anhelas que caiga y te seccione la cabeza. Todos creen que mi madre se marchó porque mi hermana fue asesinada. Pero la verdad es precisamente la contraria: mi madre nos dejó porque nunca pudimos probarlo.

Deseaba que Wayne Steubens nos dijera qué había hecho con ella. No sólo

para darle sepultura como es debido y todo eso. Estaría bien, pero aparte de esto, la muerte es una pura y destructiva bola de demolición. Te golpea, te aplasta, y empiezas a reconstruir. Pero no saber —esa duda, ese rayo de esperanza— convierte a la muerte en algo parecido a las termitas o a alguna clase de germen implacable. Te devora por dentro. No puedes detener la podredumbre. No puedes reconstruir porque la duda sigue consumiéndote.

Creo que a mí todavía me consume.

Esa parte de mi vida, por mucho que quiera mantenerla en privado, siempre ha sido un tema atractivo para los medios. Incluso una somera búsqueda en Google mostraría mi nombre en relación con «el misterio de los campistas desaparecidos», como lo bautizaron inmediatamente. La historia todavía aparecía en esos programas de «crímenes reales» del Discovery o de la Court TV. Yo estaba aquella noche en ese bosque. Mi nombre estaba allí, a la vista de todos. Fui interrogado por la policía. Incluso fui sospechoso.

Así que tenían que saberlo.

Decidí no contestar. York y Dillon no insistieron.

Cuando llegamos al depósito, me guiaron por un largo pasillo. Nadie habló. No sabía qué conclusión sacar de eso. Ahora cobraba sentido lo que había dicho York. Yo estaba en el otro lado. Había observado a muchos testigos haciendo este recorrido. Había visto toda clase de reacciones en el depósito. Normalmente los identificadores se muestran estoicos. No sé exactamente por qué. ¿Se están preparando para lo peor? O quizá todavía existe una brizna de esperanza, otra vez esa palabra. En todo caso, la esperanza se desvanece enseguida. No nos equivocamos jamás con las identificaciones. Si creemos que es su ser querido, lo es. El depósito no es lugar para milagros de última hora. Nunca.

Sabía que me estaban observando, que estudiaban mi reacción. Tomé conciencia de mis pasos, mi postura, mi expresión facial. Me esforcé por parecer neutral y después me pregunté por qué.

Me acercaron a una ventana. No se entra en la habitación. Se mira desde detrás de un cristal. La sala estaba embaldosada para poder limpiarla a manguerazos; no había necesidad de gastar en decoración o servicios de limpieza. Todas las camillas estaban vacías menos una. El cadáver estaba tapado con una sábana, pero se veía la etiqueta colgada del dedo del pie. Es verdad que las usan. Miré el gran dedo gordo asomando por debajo de la sábana, totalmente desconocido. Eso es lo que pensé. No reconozco el dedo gordo de este hombre.

Con la tensión, la mente te juega malas pasadas.

Una mujer con mascarilla empujó la camilla para acercarla a la ventana. Entonces me acordé del día en que nació mi hermana. Recordé la maternidad del hospital. La cristalera era más o menos igual, con tiras finas de hojas en forma de diamante. La enfermera, una mujer con una constitución parecida a la mujer del depósito, empujó el carrito con mi hermanita dentro hacia la ventana.

Igual que ahora. Es de suponer que en circunstancias normales habría pensado en algo conmovedor como el principio y el final de la vida, pero no pensé nada de eso.

La mujer levantó el extremo de la sábana. Miré la cara. Todos los ojos estaban posados en mí. Lo sabía. El difunto tenía más o menos mi edad, treinta y tantos. Llevaba barba. La cabeza afeitada. Tenía puesto un gorro de ducha que me pareció un poco grotesco, pero sabía para qué lo llevaba.

—¿Le han disparado en la cabeza? —pregunté.

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Dos.

—¿Calibre?

York se aclaró la garganta, como si intentara recordarme que no se trataba de mi caso.

—¿Le conoce?

Volví a mirar.

—No —dije.

—¿Está seguro?

Estaba a punto de confirmarlo. Pero algo me detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó York

—¿Por qué estoy aquí?

—Queríamos saber si le conocía...

—Ya, pero ¿qué les hizo pensar que podía conocerle?

Desvié la vista a un lado y vi que York y Dillon intercambiaban una mirada. Dillon se encogió de hombros y York recogió el testigo.

—Llevaba su dirección en el bolsillo —dijo York—. Y también un puñado de recortes sobre usted.

—Soy un personaje público.

—Sí, lo sabemos.

Se calló. Me volví a mirarlo.

—¿Qué pasa?

—Los recortes no hablaban de usted. En realidad, no.

—¿De qué hablaban entonces?

—De su hermana —dijo—. Y de lo que pasó en el bosque.

La temperatura de la sala bajó diez grados, pero al fin y al cabo estábamos en el depósito. Intenté mantener la calma.

—Puede que fuera un fanático de los crímenes. Hay muchos por ahí.

York vaciló. Vi que volvía a intercambiar una mirada con su compañero.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿A qué se refiere?

—¿Qué más llevaba encima?

York se volvió hacia un empleado cuya presencia ni siquiera había advertido y dijo:

—¿Puede mostrar al señor Copeland los efectos personales?

Seguí mirando la cara del difunto. Tenía marcas de viruela y arrugas. Intenté imaginármelo sin ellas. No le conocía. Manolo Santiago era un desconocido para mí.

Alguien trajo una bolsa de pruebas de plástico rojo. La vaciaron sobre una mesa. Desde lejos distinguí unos vaqueros y una camisa de franela. Había una cartera y un móvil.

—¿Han mirado el móvil? —pregunté.

—Sí. Es desechable. La agenda está vacía.

Aparté la mirada de la cara del difunto y me acerqué a la mesa. Las piernas me temblaban.

Había algunas hojas de papel dobladas. Desdoblé una con cuidado. El artículo del *Newsweek*. La foto de los cuatro adolescentes muertos, las primeras víctimas del Monitor Degollador. Siempre empezaban con Margot Green porque su cuerpo fue localizado enseguida. Se tardó un día más en localizar a Doug Billingham. Pero el verdadero interés estaba en los otros dos. Se había encontrado sangre y ropa desgarrada perteneciente tanto a Gil Pérez como a mi hermana, pero no los cuerpos.

¿Por qué no?

Es sencillo. Los bosques son inmensos. Wayne Steubens los había escondido bien. Pero algunas personas, esas que aman las conspiraciones, no lo creían así. ¿Por qué sólo habían desaparecido dos cuerpos? ¿Cómo podía Steubens haberlos trasladado y enterrado tan rápidamente? ¿Tenía un cómplice? ¿Cómo lo había hecho? ¿Qué estaban haciendo esos cuatro en el bosque?

Incluso ahora, dieciocho años después de que arrestaran a Wayne, la gente habla de los « fantasmas » del bosque, o de que hay una secta secreta viviendo en una cabaña abandonada o de pacientes escapados de un sanatorio u hombres con garfios en vez de manos o extraños experimentos médicos que salieron mal. Hablan del coco y de los restos de su campamento, rodeado todavía de los huesos de los niños que se ha comido. Dicen que de noche todavía pueden oír aullar a Gil Pérez y a mi hermana, Camille, buscando venganza.

Pasé muchas noches en ese bosque. Nunca oí aullar a nadie.

Mis ojos pasaron de la foto de Margot Green a la de Doug Billingham. La fotografía de mi hermana era la siguiente. Había visto esa foto millones de veces. A los medios les encantaba porque en ella mi hermana parecía maravillosamente normal. Era una chica cualquiera, la canguro favorita, la adolescente encantadora que vivía a una manzana. Camille no era así. Era maliciosa, tenía unos ojos vivos y una sonrisa de niña mala que hacía perder la cabeza a los chicos. Esa foto no se parecía en nada a ella. Ella era mucho más. Y tal vez eso

le había costado la vida.

Iba a coger la última fotografía, la de Gil Pérez, pero algo me detuvo.

El corazón se me paró.

Sé que suena dramático, pero fue lo que sentí. Miré el montón de monedas que Manolo Santiago tenía en el bolsillo y lo vi, y fue como si una mano se introdujera en mi pecho y me estrujara el corazón tan fuerte que no le permitiera latir.

Retrocedí.

—Señor Copeland.

Mi mano avanzó como si tuviera vida propia. Vi que mis dedos lo cogían y lo acercaban a mis ojos.

Era un anillo. Un anillo de chica.

Miré la foto de Gil Pérez, el chico que había sido asesinado junto a mi hermana en el bosque. Volví atrás veinte años. Y recordé la cicatriz.

—¿Señor Copeland?

—Enséñeme su brazo —dije.

—¿Cómo dice?

—El brazo. —Me volví hacia el cristal y señalé el cadáver—. Enséñeme su brazo, maldita sea.

York hizo una seña a Dillon. Éste apretó el intercomunicador.

—Quiere ver el brazo del fallecido.

—¿Cuál? —preguntó la mujer del depósito.

Me miraron.

—No lo sé —dije—. Los dos, supongo.

Parecían confundidos, pero la mujer obedeció. Bajó la sábana.

Ahora su torso era peludo. Estaba más gordo, al menos catorce kilos más que en aquella época, pero eso no era sorprendente. Había cambiado. Todos habíamos cambiado. Pero no era eso lo que buscaba. Yo miraba el brazo en busca de una cicatriz irregular.

Estaba allí.

En el brazo izquierdo. No me sobresalté ni nada por el estilo. Era como si me hubieran despojado de parte de mi realidad y estuviera demasiado entumecido para hacer nada al respecto. Me quedé allí quieto.

—¿Señor Copeland?

—Le conozco —dije.

—¿Quién es?

Señalé la foto de la revista.

—Se llama Gil Pérez.

Capítulo 2

Hubo una época en la que a la profesora Lucy Gold, doctora en lengua y psicología, le gustaban las horas de visita.

Era una oportunidad para hablar con los alumnos y llegar a conocerlos. Le gustaba que los más callados, los que se sentaban al fondo con la cabeza baja y tomaban notas como si se tratara de un dictado, los que llevaban los cabellos en la cara como si fueran una cortina protectora, llamaran a su puerta, levantaran la cabeza y le contaran lo que pensaban.

Pero casi siempre eran los pelotas los que iban a verla, los que creían que sus notas dependían únicamente del entusiasmo que mostraran, que cuanto más se hicieran ver más alta sería su calificación; como si ser extrovertido no estuviera ya suficientemente recompensado en este país.

—Profesora Gold —dijo la chica llamada Sylvia Potter.

Lucy se la imaginó de niña, en el instituto. Debía de ser la alumna insufrible que los días de examen llegaba a la escuela gimoteando porque no sabía nada y acababa siendo la primera en entregarlo, después de ser la primera en presentar su trabajo de sobresaliente, y de esas que utilizan el resto de la clase para revisar sus apuntes.

—Sí, Sylvia.

—Hoy, cuando ha leído ese fragmento de Yeats, me ha conmovido mucho. Entre las palabras en sí y la forma en que usted las declama, como si fuera una actriz profesional...

Lucy Gold estuvo a punto de decir: «Hazme un favor y prepárame unos *brownies*», pero en cambio sonrió. Y no le fue fácil. Miró el reloj y después se sintió fatal por haber hecho eso.

Sylvia Potter era una alumna que se esforzaba mucho. Nada más. Cada uno hace lo que puede para adaptarse y sobrevivir. El estilo de Sylvia probablemente era más prudente y menos autodestructivo que el de la mayoría.

—Lo pasé bien escribiendo ese artículo —dijo.

—Me alegro.

—Trataba de... bueno, de cuando fue mi primera vez, usted y a me entiende.

Lucy asintió.

—Tranquila, todos son confidenciales y anónimos.

—Sí, ya.

Miró al suelo. Lucy se preguntó por qué. Sylvia nunca hacía eso.

—Cuando haya terminado de leerlos todos —dijo Lucy— quizá podríamos hablar del tuyo si quieres. En privado.

Seguía con la cabeza gacha.

—¿Sylvia?

La voz de la chica sonó muy baja.

—Vale.

El horario de visita había terminado. Lucy deseaba irse a casa. Intentó no parecer desinteresada cuando preguntó:

—¿Quieres hablar de él ahora?

—No.

Sylvia seguía cabizbaja.

—Bien, pues —dijo Lucy, mirando descaradamente el reloj—; tengo una reunión dentro de diez minutos.

Sylvia se puso de pie.

—Gracias por recibirme.

—Es un placer, Sylvia.

Parecía que Sylvia quisiera decir algo más. Pero no lo hizo. Cinco minutos después, Lucy estaba de pie junto a la ventana mirando hacia la explanada. Sylvia salió por la puerta, se secó las lágrimas, levantó la cabeza y se obligó a sonreír. Comenzó a cruzar el campus esquivando a la gente. Lucy vio que saludaba a algunos compañeros, se unía a un grupo y se mezclaba con otros hasta convertirse en un punto borroso entre la masa.

Lucy se dio la vuelta. Se vio reflejada en el espejo y no le gustó lo que vio. ¿Acaso la chica le estaba pidiendo ayuda?

« Probablemente, Lucy, y no le has hecho caso. Bien hecho, superestrella » .

Se sentó a la mesa y abrió el cajón de abajo. El vodka estaba ahí guardado. El vodka estaba bien. No se podía oler.

La puerta del despacho se abrió. El hombre que entró llevaba los cabellos largos recogidos detrás de las orejas y varios pendientes. Iba sin afeitado, a la moda, y era guapo al estilo « chico enrollado madurito ». Llevaba la perilla canosa, un detalle que desvirtuaba su *look*, pantalones bajos que se sostenían apenas con un cinturón de tachuelas y un tatuaje en el cuello que decía: « Procrea a menudo » .

—Hoy estás como un queso —dijo el chico, lanzando su mejor sonrisa en dirección a Lucy.

—Gracias, Lonnie.

—No, en serio, como un queso.

Lonnie Berger era su ayudante, a pesar de tener la misma edad que Lucy. Se había quedado permanentemente atrapado en las redes de la educación: sacarse otro título, rondar por el campus, con la señal delatora de la edad bajo sus ojos. Lonnie estaba más que harto de la tontería de lo políticamente correcto que reinaba en el campus en relación con el sexo, y hacía lo que podía para poner a prueba sus límites y entrarle a todas las mujeres que se le ponían a tiro.

—Deberías ponerte algo que realzara tu escote; quizá uno de esos nuevos sujetadores Wonderbra —añadió Lonnie—. Así los chicos te prestarían más atención en clase.

—Sí, eso es precisamente lo que necesito.

—En serio, jefe, ¿cuándo fue la última vez que lo hiciste?

—Hace ocho meses, seis días y ... —Lucy miró el reloj— cuatro horas.

Él se rio.

—Me tomas el pelo, ¿no?

Ella se limitó a mirarle.

—He impreso los diarios —dijo.

Los diarios confidenciales y anónimos.

Lucy daba una clase que la universidad había bautizado como Razonamiento Creativo, una combinación de trauma psicológico avanzado, escritura creativa y filosofía. A decir verdad, a Lucy le encantaba. Tarea actual: cada estudiante debía escribir sobre un suceso traumático de su vida, algo que normalmente no contaría a nadie. No había que firmarlo. No se calificaría. Si el alumno anónimo daba su permiso a pie de página, Lucy podría leer alguno en voz alta para la clase con el objetivo de discutirlo, siempre manteniendo al autor en el anonimato.

—¿Has empezado a leerlos? —preguntó.

Lonnie asintió y se sentó en la silla que había ocupado Sylvia hacía unos minutos. Apoyó los pies sobre la mesa.

—Lo de siempre —dijo.

—¿Mala literatura erótica?

—Yo diría más bien porno suave.

—¿Qué diferencia hay?

—Y yo qué sé. ¿Te he hablado de mi nueva novia?

—No.

—Es una delicia.

—Ya.

—En serio. Es camarera. La tía más enrollada con la que he salido hasta ahora.

—¿Y a mí me interesa por...?

—¿Celos?

—Sí —dijo Lucy—. Será eso. Dame los diarios, por favor.

Lonnie le entregó un puñado. Los dos se pusieron a hojearlos. Cinco minutos después, Lonnie meneó la cabeza.

—¿Qué? —dijo Lucy.

—¿Cuántos años tienen estos chicos? —preguntó Lonnie—. Veinte, ¿no?

—Sí.

—Y sus escarceos sexuales duran... ¿cuánto? ¿Dos horas?

Lucy sonrió.

—Una imaginación activa.

—¿Aguantaban tanto los chicos cuando eras joven?

—Ahora no aguantan tanto —dijo ella.

Lonnie arqueó una ceja.

—Eso es porque estás muy buena. No pueden controlarse. En el fondo es culpa tuya.

—Ya. —Lucy se golpeó el labio inferior con la goma del lápiz—. No es la primera vez que usas esa frase, ¿no?

—¿Crees que necesito otra? ¿Qué te parece: « Es la primera vez que me pasa, lo juro » ?

Lucy soltó un bufido.

—Lo siento, inténtalo de nuevo.

—Mierda.

Leyeron un rato más. Lonnie silbó y meneó la cabeza.

—Puede que creciéramos en una época equivocada.

—Está clarísimo.

—¿Luce? —Lonnie levantó la cabeza de los papeles—. De verdad necesitas hacerlo.

—Ya.

—Estoy dispuesto a echarte una mano. Sin ataduras.

—¿Qué le parecería a la Deliciosa Camarera?

—No somos exclusivos.

—Claro.

—Lo que yo te propongo es algo puramente físico. Una limpieza de tuberías mutua, por decirlo gráficamente.

—Calla, que estoy leyendo.

Lonnie captó la indirecta. Media hora después, se echó un poco hacia delante y la miró.

—¿Qué?

—Lee éste —dijo.

—¿Por qué?

—Tú lee, ¿vale?

Ella se encogió de hombros, dejó el diario que estaba leyendo, una historia más de una chica que se había emborrachado con su nuevo novio y había acabado haciendo un trío. Lucy había leído muchas historias de tríos. Ninguna parecía producirse sin ingesta previa de alcohol.

Peró un minuto después se había olvidado de todo. Había olvidado que vivía sola y que no le quedaba familia y que era profesora de universidad o que estaba en su despacho con vistas al patio o que Lonnie seguía sentado frente a ella. Lucy Gold se había esfumado. Y en su lugar había una mujer joven, de hecho una chica, con un nombre diferente, una adolescente a punto de entrar en la edad adulta, pero todavía con mucho de adolescente:

Esto sucedió cuando yo tenía diecisiete años. Estaba en un campamento de

verano. Trabajaba de MEP, que es un monitor en prácticas. No me costó mucho encontrar el trabajo porque mi padre era el dueño del campamento...

Lucy se detuvo. Miró la primera página. No había nombre, evidentemente. Los estudiantes mandaban los diarios por correo electrónico. Lonnie los había impreso. Se trataba de que no hubiera forma de identificar a la persona que lo había mandado. Era necesario para que los alumnos estuvieran cómodos. Ni siquiera te arriesgabas a dejar tus huellas dactilares en el papel. Sólo tenías que pulsar la tecla « Enviar » :

Fue el mejor verano de mi vida. Al menos hasta aquella última noche. Incluso ahora sé que nunca volveré a vivir algo así. Es raro, ¿no? Sé que nunca, jamás, volveré a ser tan feliz. Nunca. Ahora mi sonrisa es diferente. Es más triste, como si estuviera rota y no pudiera arreglarse.

Aquel verano estaba enamorada de un chico. Le llamaré P para este relato. Era un año mayor que yo y era monitor júnior. Toda su familia estaba en el campamento. Su hermana trabajaba allí y su padre era el médico del campamento. Pero yo apenas me di cuenta de que existían porque en cuanto conocí a P, se me encogió el estómago.

Sé lo que estaréis pensando. Que sólo fue un amor tonto de verano. Pero no lo fue. Y ahora me da miedo no volver a amar a nadie como le amé a él. Parece una tontería. Es lo que piensa todo el mundo. Puede que tengan razón. No lo sé. Soy tan joven todavía. Pero no me siento así. Me siento como si hubiera tenido una oportunidad de ser feliz y la hubiera estropeado.

Un agujero en el corazón de Lucy empezó a abrirse, a expandirse.

Una noche fuimos al bosque. No debíamos hacerlo. Había normas estrictas sobre eso. Nadie conocía esas normas mejor que yo. Había pasado los veranos allí desde que tenía nueve años. Fue entonces cuando mi padre compró el campamento. Pero P hacía el turno de « noche ». Y como mi padre era el dueño del campamento, yo podía entrar en todas partes. Qué bien pensado, ¿no? Dos chicos enamorados encargados de vigilar a los demás campistas. ¡Por favor!

Él no quería ir porque creía que debía vigilar, pero yo sabía cómo tentarlo. Ahora me arrepiento, por supuesto. Pero lo hice. Así que nos adentramos en el bosque, los dos solos. Solos. El bosque es enorme. Si coges un desvío equivocado, te puedes perder para siempre. Había oído cuentos de niños que habían entrado allí y no habían vuelto nunca. Algunos dicen que todavía merodean por allí, viviendo como animales. Algunos dicen que han muerto o

algo peor. Bueno, las típicas historias que se cuentan alrededor de la hoguera del campamento.

Yo me reía de estas historias. Nunca me habían dado miedo. Ahora me estremezco sólo de pensarlo.

Caminamos. Yo conocía el camino. P me cogía la mano. El bosque estaba muy oscuro. No se veía nada más allá de tres metros delante de ti. Oímos un crujido y nos dimos cuenta de que había alguien más en el bosque. De repente me detuve, pero recuerdo a P sonriendo en la oscuridad y meneando la cabeza burlonamente. Bueno, la única razón para que los campistas se adentraran en el bosque era que se trataba de un campamento mixto. Había un lado para los chicos y un lado para las chicas, y esa franja de bosque nos separaba. Ya os lo podéis imaginar.

P suspiró. «Vamos a ver qué pasa», dijo. O algo parecido. No recuerdo sus palabras exactas.

Pero yo no quería. Quería estar a solas con él.

Mi linterna tenía pocas pilas. Todavía recuerdo cómo me latía el corazón al entrar en el bosque. Allí estaba yo, en la oscuridad, cogida de la mano del chico que amaba. Me tocaría y yo me derretiría. ¿Conocéis esa sensación? Cuando no puedes soportar separarte de un chico ni cinco minutos. Cuando todo existe en función de él. Haces lo que sea, cualquier cosa, y te preguntas «¿Qué pensará de esto?». Es una sensación increíble. Es maravillosa, pero al mismo tiempo duele. Eres vulnerable y estás al desnudo, y eso te aterra.

—Shh—susurra él—. Para.

Lo hacemos. Nos paramos.

P me arrastra detrás de un árbol. Me coge la cara con ambas manos. Tiene unas manos grandes y me encanta su contacto. Me levanta la cabeza y entonces me besa. Lo siento por todas partes, un aleteo que empieza en el centro de mi corazón y después se difumina. Aparta la mano de mi cara. La pone sobre mi caja torácica, justo al lado de mi pecho. Estoy expectante. Gimo.

Seguimos besándonos. Fue tan apasionado. No podíamos estar más cerca el uno del otro. Sentía que me ardía todo el cuerpo. Me metió la mano por debajo de la blusa. No diré más sobre esto. Me olvidé del crujido en el bosque. Pero ahora lo sé. Deberíamos haber avisado a alguien. Entonces deberíamos haber dejado de adentrarnos en el bosque. Pero no lo hicimos. En lugar de eso, hicimos el amor.

Estaba tan perdida en nuestro mundo, en lo que estábamos haciendo, que al principio ni siquiera oí los gritos. Creo que P tampoco los oyó.

Pero los gritos siguieron y ¿sabéis cómo describe la gente las experiencias cercanas a la muerte? Pues fue algo así, pero al revés. Era como si los dos nos dirigiéramos hacia una luz maravillosa y los gritos fueran una cuerda que

tirara de nosotros de vuelta, a pesar de que no deseábamos volver.

Dejó de besarme. Y eso es lo terrible.

Ya no volvió a besarme.

Lucy volvió la página, pero no había más. Levantó la cabeza de golpe.

—¿Y el resto?

—No hay más. Les dijiste que lo mandaran por partes, ¿te acuerdas? No hay más.

Lucy volvió a mirar las páginas.

—¿Estás bien, Luce?

—Entiendes de ordenadores, ¿no es así, Lonnie?

Él volvió a arquear la ceja.

—Se me dan mejor las mujeres.

—¿Te parece que estoy de humor?

—Vale, vale; sí, entiendo de ordenadores. ¿Por qué?

—Necesito saber quién ha escrito esto.

—Pero...

—Necesito —repitió— saber quién ha escrito esto.

Él la miró fijamente un segundo. Lucy sabía lo que quería decirle. Aquello iba en contra de todo lo que predicaban. Habían leído historias horribles en esa habitación, ese mismo año incluso una de un incesto padre-hija, y nunca habían intentado identificar a la persona que lo había escrito.

—¿Quieres explicarme de qué va esto?

—No.

—Pero sí quieres que me cargue toda la confianza que hemos conseguido ganarnos.

—Sí.

—¿Tan grave es?

Ella se limitó a mirarle.

—Bueno, qué demonios —dijo Lonnie—. Haré lo que pueda.

Capítulo 3

—Se lo aseguro —repetí—. Es Gil Pérez.

—El chico que murió con su hermana hace veinte años.

—Evidentemente, no murió —dije.

Estaba claro que no me creían.

—Puede que sea su hermano —dijo York.

—¿Con el anillo de mi hermana?

—Ese anillo es muy común —dijo Dillon—. Hace veinte años estaban de moda. Creo que mi hermana tenía uno. Se lo regalaron al cumplir los diecisiete, creo. ¿Estaba grabado el de su hermana?

—No.

—Pues no podemos estar seguros.

Hablamos un rato, pero no había mucho más que añadir. La verdad es que yo no sabía nada. Dijeron que se mantendrían en contacto. Localizarían a la familia de Gil Pérez para que hicieran una identificación positiva. Yo no sabía qué hacer. Me sentía perdido, atontado y confundido.

Mi BlackBerry y mi móvil estaban enloquecidos. Ya llegaba tarde a una cita con el equipo de la defensa en el caso más importante de mi carrera. Dos ricos jugadores de tenis universitarios de la lujosa población de Short Hills acusados de violar a una afroamericana de dieciséis años de Irvington llamada —no, su nombre no ayudaba nada— Chamique Johnson. El juicio ya había empezado, se había aplazado y ahora esperaba poder cerrar un trato de condena en prisión antes de que volviera a empezar.

Los policías me acompañaron a mi oficina en Newark. Sabía que los abogados de la defensa pensarían que mi retraso no era más que una táctica, pero no podía remediarlo. Cuando entré en el despacho, los dos abogados de la defensa ya estaban sentados.

Uno de ellos, Mort Pubin, se levantó y se puso a aullar.

—¡Hijo de puta! ¿Sabes la hora que es? ¿Lo sabes?

—Mort, ¿has adelgazado?

—No me vengas con esa mierda.

—Espera. No, no es eso. Estás más alto. Has crecido. Como un chico de verdad.

—Ya está bien, Cope. ¡Llevamos una hora esperando!

El otro abogado, Flair Hickory, siguió sentado con las piernas cruzadas, como si no tuviera ninguna preocupación en la vida. Era de Flair de quien yo estaba pendiente. Mort era ruidoso, mal hablado y exagerado. Flair era el abogado defensor que yo más temía. No era lo que uno esperaba. De entrada, Flair (juraba que era su nombre real, aunque yo tenía mis dudas) era gay. Vale, no es para tanto. Hay muchos abogados gays, pero Flair era gay, muy gay, como el

hijo natural de Liberace y Liza Minnelli, criado sólo a base de Streisand y musicales.

Y no lo disimulaba en los juzgados, más bien le sacaba partido.

Flair dejó que Mort se desahogara un rato, dobló los dedos y se miró las uñas. Pareció satisfecho. Después levantó la mano e hizo callar a Mort con un gesto elegante.

—Ya está bien —dijo Flair.

Llevaba una camisa de color púrpura. O puede que fuera berenjena o vincapervinca, un tono de éstos. No entiendo mucho de colores. La camisa era del mismo color que el traje. Y que la ancha corbata. El mismo que el pañuelo de bolsillo. El mismo —Dios nos ampare— que los zapatos. Flair reparó en que me estaba fijando en su ropa.

—¿Te gusta? —preguntó Flair.

—El dinosaurio Barney se une a Village People —dije.

Flair hizo una mueca.

—¿Qué pasa?

—Barney y Village People —dijo, apretando los labios—. ¿No se te ha ocurrido una referencia pop más anticuada y sobada?

—Iba a decir el *teletubbie* lila, pero no recordaba el nombre.

—Tinky Winky, y también está anticuado. —Se cruzó de brazos y suspiró—. Bueno, ahora que estamos todos en este despacho con una decoración tan hetero, ¿podemos dejar marchar a nuestros clientes y acabar de una vez?

Le miré a los ojos.

—Lo hicieron ellos, Flair.

No me lo negó.

—¿De verdad vas a subir al estrado a esa prostituta *stripper* trastornada?

Iba a defenderla pero él ya conocía los hechos.

—Sí.

Flair intentó no sonreír.

—La destrozaré —dijo.

No dije nada.

La destrozaría, y yo lo sabía. Y eso era lo que tenía su forma de actuar. Podía seccionar y desmenuzar, y aun así seguía cayéndote bien. Yo le había visto hacerlo. Se podía pensar que algunos miembros del jurado serían homófobos, y que le odiarían o le temerían.

Pero con Flair no funcionaba así. Las mujeres del jurado querían ir de compras con él y hablarle de los defectos de sus maridos. Los hombres no le consideraban un peligro y creían que no podía hacerles ningún daño.

Eso lo convertía en un defensor letal.

—¿Qué estás buscando? —pregunté.

Flair sonrió.

—Estás nervioso, ¿verdad?

—Sólo quiero ahorrarte tu acoso a una víctima de violación.

—*Moi?* —Se llevó una mano al pecho—. Me siento insultado.

Me limité a mirarlo. Mientras lo hacía se abrió la puerta y entró Loren Muse, mi investigadora jefe. Muse tenía la misma edad que yo, treinta y tantos, y había sido investigadora de homicidios con mi predecesor, Ed Steinberg.

Muse se sentó sin decir palabra, ni siquiera hizo un gesto.

Me volví a mirar a Flair.

—¿Qué quieres?—volví a preguntar.

—Para empezar —respondió Flair—, quiero que la señora Chamique Johnson se disculpe por destruir la reputación de dos chicos estupendos.

Le miré un rato más.

—Pero nos conformaremos con que se retiren los cargos inmediatamente.

—Sigue soñando.

—Cope, Cope, Cope.

Flair meneó la cabeza y emitió ruiditos tranquilizadores con la boca.

—He dicho que no.

—Eres encantador cuando te pones machito, pero eso ya lo sabes, ¿no? —Flair miró a Loren Muse. Una expresión afligida cruzó su cara—. Cielos, ¿qué llevas puesto?

Muse se incorporó un poco.

—¿Qué?

—Tu ropa. Es como un programa de telerrealidad de la Fox. Cuando las policías se visten ellas mismas. Por Dios. Y esos zapatos...

—Son prácticos —dijo Muse.

—Cariño, regla de moda número uno: Las palabras «zapatos» y «prácticos» nunca deben encontrarse en la misma frase. —Sin parpadear, Flair se volvió hacia mí—: Nuestros clientes se declaran culpables de una falta y salen libres con la condicional.

—No.

—¿Puedo decirte dos palabras?

—Esas palabras no serán «zapatos» y «prácticos», ¿verdad?

—No, algo bastante más grave para ti, me temo: Cal y Jim.

Calló. Yo miré a Muse. Ella se agitó en la silla.

—Esos dos nombrecitos —siguió Flair con un tonillo cadencioso en la voz—, Cal y Jim. Música para mis oídos. ¿Sabes a qué me refiero, Cope?

No mordí el anzuelo.

—En la declaración de la supuesta víctima... has leído su declaración, supongo... en su declaración ella afirma claramente que sus violadores se llamaban Cal y Jim.

—Eso no significa nada —dije.

—Verás, cielo, intenta prestar atención porque me parece que esto podría ser importante para tu caso: nuestros clientes se llaman Barry Marantz y Edward Jenrette. Ni Cal ni Jim. Barry y Edward. Repetid conmigo. Venga, adelante. Barry y Edward. A ver, ¿esos nombres se parecen en algo a Cal y Jim?

Mort Pubin respondió a la pregunta. Sonrió y dijo:

—No, no se parecen, Flair.

Seguí callado.

—Y ya ves, ésa es la declaración de tu víctima —siguió Flair—. Es maravilloso, ¿no crees? Espera que te lo busque. Me encanta leerlo. Mort, ¿lo tienes? Espera, aquí está. —Flair llevaba puestas gafas de lectura con cristales de media luna. Se aclaró la garganta y cambió de voz—. Los dos chicos que lo hicieron se llamaban Cal y Jim.

Dejó el papel y nos miró como si esperara un aplauso.

—Encontraron semen de Barry Marantz en ella —dije.

—Ah, sí, pero Barry era un chico guapo, todo hay que decirlo, y los dos sabemos que eso influye: él mismo admite un acto sexual consensuado con tu joven y ansiosa señora Johnson aquella tarde. Todos sabemos que Chamique estuvo en su fraternidad, eso no se discute, ¿no?

No me gustó, pero dije:

—No, eso no se discute.

—De hecho, los dos sabemos que Chamique Johnson había trabajado allí como *stripper* la semana anterior.

—Bailarina exótica —corregí.

Él se limitó a mirarme.

—Y por eso volvió. Sin que hubiera intercambio de dinero. En eso también estamos de acuerdo, ¿no? —No se molestó en esperar que contestara—. Y puedo presentar cinco o seis chicos que dirán que se comportó afectuosamente con Barry. Vamos, Cope. Tú ya has pasado por esto. Es una *stripper*. Es menor. Se coló en una fiesta de una fraternidad. Se ligó al chico rico y guapo. Él se la quitó de encima, no la llamó o lo que fuera. Y ella se enfadó.

—Y se llevó un montón de moratones —dije.

Mort golpeó la mesa con un puño que parecía capaz de aplastar un animal.

—Sólo busca ganar dinero —repuso Mort.

—Ahora no, Mort —dijo Flair.

—¿Cómo que no! Todos sabemos de qué va esto. Les está acosando porque están forrados. —Mort me dedicó su mejor mirada pétrea—. Sabes que la puta tiene antecedentes, ¿no? Chamique. —Alargó su nombre de una forma burlona que me sacó de quicio—. También tiene su abogado para exprimir a nuestros chicos. Para esa zorra esto sólo es como un día de cobro. Nada más. Un putito día de cobro.

—¿Mort? —dije.

—¿Qué?

—Calla y deja que hablen los adultos.

Mort me miró despreciativamente.

—No eres mejor que ella, Cope.

Esperé.

—La única razón que tienes para procesarlos es que son ricos. Y lo sabes. Estás jugando a esa mierda de ricos contra pobres ante los medios. No finjas que no lo haces. ¿Sabes qué es lo que da más asco? ¿Sabes lo que realmente me jode?

Aquella mañana ya le había tocado las pelotas a alguien, y ahora había jodido a un abogado. Menudo día llevaba.

—Dime, Mort.

—Que en nuestra sociedad está aceptado —dijo.

—¿El qué?

—Odiar a los ricos. —Mort levantó las manos, indignado—. No paro de oírlo. «Le odio, es tan rico». Fijate en Enron y todos esos escándalos. Ahora es un prejuicio fomentado, odiar a los ricos. Si yo dijera que odio a los pobres, me lincharían. Pero ¿insultar a los ricos? Adelante, vía libre. Todo el mundo es bienvenido para odiar a los ricos.

Le miré.

—Tal vez deberían crear un grupo de apoyo.

—A la mierda, Cope.

—No, en serio. Trump, los chicos de Halliburton. El mundo no ha sido justo con ellos, caramba. Un grupo de apoyo. Eso es lo que se merecen. Tal vez un maratón televisivo o algo por el estilo.

Flair Hickory se levantó. Teatralmente, por supuesto. Casi me esperaba que hiciera una reverencia.

—Creo que ya hemos terminado. Nos vemos mañana, guapo. Y tú...

Miró a Loren Muse, abrió la boca, la cerró, se encogió de hombros.

—¿Flair?

Me miró.

—Eso de Cal y Jim —dije—. Sólo nos demuestra que dice la verdad.

Flair sonrió.

—¿Cómo es eso, exactamente?

—Tus chicos fueron listos. Se llamaron a sí mismos Cal y Jim, para que ella dijera eso.

Arqueó una ceja.

—¿Crees que colará?

—¿Por qué iba a decirlo ella si no, Flair?

—¿Disculpa?

—A ver, si Chamique deseaba jugársela a tus clientes, ¿por qué no utilizar los nombres correctos? ¿Para qué se iba a inventar el diálogo con Cal y Jim? Ya has

leído su declaración: « Dale la vuelta hacia aquí, Cab », « Dóblala hacia allá, Jim », « Uau, Cal, le encanta ». ¿Para qué iba a inventarse eso?

Mort me respondió:

—Porque es una zorra sedienta de dinero y encima es estúpida.

Pero me di cuenta de que le había metido un gol a Flair.

—No tiene sentido —dije.

Flair se inclinó hacia mí.

—La cuestión, Cope, es que no tiene que tenerlo. Y tú lo sabes. Puede que lleves razón. Puede que no tenga sentido. Pero eso da lugar a confusión. Y la confusión me da muchos puntos para mi táctica favorita: la duda razonable. — Sonrió—. Puede que tengas algunas pruebas físicas. Pero si haces subir a esa chica a declarar, no me reprimiré. Será pan comido. Los dos lo sabemos.

Se dirigieron a la puerta.

—Nos veremos en el juzgado, colega.

Capítulo 4

Muse y yo permanecemos un rato callados. Cal y Jim. Esos nombres nos desanimaban. El puesto de investigador jefe normalmente lo ostentaba de por vida algún hombre, un tipo brusco que soltaba suspiros profundos y bastante quemado por todo lo que había visto con los años, con un buen barrigón y un abrigo gastado. Era tarea de ese hombre ayudar al candoroso fiscal del condado, un cargo político como yo, a esquivar los escollos del sistema legal del condado de Essex.

Loren Muse medía metro y medio y pesaba lo mismo que un alumno de cuarto. Mi elección de Muse había causado bastante conmoción entre los veteranos, pero yo tenía mis propios prejuicios: prefiero contratar a mujeres solteras de cierta edad. Trabajan más y son más leales. Lo sé, lo sé, pero he descubierto que casi siempre es cierto. Encuentra a una mujer soltera de, digamos, más de treinta y cinco años, y verás que vive para su carrera y te dedicará las horas y la devoción que las casadas con hijos nunca te darán.

Para ser justo, Muse era también una investigadora increíblemente preparada. Me gustaba discutir los casos con ella. Diría que los «munitábamos» juntos, pero es un chiste malísimo. En ese momento estaba mirando fijamente el suelo.

—¿Qué estás pensando?—pregunté.

—¿Tan feos son mis zapatos?

La miré y esperé.

—En resumidas cuentas —dijo—, si no encontramos una forma de explicar lo de Cal y Jim, estamos jodidos.

Miré al techo.

—¿Qué?—dijo Muse.

—Esos dos nombres.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué?—pregunté por enésima vez—. ¿Por qué Cal y Jim?

—No lo sé.

—¿Has vuelto a interrogar a Chamique?

—Lo hice. Su historia es terriblemente consistente. Utilizaron esos dos nombres. Creo que tienes razón. Lo hicieron para disimular, para que la versión de ella pareciera más estúpida.

—Pero ¿por qué esos nombres?

—Probablemente porque sí.

Hice una mueca.

—Estamos pasando algo por alto, Muse.

Ella asintió.

—Lo sé.

Siempre he sido muy bueno compartimentando mi vida. Todos lo hacemos, pero yo soy especialmente bueno. Puedo crear universos separados en mi propio mundo. Puedo afrontar un aspecto de mi vida sin que interfiera en otro de ninguna manera. Algunas personas ven una película de gánsteres y se preguntan cómo puede el mafioso ser tan violento en la calle y tan cariñoso en casa. Yo lo entiendo. Tengo esa habilidad.

No es que esté orgulloso. No es necesariamente una gran virtud. Te protege, eso sí, pero también he visto los actos que eso puede justificar.

Así que durante la última media hora había apartado de mi mente la pregunta obvia: si Gil Pérez había estado vivo todo ese tiempo, ¿dónde había estado? ¿Qué había sucedido aquella noche en el bosque? Y por supuesto, la pregunta más importante: si Gil Pérez había sobrevivido a aquella horrible noche...

¿Había sobrevivido también mi hermana?

—¿Cope?

Era Muse.

—¿Qué pasa?

Quería contárselo. Pero no era un buen momento. Primero tenía que aclararme. Poner las cosas en su sitio. Asegurarme de que ese cadáver era realmente el de Gil Pérez. Me levanté y me acerqué a ella.

—Cal y Jim —dije—. Debemos descubrir de qué va esto, y rápido.

La hermana de mi esposa, Greta, y su marido, Bob, vivían en una mansión como tantas de una rotonda nueva sin salida que era exactamente igual a cualquier otra rotonda sin salida de Estados Unidos. Las parcelas son demasiado pequeñas para los enormes edificios de ladrillo que les han colocado encima. Las casas tienen una variedad de formas y contornos, y aun así no se diferencian unas de otras. Todo está demasiado limpio, intenta parecer antiguo y sólo parece falso.

Conocí a Greta antes que a mi esposa. Mi madre se marchó antes de que yo cumpliera los veinte, pero recuerdo algo que me contó unos meses antes de que Camille se adentrara en ese bosque. Nosotros éramos los más pobres de aquella ciudad más bien variopinta. Éramos inmigrantes, llegados de la antigua Unión Soviética cuando yo tenía cuatro años. Empezamos bien, porque llegamos a Estados Unidos como héroes, pero las cosas se pusieron feas muy rápidamente.

Vivíamos en el piso más alto de una finca de tres plantas de Newark, aunque íbamos a la escuela en Columbia High, en West Orange. Mi padre, Vladimir Copinski (lo adaptó al inglés y lo convirtió en Copeland), que era médico en Leningrado, no pudo obtener la licencia para ejercer en el país. Acabó trabajando de pintor de casas. Mi madre, una belleza frágil llamada Natasha, antes la hija bien educada de un aristocrático profesor de universidad, aceptó

varios trabajos de asistenta para las familias ricas de Short Hills y Livingston, pero nunca le duraron mucho tiempo.

Ese día en particular, mi hermana Camille volvió de la escuela y dijo, en su tono burlón habitual, que la chica rica de la ciudad estaba loca por mí. A mi madre le emocionó la noticia.

—Deberías invitarla a salir —me dijo.

Yo hice una mueca.

—¿La has visto?

—La he visto.

—Pues entonces ya sabes que no la invitaré —dije, con todo el orgullo de mis diecisiete años—. Es una bruta.

—En Rusia tenemos un dicho —contraatacó mi madre, levantando un dedo para apoyar su postura—: Una chica rica es bonita cuando está junto a su dinero.

Eso fue lo primero que me vino a la cabeza cuando conocí a Greta. Sus padres —mis exsuegros, supongo, y todavía abuelos de Cara— están forrados. Mi esposa provenía de una familia rica. Todo está puesto en una cuenta para Cara. Yo soy el albacea. Jane y yo discutimos mucho a qué edad debía poder cobrar su herencia. Por un lado no es deseable que una persona muy joven herede tanto dinero, pero por otro es su dinero.

Mi Jane se volvió muy práctica cuando los médicos le comunicaron su sentencia de muerte. Yo no podía escucharla. Aprendes mucho cuando alguien a quien amas empieza su cuenta atrás. Aprendí que mi esposa tenía una fuerza y un valor asombrosos que no habría podido imaginar antes de su enfermedad. Y descubrí que yo también.

Cara y Madison, mi sobrina, estaban jugando en el jardín. Los días empezaban a alargarse. Madison estaba sentada en el asfalto y dibujaba con pedazos de tiza que parecían puros. Mi hija jugaba con uno de esos minicoches que están tan de moda últimamente entre los menores de seis años. Los niños que los tienen nunca juegan con ellos. Sólo juegan las visitas en las Citas para Jugar. Citas para Jugar. Qué término tan espantoso.

Bajé del coche y grité:

—¡Hola, niñas!

Esperé a que dejaran lo que estaban haciendo y se lanzaran sobre mí para comerme a besos. Sí, y qué más. Madison miró de soslayo, pero no habría parecido menos interesada si le hubieran operado para desconectarle el cerebro. Mi propia hija fingió que no me oía. Cara conducía el Jeep de Barbie en círculos. La batería se estaba gastando rápidamente, y el vehículo eléctrico avanzaba a menos velocidad que mi tío Morris para ir a cobrar su talón.

Greta abrió la puerta mosquitera.

—¡Eh!

—Hola —dije—. ¿Cómo ha ido el resto de la función?

—No te preocupes —respondió Greta, haciendo visera con la mano a modo de saludo—. Lo tengo todo en vídeo.

—Qué bien.

—¿Qué querían esos dos polis?

Me encogí de hombros.

—Trabajo.

No se lo tragó, pero no insistió.

—Tengo la mochila de Cara dentro.

Dejó que se cerrara la puerta. Había obreros por todas partes. Bob y Greta estaban instalando una piscina y arreglando el jardín. Llevaban años pensándolo, pero querían esperar a que Madison y Cara fueran mayores para saber nadar.

—Venga —dije a mi hija—, tenemos que irnos.

Cara volvió a ignorarme, fingiendo que el zumbido del Jeep rosa de Barbie obstaculizaba sus facultades auditivas. Fruncí el ceño y me dirigí hacia ella. Cara era ridículamente terca. Ojalá hubiera podido decir «como su madre», pero mi Jane era la mujer más paciente y comprensiva que se pueda imaginar. Era asombroso. Uno ve cualidades buenas y malas en los hijos. En el caso de Cara, todas las cualidades negativas parecían proceder de su padre.

Madison dejó la tiza.

—Venga, Cara.

Cara también la ignoró a ella. Madison se encogió de hombros y suspiró como una niña de mundo.

—Hola, tío Cope.

—Hola, cariño. ¿Has disfrutado de la cita para jugar?

—No —dijo Madison con los brazos en jarras—. Cara nunca juega conmigo. Sólo juega con mis juguetes.

Intenté parecer comprensivo.

Greta salió con la mochila.

—Ya hemos hecho los deberes.

—Gracias.

Hizo un gesto tranquilizador.

—Cara, cielo. Tu padre está aquí.

Cara la ignoró también a ella. Supe que se avecinaba una pataleta. Eso también le viene por parte de padre, supongo. En el mundo de las películas de Disney, la relación de un padre viudo con su hijo es siempre mágica. Sólo hace falta ver películas infantiles (*La sirenita, La bella y la bestia, La princesita, Aladin*) para entender lo que digo. En las películas, no tener madre parece algo más bien positivo, lo cual si se piensa bien es bastante perverso. En la vida real, no tener madre es casi lo peor que puede pasarle a una niña.

—Cara, nos vamos —dije con tono firme.

Su expresión era obstinada y me preparé para la confrontación, pero

afortunadamente los dioses intercedieron. La batería del coche de Barbie se acabó del todo. El Jeep rosa se paró. Cara intentó impulsar con el cuerpo el vehículo un metro más, pero éste no se movió. Cara suspiró, bajó del Jeep, y se fue hacia el coche.

—Despidete de la tía Greta y de tu prima.

Lo hizo con una voz tan malhumorada que habría sido la envidia de cualquier adolescente.

Cuando llegamos a casa, Cara encendió la tele sin pedir permiso y se puso a mirar un episodio de *Bob Esponja*. Me da la sensación de que lo ponen a todas horas. Me pregunto si habrá un canal dedicado únicamente a *Bob Esponja*. Encima parece que sólo existan tres episodios diferentes de la serie. Pero eso no parece desanimar a los niños.

Iba a decir algo, pero lo dejé pasar. En ese momento sólo quería que estuviera distraída. Yo todavía estaba intentando aclarar el caso de violación de Chamique Johnson, y ahora tenía la repentina aparición y asesinato de Gil Pérez. Confieso que mi gran caso, el más importante de mi carrera, llevaba las de perder.

Empecé a preparar la cena. Casi todas las noches cenábamos fuera o encargábamos la comida. Tengo una niñera-ama de llaves, pero aquél era su día libre.

—¿Te apetecen perritos calientes?

—Me da igual.

Sonó el teléfono y lo cogí.

—¿Señor Copeland? Soy el detective Tucker York.

—Sí, detective, ¿qué se le ofrece?

—Hemos localizado a los padres de Gil Pérez.

Sentí que apretaba más fuerte el teléfono.

—¿Han identificado el cuerpo?

—Todavía no.

—¿Qué les ha dicho?

—Mire, sin ánimo de ofender, señor Copeland, pero ésta no es la clase de cosa que se puede decir por teléfono, ¿no le parece? « Puede que su hijo muerto haya estado vivo todo este tiempo, pero mire, acaban de asesinarle ».

—Lo comprendo.

—Así que hemos sido más bien vagos. Vamos a traerlos aquí para ver si pueden identificarle. Pero hay otra cosa: ¿hasta qué punto está seguro de que se trata de Gil Pérez?

—Bastante seguro.

—Comprenderá que eso no es suficiente.

—Lo comprendo.

—De todos modos es tarde. Mi compañero y yo hemos terminado el turno.

Esperaremos a mañana por la mañana para enviar a alguien a recoger a los Pérez.

—¿Y esto qué es? ¿Una llamada informativa?

—Algo parecido. Comprendo que tiene interés en el asunto. Tal vez usted también debería venir mañana, por si surgen nuevas preguntas.

—¿Dónde?

—En el depósito. ¿Necesita que le recojan?

—No, iré por mi cuenta.

Capítulo 5

Unas horas después acosté a mi hija.

Nunca he tenido problemas con Cara a la hora de acostarla. Tenemos una rutina estupenda. Le leo un cuento. No lo hago porque todas las revistas de padres lo recomienden. Lo hago porque le encanta. Nunca se queda dormida. Le leo cada noche y lo máximo que he conseguido es que se adormezca un momento. En cambio yo sí me duermo. Algunos de esos libros son espantosos. Me duermo en la cama de ella. Y ella me deja dormir.

No podía estar a la altura de su deseo voraz de libros para leer, así que empecé a comprar audiolibros. Yo le leía y después ella podía escuchar una cara de una cinta, unos cuarenta y cinco minutos, antes de que fuera la hora de cerrar los ojos y dormir. Cara entiende esta norma y le gusta.

Ahora mismo le estoy leyendo a Roald Dahl. Tiene los ojos muy abiertos. El año pasado, cuando la llevé a ver la producción teatral de *El rey león*, le compré un muñeco Timón excesivamente caro. Lo tiene cogido con su brazo derecho. Timón también es un ávido oyente.

Acabé de leer y besé a Cara en la mejilla. Olía a champú de bebé.

—Buenas noche, papá —dijo.

—Buenas noches, bicho.

Niños. Un momento son como Medea en plena ira, y al siguiente son como ángeles tocados por la gracia de Dios.

Puse en marcha el reproductor y apagué la luz. Bajé a mi despacho y encendí el ordenador. Desde casa puedo acceder a mis archivos del trabajo. Abrí el caso de violación de Chamique Johnson y me puse a repasarlo.

Cal y Jim.

Mi víctima no era de las que despiertan las simpatías del jurado. Chamique tenía dieciséis años y un hijo de padre desconocido. La habían arrestado dos veces por prostituirse, y una por posesión de marihuana. Trabajaba en fiestas como bailarina exótica, y sí, eso es un eufemismo de *stripper*. La gente se preguntaría qué había ido a hacer a aquella fiesta. Esa clase de cosas no me desaniman. Hacen que me esfuerce más. No porque me preocupe la corrección política, sino porque me importa —me importa mucho— la justicia. De haber sido Chamique una rubia vicepresidente del consejo de estudiantes del idílico Livingston, y los chicos hubieran sido negros, el caso estaría ganado.

Chamique era una persona, un ser humano. No se merecía lo que Barry Marantz y Edward Jenrette le habían hecho.

Y yo pensaba encerrarlos por ello.

Volví al principio del caso y lo repasé de nuevo. La fraternidad era un lugar lujoso con columnas de mármol, letras griegas, la pintura fresca y alfombras. Revisé las facturas del teléfono. Había muchísimas, porque cada chico tenía su

línea privada, por no hablar de móviles, mensajes de texto, correos electrónicos y BlackBerrys. Uno de los investigadores de Muse había rastreado todas las llamadas salientes de aquella noche. Había más de cien, pero no había sacado nada en limpio. El resto de las facturas eran las habituales: electricidad, agua, la cuenta de la tienda de bebidas, servicios de limpieza, televisión por cable, servicios de telefonía, alquiler de vídeos Netflix, entrega de pizzas vía internet...

Un momento.

Pensé en eso. Pensé en la declaración de mi víctima... no necesitaba volver a leerla. Era repugnante, y bastante específica. Los dos chicos habían obligado a Chamique a hacer cosas, la habían puesto en diferentes posiciones, habían hablado todo el rato. Pero algo de aquello, la forma como se movían, la colocaban...

Sonó mi teléfono. Era Loren Muse.

—¿Buenas noticias? —pregunté.

—Sólo si es cierta la expresión « No tener noticias son buenas noticias » .

—No lo es —dije.

—Vaya. ¿Has encontrado algo? —preguntó.

Cal y Jim. ¿Qué se me estaba escapando? Estaba justo allí, aunque fuera de mi alcance. Es esa sensación, cuando tienes algo en la punta de la lengua, como el nombre del perro de una película o el del boxeador que interpretaba Mr. T en *Rocky III*. Era eso mismo. Fuera de mi alcance.

Cal y Jim.

La respuesta estaba allí, en alguna parte, oculta, en la punta de una lengua mental. Maldita sea, pensaba seguir corriendo hasta que pillara a esa hija de puta y la acorralara contra la pared.

—Todavía no —dije—. Pero sigamos buscando.

A primera hora de la mañana, el detective York estaba sentado frente a los señores Pérez.

—Gracias por venir —dijo.

Hacía veinte años, la señora Pérez trabajaba en la lavandería del campamento, pero desde la tragedia sólo la había vuelto a ver una vez. Hubo una reunión de familiares de las víctimas —los ricos Green, los más ricos Billingham, los pobres Copeland, los más pobres Pérez— en un lujoso bufete de abogados no muy lejos de donde nos encontrábamos ahora. Presentábamos el caso de las cuatro familias contra el propietario del campamento. Aquel día los Pérez apenas hablaron. Se quedaron callados, escuchando, y dejaron que los otros se desahogaran y llevaran la voz cantante. Recuerdo que la señora Pérez tenía el bolso en el regazo y lo estrujaba. Ahora lo tenía sobre la mesa, pero seguía agarrándolo con ambas manos.

Estaban en una sala de interrogatorios. A petición del detective York, yo observaba al otro lado del cristal. No quería que me vieran todavía. Me pareció lógico.

—¿Por qué estamos aquí?—preguntó el señor Pérez. Era un hombre robusto, y llevaba una camisa demasiado pequeña y abotonada hasta arriba que le oprimía el cuello.

—No es fácil de decir. —El detective York miró hacia el cristal y aunque su mirada no estaba enfocada supe que me miraba a mí—. O sea que tendré que decirlo sin tapujos.

Los ojos del señor Pérez se entrecerraron. La señora Pérez apretó el bolso con más fuerza. Me pregunté tontamente si sería el mismo bolso de hacía quince años. Es increíble las cosas que se piensan en momentos así.

—Ayer se cometió un asesinato en la zona de Washington Heights de Manhattan —dijo York—. Encontramos el cadáver en un callejón cercano a la calle Ciento cincuenta y siete.

Mantuve los ojos fijos en sus caras, pero éstos no mostraban ninguna expresión.

—La víctima es un hombre y parece tener entre treinta y cinco y cuarenta años. Mide un metro sesenta y pesa setenta y seis kilos. —La voz del detective York había adquirido una cadencia profesional—. El hombre utilizaba un alias, así que tenemos dificultades para identificarlo.

York calló. Técnica clásica para ver si decían algo. El señor Pérez lo hizo.

—No entiendo qué tiene que ver eso con nosotros.

Los ojos de la señora Pérez se dirigieron hacia su marido, pero el resto del cuerpo no se movió.

—Enseguida se lo explico.

Casi pude ver los engranajes mentales de York poniéndose en marcha, decidiendo cómo enfocarlo, si empezar hablando de los recortes, del anillo, o de qué. Me lo podía imaginar ensayando las palabras en su cabeza y comprobando lo estúpidas que parecían. Recortes, un anillo... eso no demuestra nada de nada. De repente yo mismo tuve dudas. En aquel momento el mundo de los Pérez iba a ser destripado como el de un ternero en el matadero y me alegraba de estar detrás del cristal.

—Trajimos a un testigo para identificar el cuerpo —siguió York—. Ese testigo cree que la víctima podría ser su hijo Gil.

La señora Pérez cerró los ojos. El señor Pérez se puso tenso. Por un momento nadie habló, nadie se movió. Pérez no miró a su esposa. Ella no le miró a él. Se quedaron paralizados, como si las palabras siguieran suspendidas en el ambiente.

—A nuestro hijo lo mataron hace veinte años —dijo por fin el señor Pérez. York asintió; no sabía qué decir.

—¿Nos está diciendo que finalmente han hallado su cadáver?

—No, no es eso. Su hijo tenía dieciocho años cuando desapareció, ¿no es así?

—Casi diecinueve —dijo el señor Pérez.

—Este hombre, la víctima, como he dicho antes, probablemente se acercaba a los cuarenta.

El señor Pérez se echó hacia atrás. La madre todavía no se había movido.

York aprovechó para intervenir.

—Nunca hallaron el cuerpo de su hijo, ¿correcto?

—¿Intenta decirnos que...?

Al señor Pérez le falló la voz y nadie intervino para decir: «Sí, eso es precisamente lo que intentamos decir, que su hijo Gil ha estado vivo todo este tiempo, veinte años, y no se lo dijo ni a ustedes ni a nadie, y ahora que por fin tenían la posibilidad de volver a reunirse con su hijo desaparecido, le han asesinado. La vida es bella, ¿eh?».

—Esto es una locura —dijo el señor Pérez.

—Sé que les parecerá una locura...

—¿Por qué cree que es nuestro hijo?

—Como he dicho antes, tenemos un testigo.

—¿Quién?

Era la primera vez que oía hablar a la señora Pérez. Casi me agacho.

York intentó mostrarse tranquilizador.

—Sé que están angustiados...

—¿Angustiados?

Otra vez el padre.

—¿Sabe lo que es... se puede imaginar...?

No pudo acabar. Su esposa le puso una mano en el brazo y se sentó un poco más erguida. Se volvió un momento hacia el cristal y tuve la sensación de que podía verme. Después miró a York a los ojos y dijo:

—Doy por supuesto que tienen un cadáver.

—Así es, señora.

—Y por eso nos han hecho venir. Quieren que lo veamos y les digamos si es nuestro hijo.

—Sí.

La señora Pérez se puso de pie. Su esposo la miró; parecía pequeño e indefenso.

—De acuerdo —dijo ella—. ¿Por qué no lo hacemos?

El señor y la señora Pérez bajaron por el pasillo.

Los seguí a una distancia discreta. Dillon iba conmigo. York iba con los padres. La señora Pérez mantuvo la cabeza alta. Seguía agarrando con fuerza el bolso como si temiera que le dieran un tirón. Caminaba un paso por delante de su marido. Es muy sexista pensar que debería ser al revés, que la madre debería hundirse y el padre aguantar el tipo. El señor Pérez había sido el fuerte durante la

parte « expositiva ». Ahora que la granada había explotado, era la señora Pérez quien tomaba las riendas mientras su marido parecía encogerse un poco más a cada paso.

Con su suelo de linóleo gastado y las paredes de cemento desconchadas, el pasillo no podría haber parecido más institucional ni con un funcionario aburrido apoyado en la pared tomando un café. Yo oía el eco de sus pasos. La señora Pérez llevaba brazaletes pesados. Los oía sonar al ritmo de su balanceo.

Cuando giraron a la derecha hacia la misma ventana por la que yo había mirado el día anterior, Dillon colocó una mano frente a mí, casi de forma protectora, como si yo fuera un niño en el asiento delantero y él tratara de amortiguar el golpe. Nos quedamos unos diez metros atrás, y nos colocamos de forma que no entráramos en su campo visual.

Era difícil verles las caras. El señor y la señora Pérez estaban de pie, uno al lado del otro. No se tocaban. Vi que el señor Pérez bajaba la cabeza. Llevaba una americana azul. La señora Pérez llevaba una blusa oscura casi del color de la sangre seca. También llevaba mucho oro. Vi que una persona diferente, esta vez un hombre con barba, empujaba la camilla hacia el cristal. El cadáver estaba cubierto con una sábana.

Cuando lo tuvo colocado, el hombre miró a York y éste asintió. El hombre levantó la sábana con cuidado, como si debajo hubiera algo muy frágil. Me daba miedo hacer ruido, pero aun así incliné el cuerpo un poco a la izquierda. Quería ver algo de la cara de la señora Pérez, al menos una parte del perfil.

Recuerdo haber leído que las víctimas de tortura quieren controlar algo, lo que sea, y por eso se esfuerzan por no gritar, por no hacer muecas, por no mostrar nada, por no dar a sus torturadores ninguna satisfacción. Algo en la cara de la señora Pérez me hizo pensar en ello. Se había preparado para el momento. Recibió el golpe con un ligero estremecimiento, pero nada más.

Miró un rato. Nadie habló. Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración. Volví mi atención hacia el señor Pérez. Tenía los ojos posados en el suelo. Los tenía húmedos. Vi que le temblaban los labios.

Sin apartar la mirada, la señora Pérez dijo:

—No es nuestro hijo.

Silencio. No me esperaba eso.

—¿Está segura, señora Pérez? —dijo York.

Ella no contestó.

—Era un adolescente la última vez que le vio —continuó York—. Entonces llevaba los cabellos largos.

—Sí.

—Este hombre va rapado. Y lleva barba. Han pasado muchos años, señora Pérez. No se apresure.

Por fin, la señora Pérez apartó los ojos del cadáver. Volvió la cabeza hacia

York y éste calló.

—No es Gil —volvió a decir.

York tragó saliva y miró al padre.

—¿Señor Pérez?

Él asintió con la cabeza y se aclaró la garganta.

—Ni siquiera se parecen. —Cerró los ojos y otro temblor le sacudió la cara —. Sólo es...

—Sólo coincide la edad —acabó la señora Pérez.

—No sé si le entiendo —dijo York.

—Cuando pierdes a un hijo de esta manera, siempre haces cábalas. Para nosotros siempre será un chico. Pero de haber vivido, sí, tendría la misma edad que este hombre fornido. Te preguntas cómo sería. Si estaría casado. Si tendría hijos. Qué aspecto tendría.

—¿Y están seguros de que este hombre no es su hijo?

Ella sonrió de la forma más triste que había visto en mi vida.

—Sí, detective, estoy segura.

—Siento haberles hecho venir —se disculpó York.

Iban a darse la vuelta, cuando yo dije:

—Enséñeles el brazo.

Todos se volvieron a mirarme. La mirada de láser de la señora Pérez se clavó en mí. Había algo en ella, una extraña expresión de astucia, casi de desafío. El señor Pérez habló primero.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Yo tenía los ojos puestos en la señora Pérez. Ella volvió a sonreír tristemente.

—Es el chico de los Copeland, ¿no?

—Sí, señora.

—El hermano de Camille Copeland.

—Sí.

—¿Es usted quien ha hecho la identificación?

Quería hablarles de los recortes y del anillo, pero tenía la sensación de que se me acababa el tiempo.

—El brazo —dije—. Gil tenía esa fea cicatriz en el brazo.

Asintió.

—Uno de nuestros vecinos tenía llamas, y las guardaba dentro de una verja de alambre espinoso. Gil siempre había sido bueno escalando. Cuando tenía ocho años intentó meterse en el corral. Resbaló y el alambre se le clavó en el hombro.

—Se volvió a mirar a su marido—. ¿Cuántos puntos le pusieron, Jorge?

Jorge Pérez también sonrió tristemente.

—Veintidós.

Aquello no era lo que nos había contado Gil. Se había inventado un cuento de una pelea con navajas que sonaba como una mala producción de *West Side Story*.

Entonces no le creí, ni siquiera de niño, así que esa contradicción no me sorprendió.

—La recuerdo del campamento —dije. Señalé con la barbilla hacia el cristal—. Miren su brazo.

El señor Pérez meneó la cabeza.

—Pero si ya hemos dicho...

Su mujer le puso una mano en el brazo, haciéndole callar. Estaba claro que ella era la que llevaba la voz cantante. Movié la cabeza en mi dirección antes de girarse hacia el cristal.

—Enséñemelo —dijo.

Su marido parecía confundido, pero se colocó al lado de ella, tras el cristal. Esta vez ella le cogió la mano. El hombre barbudo ya se había llevado la camilla. York golpeó el cristal. El hombre barbudo se sobresaltó. York le hizo señas para que volviera a traer la camilla a la ventana y el hombre obedeció.

Me acerqué más a la señora Pérez. Olí su perfume. Me resultaba vagamente familiar, pero no recordaba de dónde. Me coloqué a un palmo de ellos, y miré entre sus cabezas.

York apretó el botón blanco del intercomunicador.

—Por favor, enséñeles los brazos.

El hombre barbudo retiró la sábana, con la misma técnica respetuosa de antes. La cicatriz estaba allí, un mal corte. La señora Pérez volvió a sonreír, pero una sonrisa indefinible: ¿triste, contenta, confundida, falsa, ensayada, espontánea? Ni idea.

—El izquierdo —dijo.

—¿Qué?

Se volvió hacia mí.

—Esa cicatriz en el brazo izquierdo —dijo—, la tenía Gil en el derecho. Y la de Gil no era tan larga ni tan profunda.

El señor Pérez se volvió hacia mí y me puso una mano en el brazo.

—No es él, señor Copeland. Comprendo que desee que sea Gil. Pero no lo es. No volverá con nosotros. Y su hermana tampoco.

Capítulo 6

Cuando volví a casa, Loren Muse se paseaba arriba y abajo como un león acechando a una gacela herida. Cara estaba en el asiento de atrás del coche. Tenía clase de danza en una hora. No la acompañaba yo, sino Estelle, la niñera. Pagaba a Estelle más de lo normal, y no me importaba. Si encuentras a alguien que es bueno y además conduce, le pagas lo que te pida.

Me detuve en la entrada. La casa era de una sola planta, con tres dormitorios y tanta personalidad como el pasillo del depósito. Se suponía que iba a ser una casa «para empezar». Jane quería que nos mudáramos a una mansión, tal vez en Franklin Lakes. A mí no me importaba mucho donde vivía. No estoy pendiente de las casas o los coches, y dejaba que Jane se saliera con la suya en estos temas.

Echaba de menos a mi esposa.

Loren Muse tenía una sonrisa de depredadora en la cara. Muse no serviría como jugadora de *poker*, eso estaba claro.

—Tengo todas las facturas. Y los registros del ordenador también. Todo. — Después se volvió hacia mi hija—. Hola Cara.

—¡Loren! —gritó Cara.

Bajó del coche. A Cara le gustaba Muse. Ésta se llevaba bien con los niños. Muse nunca había estado casada, nunca había tenido hijos. Hacía unas semanas me había presentado a su último novio. El chico no estaba a su altura, pero ésa parecía ser la norma con las mujeres de una cierta edad.

Muse y yo lo esparcimos todo por el suelo del estudio: declaraciones de testigos, informes de la policía, registros telefónicos, todas las facturas de la fraternidad. Comenzamos con las facturas de la fraternidad, y había una tonelada. Todos los móviles. Todos los pedidos de cerveza. Todas las compras por internet.

—Bueno —dijo Muse—, ¿se puede saber qué buscamos?

—No tengo ni idea.

—Creía que tenías algo.

—Sólo una sensación.

—Oh, por favor. No me digas que sigues una corazonada.

—Jamás —dije.

Seguimos buscando.

—Bueno —dijo ella—, ¿estamos mirando estos papeles en busca de un rótulo que diga: «Gran pista por aquí»?

—Buscamos un catalizador —dije.

—Bonita palabra. ¿En forma de qué?

—No lo sé, Muse. Pero la respuesta está aquí. Es como si pudiera verla.

—Vaaaale —dijo, haciendo un gran esfuerzo por no levantar los ojos al cielo.

Seguimos buscando. Pedían *pizzas* prácticamente cada noche, ocho, a Pizza-To-Go, y las cargaban directamente a su tarjeta de crédito. Tenían Netflix para poder alquilar películas en DVD regularmente, de tres en tres, entrega a domicilio, y a algo llamado HotFlixxx, para hacer lo mismo con las porno. Habían encargado camisetas de golf con el logo de la fraternidad. El logo de la fraternidad también estaba en las pelotas de golf, toneladas de ellas.

Intentamos ordenarlo todo de alguna manera. No tengo ni idea de por qué.

Cogí la factura de HotFlixxx y se la enseñé a Muse.

—Barato —señalé.

—Internet ha vuelto accesible el porno y las masas pueden permitírselo.

—Es bueno saberlo —dije.

—Pero podría ser algo —dijo Muse.

—¿El qué?

—Chicos jóvenes, mujeres a tope. O en este caso, mujer.

—Explicate —pedí.

—Quiero que contratemos a alguien de fuera.

—¿A quién?

—A una investigadora privada llamada Cingle Shaker. ¿Has oído hablar de ella?

Asentí. Ya lo creo.

—Qué digo «oído» —insistió—. ¿La has visto?

—No.

—Pero ¿has «oído» hablar de ella?

—Sí, he oído hablar de ella —dije.

—Pues no es una exageración. Cingle Shaker tiene un cuerpo que no sólo hace parar el tráfico, sino que levanta el asfalto y arrasa las medianas de la autopista. Y es muy buena. Si alguien puede hacer hablar a los chicos de la fraternidad, es Cingle.

—De acuerdo —dije.

Horas después, ni siquiera sé cuántas, Muse se levantó.

—Aquí no hay nada, Cope.

—Eso parece, ¿no?

—¿Mañana preparas el testimonio con Chamique?

—Sí.

Me miró desde arriba.

—Aprovecharás más el tiempo trabajando con ella.

Le dediqué un saludo militar burlón. Chamique y yo ya habíamos trabajado en su testimonio, pero no tanto como se podría imaginar. No quería que sonara ensayado. Tenía pensada otra estrategia.

—A ver qué puedo conseguirte —dijo Muse.

Salió por la puerta con su mejor pose amenazadora.

Estelle nos preparó la cena: espaguetis y albóndigas. No es una gran cocinera, pero se podía comer. Después llevé a Cara a Van Dyke's a tomar un helado, como un premio. Estaba más charlatana. Por el retrovisor, la veía en su asiento con el cinturón puesto. Cuando yo era niño, se nos permitía sentarnos delante. Ahora era necesario alcanzar la edad legal para beber antes de poder sentarnos delante.

Intenté escucharla pero Cara sólo decía una tontería tras otra, como hacen los niños. Parece que Brittany había sido mala con Morgan y por eso Kylie le había tirado un borrador y después Kylie, no Kylie G sino Kylie N —había dos Kylies en la clase—, no quería ir a los columpios a la hora del patio a menos que Kiera también fuera. Yo miraba de vez en cuando su cara animada, arrugada como si imitara a un adulto. Me invadió esa sensación abrumadora. Se infiltró dentro de mí. A los padres les asalta de vez en cuando. Estás mirando a tu hijo en un momento cualquiera, no mientras está en un escenario ni en una competición, sólo está ahí y le miras y sabes que es toda tu vida y eso te conmueve y te asusta y te gustaría detener el tiempo.

Había perdido a una hermana. Había perdido a una esposa. Y más recientemente, había perdido a mi padre. En las tres ocasiones me había hundido. Pero al mirar a Cara, la forma como gesticulaba y abría mucho los ojos, supe que había un golpe del que no me recuperaría nunca.

Pensé en mi padre. En el bosque. Con aquella pala. Su corazón roto. Buscando a su hijita. Pensé en mi madre. Se había ido. No sabía dónde estaba. A veces todavía pienso en buscarla. Pero ya no tan a menudo. Durante años la odié. Puede que todavía la odie. O puede que ahora que tengo una hija comprenda un poco mejor el dolor que debió de experimentar.

Entramos en casa y sonó el teléfono. Estelle se llevó a Cara y yo respondí.

—Diga.

—Tenemos un problema, Cope.

Era mi cuñado, Bob, el marido de Greta. Era presidente de la asociación benéfica JaneCare. Greta, Bob y yo la fundamos después de la muerte de mi esposa. Me había dado una prensa estupenda. Un homenaje a mi hermosa y amada esposa.

Vaya, a todos debía de parecerles que había sido un esposo maravilloso.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tu caso de violación nos está costando caro. El padre de Edward Jenrette ha hecho que varios de sus amigos se retracten de sus compromisos.

—Qué elegante.

Cerré los ojos.

—Peor, está diciendo por ahí que hemos echado mano a los fondos. EJ Jenrette es un hijo de puta muy bien relacionado. Ya estoy recibiendo llamadas.

—Que nos inspeccionen —dije—. No encontrarán nada.

—No seas ingenuo, Cope. Competimos con otras asociaciones por las subvenciones. El más mínimo indicio de escándalo y estamos acabados.

—No podemos hacer nada, Bob.

—Es cierto, pero es que... estamos haciendo un buen trabajo, Cope.

—Lo sé.

—Y conseguir fondos siempre es difícil.

—¿Qué propones?

—Nada. —Bob vaciló e intuí que tenía algo más que decir. Así que esperé—: Pero en fin, Cope, vosotros siempre hacéis tratos, ¿no?

—Los hacemos, sí.

—Dejáis pasar una injusticia menor para poder castigar un delito más grave.

—Cuando es necesario.

—Esos dos chicos. Me han dicho que son buenos chicos.

—Pues te han informado mal.

—Mira, no digo que no merezcan ser castigados, pero a veces hay que negociar. El bien mayor. JaneCare está avanzando mucho. Podría ser el bien mayor. Es lo único que quiero decir.

—Buenas noches, Bob.

—No te enfades, Cope. Sólo quería ayudar.

—Lo sé. Buenas noches, Bob.

Colgué. Me temblaban las manos. El hijo de puta de Jenrette no había ido a por mí. Había ido a por la memoria de mi esposa. Subí la escalera. La rabia me consumía. La canalizaría. Me senté a la mesa. Sólo había dos fotos encima. Una era la foto escolar de mi hija, Cara. Tenía un lugar preferencial en el centro de la mesa.

La segunda fotografía era una granulada de mis abuelos en la vieja patria, Rusia, o como lo llamaban cuando ellos murieron en ese gulag, la Unión Soviética. Murieron cuando yo era muy pequeño, cuando todavía vivíamos en Leningrado, pero conservo un vago recuerdo de ellos, especialmente de la mata de cabellos blancos de mi abuelo.

A menudo me pregunto por qué tengo esa fotografía sobre la mesa.

Su hija, mi madre, me había abandonado, ¿no? Es una idiotez si te paras a pensarlo, pero a pesar del dolor que evocaba, la fotografía tenía una extraña importancia para mí. Miraba a mis abuelos y pensaba en las vueltas que da la vida y en las maldiciones familiares y en dónde había empezado todo.

Antes había fotos de Jane y Camille. Me gustaba tenerlas a la vista. Me consolaban. Pero que a mí me consolaran los muertos no significa que consolaran a mi hija. Era difícil encontrar un equilibrio con una niña de seis años. Quieres hablarle de su madre. Quieres que lo sepa todo de Jane, de su estupendo espíritu, de cuánto había querido a su niña. También quieres ofrecerle algún consuelo, como que su madre está en el cielo observándola. Pero yo no creía en

eso. Me gustaría. Me gustaría creer que existe una maravillosa vida eterna y que desde arriba, mi esposa, mi hermana y mi padre nos sonríen. Pero no logro creerlo. Y cuando le cuento estas cosas a mi hija, tengo la sensación de estar mintiéndole. Lo hago de todos modos. Por ahora es como una especie de Santa Claus o conejito de Pascua, algo temporal y tranquilizador, pero al final ella, como todos los niños, sabrá que no es más que otra mentira paterna con muy poca justificación. O puede que me equivoque y estén allí arriba mirándonos. Puede que ésta sea la conclusión a la que llegue Cara algún día.

A medianoche, por fin, me permití pensar en lo que quería pensar: mi hermana, Camille, Gil Pérez, y aquel verano mágico y horrible. Volví mentalmente al campamento. Pensé en Camille. Pensé en aquella noche. Y por primera vez en varios años, me permití pensar en Lucy.

Una sonrisa triste cruzó mi cara. Lucy Silverstein había sido mi primera novia de verdad. Nos iba de maravilla, un romance de verano de cuento de hadas, hasta aquella noche. No tuvimos ocasión de romper, los asesinatos nos separaron. Nos alejaron cuando todavía estábamos enredados el uno en el otro, en un punto en que nuestro amor, por tonto e inmaduro que fuera, estaba alimentándose y creciendo.

Lucy era el pasado. Me había dado un ultimátum a mí mismo y la había apartado de mi vida. Pero el corazón no entiende mucho de ultimátums. A lo largo de los años, he intentado descubrir a qué se dedica Lucy, introduciendo su nombre y otros datos en Google, aunque dudo que nunca tenga valor para ponerme en contacto con ella. Nunca descubrí nada. Me imagino que, después de lo que pasó, se habrá cambiado el apellido por prudencia. Probablemente ahora esté casada, como yo lo estuve. Probablemente sea feliz. Esperaba que lo fuera.

Me sacudí esos pensamientos. Ahora mismo necesitaba pensar en Gil Pérez. Cerré los ojos y volví atrás. Pensé en él en el campamento, cuando montábamos a caballo, cuando le pegaba puñetazos en broma en el brazo, y en cómo él solía decir: « ¡Enclenque! Ni me he enterado » .

Le veía con el torso delgado, los pantalones cortos demasiado grandes antes de que se pusieran de moda, la sonrisa que necesitaba ortodoncia con urgencia, la...

Abrí los ojos. Algo estaba mal.

Bajé al sótano. Encontré la caja de cartón enseguida. Jane era buena etiquetando las cosas. Vi su pulcra letra en un lado de la caja. Aquello hizo que me detuviera. La letra es algo tan personal. La rocé con los dedos. Toqué su letra y la imaginé con el gran rotulador en la mano, el capuchón en la boca mientras escribía en letras grandes: FOTOGRAFÍAS - COPELAND.

En mi vida había cometido muchos errores. Pero Jane... fue mi único gran acierto. Su bondad me transformó, me hizo mejor y más fuerte en todos los sentidos. La amaba y éramos apasionados, pero más que eso, ella tenía la

capacidad de hacerme mejor. Yo era neurótico e inseguro, un niño con beca en una escuela donde había muy pocos, y ella era un ser casi perfecto que vio algo en mí. ¿Cómo? ¿Cómo podía yo ser horrible e inútil si un ser tan magnífico me amaba?

Jane era mi roca. Y un día se puso enferma. Mi roca se desmenuzó. Y yo también.

Encontré las fotografías de aquel verano de hacía tanto tiempo. No había ninguna de Lucy. Había tenido la sensatez de tirarlas todas hacía años. Lucy y yo también teníamos nuestras canciones —Cat Stevens, James Taylor—, temas tan empalagosos como para vomitar. Me cuesta escucharlas. Todavía hoy. Procuero que no se introduzcan en mi iPod. Si las ponen en la radio, cambio de emisora a la velocidad del rayo.

Repasé un montón de fotos de aquel verano. La mayoría eran de mi hermana. Fui mirándolas hasta que encontré una que se tomó tres días antes de su muerte. En la foto salía Doug Billingham, su novio. Un chico rico. Mi madre estaba encantada, evidentemente. El campamento era una rara mezcla de privilegiados y pobres. Dentro del campamento, las clases altas y bajas se mezclaban al nivel más equitativo que es posible imaginar. Así lo quería el *hippie* que dirigía el campo, el encantador padre *hippie* de Lucy, Ira.

Margot Green, otra niña rica, estaba entre ellos. Siempre estaba en medio. Era la tía buena del campamento y lo sabía. Era rubia y desarrollada, y lo explotaba a todas horas. Siempre salía con chicos mayores, al menos hasta Gil, y para los meros mortales que la rodeaban, la vida de Margot era como algo salido de la tele, un melodrama que todos observábamos con fascinación. La miré y me imaginé el corte en su garganta. Cerré los ojos un segundo.

Gil Pérez también estaba en la foto. Para eso había bajado al sótano.

Enfoqué la luz de la mesa y miré más de cerca.

Mientras estaba arriba había recordado algo. Yo soy diestro, pero cuando pegaba puñetazos a Gil en el brazo utilizaba la mano izquierda. Lo hacía para evitar tocar su horrible cicatriz. Estaba curada, pero me daba miedo tocarla. Como si pudiera abrirse y empezar a sangrar. Por eso utilizaba la mano izquierda y le pegaba en el brazo derecho. Entorné los ojos y me acerqué más.

Veía el extremo de la cicatriz asomando por debajo de la camiseta.

La habitación empezó a dar vueltas.

La señora Pérez había dicho que la cicatriz de su hijo estaba en el brazo derecho. Pero entonces yo le habría golpeado con la mano derecha, ergo le habría dado en el hombro izquierdo. Pero yo no hacía eso. Yo le pegaba con la mano izquierda... en el hombro derecho.

Ahora tenía la prueba.

La cicatriz de Gil Pérez estaba en el brazo izquierdo.

La señora Pérez había mentido.

Y ahora debía preguntarme por qué.

Capítulo 7

Aquella mañana llegué temprano a mi despacho. En media hora tendría a Chamique Johnson, la víctima, en el estrado. Estaba repasando las notas, pero cuando dieron las nueve ya había terminado. Así que llamé al detective York.

—La señora Pérez mintió —dije.

Escuchó mis explicaciones.

—Mintió —repetió York en cuanto terminé de hablar—. ¿No cree que sea un poco fuerte?

—¿Cómo lo llamaría usted?

—¿Que se equivocó?

—¿Se equivocó confundiendo el brazo en el que su hijo tenía la cicatriz?

—Pues sí, por qué no. Ya sabía que no era él. Es natural.

No me lo tragaba.

—¿Han descubierto algo nuevo?

—Creemos que Santiago estaba viviendo en Nueva Jersey.

—¿Tiene su dirección?

—No. Pero tenemos una novia. O creemos que es la novia. Al menos una amiga.

—¿Cómo la han encontrado?

—Por el móvil vacío. Llamó buscándole.

—¿Y quién era en realidad? Me refiero a Manolo Santiago.

—No lo sabemos.

—¿La novia no se lo ha dicho?

—La novia sólo le conocía como Santiago. Ah, una cosa importante.

—¿Qué?

—Su cadáver fue trasladado. Lo sabíamos desde el principio pero ahora nos lo han confirmado. Nuestro forense dice, basándose en el sangrado o algún detalle por el estilo que ni entiendo ni quiero entender, que Santiago estaba muerto probablemente una hora antes de que lo tiraran allí. Han hallado fibras de alfombra y cosas así. La investigación preliminar dice que probablemente proceden de un coche.

—¿Así que a Santiago lo asesinaron, lo metieron en un maletero y lo abandonaron en Washington Heights?

—Es nuestra hipótesis de trabajo.

—¿Tienen la marca del coche?

—Todavía no. Pero el forense dice que es un modelo antiguo. Por ahora sólo sabe eso, pero siguen investigando.

—¿Cómo de antiguo?

—No lo sé. No es nuevo. Por favor, Copeland, tómeselo con calma.

—Tengo un gran interés personal en este caso.

—Hablando de eso...

—¿Qué?

—¿Por qué no nos echa una mano?

—¿Qué quiere decir?

—Tengo una acumulación de casos que es de locos. Ahora tenemos una posible conexión en Nueva Jersey: probablemente Santiago vivía allí. O al menos su novia sí vive allí. Y allí es exclusivamente donde le veía, en Nueva Jersey.

—¿En mi condado?

—No, creo que en el Hudson. O puede que en Bergen. Mire, no tengo ni idea. Pero está muy cerca. Y permítame que añada algo a todo este batiburrillo.

—Le escucho.

—Su hermana vivía en Nueva Jersey, ¿no?

—Sí.

—No es mi jurisdicción. Probablemente usted podría reclamar el caso, aunque no esté en su condado. Abrir el caso antiguo; no creo que nadie más lo reclame.

Lo pensé un momento. En parte me estaba camelando. Esperaba que yo hiciera parte de su trabajo de campo y después llevarse él la gloria, pero me parecía bien.

—Esa novia —dije— ¿tiene un nombre?

—Raya Singh.

—¿Y una dirección?

—¿Va a hablar con ella?

—¿Le importa?

—Mientras no se cargue mi caso, puede hacer lo que le plazca. Pero ¿puedo darle un consejo de amigo?

—Por supuesto.

—Ese perturbado, el Monitor Degollador. He olvidado su nombre.

—Wayne Steubens —dije.

—Usted le conoció, ¿no?

—¿Ha leído el expediente del caso? —pregunté.

—Sí. Le investigaron a fondo por culpa de eso, ¿no?

Todavía recuerdo al *sheriff* Lowell, y su expresión de escepticismo. Comprensible, por supuesto.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Sólo esto: Steubens sigue intentando anular su condena.

—Nunca le juzgaron por esos cuatro primeros asesinatos —dije—. No los necesitaban, porque ya tenían pruebas más sólidas en los otros casos.

—Lo sé. Aun así estaba relacionado con ellos. Si realmente se trata de Gil Pérez y Steubens se enterara... no sé, podría ayudarle. ¿Entiende a qué me refiero?

Me estaba diciendo que fuera discreto hasta que tuviera algo seguro. Estaba de acuerdo. Lo último que quería era ayudar a Wayne Steubens.

Colgamos. Loren Muse asomó la cabeza en mi despacho.

—¿Tienes algo nuevo para mí? —pregunté.

—No, lo siento. —Miró su reloj—. ¿A punto para tu gran presentación?

—Totalmente.

—Pues vamos. Empieza el espectáculo.

—El pueblo llama a Chamique Johnson.

Chamique iba vestida de modo conservador pero no de forma exagerada. Se le veía el estilo. También las curvas. Incluso hice que se pusiera tacones. A veces uno intenta obstruir la visión del jurado. Y hay veces, como ésta, en que tu única posibilidad es que vean todo el panorama, verrugas incluidas.

Chamique mantuvo la cabeza alta. Sus ojos iban de derecha a izquierda, no de una forma deshonesto, al estilo Nixon, sino como si estuviera alerta por si le caía algún golpe. Llevaba un poco de exceso de maquillaje. Pero eso tampoco importaba. La hacía parecer una chica haciéndose pasar por una adulta.

Había gente en mi oficina que no estaba de acuerdo con mi estrategia. Pero yo creía que si tienes que hundirte, es mejor hundirte con la verdad. Y eso es lo que estaba dispuesto a hacer.

Chamique dijo su nombre y juró sobre la Biblia antes de sentarse. Le sonreí y la miré a los ojos. Chamique me saludó con una inclinación de cabeza, como dándome el visto bueno para empezar.

—Trabaja usted como *stripper*, ¿no es cierto?

Que empezara con una pregunta como ésta, sin ningún preliminar, sorprendió al público. Se oyeron algunas exclamaciones. Chamique pestañeó. Tenía una idea aproximada de lo que yo pretendía hacer, pero no había sido muy concreto intencionadamente.

—A tiempo parcial —dijo.

No me gustó esta respuesta. Era demasiado cautelosa.

—Pero se desnuda por dinero, ¿no?

—Sí.

Eso me gustó más. Sin vacilación.

—¿Se desnuda en clubes o en fiestas privadas?

—En los dos.

—¿En qué club se desnuda?

—En el Pink Tail. Está en Newark.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté.

—Dieciséis.

—¿No es necesario tener dieciocho para hacer *striptease*?

—Sí.

—¿Cómo lo hace entonces?

Chamique se encogió de hombros.

—Conseguí un carné falso; pone que tengo veintiuno.

—¿Así que ha vulnerado la ley?

—Supongo que sí.

—¿Ha vulnerado la ley o no? —pregunté.

Lo dije con una voz un poco dura. Chamique lo entendió. Quería que fuera sincera. Quería que —perdón por la bromita— que se desnudara totalmente. La dureza fue un recordatorio.

—Sí, vulneré la ley.

Miré hacia la mesa de la defensa. Mort Pubin me observaba como si me hubiera vuelto loco. Flair Hickory tenía las palmas de las manos apretadas, y el dedo índice apoyado en los labios. Sus dos clientes, Barry Marantz y Edward Jenrette, llevaban americanas azules y estaban pálidos. No parecían presuntuosos, seguros de sí mismos ni perversos. Parecían contritos y asustados, y muy jóvenes. Un cínico diría que era intencionado, que sus abogados les habían aconsejado cómo sentarse y qué expresiones poner. Pero yo sabía que no. Aun así no permití que eso me afectara.

Sonreí a mi testigo.

—No es la única, Chamique. Encontramos un montón de carnés falsos en la fraternidad de sus violadores, para poder salir y disfrutar de fiestas para adultos. Al menos usted lo hizo para ganarse la vida.

Mort se puso de pie.

—Protesto.

—Aceptada.

Pero ya estaba dicho. Como dice el refrán: « Lo dicho, dicho está » .

—Señorita Johnson —continué—, no es usted virgen, ¿verdad?

—No.

—De hecho, tiene un hijo y es soltera.

—Sí.

—¿Cuántos años tiene su hijo?

—Quince meses.

—Dígame, señorita Johnson: ¿el hecho de no ser virgen y tener un hijo siendo soltera la convierte en un ser humano inferior?

—¡Protesto!

—Aceptada.

El juez, un tal Arnold Pierce, de cejas pobladas, me miró con mala cara.

—Sólo pongo de relieve lo que es obvio, señoría. Si la señorita Johnson fuera una rubia de clase alta de Short Hills o Livingston...

—Resérvelo para las conclusiones, señor Copeland.

Lo haría. Y lo había usado para la apertura. Me dirigí a la víctima.

—¿Le gusta ser *stripper*, Chamique?

—¡Protesto! —Mort Pubin estaba de pie otra vez—. Irrelevante. ¿A quién le importa si le gusta ser *stripper* o no?

El juez Pierce me miró.

—¿Y bien?

—Hagamos una cosa —dije, mirando a Pubin—. Yo no le preguntaré por el *striptease* si usted tampoco lo hace.

Pubin se quedó inmóvil. Flair Hickory todavía no había hablado. No le gustaba protestar. En general a los jurados no les gustan las protestas. Creen que estás ocultando algo. Flair quería caer bien. Por eso hacía que Mort se encargara del trabajo sucio. Era la versión abogado de poli bueno, poli malo.

Volví a mirar a Chamique.

—La noche que la violaron no estaba haciendo *striptease*, ¿verdad?

—¡Protesto!

—Presunta violación —corregí.

—No —dijo Chamique—. Me invitaron.

—¿La invitaron a una fiesta en la fraternidad donde viven el señor Marantz y el señor Jenrette?

—Sí.

—¿La invitaron el señor Marantz o el señor Jenrette?

—No.

—¿Quién la invitó?

—Otro chico que vivía allí.

—¿Cómo se llama?

—Jerry Flynn.

—Ya. ¿Cómo conoció al señor Flynn?

—La semana anterior había trabajado en la fraternidad.

—Cuando dice que trabajó en la fraternidad...

—Hice un *striptease* para ellos —acabó Chamique.

Me gustó. Estábamos cogiendo el ritmo.

—¿Y el señor Flynn estaba allí?

—Estaban todos.

—Cuando dice «estaban todos»...

Señaló a los dos acusados.

—Ellos también estaban. Y un puñado de chicos más.

—¿Cuántos calcula usted?

—Veinte, puede que veinticinco.

—De acuerdo, pero ¿fue el señor Flynn quien la invitó a la fiesta una semana después?

—Sí.

—¿Y usted aceptó la invitación?

Ya tenía los ojos húmedos, pero mantuvo la cabeza alta.

—Sí.

—¿Por qué decidió ir?

Chamique lo pensó un momento.

—Es como si un multimillonario te invitara a su yate.

—¿Estaba impresionada con ellos?

—Sí, claro.

—¿Y por su dinero?

—Eso también —dijo.

Me encantó esta respuesta.

—Y Jerry se portó bien conmigo cuando fui a hacer el *striptease* —continuó.

—¿El señor Flynn la trató bien?

—Sí.

Asentí. Me estaba adentrando en territorio peligroso, pero me lancé.

—Por cierto, Chamique, volviendo a la noche que la contrataron como *stripper*... —noté que la voz se me volvía más profunda—. ¿Realizó otros servicios para alguno de los hombres del público?

La miré a los ojos. Tragó saliva, pero aguantó el tipo. Habló en voz baja, sin desafíos.

—Sí.

—¿Fueron favores de carácter sexual?

—Sí.

Bajó la cabeza.

—No se avergüence —dije—. Necesitaba el dinero. —Señalé la mesa de la defensa—. ¿Cuál es su excusa?

—¡Protesto!

—Aceptada.

Pero Mort Pubin no había terminado.

—Señoría, ¡esa afirmación ha sido una ofensa!

—Es una ofensa —acepté—. Debería castigar a sus clientes inmediatamente.

Mort Pubin se puso rojo. Su voz era un gimoteo.

—¡Señoría!

—Señor Copeland.

Levanté una mano hacia el juez en señal de reconocimiento y contrición. Soy un ferviente creyente en sacar a la luz todas las malas noticias durante mi interrogatorio, es decir, a mi manera. Le quitas mucho hierro al asunto.

—¿Estaba interesada en el señor Flynn como posible novio?

Mort Pubin otra vez:

—¡Protesto! ¿Qué relevancia tiene?

—¿Señor Copeland?

—Sin duda es relevante. Ellos dirán que la señorita Johnson está inventando los cargos para aprovecharse económicamente de sus clientes. Intento establecer el estado de ánimo de la señorita Johnson aquella noche.

—Lo permitiré —dijo el juez Pierce.

Repetí la pregunta.

Chamique hizo una mueca y eso delató su edad.

—Jerry estaba fuera de mi alcance.

—¿Pero?

—Pero... no sé. Nunca había conocido a alguien como él. Me abrió una puerta para que pasara. Era tan amable. No estoy acostumbrada.

—Y es rico. Comparado con usted.

—Sí.

—¿Eso era importante para usted?

—Claro.

Me encantó su sinceridad.

Los ojos de Chamique fueron rápidamente hacia el jurado. La expresión desafiante había vuelto.

—Yo también tengo sueños.

Dejé que esto calara antes de continuar.

—¿Y qué sueños tenía esa noche, Chamique?

Mort Pubin estaba a punto de protestar otra vez, pero Flair Hickory le contuvo poniéndole una mano en el brazo.

Chamique se encogió de hombros.

—Es una tontería.

—Dígamelo de todos modos.

—Pensé que quizá... era una tontería... pensé que quizá podía gustarle, ¿entiende?

—Entiendo —dije—. ¿Cómo fue a la fiesta?

—Cogí un autobús en Irvington y después caminé.

—Y cuando llego a la fraternidad, ¿el señor Flynn estaba allí?

—Sí.

—¿Seguía mostrándose amable?

—Al principio sí. —Se le escapó una lágrima—. Estuvo muy amable. Fue...

Calló.

—¿Fue qué, Chamique?

—Al principio —le resbaló otra lágrima por la mejilla— fue la mejor noche de mi vida.

Dejé que las palabras calaran. Se le escapó otra lágrima.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

Chamique se secó la lágrima.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

Su voz volvía a ser dura.

—Formule su pregunta, señor Copeland —dijo.

Lo hacía estupendamente. El jurado estaba atento, pendiente de todas sus palabras, y la creían.

—¿Hubo un momento en el que el comportamiento del señor Flynn hacia usted cambió?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Le vi susurrar algo a ese otro de allí —respondió señalando a Edward Jenrette.

—¿El señor Jenrette?

—Sí, él.

Jenrette intentó encogerse ante la mirada de Chamique. Lo consiguió a medias.

—¿Vio que el señor Jenrette susurraba algo al señor Flynn?

—Sí.

—¿Y qué pasó a continuación?

—Jerry me preguntó si quería dar un paseo.

—¿Se refiere a Jerry Flynn?

—Sí.

—De acuerdo. Cuente lo que sucedió.

—Salimos. Tenían un barril de cerveza. Me preguntaron si quería una. Dije que no. Se comportaba de una forma nerviosa.

Mort Pubin se levantó.

—Protesto.

Hice un gesto de exasperación.

—Señoría.

—Lo permitiré —concedió el juez.

—Adelante —dije.

—Jerry sirvió una cerveza del barril y se quedó mirándola fijamente.

—¿Mirando la cerveza?

—Sí, algo así. Ya no me miraba a mí. Algo había cambiado. Le pregunté si estaba bien. Dijo que sí, que todo iba de maravilla. Y entonces —no se le quebró la voz, pero estuvo a punto— me dijo que estaba muy buena y que le gustaba ver cómo me quitaba la ropa.

—¿Eso la sorprendió?

—Sí, nunca me había hablado así antes. Hablaba con voz ronca. —Tragó saliva—. Como los otros.

—Continúe.

—Dijo: « ¿Quieres subir a ver mi habitación?» .

—¿Qué contestó usted?

—Dije que bueno.

—¿Quería ir a su habitación?

Chamique cerró los ojos. Le cayó otra lágrima. Negó con la cabeza.

—Debe responder en voz alta.

—No —dijo ella.

—¿Por qué subió?

—Quería gustarle.

—¿Y creía que le gustaría si subía con él a su habitación?

—Sabía que no le gustaría si le decía que no —dijo Chamique en voz baja.

Me volví y me acerqué a la mesa. Fingí que consultaba mis notas. Sólo quería que el jurado tuviera tiempo de asumirlo todo. Chamique tenía la espalda recta, la barbilla alta. Intentaba que no se le notara, pero toda ella emanaba dolor.

—¿Qué pasó cuando subió?

—Crucé una puerta. —Volvió a mirar a Jenrette—. Y él me agarró.

De nuevo le hice señalar a Edward Jenrette e identificarle por el nombre.

—¿Había alguien más en la habitación?

—Sí. Él.

Señaló a Barry Marantz. Me fijé en las dos familias detrás de los acusados. Los padres tenían esas expresiones mortuorias en las que parece que les tiran de la piel desde atrás; los pómulos parecen demasiado prominentes, los ojos hundidos y rojos. Eran los centinelas, a punto para ofrecer refugio a sus vástagos.

Estaban destrozados. Me sentí mal por ellos. Lástima. Edward Jenrette y Barry Marantz tenían personas que les protegían.

Chamique Johnson no tenía a nadie.

Parte de mí entendía lo que había sucedido. Empiezas a beber, pierdes el control, olvidas que habrá consecuencias. Tal vez no volverían a hacerlo nunca más. Tal vez ya habían aprendido la lección. Pero, de nuevo, lástima.

Había personas que eran malas hasta el meollo, que siempre serían crueles y desagradables y harían daño a otros. Había otras, tal vez la mayoría de los que pasaban por mi oficina, que sólo metían la pata. Mi trabajo no es diferenciar entre unos y otros. Eso lo dejaba para el juez cuando dictara la sentencia.

—Bien —dije—, ¿qué sucedió entonces?

—Él cerró la puerta.

—¿Cuál de los dos?

Señaló a Marantz.

—Chamique, para facilitar las cosas, ¿podría llamarle señor Marantz y al otro señor Jenrette?

Ella asintió.

—Así que el señor Marantz cerró la puerta. ¿Qué sucedió entonces?

—El señor Jenrette me dijo que me pusiera de rodillas.

—¿Dónde estaba el señor Flynn en ese momento?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? —Fingí sorpresa—. ¿No subió con usted la escalera?

—Sí.

—¿No estaba a su lado cuando el señor Jenrette la cogió del brazo?

—Sí.

—¿Entonces?

—No lo sé. No entró en la habitación. Dejó que se cerrara la puerta.

—¿Volvió a verle?

—Hasta más tarde no.

Respiré hondo y me lancé: Le pregunté a Chamique qué había pasado después. La guie para que contara la agresión. El testimonio fue gráfico. Habló con claridad, como si no fuera con ella. Había mucho que explicar: lo que habían dicho, cómo se habían reído, lo que le habían hecho a ella. Necesitaba detalles. No creo que el jurado quisiera oírlos. Lo comprendía. Pero necesitaba que ella fuera lo más explícita posible, que recordara todas las posiciones, quién se había colocado dónde, quién había hecho qué.

Fue agotador.

Cuando terminamos el testimonio de la agresión, le dejé unos segundos antes de afrontar nuestro mayor problema.

—En su testimonio, afirma que los agresores utilizaron los nombres de Cal y Jim.

—Protesto, señoría.

Flair Hickory habló por primera vez. Su voz era tranquila, la clase de tranquilidad que llama la atención.

—No afirmó que ellos utilizaran los nombres de Cal y Jim —dijo Flair—. Afirmó, tanto en su testimonio como en las declaraciones preliminares, que eran Cal y Jim.

—Lo reformularé —dije en un tono exasperado, como diciéndole al jurado: «No sé por qué se pone tan quisquilloso». Volví mi atención a Chamique—. ¿Quién era Cal y quién era Jim?

Chamique identificó a Barry Marantz como Cal y a Edward Jenrette como Jim.

—¿Se presentaron? —pregunté.

—No.

—¿Cómo supo sus nombres, entonces?

—Los utilizaban entre ellos.

—Según su testimonio, por ejemplo, el señor Marantz dijo: «Inclínala, Jim».

¿Cosas así?

—Sí.

—¿Es consciente de que ninguno de los acusados se llama Cal o Jim? —dije.

—Lo sé —dijo ella.

—¿Puede explicárselo?

—No. Sólo he repetido lo que ellos decían.

No vaciló, no intentó poner una excusa, fue una buena respuesta. Abandoné el tema.

—¿Qué pasó después de que la violaran?

—Hicieron que me lavara.

—¿Cómo?

—Me metieron en una ducha. Me enjabonaron. La ducha tenía un mango con teléfono. Hicieron que me frotara.

—¿Y a continuación?

—Me quitaron la ropa, dijeron que iban a quemarla. Me dieron una camiseta y unos pantalones cortos.

—¿Y después?

—Jerry me acompañó a una parada de autobús.

—¿El señor Flynn le dijo algo durante el trayecto?

—No.

—¿Ni una palabra?

—Ni una palabra.

—¿Usted le dijo algo?

—No.

Fingí sorpresa otra vez.

—¿No le dijo que la habían violado?

Sonrió por primera vez.

—¿Cree que no lo sabía?

Lo dejé aquí. Quería volver a cambiar de marcha.

—¿Ha contratado usted un abogado, Chamique?

—Más o menos.

—¿Qué significa más o menos?

—No le contraté exactamente. Él me buscó.

—¿Cómo se llama?

—Horace Foley. No se viste tan bien como el señor Hickory.

Eso hizo sonreír a Flair.

—¿Va a demandar a los acusados?

—Sí.

—¿Por qué va a demandarlos?

—Para que paguen —dijo.

—¿No es lo que estamos haciendo aquí? —pregunté—. ¿Intentar que sean castigados?

—Sí. Pero la demanda es por dinero.

Hice una mueca como si no comprendiera.

—Pero la defensa va a argumentar que se ha inventado estos cargos para extorsionarlos. Va a decir que su demanda lo demuestra, que sólo le interesa el dinero.

—Me interesa el dinero —dijo Chamique—. Nunca he dicho lo contrario.

Esperé.

—¿No le interesa a usted el dinero, señor Copeland?

—Me interesa —dije.

—¿Entonces?

—Entonces la defensa argumentará que es un motivo para mentir —dije.

—No lo puedo evitar —dijo—. Mire, si digo que no me interesa el dinero, eso sí sería una mentira. —Miró hacia el jurado—. Si dijera que el dinero no me interesa, ¿se lo iban a creer? Está claro que no. Lo mismo que si usted me dijera que no le interesa el dinero. Ya me interesaba el dinero antes de que me violaran. Me interesa ahora. No miento. Me violaron. Quiero que vayan a la cárcel. Y si puedo conseguir algo de dinero de ellos, ¿por qué no? Lo necesito.

Retrocedí. La sinceridad, la sinceridad verdadera, tiene un olor característico.

—He terminado —dije.

Capítulo 8

El juicio se aplazó hasta después del almuerzo.

La hora del almuerzo normalmente es el momento de discutir la estrategia con mis subordinados. Pero no era eso lo que quería hacer ahora. Quería estar solo. Quería repasar mentalmente el interrogatorio, descubrir qué había olvidado, imaginar lo que haría Flair a continuación.

Pedí una hamburguesa y una cerveza a una camarera que parecía desear estar en uno de esos anuncios de «¿Necesita una escapada?». Me llamó guapo. Me encanta que las camareras me llamen guapo.

Un juicio consiste en dos narraciones que compiten por llamar la atención. Tienes que convertir a tu protagonista en una persona real. Ser real es mucho más importante que ser puro. Los abogados lo olvidan. Creen que tienen que hacer que sus clientes parezcan encantadores y perfectos. No es verdad. Así que nunca intento engañar al jurado. Las personas son buenos jueces de los caracteres. Es mucho más probable que te crean si muestras tus debilidades. Al menos en mi bando, el de la fiscalía. Cuando eres defensor, te conviene remover las aguas. Como Flair Hickory había dejado muy claro, quieres presentar a esa bella dama denominada «Duda Razonable». Para mí era al contrario. Necesitaba claridad.

La camarera reapareció, dejó la hamburguesa frente a mí y dijo:

—Aquí tienes, guapo.

Miré mi comida. Era tan grasienta que estuve a punto de pedir un angiograma como guarnición. Pero la verdad es que aquella porquería era lo que realmente deseaba. La cogí con ambas manos y sentí cómo mis dedos se hundían en el pan.

—¿Señor Copeland?

No reconocí al joven que estaba de pie a mi lado.

—Si no le importa, intento almorzar —dije.

—Esto es para usted.

Dejó una nota sobre la mesa y se marchó. Era una hoja de un cuaderno amarillo doblada en un pequeño rectángulo. La desdoblé.

Por favor, reúnanse conmigo en el último reservado a su derecha.

EJ Jenrette

Era el padre de Edward. Miré mi amada hamburguesa. Ella me devolvió la mirada. No soporto la comida fría o recalentada. Así que me la comí. Me moría de hambre. Intenté no devorarla. La cerveza estaba buenísima.

Cuando terminé, me levanté y fui hacia el último reservado a mi derecha. EJ Jenrette estaba sentado a la mesa. Tenía un vaso de algo que parecía *whisky*

delante de él. Rodeaba el vaso con ambas manos, como si intentara protegerlo. Tenía los ojos clavados en el líquido.

No levantó la cabeza cuando me senté frente a él. Si estaba preocupado por mi tardanza —vaya, si es que la había notado— lo disimulaba muy bien.

—¿Quería verme? —pregunté.

Él asintió. Era un hombretón de tipo atlético, con una camiseta de diseño que parecía estrangularle el cuello. Esperé.

—Usted tiene una hija —dijo.

Esperé.

—¿Qué haría para protegerla?

—De entrada, nunca la dejaría ir a una fiesta en la fraternidad de su hijo.

Levantó la cabeza.

—No tiene gracia.

—¿Hemos terminado?

Dio un buen trago a su bebida.

—Le daré a la chica cien mil dólares —dijo Jenrette—. Donaré a la asociación benéfica de su esposa otros cien mil.

—Estupendo. ¿Quiere extender los cheques ahora?

—¿Retirá los cargos?

—No.

Me miró a los ojos.

—Es mi hijo. ¿De verdad quiere usted que pase los próximos diez años en la cárcel?

—Sí. Pero será el juez quien decida la sentencia.

—Sólo es un chico. Como mucho, se dejó llevar.

—Tiene una hija, ¿no, señor Jenrette?

El señor Jenrette miró su bebida.

—Si un par de chicos negros de Irvington la cogieran, la metieran en una habitación y le hicieran esas cosas, ¿le gustaría que el asunto se escondiera debajo de la alfombra?

—Mi hija no es *stripper*.

—No, señor, no lo es. Tiene todos los privilegios en la vida. Todas las ventajas. ¿Para qué iba a desnudarse?

—Hágame un favor —dijo—. No me venga con esos rollos socioeconómicos. ¿Está diciendo que porque era pobre no tenía otra salida que dedicarse a la prostitución? Por favor. Es un insulto para las personas desfavorecidas que han trabajado para salir del gueto.

Arqué las cejas.

—¿El gueto?

No dijo nada.

—Vive en Short Hills, ¿no, señor Jenrette?

—¿Y?

—Dígame —dije—. ¿Cuántas de sus vecinas eligen desnudarse o, como dice usted, prostituirse?

—No lo sé.

—Lo que Chamique Johnson haga o no haga es totalmente irrelevante respecto a que la hayan violado. Eso no lo decidimos nosotros. Su hijo no decide quién merece ser violado. Pero la verdad es que Chamique se desnudaba porque tenía unas opciones limitadas. Su hija no. —Meneé la cabeza—. Ya veo que no lo entiende.

—¿Entender qué?

—Que ella se vea obligada a desnudarse y vender su cuerpo no hace menos culpable a Edward. En todo caso, lo hace más culpable.

—Mi hijo no la violó.

—Para esto tenemos los juicios —dije—. ¿Hemos terminado?

Por fin levantó la cabeza.

—Le puedo hacer la vida muy difícil.

—Diría que ya lo está intentando.

—¿La retirada de fondos? —Se encogió de hombros—. Eso no ha sido nada.

Un calentamiento.

Me miró a los ojos y sostuvo la mirada. Había ido demasiado lejos.

—Adiós, señor Jenrette.

Alargó la mano y me cogió el brazo.

—No les condenarán.

—Ya veremos.

—Ha ganado algunos puntos hoy, pero todavía tienen que contrainterrogar a esa puta. No puede explicar por qué dio esos nombres. Eso será su ruina y lo sabe. Escuche mi propuesta.

Esperé.

—Mi hijo y el chico de los Marantz se declararán culpables de cualquier cargo siempre que no implique ir a la cárcel. Cumplirán servicios en la comunidad. Pueden estar en libertad condicional estricta tanto tiempo como le plazca. Me parece justo. A cambio financiaré económicamente a esa mujer y me aseguraré de que JaneCare recibe fondos. Todos ganamos.

—No —dije.

—¿De verdad cree que esos chicos volverán a hacerlo?

—¿Sinceramente? —dije—. Lo más seguro es que no.

—Creía que el objetivo de la cárcel era la rehabilitación.

—Sí, pero a mí no me interesa tanto la rehabilitación —repliqué—. Me interesa la justicia.

—¿Y cree que mandar a mi hijo a la cárcel es hacer justicia?

—Sí —dije—. Pero se lo repito: para eso están los juicios y los jurados.

—¿Se ha equivocado alguna vez, señor Copeland?

No dije nada.

—Porque voy a buscar. Buscaré hasta que dé con ese error que cometió. Y lo utilizaré. Tiene secretos, señor Copeland. Ambos lo sabemos. Si sigue con esta caza, voy a sacarlos a la luz para que todo el mundo los vea. —Parecía estar recuperando la confianza y no me gustó—. Como mucho, mi hijo cometió un error. Intentemos encontrar una forma de enmendar lo que hizo sin arruinarle la vida. ¿Puede entenderlo?

—No tengo nada más que decir —respondí.

No me soltó el brazo.

—Última advertencia, señor Copeland. Haré lo que sea para proteger a mi hijo.

Miré a EJ Jenrette e hice algo que me sorprendió: sonreí.

—¿Qué? —preguntó.

—Es bonito —dije.

—¿Qué es bonito?

—Que su hijo tenga tantas personas luchando por él —dije—. En la sala también. Edward tiene a mucha gente a su lado.

—Le queremos.

—Es bonito —repetí y me solté—. Pero cuando veo a todas esas personas sentadas detrás de su hijo, ¿sabe lo que no puedo evitar notar?

—¿Qué?

—Que Chamique Johnson no tiene a nadie sentado detrás de ella —dije.

—Me gustaría leeros este fragmento de diario —dijo Lucy Gold. A Lucy le gustaba que los alumnos se sentaran formando un círculo. Ella se colocaba en el centro. Era duro, sí, pasear alrededor del «círculo de aprendizaje» como si fuera el luchador malo, pero funcionaba. Al poner a los alumnos en círculo, por grande que éste fuera, todos estaban en primera fila. No había forma de ocultarse.

Lonnie estaba en el aula. Lucy había pensado en hacerle leer a él el diario para poder dedicarse a estudiar las caras de los alumnos, pero el narrador era una mujer. No sonaría bien. Además, el que lo hubiera escrito sabía que Lucy estaría observando las reacciones. Tenía que saberlo. Tenía que estar jugando con ella mentalmente. Así que Lucy decidió que lo leería ella y que Lonnie controlara las reacciones. Y por supuesto, Lucy levantaría la cabeza a menudo, haciendo pausas en la lectura, con la esperanza de captar algo.

Sylvia Potter, la pelota, estaba directamente delante de ella. Tenía las manos dobladas y los ojos muy abiertos. Lucy la miró a los ojos y le sonrió. Sylvia se iluminó. A su lado se sentaba Alvin Renfro, un gandul sin remedio. Renfro estaba

sentado como tantos otros alumnos, como si no tuviera huesos y fuera a caerse de la silla y convertirse en un charco en el suelo.

—« Esto sucedió cuando yo tenía diecisiete años —leyó Lucy—. Estaba en un campamento de verano. Trabajaba de MEP, que es un monitor en prácticas...» .

Mientras seguía leyendo sobre el incidente en el bosque, la narradora y su novio, P, el beso contra el árbol, los gritos en el bosque, Lucy paseaba por el cerrado círculo. Ya había leído el fragmento al menos una docena de veces, pero ahora, al hacerlo en voz alta, sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Notaba las piernas flojas. Lanzó una mirada a Lonnie. Él también había notado algo en su tono y la observaba. Ella le miró como diciendo « se supone que debes observarlos a ellos, no a mí», y se volvió enseñuida.

Al terminar, Lucy animó a los alumnos a hacer comentarios. Esta petición casi siempre seguía la misma rutina. Los alumnos sabían que el autor estaba allí, en aquella aula, pero como la única manera de construirte a ti mismo es hundiendo a los demás, se lanzaban a destriparlo con furia. Levantaban la mano y empezaban siempre con alguna clase de negación, como « ¿Soy sólo yo o...?» o « Podría equivocarme, pero...» y a continuación:

—La escritura es plana...

—No noto su pasión por el tal P, ¿y vosotros?

—¿La mano bajo la blusa? Por favor...

—A mí me ha parecido una tontería.

—El narrador dice: « Nos besamos y fue tan apasionado...» . No digas que fue apasionado, demuéstalo.

Lucy moderaba. Aquélla era la parte más importante de la clase. Era difícil enseñar. A menudo pensaba en sus días de estudio, las horas de lecturas pesadas y cómo no era capaz de recordar absolutamente nada de ellas. Las lecciones que realmente había aprendido, las que había interiorizado y recordaba y utilizaba, eran los comentarios breves que el profesor hacía durante la discusión. Enseñar era cuestión de calidad, no de cantidad. Si hablas demasiado, acabas siendo como el hilo musical, una molesta música de fondo. Si dices muy poco, puedes marcar un gol.

A los profesores también les gusta que les presten atención. Eso puede ser peligroso. Uno de sus primeros profesores le había dado un consejo muy claro sobre esto: no todo gira en torno a ti. Lucy intentaba tenerlo presente siempre. Por otro lado, a los estudiantes tampoco les gusta que te mantengas distante. Así que siempre que tenía ocasión de contar una anécdota, intentaba que fuera una en la que hubiera metido la pata —no tenía que pensar mucho para encontrarlas —, pero que al final había acabado bien.

Otro problema era que los alumnos no decían lo que realmente creían sino lo que esperaban que causara buena impresión. Eso también era lo habitual en las

reuniones del claustro; la prioridad era parecer bueno, no decir la verdad.

Pero esta vez Lucy se mostró más agresiva de lo normal. Quería reacciones. Quería que el autor o la autora se manifestara. Así que insistió.

—Representa que se trata de un recuerdo —dijo—. Pero ¿alguien cree que esto sucedió realmente?

Eso los hizo callar a todos. Había unas reglas no escritas en el aula y Lucy prácticamente había llamado mentiroso al autor. Aflojó un poco.

—Lo que he querido decir es que parece ficción. Normalmente sería algo bueno, pero ¿lo es en este caso? ¿Hace que os cuestionéis la veracidad?

La discusión fue animada. Se levantaron manos. Los chicos debatieron entre ellos. Era el momento álgido del trabajo. La verdad era que tenía pocas cosas en su vida. Pero le gustaban estos chicos. Cada semestre volvía a enamorarse de nuevo. Eran su familia, desde septiembre a diciembre o de enero a mayo. Entonces la abandonaban. Algunos volvían. Muy pocos. Y ella siempre se alegraba de verlos. Pero ya no volvían a ser su familia. Sólo los estudiantes actuales tenían ese estatus. Era raro.

En determinado momento, Lonnie salió del aula. Lucy se preguntó adónde iba, pero estaba inmersa en la clase. Algunos días ésta duraba demasiado poco. Aquél era uno de ellos. Cuando terminó la hora y los alumnos empezaron a recoger sus cosas, seguía sin tener ni idea de quién le había mandado aquel diario anónimo.

—No lo olvidéis —dijo Lucy—. Dos páginas más del diario. Los quiero para mañana —después añadió—: Bueno, si queréis mandar más de dos páginas, adelante. Lo que tengáis está bien.

Diez minutos después, estaba en su despacho. Lonnie ya se encontraba allí.

—¿Has visto algo en sus caras? —preguntó.

—No —dijo.

Lucy empezó a recoger, metiendo papeles en la bolsa del portátil.

—¿Adónde vas? —preguntó Lonnie.

—He quedado.

El tono de ella le impidió seguir preguntando. Lucy «quedaba» un día a la semana, pero no le confiaba a nadie adónde iba. Ni siquiera a Lonnie.

—Oh —dijo Lonnie.

Miraba al suelo. Lucy se detuvo.

—¿Qué pasa, Lonnie?

—¿Estás segura de que quieres saber quién ha escrito el diario? No sé qué decirte pero este asunto me parece una traición.

—Necesito saberlo.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo.

—Está bien —se conformó él.

—¿Está bien qué?

—¿A qué hora volverás?

—Dentro de una o dos horas.

Lonnie miró el reloj.

—Para entonces puede que ya sepa quién lo ha enviado —dijo.

Capítulo 9

El juicio se pospuso hasta el día siguiente.

Algunos dirán que esto jugaba a mi favor en el caso, que el jurado tendría toda la noche para meditar sobre mi interrogatorio y que esto lo cambiaría todo, bla, bla, bla. Esta clase de especulación era inútil. Era el ciclo de vida de un caso. Si había algo positivo en esta situación, se compensaría con el hecho de que Flair Hickory tendría más tiempo para preparar el contrainterrogatorio. Los juicios funcionan así. Te pone enfermo de los nervios, pero estas cosas tienden a igualar las partes. Llamé a Loren Muse con el móvil.

—¿Ya tienes algo?

—Sigo trabajando en ello.

Colgué y vi que tenía un mensaje del detective York. No sabía qué pensar del hecho de que la señora Pérez hubiera mentido sobre la cicatriz en el brazo de Gil. Si se lo preguntaba directamente, seguro que me diría que se había equivocado. Qué se le va a hacer.

Pero ¿por qué lo habría hecho?

¿Estaba diciendo, en realidad, lo que creía que era verdad? ¿Que ese cuerpo no era el de su hijo? ¿Estaban los señores Pérez simplemente cometiendo una equivocación grave (pero comprensible)? ¿Eran tan incapaces de asumir que Gil había estado vivo todo ese tiempo que no podían aceptar lo que tenían ante sus propios ojos? ¿O mentían?

Y si mentían, ¿por qué lo hacían? Antes de hablar con ellos, necesitaba contar con más datos.

Tenía que conseguir la prueba definitiva de que el cadáver del depósito con el alias de Manolo Santiago era realmente el de Gil Pérez, el chico que había desaparecido en el bosque con mi hermana, Margot Green y Doug Billingham hacía casi veinte años.

El mensaje de York decía: «Perdone que haya tardado tanto. Me preguntó por Raya Singh, la novia de la víctima. Sólo teníamos un móvil de ella, aunque parezca increíble. En fin, la llamamos. Trabaja en un restaurante indio de la Ruta 3 cerca del túnel Lincoln». Me dio su nombre y dirección. «Se supone que está allí todo el día. Si se entera del nombre auténtico de Santiago, comuníquemelo. Por lo que parece, llevaba mucho tiempo usando este alias. Hemos encontrado indicios de él de hace seis años en la zona de Los Ángeles. Nada importante. Le llamaré».

No sabía cómo interpretar el mensaje. Nada importante. Me fui al coche, y en cuanto abrí la puerta vi que había algo raro.

Un sobre grande sobre el asiento del conductor.

Sabía que no era mío. Sabía que no lo había dejado yo. Y sabía que había cerrado el coche.

Alguien había entrado en mi coche.

Cogí el sobre. Sin dirección, ni sello. Estaba totalmente en blanco. Me pareció fino. Me senté en el asiento de delante y cerré la puerta. El sobre estaba cerrado. Lo abrí con el dedo índice. Metí la mano y saqué el contenido.

Se me heló la sangre en las venas cuando vi lo que era.

Una fotografía de mi padre.

Fruncí el ceño.

—¿Qué co...?

En el pie, escrito a máquina en el borde blanco, estaba su nombre y el año: «Vladimir Copeland». Nada más.

No entendía nada.

Me quedé quieto un momento mirando la fotografía de mi amado padre. Pensé en su carrera de médico en Leningrado, en todo lo que le habían arrebatado, en que su vida había acabado siendo una serie interminable de tragedias y decepciones. Le recordé discutiendo con mi madre, los dos hechos polvo y sin nadie más a quien gritar que el uno al otro. Recordé a mi madre llorando sola. Recordé a Camille conmigo algunas de aquellas noches. Ella y yo no nos peleábamos nunca, algo raro entre hermanos, pero tal vez es que habíamos vivido mucho. A veces me cogía de la mano y me decía que saliéramos a dar un paseo. Pero casi siempre íbamos a la habitación de Camille y ella ponía una de sus canciones pop favoritas y me hablaba de ella, de por qué le gustaba, como si tuviera un significado oculto, y después me hablaba de algún chico de la escuela que le gustaba. Yo la escuchaba y sentía aquella curiosa sensación de satisfacción.

No entendía nada. ¿Por qué aquella fotografía...?

Había algo más en el sobre.

Lo puse boca abajo. Nada. Metí la mano hasta el fondo. Parecía una tarjeta. La saqué. Sí, era una tarjeta. Con rayas rojas. Ese lado, el pautado, estaba en blanco. Pero en el otro lado, el que era liso, alguien había mecanografiado tres palabras en letras mayúsculas:

EL PRIMER SECRETO

—¿Sabes quién envió el diario? —preguntó Lucy.

—Todavía no —dijo Lonnie—. Pero lo sabré.

—¿Cómo?

Lonnie mantuvo la cabeza baja. El vacilón seguro de sí mismo había desaparecido. Lucy se sintió mal por él. No le gustaba lo que le obligaba a hacer. A ella tampoco le hacía gracia. Pero no tenía más remedio. Se había esforzado mucho por ocultar su pasado. Se había cambiado el nombre. No había permitido

que Paul la encontrara. Se había deshecho de sus cabellos rubios naturales. A ver, ¿cuántas mujeres de su edad tenían los cabellos rubios naturales? Y ahora llevaba ese color castaño anodino.

—De acuerdo —dijo—. ¿Estarás aquí cuando vuelva?

Él asintió. Lucy bajó la escalera hacia su coche.

En la tele parece muy fácil obtener una nueva identidad. Puede que lo fuera, pero para Lucy no había sido así. Era un proceso lento. Había empezado por cambiarse el apellido Silverstein por Gold. Plata por oro. Inteligente, ¿verdad? No lo creía, pero a ella le gustaba, le daba la sensación de mantener un vínculo con el padre al que tanto quería.

Se había movido por todo el país. El campamento no existía desde hacía tiempo. Lo mismo que los bienes de su padre. Y al final, también su padre había desaparecido prácticamente.

Lo que quedaba de Ira Silverstein se alojaba en una casa de convalecencia a quince kilómetros del campus de la Universidad de Reston. Condujo y disfrutó de ese rato a solas. Escuchó a Tom Waits cantando que esperaba no volver a enamorarse, pero por supuesto sí se enamoraba. Dejó el coche en el aparcamiento. La casa, una mansión reformada que ocupaba una gran extensión de terreno, era más agradable que la mayoría. Prácticamente todo el sueldo de Lucy iba a parar allí.

Aparcó junto al viejo coche de su padre, un oxidado Volkswagen Escarabajo amarillo. El Escarabajo estaba siempre en el mismo sitio. Dudaba de que se hubiera movido de allí en el último año. Aquí su padre tenía libertad. Podía marcharse siempre que quisiera. Podía ingresar o salir. Pero lo triste era que casi nunca salía de la habitación. Las pegatinas izquierdistas que adornaban el vehículo estaban descoloridas. Lucy tenía una copia de la llave del Volkswagen y de vez en cuando lo ponía en marcha, para que la batería no se gastara. Sólo sentarse en el coche y hacer eso le traía recuerdos. Veía a Ira conduciéndolo, con su gran barba, las ventanas abiertas, la sonrisa, el saludo y el bocinazo a todos los que pasaban.

Nunca había tenido el valor de sacarlo a dar una vuelta.

Lucy se presentó en recepción. Era una residencia muy especializada, para personas mayores con historial de drogas y problemas mentales. Eso parecía incluir un amplio abanico de situaciones, desde los que parecían totalmente «normales» hasta los que podrían aparecer como extras en *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

Ira era un poco de las dos cosas.

Lucy se detuvo en el umbral. Ira estaba de espaldas a ella.

Llevaba el consabido poncho de alpaca. Sus cabellos grises salían disparados en todas direcciones. *Let's Live for Today* de The Grass Roots, un clásico de 1967, sonaba en lo que su padre todavía denominaba un «equipo de alta fidelidad».

Lucy escuchó a Rob Grill, el vocalista, contando « 1, 2, 3, 4 » antes de que el grupo se lanzara a otro « sha-la-la-la, *let's live for today* ». Cerró los ojos y cantó en silencio.

Absolutamente genial.

En la habitación había cuentas y tapices y un póster de *Where Have All the Flowers Gone*. Lucy sonrió, pero con poca alegría. Una cosa era la nostalgia, y otra una mente deteriorada.

La demencia precoz se había infiltrado, por la edad o por el consumo de drogas —no se podía asegurar—, y se había quedado. Ira siempre había estado mentalmente ausente y siempre había vivido en el pasado, por eso era tan difícil determinar el avance de la decadencia. Eso era lo que decían los médicos. Pero Lucy sabía que el punto inicial, el empujón cuesta abajo, se había producido ese verano. Ira cargó con gran parte de la culpa por lo que pasó en el bosque. Era su campamento. Debería haber hecho más para proteger a los campistas.

Los medios se le echaron encima, pero no con tanta furia como las familias. Era demasiado buena persona para aguantarlo. Aquello le destrozó.

Ahora Ira apenas salía de la habitación. Su mente rebotaba de una década a otra, pero ésta —la de los sesenta— era la única en la que se sentía cómodo. La mitad del tiempo creía que todavía estaba en 1968. Otras veces se daba cuenta de la verdad —se le notaba en la expresión—, pero era incapaz de enfrentarse a ella. Así que, como parte de la nueva « terapia de validación », sus médicos le permitían tener la habitación en 1968, apostá.

El médico había explicado que esta clase de demencia no mejoraba con la edad, de modo que era preferible que el paciente se sintiera lo más feliz y tranquilo posible, aunque eso representara vivir en una especie de mentira. En resumen, Ira quería vivir en 1968. Allí era donde se sentía más feliz. ¿Para qué amargarle la vida?

—Hola, Ira.

Ira, quien nunca había querido que le llamara « papá », se volvió hacia la voz de Lucy con la lentitud provocada por la medicación. Levantó la mano, como si estuviera bajo el agua, y la saludó.

—Hola, Luce.

Lucy se sacudió las lágrimas. Siempre la reconocía, siempre sabía quién era. Si vivir en 1968 y el hecho de que su hija no hubiera nacido en esa fecha parecía entrar en contradicción es porque así era. Pero eso nunca hacía tambalear la ilusión de Ira.

Su padre le sonrió. Siempre había tenido un gran corazón; era demasiado generoso, demasiado infantil e ingenuo para un mundo tan cruel. Ella se refería a él como un « *exhippie* » pero eso implicaba que en un cierto punto Ira había dejado de ser *hippie*. Mucho después de que todos abandonaran las camisas teñidas y las flores y las cuentas, cuando ya todos se habían cortado los cabellos

y se habían afeitado la barba, Ira se mantuvo fiel a la causa.

Durante la magnífica infancia de Lucy, Ira nunca le había levantado la voz. Apenas ponía filtros ni límites, porque quería que su hija viera y experimentara todo, incluso cuando seguramente era inapropiado. Curiosamente, esa falta de censura había hecho que su única hija, Lucy Silverstein, fuera más virtuosa de lo normal en su época.

—Cómo me alegro de verte... —dijo Ira, tropezando al acercarse a ella.

Ella avanzó y le abrazó. Su padre olía a viejo y a sudor. El poncho necesitaba pasar por la lavadora.

—¿Cómo te encuentras, Ira?

—Muy bien. Nunca he estado mejor.

Él abrió un frasco y tomó una vitamina. Ira hacía eso a menudo. A pesar de sus ideas anticapitalistas, su padre había amasado una pequeña fortuna con las vitaminas a principios de los setenta. Lo cobró todo y compró aquella propiedad en la frontera de Pensilvania y Nueva Jersey. Durante un tiempo fundó una comuna. Pero no duró mucho y lo convirtió en un campamento de verano.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Mejor que nunca, Luce.

Y se echó a llorar. Lucy se sentó a su lado y le cogió la mano. Él lloró, después se rio, y volvió a llorar. No dejó de repetir cuánto la quería.

—Lo eres todo para mí, Luce —dijo—. Te veo... y veo todo lo que eres. Me entiendes, ¿verdad?

—Yo también te quiero, Ira.

—¿Lo ves? A eso me refiero. Soy el hombre más rico del mundo.

Y se echó a llorar otra vez.

No podía quedarse mucho rato. Tenía que volver al despacho y ver si Lonnie había descubierto algo. Ira apoyaba la cabeza en su hombro. La caspa y el olor empezaban a afectarla. Cuando apareció una enfermera, Lucy aprovechó la interrupción para separarse de él. Se odió a sí misma por hacerlo.

—Volveré la semana que viene, ¿de acuerdo?

Ira asintió, y sonreía cuando ella se marchó.

En el pasillo la esperaba la enfermera. Lucy había olvidado su nombre.

—¿Cómo ha estado estos días? —preguntó Lucy.

Normalmente era una pregunta retórica. Esos pacientes estaban todos mal, pero sus familias no querían oírlo. Normalmente la enfermera habría dicho: «Oh, todo va bien» .

Pero esta vez dijo:

—Últimamente su padre ha estado más agitado.

—¿En qué sentido?

—Normalmente Ira es el hombre más amable y tierno del mundo. Pero sus cambios de humor...

—Siempre ha tenido cambios de humor.

—No como éstos.

—¿Se ha mostrado desagradable?

—No. No es eso...

—¿Qué, pues?

Se encogió de hombros.

—Ha empezado a hablar mucho del pasado.

—Siempre habla de los sesenta.

—No, no tan pasado.

—¿Qué, pues?

—Habla de un campamento de verano.

Lucy sintió una opresión en el pecho.

—¿Qué dice?

—Dice que era dueño de un campamento de verano. Y entonces desvaría.

Empieza a hablar de sangre, del bosque y de las tinieblas, cosas así. Después se cierra en banda. Es estremecedor. Antes de la semana pasada, no le había oído decir ni una palabra de un campamento, y mucho menos de que poseyera uno. Aunque por supuesto, la mente de Ira no es muy estable. Puede que se lo esté imaginando todo.

Lo dijo como una pregunta, pero Lucy no contestó. En el extremo del pasillo, otra enfermera gritó:

—Rebecca.

La enfermera, que ahora Lucy sabía que se llamaba Rebecca, dijo:

—Tengo que dejarla.

Cuando Lucy se encontró sola en el pasillo, miró hacia la habitación. Su padre le daba la espalda y miraba la pared. Lucy se preguntó en qué estaría pensando. Qué era lo que no le estaba contando.

Qué sabía en realidad de aquella noche.

Hizo un esfuerzo y fue hacia la salida. Vio a la recepcionista, que le pidió que firmara el libro de visitas. Cada paciente tenía su propia página. La recepcionista buscó la de Ira y empujó el libro hacia Lucy para que firmara. Ella tenía el bolígrafo en la mano y estaba a punto de garabatear distraídamente como había hecho al entrar cuando se detuvo.

Había otro nombre.

La semana pasada, Ira había tenido otra visita. Su primera visita aparte de ella, por supuesto. Frunció el ceño y leyó el nombre. No le sonaba de nada.

¿Quién demonios era Manolo Santiago?

Capítulo 10

EL PRIMER SECRETO

Todavía tenía la fotografía de mi padre en la mano.

Ahora necesitaba dar un rodeo antes de mi visita a Raya Singh. Miré la tarjeta. « El Primer Secreto » . Inferencia: habría más de uno.

Pero empecemos por éste: mi padre.

Sólo había una persona que podía ayudarme cuando se trataba de mi padre y sus presuntos secretos. Saqué el teléfono y apreté la tecla seis. Casi nunca llamaba a ese número, pero seguía teniéndolo en marcación rápida. Creo que siempre lo tendré.

Él contestó al primer timbre con su voz grave.

—Paul.

Incluso esa sola palabra sonó extranjera.

—Hola, tío Sosh.

Sosh no era mi tío de verdad. Era un amigo íntimo de la familia, de la vieja patria. Hacía tres meses que no le veía, desde el funeral de mi padre, pero en cuanto oí su voz, inmediatamente visualicé su barba. Mi padre decía que el tío Sosh había sido el hombre más poderoso y temido de Pulkovo, la ciudad a las afueras de Leningrado donde los dos habían crecido.

—Hace mucho que no nos vemos —dijo.

—Lo sé. Lo siento mucho.

—Bah —dijo, como si le disgustara mi disculpa—. Sabía que llamarías hoy.

Eso me sorprendió.

—¿Por qué?

—Porque necesitamos hablar, sobrino.

—¿De qué?

—De por qué nunca hablo de nada por teléfono.

Puede que el oficio de Sosh no fuera ilegal, pero sí se encontraba en el lado oscuro de la calle.

—Estoy en casa, en la ciudad. —Sosh tenía un ático caro en la calle Treinta y seis de Manhattan—. ¿A qué hora puedes venir?

—En media hora si no hay mucho tráfico —dije.

—Estupendo. Te veo ahora.

—¿Tío Sosh? —Esperó. Yo miré la fotografía de mi padre en el asiento del pasajero—. ¿Puedes decirme de qué va?

—Se trata de tu pasado, Pável —dijo con su acento extranjero, llamándose por mi nombre ruso—. Es sobre lo que debería seguir perteneciendo al pasado.

—¿Qué significa eso?

—Ya hablaremos —dijo otra vez, y me colgó.

No había tráfico, así que el trayecto hasta la casa del tío Sosh me llevó aproximadamente veinticinco minutos. El portero iba ataviado con uno de esos ridículos uniformes con cordones dorados. Su aspecto me hizo pensar en algo que Brézhnev se habría puesto en el desfile del Primero de Mayo, lo que es curioso teniendo en cuenta que Sosh vivía allí. El portero me conocía y le habían avisado de mi llegada. Si no avisan al portero con antelación, él no te anuncia. Simplemente no entras.

Alekséi, el viejo amigo de Sosh, me esperaba frente al ascensor. Alekséi Kokorov había trabajado de escolta para Sosh desde que yo podía recordar. Tendría casi setenta años, unos pocos menos que Sosh, y era el hombre más feo que se pueda imaginar. Tenía la nariz bulbosa y rojiza, y la cara llena de venitas rojas, por el exceso de bebida, supongo. El traje no le sentaba bien, pero es que su corpulencia no se adaptaba bien a la alta costura.

Alekséi no pareció alegrarse de verme, pero en general tampoco era la alegría de la huerta. Sostuvo la puerta del ascensor abierta y yo entré sin decir palabra. Me saludó con una breve inclinación de cabeza y dejó que la puerta se cerrara. Me quedé solo.

El ascensor se abrió en el ático.

El tío Sosh estaba a pocos pasos de la puerta. La habitación era enorme. El mobiliario era cubista. La ventana panorámica mostraba una vista increíble, pero las paredes estaban empapeladas con un simulacro de tapiz, en un color que probablemente tenía algún nombre elegante como «Merlob» pero que a mí me parecía sangre.

La cara de Sosh se iluminó cuando me vio. Extendió las manos. Uno de mis recuerdos de infancia más vivos es el tamaño de esas manos. Seguían siendo enormes. Había encanecido con los años, pero incluso ahora, cuando según mis cálculos tendría setenta y pocos años, su tamaño y su poder seguían provocando algo muy cercano al temor.

Me paré al salir del ascensor.

—¿Qué?—exclamó—. ¿Ya eres demasiado mayor para un abrazo?

Nos acercamos y el abrazo fue, dado sus antecedentes rusos, un auténtico abrazo de oso. Todo en él exudaba fortaleza. Sus antebrazos seguían siendo como gruesos rollos de cuerda. Me apretó y sentí que si apretaba un poco más podría partirme la columna.

Tras unos segundos, Sosh me cogió por los brazos, cerca de los bíceps, y me mantuvo a cierta distancia para echarme una buena mirada.

—Tu padre —dijo, con un acento aún más pronunciado—. Eres igual que tu padre.

Sosh había llegado de la Unión Soviética poco después que nosotros.

Trabajaba para Intourist, la agencia de viajes soviética, en su oficina de Manhattan. Su trabajo era ayudar a los turistas norteamericanos que deseaban visitar Moscú y lo que entonces se llamaba Leningrado.

De eso hace mucho tiempo. Desde la caída del gobierno soviético, se había metido en ese negocio turbio que la gente denominaba «importación-exportación». Nunca supe lo que eso representaba exactamente, pero con él se había pagado ese ático.

Sosh me miró un momento más. Llevaba una camisa blanca lo bastante desabrochada como para ver el cuello de pico de la camiseta. Por debajo de ésta sobresalía una mata de pelo gris. Esperé. No tardaría mucho. El tío Sosh no perdía mucho tiempo en conversaciones banales.

Como si me leyera el pensamiento, Sosh me miró a los ojos y dijo:

—He recibido algunas llamadas.

—¿De quién?

—De viejos amigos.

Esperé.

—De la vieja patria —dijo.

—No estoy seguro de entenderte.

—La gente está haciendo preguntas.

—¿Sosh?

—¿Sí?

—Por teléfono te preocupaba que alguien pudiera oírte... ¿Aquí también te preocupa?

—No. Aquí es totalmente seguro. Hacemos un registro semanal.

—Bien, entonces, ¿por qué no dejas de hablar en clave y me dices de qué va todo esto?

Sonrió. Le había gustado.

—Hay personas, norteamericanos. Están en Moscú repartiendo dinero y haciendo preguntas.

Asentí.

—¿Preguntas sobre qué?

—Sobre tu padre.

—¿Qué tipo de preguntas?

—¿Recuerdas los viejos rumores?

—Me tomas el pelo.

No me tomaba el pelo. Y en un sentido más bien raro, era lógico. «El Primer Secreto». Debería haberlo adivinado.

Por supuesto que recordaba los rumores. Habían estado a punto de destruir a mi familia.

Mi hermana y yo nacimos en lo que entonces se llamaba la Unión Soviética durante la época denominada Guerra Fría. Mi padre era médico, pero perdió la

licencia por acusaciones de incompetencia amañadas porque era judío. Así eran las cosas en aquellos años.

Al mismo tiempo, una sinagoga reformista de Estados Unidos —en Skokie, Illinois, para ser concretos— trabajaba todo lo que podía para ayudar a los judíos soviéticos. A mediados de los setenta, la Judería Soviética era una causa célebre en los templos norteamericanos: hacer salir a los judíos de la Unión Soviética.

Tuvimos suerte y nos sacaron.

Durante mucho tiempo, en nuestro nuevo país nos trataron como héroes. Mi padre hablaba apasionadamente en los servicios del viernes sobre las tribulaciones de los judíos soviéticos. Los niños llevaban chapas de apoyo. Se donaba dinero. Pero al cabo de un año de nuestra llegada, mi padre y el rabino jefe cayeron en desgracia, y de repente corrió el rumor de que mi padre había salido de la Unión Soviética porque era del KGB, que ni siquiera era judío, que todo era un fraude. Las acusaciones eran lastimosas, contradictorias y falsas, y ahora, además, tenían ya veinticinco años de antigüedad.

Sacudí la cabeza.

—¿Así que intentan demostrar que mi padre era del KGB?

—Sí.

Maldito Jenrette. Por supuesto, ahora yo era una figura pública. Las acusaciones, aunque se demostrara que eran falsas, me perjudicarían. Yo lo sabía muy bien. Hacía veinticinco años, mi familia lo había perdido prácticamente todo debido a esas acusaciones. Nos fuimos de Skokie y nos instalamos en el este, en Newark. Nuestra familia nunca se recuperó del todo.

—Por teléfono has dicho que ya sabías que te llamaría —dije, mirándole.

—De no haber llamado tú, te habría llamado yo.

—¿Para advertirme?

—Sí.

—Así que tienen alguna prueba —dije.

El hombretón no contestó. Le miré a la cara. Y fue como si todo mi mundo, todo en lo que había creído desde niño, se desmoronara lentamente.

—¿Era del KGB, Sosh? —pregunté.

—De eso hace mucho tiempo —dijo Sosh.

—¿Eso significa que sí?

Sosh sonrió lentamente.

—Tú no entiendes cómo era la situación.

—Y yo repito: ¿significa eso que sí?

—No, Pável. Pero tu padre... puede que se supusiera que sí.

—¿Y eso qué significa?

—¿Sabes cómo llegué a este país?

—Trabajabas para una agencia de viajes.

—Era la Unión Soviética, Pável. No había agencias. Intourist estaba

gestionado por el gobierno. Todo estaba gestionado por el gobierno. ¿Lo comprendes?

—Creo que sí.

—Por eso cuando el gobierno soviético pensaba en enviar a alguien a vivir a Nueva York, ¿crees que mandaba al hombre más competente en organización de vacaciones? ¿O crees que mandaba a alguien que pudiera ayudarles de otras maneras?

Pensé en el tamaño de sus manos. Pensé en su fortaleza.

—¿Así que tú eras del KGB?

—Era coronel del ejército. No le llamábamos KGB. Pero sí, supongo que podrías llamarme « espía ». —Hizo el gesto de poner unas comillas con los dedos—. Frecuentaba a funcionarios norteamericanos e intentaba sobornarlos. La gente cree que nos enterábamos de cosas importantes, de cosas que podían cambiar el equilibrio de poder. Es una estupidez. No nos enterábamos de nada importante. Jamás. ¿Y los espías norteamericanos? Tampoco se enteraban de nada de nosotros. Pasábamos sandeces de un bando al otro. Era un juego muy tonto.

—¿Y mi padre?

—El gobierno soviético le dejó marchar. Tus amigos judíos creen que hicieron presión para sacarlo. Qué ingenuidad. ¿Un puñado de judíos creía que podía presionar a un gobierno que no se dejaba influir por nadie?

—¿Así que estás diciendo...?

—Sólo estoy exponiendo la situación. ¿Prometió tu padre que ayudaría al régimen? Por supuesto. Pero lo hizo sólo para poder salir. Es complicado, Pável. No te puedes imaginar lo que fue para él. Tu padre era un buen médico y una gran persona. El gobierno se inventó acusaciones de que había cometido mala praxis médica. Le retiraron la licencia. Entonces tus abuelos... Dios Santo, los maravillosos padres de Natasha... eras demasiado pequeño para acordarte...

—Me acuerdo —dije.

—¿Ah, sí?

La verdad es que no estaba seguro. Recordaba la imagen de mi abuelo, de Popi, de la mata de cabellos blancos y de su estruendosa risa, y de mi abuela, mi Noni, que le reñía suavemente. Pero tenía tres años cuando se los llevaron. ¿Me acordaba de ellos realmente o la vieja foto que todavía conservo ha cobrado vida? ¿Era un recuerdo de verdad o algo que había creado a partir de los relatos de mi madre?

—Tus abuelos eran intelectuales, profesores de universidad. Tu abuelo era jefe del departamento de Historia. Tu madre era una gran matemática. Eso ya lo sabes, ¿no?

Asentí.

—Mi madre decía que aprendía más en las conversaciones durante la cena

que en la escuela.

Sosh sonrió.

—Seguramente es cierto. Los académicos más destacados pedían consejo a tus abuelos. Pero evidentemente eso llamó la atención del gobierno. Les tacharon de radicales. Les consideraron peligrosos. ¿Te acuerdas de cuando los arrestaron?

—Recuerdo lo que pasó después —dije.

Cerró los ojos un segundo largo.

—¿Lo que supuso para tu madre?

—Sí.

—Natasha nunca volvió a ser la misma. ¿Lo comprendes?

—Sí.

—Imagínate a tu padre. Lo había perdido casi todo: su profesión, su reputación, su licencia y a los padres de tu madre. De repente, con toda la mala intención, el gobierno le ofreció una salida. Una posibilidad de empezar de nuevo.

—Una vida en Estados Unidos.

—Sí.

—¿Y sólo tenía que espiar?

Sosh hizo un gesto despectivo.

—¿Es que no lo entiendes? Era un gran juego. ¿De qué podía enterarse un hombre como tu padre? Eso si lo hubiera intentado, cosa que no hizo. ¿Qué podía decirles?

—¿Y mi madre?

—Para ellos Natasha sólo era una mujer. Al gobierno no le importaba nada. Fue un problema durante un tiempo. Como te he dicho, sus padres, tus abuelos, eran radicales para ellos. ¿Dices que te acuerdas de cuando se los llevaron?

—Creo que me acuerdo.

—Tus abuelos formaron un grupo para intentar sacar a la luz los abusos contra los derechos humanos. Estaban haciendo progresos hasta que un traidor los vendió. Los agentes llegaron de noche.

Se calló.

—¿Qué? —dije.

—No es fácil hablar de esto. De lo que les sucedió.

Me encogí de hombros.

—Ahora ya no puedes hacerles daño.

No contestó.

—¿Qué pasó, Sosh?

—Los mandaron a un gulag, un campo de trabajos forzados. Las condiciones eran espantosas. Tus abuelos ya no eran jóvenes. ¿Sabes cómo acabó?

—Murieron —dije.

Sosh sacudió la cabeza y se acercó a la ventana. Desde allí se disfrutaba de una hermosa vista del Hudson. Había dos enormes cruceros en el muelle. Si

mirabas a la izquierda podías ver hasta la estatua de la Libertad. Manhattan es tan pequeño, trece kilómetros de punta a punta, y como en el caso de Sosh, siempre notas su fuerza.

—¿Sosh?

Cuando volvió a hablar, su voz era suave.

—¿Sabes cómo murieron?

—Tú lo has dicho, las condiciones allí eran espantosas. Mi abuelo sufría del corazón.

Todavía no había vuelto a mirarme.

—El gobierno no quiso tratarle. Ni siquiera quiso darle sus medicinas. Murió al cabo de tres meses.

Esperé.

—¿Qué es lo que no me estás contando, Sosh?

—¿Sabes lo que le sucedió a tu abuela?

—Sé lo que nos contaba mi madre.

—Dime —dijo él.

—Noni también enfermó. Después de la muerte de su marido, su corazón empezó a fallar. Es algo que dicen a menudo de las parejas que llevan mucho tiempo juntas. Uno muere, y el otro se rinde.

No dijo nada.

—¿Sosh?

—En cierto modo, supongo que es cierto —dijo.

—¿En qué modo?

Sosh siguió con los ojos fijos en lo que fuera que viera por la ventana.

—Tu abuela se suicidó.

Mi cuerpo se puso rígido. Empecé a sacudir la cabeza.

—Se colgó con una sábana.

Me quedé quieto y pensé en aquella foto de mi Noni. Pensé en aquella sonrisa inteligente. Pensé en las historias que mi madre me contaba de ella, sobre lo lista que era y lo bien que se expresaba. Suicidio.

—¿Lo sabía mi madre? —pregunté.

—Sí.

—No me lo dijo nunca.

—Puede que yo tampoco debiera haberlo hecho.

—¿Por qué lo has hecho?

—Necesito que entiendas cómo era. Tu madre era una mujer hermosa, bonita y delicada. Tu padre la adoraba. Pero cuando se llevaron a sus padres y después, bueno, literalmente los condujeron a la muerte, nunca volvió a ser la misma. Lo notabas, ¿no? ¿Su melancolía? Incluso antes de lo de tu hermana.

No dije nada, pero sin duda lo había notado.

—Supongo que deseaba que entendieras la situación —dijo—. Cómo fue para

tu madre, para que lo comprendas mejor.

—¿Sosh?

Esperó, pero no desvió la mirada de la ventana.

—¿Sabes dónde está mi madre?

El hombre tón tardó un buen rato en contestar.

—¿Sosh?

—Lo sabía —dijo—. Cuando huyó.

Tragué saliva.

—¿Adónde fue?

—Natasha volvió a casa.

—No lo entiendo.

—Volvió a Rusia.

—¿Por qué?

—No puedes culparla, Pável.

—No la culpo. Quiero saber por qué.

—Puedes huir de casa como hicieron ellos. Puedes intentar cambiar. Odias a tu gobierno, pero no odias a tu pueblo. Tu patria es tu patria. Siempre.

Se volvió y nos sostuvimos la mirada.

—¿Por eso se marchó?

Se quedó quieto sin decir nada.

—¿Fue ése su razonamiento? —dije, casi gritando. Sentía que me hervía la sangre—. ¿Que su patria seguía siendo su patria?

—No me estás escuchando.

—No, Sosh, sí te escucho. Tu patria es tu patria. Eso es una estupidez. ¿Por qué no tu familia es tu familia? ¿Y tu marido es tu marido? O más concretamente, ¿tu hijo es tu hijo?

No contestó.

—¿Y nosotros, Sosh? ¿Y papá y yo?

—No tengo la respuesta que buscas, Pável.

—¿Sabes dónde está ahora?

—No.

—¿De veras?

—Sí.

—Pero podrías localizarla, ¿verdad?

No asintió, pero tampoco lo negó.

—Tienes una hija —dijo Sosh—. Tienes un buen trabajo.

—¿Y qué?

—Que de esto hace mucho tiempo. El pasado es para los muertos, Pável. No quieres hacer volver a los muertos. Quieres enterrarlos y seguir con tu vida.

—Mi madre no está muerta —dije—. ¿O sí?

—No lo sé.

—¿Por qué me hablas de los muertos, entonces? ¿Sabes qué, Sosh? Ya que estamos hablando de muertos, tengo otra noticia para reflexionar —no pude reprimirme y le espeté—: Ni siquiera estoy seguro de que mi hermana esté muerta.

Esperaba ver una expresión conmocionada, pero no fue así. Apenas pareció sorprendido.

—Para ti... —empezó a decir.

—¿Para mí qué?

—Para ti ambas deberían estar muertas.

Capítulo 11

Me sacudí de la cabeza las palabras del tío Sosh y me dirigí hacia el túnel Lincoln. Necesitaba concentrarme en dos cosas y sólo dos, punto uno: condenar a los dos hijos de puta que habían violado a Chamique Johnson. Y punto dos: descubrir dónde había estado Gil Pérez los últimos veinte años.

Comprobé la dirección de la testigo-novia que me había dado el detective York Raya Singh trabajaba en un restaurante indio llamado Curry Up and Wait.

No soporto los nombres con juegos de palabras.^[1]

¿O sí me gustan? Seamos positivos.

Estaba en camino.

Todavía tenía la foto de mi padre en el asiento delantero. No me preocupaban mucho las acusaciones respecto al KGB. Casi me lo esperaba después de mi primera conversación con Sosh. Pero volví a leer la tarjeta:

EL PRIMER SECRETO

«El Primero». Eso implicaba que habría más. Evidentemente el señor Jenrette, seguramente con la ayuda económica del señor Marantz, no reparaba en gastos. Si habían descubierto esas viejas acusaciones contra mi padre — habían transcurrido más de veinticinco años— es que estaban totalmente desesperados e iban a por todas.

¿Qué descubrirían?

Yo no era un delincuente. Pero tampoco era perfecto. Nadie lo es. Encontrarían algo. Lo sacarían de contexto y lo exagerarían. Podía perjudicar gravemente a JaneCare, mi reputación, mis ambiciones políticas. Pero Chamique también tenía sus secretos y yo la había convencido para que los sacara a la luz y los mostrara al mundo.

¿Podía exigirme menos a mí mismo? Cuando llegué al restaurante indio, aparqué el coche y apagué el motor. No estaba en mi jurisdicción, pero no creía que eso importara demasiado. Miré por la ventanilla, volví a pensar en el secreto y llamé a Loren Muse. Cuando respondió, me identifiqué y dije:

—Tengo un problemilla.

—¿De qué se trata?—preguntó Muse.

—El padre de Jenrette va a por mí.

—¿En qué sentido?

—Está indagando en mi pasado.

—¿Descubrirá algo?

—Si indagas en el pasado de alguien, siempre encuentras algo —dije.

—En el mío no —respondió.

—No me digas. ¿Y los muertos de Reno?

- Absuelta de todos los cargos.
- Qué bien, estupendo.
- Te estoy tomando el pelo, Cope. Era broma.
- Eres la monda, Muse. Tu sentido de la oportunidad es de humorista profesional.
- Vale, no nos desviemos. ¿Qué quieres de mí?
- Tú te llevas bien con algunos investigadores privados, ¿no?
- Sí.
- Pregunta por ahí. Intenta averiguar quién me está investigando.
- De acuerdo, eso está hecho.
- ¿Muse?
- ¿Qué?
- Esto no es prioritario. Si no tienes tiempo, no te preocupes.
- Lo tengo, Cope. Te lo he dicho: está hecho.
- ¿Cómo crees que ha ido hoy?
- Ha sido un buen día para los buenos —dijo.
- Sí.
- Pero probablemente no suficientemente bueno.
- ¿Cal y Jim?
- Estoy de un humor como para pegar un tiro a todos los hombres que lleven ese nombre.
- A por ellos —la animé, y colgué.

En cuestión de decoración interior, los restaurantes indios parecen dividirse en dos categorías: muy oscuros y muy claros. Éste era claro y lleno de color al pseudoestilo de un templo hindú, es decir, muy cursi. Había falsos mosaicos y estatuas iluminadas de Ganesh y otras divinidades que no conozco de nada. Las camareras iban disfrazadas de color aguamarina y con el ombligo al aire; sus trajes me recordaron al que llevaba la hermana mala en *Mi bella genio*.

Todos nos regimos por nuestros estereotipos, pero aquella escena me dio la sensación que de un momento a otro iba a empezar un número musical de Hollywood. Intento ser receptivo a las distintas culturas extranjeras, pero por mucho que lo intente, detesto la música que ponen en los restaurantes indios. En ese momento lo que se oía sonaba como si un sitar torturara a un gato.

La *maitre* frunció el ceño al verme.

—¿Cuántas personas? —preguntó.

—No he venido a comer —dije.

Esperó sin decir nada.

—¿Está aquí Raya Singh?

—¿Quién?

Repetí el nombre.

—No... Oh, espere, es la chica nueva.

Puso los brazos en jarras y no dijo nada.

—¿Está aquí? —insistí.

—¿De parte de quién?

Arqueé una ceja, pero no me sale muy bien. Quería ponerme chulo, pero siempre acabo pareciendo estreñado.

—El presidente de Estados Unidos.

—¿Qué?

Le di una de mis tarjetas. La leyó y me sorprendió gritando:

—¡Raya! ¡Raya Singh!

Raya Singh se adelantó y yo retrocedí. Era más joven de lo que esperaba, veintipocos años, y absolutamente espectacular. Lo primero que veías —y era imposible no verlo con aquellos velos— era que Raya Singh tenía más curvas de lo que parecía anatómicamente posible. Estaba quieta, pero parecía que se moviera. Tenía unos cabellos oscuros y despeinados que suplicaban ser tocados. Su piel era más dorada que morena y tenía unos ojos almendrados en los que un hombre podía perderse y no volver a encontrar el camino jamás.

—¿Raya Singh? —dije.

—Sí.

—Me llamo Paul Copeland. Soy el fiscal del condado de Essex, en Nueva Jersey. ¿Podemos hablar un momento?

—¿Es por lo del asesinato?

—Sí.

—De acuerdo entonces.

Su voz sonaba educada, con un deje de internado de Nueva Inglaterra queregonaba refinamiento más allá de su origen geográfico. Intenté no mirarla con demasiada intensidad. Ella se dio cuenta y sonrió un poco. No quisiera parecer un perverso porque no lo soy. La belleza femenina me llama la atención. No creo que sea el único. Me llama la atención como lo hace una obra de arte. Me llama la atención como un Rembrandt o un Miguel Ángel. Como las noches de París, o como el sol cuando sale en el Gran Cañón o se pone en el cielo turquesa de Arizona. Mis pensamientos no eran ilícitos. Eran más bien razonamientos artísticos.

Me hizo salir a la calle, donde se estaba más tranquilo. Se abrazó a sí misma como si tuviera frío. El movimiento, como casi todos sus movimientos, fue casi una insinuación. Probablemente no podía evitarlo. Todo en ella te hacía pensar en cielos iluminados por la luna y camas con dosel, y supongo que esto tira por tierra lo de mis «razonamientos artísticos». Estuve a punto de ofrecerle mi abrigo, pero no hacía frío en absoluto. Además, y o no llevaba abrigo.

—¿Conoce a un hombre llamado Manolo Santiago? —pregunté.

—Le asesinaron —dijo.

Habló con una entonación un poco rara, como si estuviera leyendo.

—¿Pero le conocía?

—Sí, le conocía.

—¿Eran amantes?

—Todavía no.

—¿Todavía no?

—Nuestra relación era platónica —aclaró.

Mis ojos se posaron en el asfalto y después en el otro lado de la calle. Mejor. En realidad no me importaba mucho el asesinato o quién lo hubiera cometido. Me importaba descubrir quién era Manolo Santiago.

—¿Sabe dónde vivía?

—No, lo siento, no lo sé.

—¿Cómo se conocieron?

—Me abordó en la calle.

—¿Así, sin más? ¿La abordó en la calle?

—Sí —dijo.

—¿Y a continuación?

—Me preguntó si me apetecía tomar un café.

—¿Y aceptó?

—Sí.

Me arriesgué a mirarla otra vez. Preciosa. El velo contra la piel oscura... era arrebatadora.

—¿Lo hace siempre? —pregunté.

—¿Hacer qué?

—¿Aceptar la invitación de un desconocido para tomar café?

Eso pareció divertirla.

—¿Tengo que justificar mi comportamiento ante usted, señor Copeland?

—No.

Permaneció en silencio.

—Necesitamos saber más del señor Santiago —dije.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Manolo Santiago era un alias. Intento descubrir su nombre auténtico, para empezar.

—No sabría decirle.

—A riesgo de parecer grosero, tengo dificultades para entenderlo.

—¿Para entender qué?

—Los hombres deben de intentar ligar con usted continuamente.

La sonrisa era maliciosa.

—Es muy halagador, señor Copeland, gracias.

Intenté no desviarme del tema.

—¿Por qué aceptó salir con él?

—¿Es importante?

—Podría decirme algo de él.

—No puedo imaginarme el qué. Supongamos, por ejemplo, que le digo que me parecía guapo. ¿Eso le ayudaría?

—¿Es así?

—¿Así qué? ¿Si me parecía guapo? —Otra sonrisa. Un mechón le tapó el ojo derecho—. Casi parece celoso.

—¿Señorita Singh?

—¿Sí?

—Estoy investigando un asesinato. ¿Podríamos dejarnos de jueguecitos?

—¿Cree que podemos? —Se echó la melena hacia atrás, pero yo resistí impasible—. Bueno, de acuerdo —convino—. Me parece bien.

—¿Puede ayudarme a descubrir quién era en realidad?

Lo pensó un momento.

—¿Tal vez con sus llamadas de móvil?

—Comprobamos el que llevaba encima. Sólo aparecía, su llamada.

—Tenía otro número —dijo—. Antes.

—¿Lo recuerda?

Asintió y me lo dio. Cogí un bolígrafo y lo apunté en el dorso de una de mis tarjetas.

—¿Algo más?

—La verdad es que no.

Cogí otra tarjeta y escribí mi número de móvil.

—Si recuerda algo, ¿me llamará?

—Por supuesto.

Le di la tarjeta. Ella sólo me miró y sonrió.

—¿Qué?

—No lleva alianza, señor Copeland.

—No estoy casado.

—¿Divorciado o viudo?

—¿Cómo sabe que no soy soltero?

Raya Singh no se molestó en contestar.

—Viudo —dije.

—Lo siento.

—Gracias.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

Iba a decirle que no era asunto suyo, pero quería tenerla de mi parte. Y además era condenadamente hermosa.

—Casi seis años.

—Ya —dijo.

Me miró con aquellos ojos.

—Gracias por su colaboración —dije.

—¿Por qué no me invita a salir? —preguntó.

—¿Disculpe?

—Sé que le parezco bonita. Estoy soltera, usted también. ¿Por qué no me invita a salir?

—No mezclo la vida laboral con la personal —dije.

—Soy de Calcuta. ¿Ha estado allí?

El cambio de tema me desconcertó por un momento. El acento tampoco parecía proceder de esa zona, pero eso no significa nada hoy día. Le dije que no había estado nunca allí, pero que evidentemente conocía el lugar.

—No sé qué habrá oído, pero es peor —dijo.

No dije nada, porque no sabía adónde quería ir a parar.

—Tengo un plan de vida —explicó—. La primera parte era venir aquí. A Estados Unidos.

—¿Y la segunda parte?

—Aquí la gente hace lo que sea para salir adelante. Unos juegan a la lotería. Otros tienen sueños de llegar a ser atletas profesionales, pongamos por caso. Otros se dedican a la delincuencia o se desnudan o venden su cuerpo. Conozco mis puntos fuertes. Soy hermosa. También soy buena persona y he aprendido a ser... —se detuvo y meditó sus siguientes palabras— buena con un hombre. Haré increíblemente feliz a un hombre. Le escucharé. Le apoyaré. Le levantaré el ánimo. Haré que sus noches sean especiales. Me entregaré a él siempre que quiera y de la forma que quiera. Y lo haré con mucho gusto.

«Vaaaale», pensé.

Estábamos en una calle muy ajetreada pero habría jurado que había tanto silencio que se podía oír el canto de un grillo. Tenía la boca muy seca.

—Manolo Santiago —dije, con una voz que me sonaba muy lejana—. ¿Creyó que él podía ser ese hombre?

—Pensé que podría serlo —dijo ella—. Pero no lo era. Usted parece simpático. Como si fuera a tratar bien a una mujer. —Era posible que Raya Singh se hubiera acercado un poco, no estoy seguro. Pero de repente me parecía más cercana—. Veo que está angustiado. Que no duerme bien por las noches. ¿Cómo lo sabe, señor Copeland?

—¿Cómo sé qué?

—Que no soy ella. Que no soy la que podría hacerle delirantemente feliz. Que no dormiría como un tronco a mi lado.

Uau.

—No lo sé —dije.

Se limitó a mirarme y sentí su mirada en los dedos de los pies. Estaba jugando conmigo y yo lo sabía. Pero aquel planteamiento de poner todas las

cartas sobre la mesa... era de lo más sugerente.

O puede que sólo fuera la ceguera provocada por la belleza.

—Debo irme —dije—. Ya tiene mi teléfono.

—¿Señor Copeland?

Esperé.

—¿A qué ha venido en realidad?

—¿Disculpe?

—¿Qué interés tiene en el asesinato de Manolo?

—Creía que se lo había explicado. Soy el fiscal del condado...

—No ha venido por eso.

Esperé y ella se limitó a mirarme. Por fin le pregunté:

—¿Por qué lo dice?

Su respuesta me sentó como un gancho de izquierda.

—¿Le mató usted?

—¿Qué?

—He dicho...

—La he oído. Por supuesto que no. ¿Por qué me pregunta esto?

Pero Raya Singh hizo un gesto de despedida.

—Adiós, señor Copeland. —Me dedicó otra sonrisa que me hizo sentir como un pez fuera del agua—. Espero que encuentre lo que está buscando.

Capítulo 12

Lucy quería buscar el nombre «Manolo Santiago» en Google; probablemente se tratara de un periodista que escribía un artículo sobre el hijo de puta de Wayne Steubens, el Monitor Degollador, pero Lonnie la esperaba en el despacho. Cuando ella entró, no la miró. Lucy se paró a su lado, en un suave intento de intimidación.

—Sabes quién envió el diario —dijo.

—No puedo estar seguro.

—¿Pero?

Lonnie respiró hondo, y Lucy tuvo la esperanza de que fuera para coger ánimos y hablar.

—¿Sabes algo acerca de rastrear los mensajes de correo electrónico?

—No —dijo Lucy, acercándose a su mesa.

—Cuando recibes un mensaje, ¿sabes cómo funciona ese galimatías de ubicaciones, SMTP e ID de mensajes?

—Finjo que sí.

—Básicamente te muestra cómo te ha llegado el mensaje. Adónde ha ido, de dónde viene, qué ruta y qué servicio de correo de internet ha utilizado para ir del punto A al punto B. Como un matasellos.

—De acuerdo.

—Por supuesto, existen maneras de enviarlos de forma anónima. Pero en general, aunque lo hagas así, dejas alguna huella.

—Fantástico, Lonnie, excelente. —Lonnie estaba escurriendo el bulto—. ¿Debo suponer que has encontrado alguna de esas huellas en el correo que llevaba ese diario adjunto?

—Sí —dijo Lonnie. Levantó la cabeza y sonrió un poquito—. No voy a volver a preguntarte por qué quieres el nombre.

—Bien.

—Porque te conozco, Lucy. Como casi todas las tías buenas, eres insufrible. Pero también eres aterradoramente ética. Así que si necesitas traicionar la confianza de tu clase, traicionar a tus alumnos, a mí y a todo en lo que crees, tiene que haber una buena razón. Una razón vital, diría yo.

Lucy no dijo nada.

—Es vital, ¿verdad?

—Dímelo, Lonnie, por favor.

—El correo procedía de uno de los ordenadores de la Biblioteca Frost.

—La biblioteca —repitió Lucy—. ¿Cuántos ordenadores tendrán? ¿Cincuenta?

—Más o menos.

—Entonces nunca sabremos quién lo envió.

Lonnie hizo un gesto ambiguo con la cabeza.

—Sabemos a qué hora se envió. A las seis cuarenta y dos de la tarde de anteayer.

—¿Y eso en qué nos ayuda?

—Los alumnos que utilizan el ordenador tienen que firmar. No tienen que firmar para un ordenador concreto, el personal dejó de hacer eso hace dos años, pero para conseguir un ordenador sí tienes que reservarlo durante una hora. Fui a la biblioteca y conseguí las hojas de asistencia. Comparé una lista de estudiantes de tu clase con los estudiantes que habían firmado para reservar una hora de ordenador entre las seis y las siete de la tarde de anteayer.

Calló.

—¿Y?

—Sólo había una persona que coincidiera con alguien de tu clase.

—¿Quién?

Lonnie se acercó a la ventana y miró hacia la explanada.

—Te daré una pista —dijo.

—Lonnie, de verdad que no estoy de humor...

—Es una adulatora —dijo.

Lucy se quedó de piedra.

—¿Sylvia Potter?

Lonnie seguía dándole la espalda.

—Lonnie, ¿me estás diciendo que Sylvia Potter envió esa entrada de diario?

—Sí —dijo—. Eso es exactamente lo que te estoy diciendo.

Una vez en mi despacho, llamé a Loren Muse.

—Necesito otro favor —dije.

—Dispara.

—Necesito que averigües lo que puedas de un número de teléfono. De quién era, a quién llamó. Todo.

—¿Qué número es?

Le di el número que me había facilitado Raya Singh.

—Dame diez minutos.

—¿Sólo?

—Oye, no soy investigadora jefe por mi cuerpo serrano.

—Que te crees tú eso.

Se rio.

—Me gusta cuando te sueltas, Cope.

—No te acostumbres.

Colgué. ¿Mi frase había sido inadecuada, o era una respuesta justificable a su comentario del «cuerpo serrano»? Es simplista criticar la corrección política. Los extremos son un blanco fácil para el ridículo. Pero yo he visto lo que pasa en

un lugar de trabajo cuando se permiten todo tipo de comentarios. Puede ser intimidatorio y siniestro.

Es como lo de las normativas actuales aparentemente hiperprotectoras con la seguridad de los niños. Tu hijo tiene que ponerse un casco de bici te guste o no. Debes usar un mantillo especial en los patios de juegos y no puedes tener armazones donde los niños puedan trepar demasiado alto y, ah, sí, tu hijo no debería caminar tres manzanas sin ir acompañado, y espera un momento, ¿dónde está la protección para la boca y los ojos? Es muy fácil burlarse de estas cosas, y después algún listillo manda un correo al azar que dice: «Oye, nosotros lo hacíamos y sobrevivimos». Pero la verdad es que muchos niños no sobreviven. Antes los niños tenían mucha más libertad. No sabían que hubiera un mal acechando en las sombras. Algunos fueron a un campamento de verano en los días en que la seguridad era laxa y se dejaba a los niños ser niños. Algunos de esos niños se adentraron en el bosque de noche y nadie volvió a verlos.

Lucy Gold llamó a la habitación de Sylvia Potter. No hubo respuesta. No le sorprendió. Buscó en el directorio de la facultad, pero no tenían los números de móvil. Lucy recordaba haber visto a Sylvia usando una BlackBerry, así que le mandó un breve correo electrónico pidiéndole que la llamara lo antes posible.

Tardó menos de diez minutos en responder.

—¿Quería que la llamara, profesora Gold?

—Sí, Sylvia, gracias. ¿Podrías pasar un momento por mi despacho?

—¿Cuándo?

—Ahora, si fuera posible.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Sylvia?

—Mi clase de literatura inglesa está a punto de empezar —dijo—. Hoy tengo que presentar el proyecto final. ¿Puedo pasar cuando termine?

—Por supuesto —dijo Lucy.

—Tardaré un par de horas.

—Está bien, no me moveré de aquí.

Más silencio.

—¿Puede decirme de qué quiere hablar, profesora Gold?

—Puede esperar, Sylvia, no te preocupes. Nos veremos después de tu clase.

—Hola.

Era Loren Muse. Yo estaba otra vez en el juzgado y Flair Hickory empezaría su contrainterrogatorio en un par de minutos.

—Hola —dije.

—Estás horrible.

—Se nota que eres una investigadora experta.

—¿Te preocupa el contrainterrogatorio?

—Ya lo creo.

—Chamique lo hará bien. Tú hiciste un estupendo trabajo.

Asentí, e intenté concentrarme otra vez en el juicio. Muse caminó a mi lado.

—Oh —dijo—, respecto al número de teléfono que me diste, tengo malas noticias.

Esperé.

—Era de usar y tirar. Lo que significa que alguien lo pagó en metálico con un número fijo de minutos y no dejó ningún nombre.

—No necesito saber quién lo compró —dije—, sólo necesito saber qué llamadas se hicieron desde él o cuáles recibió.

—Es difícil —dijo Muse—. Imposible a través de los canales normales. El que lo adquirió lo hizo por internet, y a algún irresponsable que se hacía pasar por otro irresponsable. Tardaré un poco en rastrearlo todo y en ejercer suficiente presión para conseguir los registros.

Meneé la cabeza. Entramos en la sala.

—Otra cosa —dijo ella—. ¿Has oído hablar de MVD?

—Most Valuable Detection —dije.

—La empresa de investigadores privados más importante del estado. Cingle Shaker, la mujer que he puesto a investigar a los chicos de la fraternidad, había trabajado allí. Se dice que han iniciado una investigación sobre ti, con cuenta de gastos ilimitada y con órdenes de buscar y destruir.

Llegué a la parte delantera de la sala del juicio.

—Magnífico.

Le entregué una vieja fotografía de Gil Pérez y ella la miró.

—¿Qué?

—¿Todavía tenemos a Farrell Lynch trabajando en informática?

—Sí.

—Pídele que efectúe un envejecimiento progresivo de este tipo. Que le envejezca veintinueve años. Dile también que le afeite la cabeza.

Loren Muse iba a seguir hablando, pero algo en mi expresión la detuvo. Se encogió de hombros y se marchó. Entró el juez Pierce. Todos nos levantamos. Y entonces Chamique Johnson subió al estrado.

Flair Hickory se puso de pie y se abrochó cuidadosamente la americana. Frunció el ceño. La última vez que había visto un traje azul claro de aquel tono fue en una película de un baile de graduación de 1978. Sonrió a Chamique.

—Buenos días, señorita Johnson.

Chamique parecía aterrada.

—Buenas —dijo con un hilo de voz.

Flair se presentó como si ambos acabaran de conocerse en una fiesta. Interrogó a Chamique sobre sus antecedentes. Fue amable pero firme. La habían arrestado por prostitución, ¿correcto? La habían arrestado por temas de drogas, ¿correcto? La habían acusado de robar ochenta y cuatro dólares a un cliente, ¿correcto?

No protesté.

Aquello formaba parte de mi estrategia de sacar a la luz todas las imperfecciones. Yo mismo había planteado muchas de aquellas cuestiones durante mi examen, pero el contrainterrogatorio de Flair era eficaz. No le pidió todavía que explicara su testimonio. Simplemente calentaba ciñéndose a los hechos y a los datos policiales.

Después de veinte minutos, Flair empezó a atacar de verdad.

—Ha fumado usted marihuana, ¿no?

—Sí —dijo Chamique.

—¿Fumó la noche en que fue presuntamente atacada?

—No.

—¿No? —Flair se llevó la mano al pecho como si esa respuesta le hubiera impactado profundamente—. Mmm. ¿Ingirió alguna bebida alcohólica?

—¿In... qué?

—¿Tomó alguna bebida alcohólica? ¿Una cerveza, o vino, por ejemplo?

—No.

—Nada.

—Nada.

—Mmm. ¿Tal vez tomó una bebida cualquiera? ¿Un refresco, quizá?

Iba a protestar, pero en realidad mi estrategia era permitir que ella se defendiera sola tanto como pudiera.

—Tomé algo de ponche —dijo Chamique.

—Ponche, vaya. ¿Y no tenía alcohol?

—Eso es lo que decían.

—¿Quién?

—Los chicos.

Ella vaciló.

—Jerry.

—¿Jerry Flynn?

—Sí.

—¿Y quién más?

—¿Eh?

—Ha dicho chicos. Con una «s» al final. Como si fueran más de uno. Jerry Flynn sólo es un chico. A ver, ¿quién más le dijo que el ponche que consumió...? Por cierto, ¿cuántos vasos tomó?

—No lo sé.

—Más de uno.

—Supongo que sí.

—Por favor, no suponga, señorita Johnson. ¿Diría que más de uno?

—Probablemente, sí.

—¿Más de dos?

—No lo sé.

—Pero ¿es posible?

—Sí, tal vez.

—Entonces tal vez más de dos. ¿Más de tres?

—No lo creo.

—Pero no puede estar segura.

Chamique se encogió de hombros.

—Tiene que decirlo en voz alta.

—No creo que tomara tres. Probablemente dos. Puede que ni siquiera dos.

—Y la única persona que le dijo que el ponche no tenía alcohol fue Jerry Flynn. ¿Es correcto?

—Creo que sí.

—Antes ha dicho « chicos» como si fuera más de uno. Pero ahora dice que sólo fue uno. ¿Está cambiando su testimonio?

Me puse de pie.

—Protesto.

Flair hizo un gesto de disculpa.

—Tiene razón, es una pequeñez, sigamos adelante. —Se aclaró la garganta y se llevó una mano a la cadera derecha—. ¿Tomó alguna droga esa noche?

—No.

—¿Ni siquiera una calada de un cigarrillo de marihuana, por ejemplo?

Chamique negó con la cabeza y después recordó que tenía que hablar, se inclinó hacia el micrófono y dijo:

—No.

—Mmm, bien. ¿Cuándo fue la última vez que tomó drogas?

Me puse de pie otra vez.

—Protesto. La palabra « drogas» podría referirse a cualquier cosa: aspirina, Tylenol...

Flair parecía divertido.

—¿No cree que aquí todo el mundo sabe a qué me refiero?

—Preferiría una aclaración.

—Señorita Johnson, me refiero a drogas ilegales. Como marihuana, cocaína o LSD. Algo así. ¿Me entiende?

—Sí, creo que sí.

—Bien, ¿cuándo tomó drogas ilegales por última vez?

—No me acuerdo.

—Dice que no tomó la noche de la fiesta.

—No.

—¿Y la noche anterior a la fiesta?

—No.

—¿Y la noche anterior a ésta?

Chamique se encogió un poquito y cuando contestó que «no», no estuve seguro de creerla.

—Veamos si concretamos un poco el calendario. Su hijo tiene quince meses, ¿es correcto?

—Sí.

—¿Ha tomado drogas ilegales desde que nació su hijo?

La voz de Chamique fue muy baja.

—Sí.

—¿Puede decirnos de qué clase?

Me puse de pie otra vez.

—Protesto. Lo hemos entendido. La señorita Johnson ha tomado drogas en el pasado. Nadie lo niega, pero eso no hace menos horrible lo que hicieron los clientes del señor Hickory. ¿Qué importa cuándo?

El juez miró a Flair.

—¿Señor Hickory?

—Creemos que la señorita Johnson es una consumidora habitual de drogas. Creemos que aquella noche estaba colocada y el jurado debería tenerlo en cuenta cuando evalúe la integridad de su testimonio.

—La señorita Johnson ya ha declarado que no había tomado ninguna droga esa noche ni ingerido —lo pronuncié con sarcasmo— alcohol.

—Y yo —dijo Flair— tengo derecho a dudar de sus recuerdos. El ponche contenía alcohol, sin ninguna duda. Presentaré al señor Flynn, que testificará que la testigo lo sabía cuando bebió. También quiero establecer que esta mujer no dudaría en tomar drogas, ni siquiera mientras amamantaba a su bebé...

—¡Señoría! —grité.

—Ya es suficiente. —El juez dio un golpe de mazo—. ¿Podemos seguir, señor Hickory?

—Podemos, señoría.

Me senté. Mi protesta había sido una estupidez. Parecía que quería despistar y, peor aún, había dado a Flair la posibilidad de dar más explicaciones. Mi estrategia hasta entonces había sido permanecer en silencio. Había perdido mi disciplina y nos había costado caro.

—Señorita Johnson, acusa a estos dos chicos de haberla violado, ¿correcto?

Me puse de pie.

—Protesto. No es abogada ni conoce la terminología legal. Les ha contado lo que le hicieron. Es la sala la que debe encontrar la terminología correcta.

Flair parecía divertido otra vez.

—No le estoy pidiendo una definición legal. Siento curiosidad por su lenguaje.

—¿Por qué? ¿Piensa hacerle un examen de vocabulario?

—Señoría —dijo Flair—, ¿puedo continuar interrogando a la testigo?

—¿Por qué no nos explica adónde quiere ir a parar, señor Hickory?

—Bien, lo reformularé. Señorita Johnson, cuando habla con sus amigos, ¿les dice que la han violado?

Ella vaciló.

—Sí.

—Ya. Y dígame, señorita Johnson, ¿conoce a alguien más que afirme haber sido violada?

Yo otra vez.

—Protesto. ¿Relevancia?

—Lo permitiré.

Flair estaba de pie junto a Chamique.

—Puede responder —dijo, como si quisiera ayudarla.

—Sí.

—¿Quién?

—Un par de chicas con las que trabajo.

—¿Cuántas?

Levantó la cabeza como si intentara recordar.

—Me acuerdo de dos.

—¿Son *strippers* o prostitutas?

—Las dos cosas.

—Una de cada o...

—No, las dos hacen ambas cosas.

—Ya. ¿Esos delitos se produjeron mientras trabajaban o durante su tiempo libre?

Volví a levantarme.

—Señoría, esto es demasiado. ¿Qué relevancia tiene?

—Mi distinguido colega tiene razón —dijo Flair, gesticulando con todo el brazo en mi dirección—. Cuando tiene razón, tiene razón. Retiro la pregunta.

Me sonrió. Me senté despacio, asqueado hasta la médula.

—Señorita Johnson, ¿conoce a algún violador?

Yo otra vez:

—¿Quiere decir aparte de sus clientes?

Flair se limitó a mirarme y se volvió hacia el jurado como diciendo « Ay que ver lo bajo que se puede llegar a caer ». La verdad es que era cierto.

Por su parte, Chamique dijo:

—No entiendo lo que quiere decir.

—No se preocupe, querida —dijo Flair, como si su respuesta pudiera

aburrirle—. Ya volveremos al tema más tarde.

No soporto cuando Flair dice esto.

—Durante este presunto ataque, mis clientes, el señor Jenrette y el señor Marantz, ¿usaban máscaras?

—No.

—¿Llevaban alguna clase de disfraz?

—No.

—¿Intentaron taparse la cara?

—No.

Flair Hickory meneó la cabeza como si fuera la cosa más incomprendible que hubiera oído en su vida.

—Según su testimonio, la cogieron contra su voluntad y la arrastraron dentro de la habitación. ¿Es correcto?

—Sí.

—¿La habitación donde vivían el señor Jenrette y el señor Marantz?

—Sí.

—No la atacaron fuera, en la oscuridad, o en algún lugar que no pudiera relacionarse con ellos. ¿Es correcto?

—Sí.

—Es raro, ¿no le parece?

Estaba a punto de protestar otra vez, pero lo dejé pasar.

—Así que su testimonio es que la violaron dos hombres que no llevaban máscaras ni hicieron nada por disfrazarse, que le mostraron sus rostros, que lo hicieron en su habitación con al menos un testigo que vio cómo la obligaban a entrar. ¿Es correcto?

Recé para que Chamique no sonara indecisa. No lo hizo.

—Es correcto, sí.

—Sin embargo, por algún motivo —de nuevo Flair parecía el hombre más perplejo del mundo— ¿utilizaron alias?

Ella no contestó. Bien.

Flair Hickory siguió meneando la cabeza como si le hubieran pedido que sumara dos y dos y le diera cinco.

—Sus agresores utilizaron los nombres Cal y Jim en lugar de los suyos propios. Éste es su testimonio, ¿no es así, señorita Johnson?

—Sí.

—¿Tiene lógica para usted?

—Protesto —dijo—. Nada en este delito brutal tiene lógica para ella.

—Ah, lo comprendo —dijo Flair Hickory—. Sólo esperaba, teniendo en cuenta que ella estaba allí, que la señorita Johnson pudiera ofrecer una teoría de por qué ellos dejaron que les viera las caras y la atacaron en su propia habitación, y sin embargo utilizaron alias. —Sonrió amablemente—. ¿Tiene usted

alguna, señorita Johnson?

—¿Una qué?

—¿Una teoría sobre por qué dos chicos llamados Edward y Barry se llamarían entre ellos Jim y Cal?

—No.

Flair Hickory caminó hacia su mesa.

—Antes le he preguntado si conocía algún violador. ¿Se acuerda?

—Sí.

—Bien. ¿Es así?

—No lo creo.

Flair asintió y cogió una hoja de papel.

—¿Y qué me dice de un hombre actualmente encarcelado en Rahway condenado por delitos sexuales llamado... por favor, preste atención, señorita Johnson, Jim Broodway?

Chamique abrió mucho los ojos.

—¿Se refiere a James?

—Me refiero a Jim, o James, si prefiere el nombre formal, Broodway, que solía vivir en el 1189 de Central Avenue en la ciudad de Newark, Nueva Jersey. ¿Le conoce?

—Sí. —Su voz era baja—. Le conocí.

—¿Sabía que estaba en la cárcel?

Se encogió de hombros.

—Conozco a muchos tipos que ahora están en la cárcel.

—Estoy seguro de ello —por primera vez, había mordacidad en la voz de Flair—, pero ésa no era mi pregunta. Le he preguntado si sabía que Jim Broodway estaba en la cárcel.

—No se llama Jim. Es James...

—Se lo preguntaré una vez más, señorita Johnson, y después pediré a la sala que le exija una respuesta...

Yo ya estaba de pie.

—Protesto. Está acorralando a la testigo.

—Denegada. Conteste a la pregunta.

—Algo había oído —dijo Chamique, y su tono era sumiso. Flair soltó un suspiro dramático.

—Sí o no, señorita Johnson, ¿sabía que Jim Broodway está cumpliendo condena en una penitenciaría del estado?

—Sí.

—Ya está. No ha sido tan difícil.

Yo otra vez.

—Señoría...

—Ahórrese el espectáculo, señor Hickory. Continúe.

Flair Hickory volvió a su silla.

—¿Ha mantenido relaciones sexuales con Jim Broodway?

—Se llama James —insistió Chamique.

—Llamémosle «señor Broodway» para acabar con esta discusión. ¿Ha tenido relaciones sexuales con el señor Broodway?

No podía dejarlo pasar.

—Protesto. La vida sexual de la testigo es irrelevante para el caso. En esto la ley es clara.

El juez Pierce miró a Flair.

—¿Señor Hickory?

—No pretendo empañar la reputación de la señorita Johnson o inferir que fuera una mujer de moral dudosa —dijo Flair—. La fiscalía ya ha establecido claramente que la señorita Johnson ha trabajado de prostituta y ha participado en varias actividades sexuales con una amplia variedad de hombres.

¿Cuándo aprenderé a tener la boca cerrada?

—El punto que intento establecer es diferente y no será ninguna vergüenza para la acusación. Ya ha admitido haber mantenido relaciones sexuales con hombres. El que el señor Broodway fuera uno de ellos no representa ni mucho menos grabarle una letra escarlata en el pecho.

—Es perjudicial —contrarresté.

Flair me miró como si acabara de caerme de un caballo.

—Ya le he explicado por qué no lo es. Pero la verdad es que Chamique Johnson ha acusado a dos jóvenes de un delito muy grave. Ha testificado que un hombre llamado Jim la violó. Lo que estoy preguntando, pura y simplemente, es esto: ¿alguna vez ha mantenido relaciones sexuales con el señor Jim Broodway, o James, si lo prefiere, que está cumpliendo condena en la penitenciaría del estado por delitos sexuales?

Ahora entendía adónde quería ir a parar. Y no me gustaba.

—Lo permitiré —dijo el juez.

Volví a sentarme.

—Señorita Johnson, ¿alguna vez ha mantenido relaciones sexuales con el señor Broodway?

Le resbaló una lágrima por la mejilla.

—Sí.

—¿Más de una vez?

—Sí.

Parecía que Flair quisiera intentar especificar más, pero fue lo bastante listo para parar. Cambió un poco de dirección.

—¿Alguna vez estuvo colocada o ebria mientras mantenía relaciones sexuales con el señor Broodway?

—Podría ser.

—¿Sí o no?

La voz de Flair era amable pero firme. También desprendía una pizca de indignación.

—Sí.

Ahora lloraba más. Me levanté.

—Un descanso, señoría.

Flair dejó caer el martillo antes de que el juez pudiera responder.

—¿Alguna vez hubo otro hombre implicado en sus relaciones sexuales con Jim Broodway? —La sala estalló en exclamaciones.

—¡Señoría! —grité.

—¡Orden! —El juez usó la maza—. ¡Orden!

La sala volvió a quedar en silencio rápidamente. El juez Pierce me miró.

—Sé lo difícil que es escuchar esto, pero permitiré la pregunta. —Se dirigió a Chamique—. Por favor, responda.

La estenógrafa de la sala repitió la pregunta. Chamique se quedó quieta mientras las lágrimas resbalaban por su cara. Cuando la estenógrafa terminó, Chamique dijo:

—No.

—El señor Broodway testificará que...

—¡Dejó que un amigo suyo mirara! —gritó Chamique—. Nada más. ¡Nunca permití que me tocara! ¿Me ha oído? ¡Nunca!

El silencio era total en la sala. Intenté mantener la cabeza alta, intenté no cerrar los ojos.

—Así que —dijo Flair Hickory—, tuvo relaciones sexuales con un hombre llamado Jim...

—¡James! ¡Se llama James!

—... Y había otro hombre en la habitación y sin embargo, ¿no sabe de dónde salieron los nombres de Jim y Cal?

—No conozco a ningún Cal. Y se llama James.

Flair Hickory se acercó más a ella. Ahora su cara expresaba preocupación, como si quisiera tocarla.

—¿Está usted segura de que no se lo ha imaginado, señorita Johnson?

Su voz parecía la de uno de esos médicos que salen en la tele.

Ella se secó las lágrimas.

—Sí, señor Hickory, estoy segura. Absolutamente segura.

Pero Flair no se amilanó.

—No estoy diciendo que mienta —siguió, y yo me mordí la lengua para no protestar—, pero ¿no existe la posibilidad de que tal vez tomara demasiado ponche, y no es culpa suya, por supuesto, ya que no sabía que contuviera alcohol, y participara en un acto consentido y después recordara algo de otra época? ¿No explicaría esto que insista en decir que los hombres que la violaron se llamaban

Jim y Cal?

Estaba de pie para decir que eso eran dos preguntas, pero Flair sabía perfectamente lo que hacía.

—Lo retiro —dijo Flair Hickory, como si aquel asunto fuera muy triste para todas las partes implicadas—. No tengo más preguntas.

Capítulo 13

Mientras esperaba a Sylvia Potter, Lucy buscó en Google el nombre que aparecía en el diario de visitas de Ira: Manolo Santiago. Había muchas entradas, pero ninguna le sirvió de nada. No era periodista, o al menos no apareció ninguna entrada en este sentido. ¿Quién era, entonces? ¿Y por qué había visitado a su padre? Podía preguntárselo a Ira, por supuesto. Si es que su padre se acordaba.

Pasaron dos horas. Después tres y cuatro. Lucy llamó a la habitación de Sylvia. No hubo respuesta. Intentó mandarle un correo otra vez a la BlackBerry. No obtuvo respuesta.

Aquello no pintaba bien.

¿Cómo podía conocer Sylvia Potter su pasado?

Lucy buscó en el directorio de la escuela. Sylvia Potter vivía en Stone House, en el campus. Decidió acercarse caminando a ver si se enteraba de algo.

En el campus de una universidad reina una magia evidente. No hay entidad más protegida, más resguardada, y aunque fuera fácil quejarse de esto, era como debía ser. Algunas cosas crecen mejor en el vacío. Es un lugar donde sentirse a salvo cuando eres joven, pero cuando te haces mayor, como ella y Lonnie, se convierte en un lugar donde esconderse.

Stone House había sido la casa de la fraternidad Psi U. Hacía dos años, la universidad se deshizo de las fraternidades, calificándolas de antiintelectuales. Lucy estaba de acuerdo en que las fraternidades tenían muchas cualidades y connotaciones negativas, pero la idea de proscribirlas le pareció demasiado fuerte y demasiado fascista para su gusto. Había un caso abierto en una universidad cercana en la que estaba implicada una fraternidad en una violación. Pero si no era una fraternidad, sería un equipo de *lacrosse* o un grupo de jugadores de béisbol en un club de *striptease*, o unos rockeros alborotadores en un club nocturno. No estaba segura de la solución, pero sabía que ésta no pasaba por deshacerse de todas las instituciones que no te gustaban.

« Castiga el delito —pensó— no la libertad » .

La fachada de la casa seguía siendo de ladrillo y de un precioso estilo georgiano. El interior se había despojado de toda personalidad. Habían desaparecido los tapices, el revestimiento de madera y la lujosa caoba de su rico pasado, y se habían reemplazado con blancos rotos, beige y toda clase de cosas neutras. Era una pena.

Había estudiantes por todas partes. Su entrada llamó la atención de algunos, pero no muchos. Se oían estéreos, o más probablemente altavoces de iPod. Las puertas estaban abiertas. Vio pósteres del Che en la pared. Tal vez se parecía más a su padre de lo que creía. Los campus de universidad también estaban atrapados en los sesenta. El estilo y la música puede cambiar, pero el sentimiento permanece.

Subió la escalera principal, también despojada de su personalidad. Sylvia tenía una habitación individual en el segundo piso. Lucy localizó su puerta, de la que colgaba una de esas pizarras de vinilo en las que se escribe con un rotulador, pero estaba immaculada. La pizarra estaba recta y perfectamente centrada. Arriba habían escrito el nombre «Sylvia» con una letra que casi parecía de calígrafo profesional. Junto al nombre había dibujada una flor rosa. Toda la puerta parecía fuera de lugar, aparte y ajena y de otra época.

Lucy llamó a la puerta. No contestaron. Intentó abrirla. Estaba cerrada. Pensó que podía dejar una nota, para eso estaba la pizarra, pero no le apetecía ensuciarla. Además parecía una medida un poco desesperada. Ya la había llamado. Le había enviado un mensaje. Pasar por su habitación era ir un poco demasiado lejos.

Empezaba a bajar la escalera cuando se abrió la puerta de Stone House y entró Sylvia Potter. Vio a Lucy y se puso rígida. Lucy bajó el resto de escalones y se paró frente a ella. No dijo nada y trató de mirar a la chica a los ojos. Sylvia miró a todas partes menos a Lucy.

—Ah, hola, profesora Gold.

Lucy no dijo nada.

—La clase se ha alargado. Lo siento. Y además mañana tengo que presentar otro proyecto. Luego pensé que ya era tarde y se habría marchado y que podía esperar a mañana.

Estaba balbuceando y Lucy la dejó continuar.

—¿Quiere que pase mañana? —preguntó Sylvia.

—¿Tienes tiempo ahora?

Sylvia miró el reloj sin mirarlo realmente.

—Es que estoy muy nerviosa con este proyecto. ¿No puede esperar a mañana?

—¿Para quién es el proyecto?

—¿Qué?

—¿Qué profesor te ha mandado el proyecto, Sylvia? Si te robo demasiado tiempo, puedo escribirte una nota para el profesor.

Silencio.

—Podemos ir a tu habitación —dijo Lucy—. Para hablar.

Sylvia la miró por fin a los ojos.

—¿Profesora Gold?

Lucy esperó.

—No creo que quiera hablar con usted.

—Se trata de tu diario.

—¿Mi...? —Meneó la cabeza—. Pero si lo mandé de forma anónima... ¿Cómo puede saber cuál es el mío?

—Sylvia...

—¡Lo dijo! ¡Lo prometió! Eran anónimos. Usted lo dijo.

—Sé lo que dije.

—¿Cómo ha podido...? —Se recompuso—. No quiero hablar con usted.

Lucy habló con voz firme.

—No tienes más remedio.

Pero Sylvia estaba retrocediendo.

—No, no es verdad. No puede obligarme. ¿Cómo... cómo puede habernos hecho esto? Decirnos que es anónimo y confidencial y después...

—Esto es muy importante.

—No, no lo es. No tengo que hablar con usted. Y si se lo dice a alguien, hablaré con el decano. La despedirán.

Algunos alumnos las miraban. Lucy estaba perdiendo el control de la situación.

—Por favor, Sylvia, tengo que saberlo...

—¡No tiene que saber nada!

—Sylvia...

—¡No tengo que decirle nada! ¡Déjeme en paz!

Sylvia Potter se volvió, abrió la puerta y salió corriendo.

Capítulo 14

Después de que Flair Hickory acabara con Chamique, yo me reuní con Loren Muse en mi despacho.

—Uau —dijo Loren—. Qué bestia.

—Ponte con lo del nombre —dije.

—¿Qué nombre?

—Investiga si alguien llamaba «Jim» a Broodway o si, como insiste Chamique, le llamaban James.

Muse frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Crees que servirá de algo?

—No puede perjudicarnos.

—¿Todavía le crees?

—Por favor, Muse. Esto es una cortina de humo.

—Pues es muy buena.

—¿Tu amiga Cingle ha descubierto algo?

—Todavía no.

El juez había dado la sesión por terminada por ese día, gracias a Dios. Flair me había tocado la moral. Sé que se supone que se trata de la justicia y que no es una competición ni nada de eso, pero seamos realistas.

Cal y Jim habían vuelto, y con más fuerza que nunca. Mi móvil sonó. Miré el identificador de llamadas. No reconocí el número. Me acerqué el teléfono a la oreja y dije:

—Diga.

—Soy Raya.

Raya Singh. La bonita camarera india. Se me secó la garganta.

—¿Cómo está?

—Bien.

—¿Se le ha ocurrido algo?

Muse me miró. Intenté darle a entender que era una llamada privada. Para ser investigadora, a veces Muse es un poco lenta. ¿O puede que fuera intencionado?

—Seguramente debería habérselo dicho antes —dijo Raya Singh.

Esperé.

—Es que me sorprendió que se presentara de aquella manera. Todavía no estoy segura de lo que debo hacer.

—¿Señorita Singh?

—Llámeme Raya, por favor.

—Raya, no sé de qué me hablas —dije.

—Fue por eso que le pregunté por qué había venido en realidad. ¿Se acuerda?

—Sí.

—¿Sabe por qué le pregunté qué... qué era lo que quería en realidad?

Lo pensé un momento y decidí ser sincero:

—¿Por la forma tan poco profesional con que te comía con los ojos?

—No —dijo.

—Vale, me rindo. ¿Por qué lo preguntaste? Y ya puestos, ¿por qué me preguntaste si le había matado?

Muse arqueó una ceja. No le hice caso.

Raya Singh no contestó.

—¿Señorita Singh? —Y después—: ¿Raya?

—Porque él mencionó su nombre —dijo.

Creí que tal vez lo había oído mal, así que hice una pregunta estúpida.

—¿Quién mencionó mi nombre?

Su voz mostró un indicio de impaciencia.

—¿De quién estamos hablando?

—¿Manolo Santiago mencionó mi nombre?

—Sí, claro.

—¿Y no sabías si debía decírmelo?

—No sabía si podía confiar en usted.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de idea?

—He buscado su nombre por internet. Es verdad que es el fiscal del condado.

—¿Qué te dijo Santiago de mí?

—Dijo que había mentido sobre algo.

—¿Sobre qué?

—No lo sé.

Insistí.

—¿A quién se lo dijo?

—A un hombre. No sé cómo se llama. También tenía recortes sobre usted en su piso.

—¿Su piso? Creía que habías dicho que no sabías dónde vivía.

—Eso fue cuando no confiaba en usted.

—¿Y ahora sí confías en mí?

No contestó a esa pregunta directamente.

—Recójame en el restaurante dentro de una hora —propuso Raya Singh—, y le enseñaré dónde vivía Manolo.

Capítulo 15

Cuando Lucy volvió a su despacho, Lonnie estaba allí con algunas hojas de papel en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Más de ese diario.

Lucy intentó no arrancárselas de la mano.

—¿Has encontrado a Sylvia? —preguntó.

—Sí.

—¿Y?

—Se ha puesto como una loca y no ha querido hablar.

Lonnie se sentó en la silla y apoyó los pies en la mesa.

—¿Quieres que lo intente yo?

—No me parece buena idea.

Lonnie le dedicó su sonrisa seductora.

—Puedo ser muy persuasivo.

—¿Estás dispuesto a entregarte sólo por ayudarme?

—Si es necesario.

—No me gustaría mancillar tu reputación. —Cogió las páginas y se sentó—.

¿Ya las has leído?

—Sí.

Ella sólo asintió con la cabeza y se puso a leer.

P se soltó y corrió en dirección al grito.

Le llamé, pero no se detuvo. Dos segundos después, fue como si la noche se lo hubiera tragado. Intenté seguirle. Pero estaba oscuro. Yo debería haber conocido el bosque mejor que P. Para él era el primer año.

La voz que gritaba era la de una chica. Esto podía asegurarlo. Caminé por el bosque. No volví a llamarle. No sé por qué pero me daba miedo hacerlo. Quería encontrar a P, pero no quería que nadie supiera dónde estaba. Sé que no tiene mucha lógica, pero es lo que sentía.

Estaba asustada.

Había luna llena. La luz de la luna en el bosque lo cambia todo de color. Es como una de esas lámparas que tenía mi padre. Las llamaban luces negras, aunque eran más bien moradas. Cambiaban el color de todo a su alrededor. Lo mismo que la luna.

Así que cuando por fin encontré a P y vi aquel color raro en su camisa, al principio no lo reconocí. No distinguía el tono de carmesí. Parecía más bien azul líquido. Me miró con los ojos muy abiertos.

«Tenemos que irnos —dijo—. Y no podemos decirle a nadie que hemos estado aquí...».

Eso era todo. Lucy lo leyó dos veces más. Después dejó la hoja. Lonnie la estaba mirando.

—Bueno —dijo, arrastrando la palabra—. Doy por hecho que eres la narradora de esta historia.

—¿Qué?

—He intentado adivinarlo, Lucy, y sólo se me ha ocurrido una explicación posible. Tú eres la chica de la historia. Alguien está escribiendo sobre ti.

—Qué tontería —dijo ella.

—Vamos, Luce. En ese montón tenemos historias de incestos como para hacer llorar. Y no estamos buscando a esos chicos. En cambio, estás agobiadísima con ese cuento de terror en el bosque.

—Déjalo, Lonnie.

Él meneó la cabeza.

—Perdona, cariño, pero soy incapaz. Aunque no fueras superguapa y no me muriera de ganas de acostarme contigo.

Lucy no se tomó la molestia de pensar una réplica.

—Me gustaría ayudarte si puedo.

—No puedes.

—Sé más de lo que crees.

Lucy le miró.

—¿A qué te refieres?

—¿No... no te enfadarás conmigo?

Ella esperó.

—Te he investigado un poco.

A Lucy se le hizo un nudo en el estómago, pero aguantó el tipo.

—Lucy Gold no es tu nombre auténtico. Te lo cambiaste.

—¿Cómo lo sabes?

—Vamos, Luce. Ya sabes lo fácil que es descubrir estas cosas con un ordenador.

Ella no dijo nada.

—Algo de este diario me estaba fastidiando —siguió Lonnie—. Todo ese rollo del campamento. Era pequeño, pero recuerdo haber oído hablar del Monitor Degollador. Así que investigué un poco más. —Intentó sonreírle en plan chulo—. Te sentaba mejor el rubio.

—Fue una época muy difícil de mi vida.

—Me lo imagino.

—Por eso me cambié el nombre.

—Lo comprendo. Tu familia recibió muchos palos. Querías dejarlo todo atrás.

—Sí.

—Y ahora, por alguna extraña razón, está volviendo.

Ella asintió.

—¿Por qué? —preguntó Lonnie.

—No lo sé.

—Me gustaría ayudarte.

—Como te he dicho, no sé cómo podrías ayudarme.

—¿Puedo preguntarte algo?

Ella se encogió de hombros.

—He indagado un poquito. ¿Sabes que el Canal Discovery emitió un especial sobre los asesinatos hace unos años?

—Lo sé —dijo Lucy.

—No dicen nada de que tú estuvieras allí. Me refiero al bosque, por la noche.

Ella no dijo nada.

—¿Qué significa eso?

—No puedo hablar de ello.

—¿Quién es P? Es Paul Copeland, ¿verdad? ¿Sabes que ahora es fiscal del condado o algo así?

Ella negó con la cabeza.

—No me lo estás poniendo fácil —dijo Lonnie.

Ella siguió con la boca cerrada.

—Bueno —dijo, poniéndose de pie—. Te ayudaré de todos modos.

—¿Cómo?

—Con Sylvia Potter.

—¿Qué vas a hacer?

—La haré hablar.

—¿Cómo?

Lonnie ya se acercaba a la puerta.

—Tengo mis recursos.

De camino al restaurante indio, me desvié para ir a visitar a Jane.

No sé por qué lo hice. No voy muy a menudo, puede que tres veces al año. No siento la presencia de mi mujer allí. Sus padres y ella eligieron el lugar de la sepultura. «Significa mucho para ellos», me había explicado en el lecho de muerte. Y así era. Distrajo a sus padres, especialmente a su madre, y les hizo sentir que estaban haciendo algo útil.

No me importó mucho. Yo me negaba a creer que Jane iba a morir, incluso cuando se puso mal, realmente mal. Seguí creyendo que lo superaría de alguna manera. Y para mí la muerte es la muerte: definitiva, el final, sin nada después, la línea de meta y nada más. Hermosos ataúdes y tumbas bien cuidadas, incluso una tan bien cuidada como la de Jane, no cambian nada.

Aparqué y seguí caminando. Su tumba tenía flores frescas. Los que

pertenecemos a la fe hebrea no hacemos eso. Ponemos piedras en la lápida. Eso me gustaba, aunque no sé muy bien por qué. Las flores, algo tan vivo y brillante, parecían obscenas contra el gris de su tumba. Mi esposa, mi bonita Jane, se podría dos metros por debajo de esas lilas recién cortadas. Eso me parecía ofensivo.

Me senté en el banco de piedra. No hablé con ella. El final había sido horrible. Jane sufría y yo miraba. Al menos un tiempo. Optamos por el servicio médico domiciliario porque Jane deseaba morir en casa, pero entonces nos enfrentamos a la pérdida de peso, a los olores, a la decadencia y a sus gemidos. El sonido que más recuerdo, el que todavía me persigue en sueños, era esa horrible tos, más asfixia que tos, cuando Jane no podía sacar la flema y le dolía mucho y estaba incomodísima, y duró meses y yo intentaba ser fuerte, pero no era tan fuerte como Jane y ella lo sabía.

Hubo una época al principio de nuestra relación en que ella supo que yo tenía dudas. Había perdido a una hermana. Mi madre me había abandonado. Y por primera vez en mucho tiempo permitía que una mujer entrara en mi vida. Recuerdo una noche, tarde, que yo no podía dormir y estaba mirando el techo y Jane dormía a mi lado. Recuerdo que oía su respiración profunda, tan tierna y perfecta y tan diferente de como sería al final. Su respiración se aligeró y fue despertándose lentamente. Me rodeó con los brazos y se acercó más a mí.

—No soy ella —dijo bajito, como si me leyera el pensamiento—. Yo no te abandonaré nunca.

Pero al final, me abandonó.

Desde su muerte había salido con algunas mujeres. Incluso había experimentado una sensación de compromiso emocional intenso. Algún día espero encontrar a alguien y volver a casarme. Pero ahora mismo, pensando en aquella noche en nuestra cama, me daba la sensación de que era probable que no sucediera.

«No soy ella», había dicho mi esposa.

Evidentemente se refería a mi madre.

Miré la lápida. Leí el nombre de mi mujer. Amada madre, hija y esposa. A ambos lados tenía una especie de alas de ángel. Me imaginé a mis suegros eligiéndola, el tamaño correcto de las alas del ángel, el diseño perfecto, todo. Había comprado la parcela que había junto a la de Jane sin decírmelo. Si no me casaba, imaginaba que sería para mí. Si me casaba, no sé qué harían mis suegros con ella.

Deseaba pedir ayuda a mi Jane. Deseaba pedirle que buscara donde fuera que estuviera por si encontraba a mi hermana, y que me dijera si Camille estaba viva o muerta. Sonreí como un tonto. Paré de golpe.

Estoy seguro de que los móviles están muy mal vistos en los cementerios. Pero no creí que a Jane le importara. Saqué el móvil del bolsillo y marqué el

número seis otra vez.

Sosh respondió al primer timbre.

—Tengo que pedirte un favor —dije.

—Ya te lo dije. Por teléfono no.

—Encuentra a mi madre, Sosh.

Silencio.

—Tú puedes encontrarla. Te lo pido. Por el recuerdo de mi padre y mi hermana. Encuentra a mi madre.

—¿Y si no puedo?

—Puedes.

—Tu madre se marchó hace mucho tiempo.

—Lo sé.

—¿Has pensado que tal vez tu madre no desea que la encuentren?

—Sí —dije.

—¿Y?

—Mala suerte —dije—. No siempre tenemos lo que queremos. Encuéntrala, Sosh, por favor.

Colgué el teléfono y volví a mirar la lápida de mi mujer.

—Te echamos de menos —dije en voz alta a mi esposa muerta—. Cara y yo. Te echamos muchísimo de menos.

Después me levanté y regresé al coche.

Capítulo 16

Raya Singh me esperaba en el aparcamiento del restaurante. Había cambiado los velos del uniforme de camarera por unos vaqueros y una blusa azul oscuro. Llevaba el pelo recogido en una cola. El efecto no era menos deslumbrante. Meneé la cabeza. Acababa de visitar la tumba de mi esposa y ya estaba admirando inadecuadamente la belleza de una jovencita.

El mundo tiene cosas interesantes.

Subió al asiento del pasajero. Olía de maravilla.

—¿Adónde? —pregunté.

—¿Sabes dónde está la carretera 17?

—Sí.

—Pues cógela hacia el norte.

Salí del aparcamiento.

—¿Quieres empezar a contarme la verdad?

—Yo nunca te he mentido —dijo—. Sólo decidí no contarte algunas cosas.

—¿Sigues afirmando que conociste a Santiago en la calle?

—Sí.

No la creí.

—¿Alguna vez le oíste mencionar a un tal Pérez?

No contestó.

—¿A un tal Gil Pérez? —insistí.

—La salida hacia la 17 está a la derecha.

—Sé dónde está la salida, Raya.

Miré de soslayo su perfil perfecto. Ella observaba por la ventana, y estaba abrumadoramente hermosa.

—Cuéntame eso de que le oíste mencionar mi nombre —dije.

—Ya te lo he contado.

—Cuéntamelo otra vez.

Raya respiró hondo silenciosamente y cerró los ojos un momento.

—Manolo dijo que mentiste.

—¿Mentir sobre qué?

—Mentir sobre algo relacionado con... —vaciló— con bosques o montes o algo por el estilo.

Sentí que el corazón me daba un salto en el pecho.

—¿Eso dijo? ¿Bosques o montes?

—Sí.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactamente?

—No me acuerdo.

—Inténtalo.

—Paul Copeland mintió sobre lo que sucedió en ese bosque. —Después

inclinó la cabeza—. Ah, espera.

Esperé.

Entonces dijo algo que casi me hace salir de la carretera.

Un nombre:

—Lucy.

—¿Qué?

—Ése fue el otro nombre. Dijo: « Paul Copeland mintió sobre lo que sucedió en ese bosque. Y Lucy también» .

Ahora me tocaba a mí estar en silencio.

—Paul —dijo Raya—, ¿quién es Lucy?

El resto del trayecto permanecemos en silencio.

Yo estaba perdido en mis pensamientos sobre Lucy. Intentaba recordar el tacto de sus cabellos tan rubios, el maravilloso olor que desprendían. Pero no podía. Ése era el problema: los recuerdos parecían borrosos. No lograba recordar qué parte era real y cuál había fabricado mi imaginación. Sólo recordaba la exaltación, la sensualidad. Los dos éramos novatos, los dos patosos, los dos inexpertos, pero fue como una canción de Bob Seger, o tal vez *Bat Out of Hell* de Meat Loaf. Dios mío, la lujuria. ¿Cómo había empezado? ¿Y cuándo esa lujuria viró hacia algo parecido al amor?

Los romances de verano se acaban. Eso era parte del trato. Nacen como algunas plantas o insectos, que no son capaces de sobrevivir a más de una estación. Yo creía que Luce y yo seríamos diferentes. Lo fuimos, supongo, pero no de la forma que yo creía. Yo creía de verdad que nunca nos separaríamos.

Los jóvenes son tan tontos.

El edificio de apartamentos AmeriSuites estaba en Ramsey, Nueva Jersey. Raya tenía una llave. Abrió la puerta de una habitación del tercer piso. Describiría la decoración, pero la única palabra con la que podría describirla sería sosa. El mobiliario tenía toda la personalidad que cabía esperar en una casa de apartamentos de una carretera llamada 17 en el norte de Nueva Jersey.

Cuando entramos en la habitación, Raya soltó una exclamación.

—¿Qué? —pregunté.

Estaba repasando la habitación con la mirada.

—Había montones de papeles sobre esa mesa —dijo—. Carpetas, revistas, bolígrafos y lápices.

—Ahora está vacía.

Raya abrió un cajón.

—Su ropa ha desaparecido.

Realizamos un registro cuidadoso. Todo había desaparecido: no había papeles, ni carpetas, ni artículos de revista, ni cepillo de dientes ni efectos personales,

nada. Raya se sentó en el sofá.

—Alguien ha venido y ha vaciado el piso.

—¿Cuándo estuviste aquí por última vez?

—Hace tres días.

Fui hacia la puerta.

—Vamos.

—¿Adónde vas?

—Voy a hablar con alguien de recepción.

Pero sólo había un chico trabajando. No nos dijo prácticamente nada. El inquilino se había inscrito como Manolo Santiago. Había pagado en efectivo y había dejado un depósito en efectivo. La habitación estaba pagada hasta final de mes. El chico no recordaba qué aspecto tenía el señor Santiago ni sabía nada de él. Ése era el problema de esta clase de apartamentos. No es necesario atravesar la recepción. Es fácil pasar desapercibido.

Raya y yo regresamos a la habitación de Santiago.

—¿Dijiste que había papeles?

—Sí.

—¿Qué decían?

—No me dedicaba a fisgar.

—Raya —dije.

—¿Qué?

—Debo ser sincero contigo. No me creo del todo tu papel de transeúnte ignorante.

Ella sólo me miró con esos malditos ojos.

—¿Qué? —le pregunté.

—Quieres que confíe en ti.

—Sí.

—¿Por qué debería hacerlo?

Lo pensé un momento.

—Me mentiste cuando nos conocimos —dijo.

—¿Sobre qué?

—Dijiste que sólo estabas investigando su asesinato. Como un detective o algo así. Pero no era cierto, ¿verdad?

No dije nada.

—Manolo no confiaba en ti —siguió ella—. Leí esos artículos. Sé que sucedió algo en ese bosque hace veinte años. Él creía que tú habías mentido.

Seguí sin decir nada.

—Y ahora esperas que yo te lo cuente todo. ¿Por qué iba a hacerlo? Si estuvieras en mi lugar, ¿dirías todo lo que sabes?

Me tomé un momento para aclarar mis pensamientos. En parte tenía razón.

—Así que viste los artículos.

—Sí.

—Por lo tanto sabes que yo estuve en el campamento ese verano.

—Sí.

—Y también sabes que mi hermana desapareció esa noche.

Asintió con la cabeza.

—Por eso estoy aquí —dije mirándola fijamente.

—¿Estás aquí para vengar a tu hermana?

—No, estoy aquí para encontrarla —respondí.

—Pero yo creía que había muerto. Que Wayne Steubens la había matado.

—Eso es lo que yo pensaba también.

Raya volvió la cabeza un momento. Después me miró directamente a los ojos.

—¿Sobre qué mentiste entonces?

—Sobre nada.

Aquellos ojos otra vez.

—Puedes confiar en mí —dijo.

—Es lo que hago.

Esperó. Yo también esperé.

—¿Quién es Lucy?

—Es una chica que estaba en el campamento.

—¿Qué más? ¿Qué relación tiene ella con esto?

—Su padre era el dueño del campamento —dije, y añadí—: También era mi novia en aquella época.

—¿Y en qué mentisteis vosotros dos?

—No mentimos.

—¿A qué se refería Manolo, pues?

—No tengo ni la más remota idea. Eso es lo que intento descubrir.

—No lo entiendo. ¿Por qué estás tan seguro de que tu hermana está viva?

—No estoy seguro —dije—. Pero creo que existe una posibilidad digna de tenerse en cuenta.

—¿Por qué?

—Por Manolo.

—¿Qué pasa con él?

La miré a la cara y me pregunté si estaría jugando conmigo.

—Antes, cuando he mencionado el nombre de Gil Pérez, te has cerrado en banda —dije.

—Su nombre salía en esos artículos. También le mataron aquella noche.

—No —respondí.

—No lo entiendo.

—¿Sabes por qué Manolo estaba investigando lo que sucedió aquella noche?

—No me lo dijo.

—¿No sentías curiosidad?

Se encogió de hombros.

—Me dijo que era un asunto de trabajo.

—Raya —dije—. Manolo Santiago no era su nombre auténtico.

Dudé, por si me interrumpía y me daba alguna información. No lo hizo.

—Su nombre auténtico era Gil Pérez —seguí.

Tardó un segundo en digerirlo.

—¿El chico del bosque?

—Sí.

—¿Estás seguro?

Buena pregunta.

—Sí —respondí sin vacilar, a pesar de todo.

Lo pensó un momento.

—Y lo que me estás diciendo ahora, en caso de que sea verdad, es que ha estado vivo todo este tiempo.

Asentí.

—Y si estaba vivo... —Raya Singh calló.

Yo acabé la frase por ella.

—Mi hermana también podría estarlo.

—O quizá Gil, o cómo le llames tú, los mató a todos —dijo.

Es raro, pero no había pensado en esto. Tenía cierta lógica. Gil los mata a todos, deja pruebas de que él también es una víctima. Pero ¿era Gil suficientemente listo para montar algo así? ¿Y qué pintaba entonces Wayne Steubens?

A menos que Wayne dijera la verdad...

—Si eso es cierto, lo descubriré —dije.

Raya frunció el ceño.

—Manolo decía que tú y Lucy habíais mentido. Si él les mató, ¿para qué iba a decir una cosa así? ¿Para qué tendría todos esos papeles e investigaría lo sucedido? Si lo había hecho él, ya tendría la respuesta, ¿no?

Cruzó la habitación y se situó directamente frente a mí. Tan joven y tan hermosa. Tenía ganas de besarla.

—¿Qué no me estás diciendo? —preguntó.

Sonó mi móvil y miré el identificador. Loren Muse. Apreté la tecla de contestar:

—¿Qué pasa?

—Tenemos un problema —dijo Muse.

Cerré los ojos y esperé.

—Es Chamique. Quiere retractarse.

Mi oficina está en el centro de Newark. No paro de oír que hay en marcha un plan de revitalización para la ciudad. Yo no lo veo. La ciudad está en decadencia desde que yo puedo recordar. Pero he llegado a conocerla bien. La historia sigue allí, bajo la superficie. La gente es estupenda. Como sociedad tenemos tendencia a estereotipar a las ciudades del mismo modo que lo hacemos con los grupos étnicos o las minorías. Es fácil odiarlos a distancia. Recuerdo a los conservadores padres de Jane y su desprecio por todo lo relacionado con los gays. Sin que ellos lo supieran, Helen, la compañera de cuarto de Jane en la universidad, era gay. Cuando conocieron a Helen, tanto la madre como el padre quedaron encantados con ella. Cuando supieron que era lesbiana, les siguió gustando. Y después les gustó su pareja.

Así era como solía ser. Era fácil odiar a los gays, a los negros, a los judíos o a los árabes. Era más difícil odiar a las personas.

Newark era así. La podías odiar en conjunto, pero había tantos barrios, tantos tenderos y tantos ciudadanos encantadores y fuertes, que no podías evitar sentirte atraído y querer cuidarla y mejorarla.

Chamique me esperaba en el despacho. Era tan joven, pero llevaba la dureza de la vida escrita en la cara. La vida no había sido amable con esa chica. Probablemente no sería más fácil en el futuro. Su abogado, Horace Foley, llevaba demasiada colonia y tenía los ojos demasiado separados. Soy abogado y por lo tanto no me gustan los prejuicios que existen contra mi profesión, pero estaba bastante seguro de que si pasaba una ambulancia, ese tipo saltaría por mi ventana en el tercer piso para atraparla.

—Queremos que retire los cargos contra el señor Jenrette y el señor Marantz —dijo Foley.

—No puedo hacerlo —dije. Miré a Chamique. No tenía la cabeza baja, pero tampoco estaba buscando el contacto visual con mucho ahínco—. ¿Mentiste ayer en el estrado? —pregunté.

—Mi cliente nunca mentiría —respondió Foley.

No le hice caso y miré a Chamique a los ojos.

—No conseguirá que les condenen —dijo ella.

—Eso no lo sabes.

—¿Habla en serio?

—Sí.

Chamique me sonrió, como si yo fuera el ser más ingenuo que Dios hubiera creado.

—No lo entiende, ¿verdad?

—Sí, lo entiendo. Te ofrecen dinero a cambio de retractarte. La cifra ha alcanzado el nivel suficiente para que tu abogado, aquí presente, el señor « Para

qué ducharse si se tiene colonia», crea que vale la pena hacerlo.

—¿Cómo me ha llamado?

Me volví hacia Muse.

—Abre la ventana, por favor.

—A tus órdenes, Cope.

—¡Eh! ¿Cómo me ha llamado?

—La ventana está abierta. Puede tirarse si le apetece. —Volví a mirar a Chamique—. Si te retractas ahora, significa que tu testimonio de hoy y de ayer era mentira. Significa que cometiste perjurio. Significa que hiciste que esta oficina gastara millones de dólares de impuestos con tu mentira, tu perjurio. Eso es un delito. Irás a la cárcel.

—Hable conmigo, señor Copeland, no con mi cliente —replicó Foley.

—¿Hablar con usted? Con usted aquí no puedo ni respirar.

—No pienso aguantar...

—A callar —dije. Me puse una mano detrás de la oreja—. Escuche cómo se arruga.

—¿El qué?

—Creo que su colonia me está pelando el papel pintado. Si escucha atentamente, podrá oírlo. Silencio, escuche.

Incluso Chamique sonrió un poquito.

—No te retractes —le dije.

—Tengo que hacerlo.

—Pues te procesaré.

Su abogado estaba a punto para la batalla, pero Chamique le puso una mano en el brazo.

—No lo hará, señor Copeland.

—Lo haré.

Pero ella sabía que no lo haría. Era un farol. Era una pobre y asustada víctima de violación que tenía la oportunidad de cobrar, de tener más dinero del que probablemente dispondría en toda su vida. ¿Quién era yo para sermonearla sobre valores y justicia?

Ella y su abogado se pusieron en pie y Horace Foley dijo:

—Por la mañana firmaremos el acuerdo.

No dije nada. Una parte de mí se sentía aliviada y eso me avergonzaba. Ahora JaneCare sobreviviría. El recuerdo de mi padre, o más bien mi carrera política no sufriría un revés innecesario. Lo mejor de todo es que me había librado de una buena. Y no había hecho nada, había sido Chamique.

Chamique me ofreció la mano y yo se la estreché.

—Gracias —dijo.

—No lo haga —le pedí, pero ya no había convicción en mi intento.

Ella se dio cuenta y sonrió. Después salieron de mi despacho. Primero

Chamique y luego su abogado. Su colonia permaneció como recuerdo.

Muse se encogió de hombros y dijo:

—¿Qué puedes hacer?

Eso me estaba preguntando yo también.

Fui a casa y cené con Cara. Tenía unos « deberes » que consistían en buscar cosas que fueran rojas en algunas revistas y recortarlas. Parecería una tarea sencilla, pero evidentemente nada de lo que encontrábamos juntos le parecía bien. No le gustaba la furgoneta roja, ni el vestido rojo de la modelo, ni siquiera el coche de bomberos rojo. Pronto me di cuenta de cuál era el problema: que me mostrara entusiasmo con las cosas que encontraba. « ¡Este vestido es rojo, cariño! ¡Está muy bien! ¡Creo que es perfecto! » , decía yo.

Después de veinte minutos así, me di cuenta de mi error. Cuando encontré una foto de una botella de *ketchup*, me encogí de hombros y dije en tono desinteresado:

—No me gusta el *ketchup*.

Cogió las tijeras con el mango de seguridad y se puso manos a la obra.

Niños.

Cara se puso a cantar una canción mientras recortaba. Era una canción de unos dibujos animados de la tele llamados *Dora la exploradora* y básicamente consistía en cantar la palabra « mochila » una y otra vez hasta que la cabeza del padre más cercano explotaba en un millón de pedazos. Hacía dos meses había cometido el error de comprarle una mochila parlante de *Dora la exploradora* (« mochila, mochila, mochila » , repetidamente) con un mapa parlante a juego (canción: « Soy el mapa, soy el mapa, soy el mapa » , reiteradamente). Cuando venía su prima Madison, a menudo jugaban a *Dora la exploradora*. Una de ellas hacía el papel de Dora. La otra era un mono con el curioso apodo de *Botas*. No es habitual conocer monos con apodos relacionados con el calzado.

Estaba pensando en esto, en *Botas*, en la manera en que Cara y su prima discutían quién sería Dora y quién sería *Botas*, cuando la idea me vino encima como el famoso rayo.

Me quedé helado. De hecho me quedé quieto allí sentado. Incluso Cara se dio cuenta.

—¿Papi?

—Un momento, peque.

Subí corriendo, haciendo temblar la casa con mis pisadas. ¿Dónde demonios había metido las facturas de la fraternidad? Puse la habitación patas arriba. Tardé cinco minutos en encontrarlas; estaba dispuesto a tirarlas todas después de la entrevista de la mañana.

Bang, ahí estaban.

Las hojeé, encontré los cargos de internet, los mensuales, y después cogí el teléfono y llamé a Muse. Respondió a la primera.

—¿Qué pasa?

—Cuando estabas en la universidad —pregunté—, ¿con qué frecuencia te quedabas levantada toda la noche?

—Dos veces por semana como mínimo.

—¿Cómo te mantenías despierta?

—Con M&M's. En cantidades industriales. Las naranjas son anfetaminas, lo juro.

—Cómprate todas las que quieras y puedes incluirlas como gastos.

—Me gusta tu tono de voz, Cope.

—Tengo una idea, pero no sé si tenemos tiempo.

—No debes preocuparte por el tiempo. ¿Con respecto a qué asunto?

—Con respecto al asunto de nuestros coleguillas Cal y Jim —contesté.

Capítulo 17

Busqué el número de teléfono de la casa de Foley, el abogado aromático, y le desperté.

—No firme los papeles hasta la tarde —dije.

—¿Por qué?

—Porque si lo hace, haré todo lo posible para que mi oficina caiga encima de usted y de sus clientes con todo el peso de la ley. Les dejaré claro que no hacemos tratos con Horace Foley, que siempre procuramos que los clientes cumplan la máxima condena.

—No puede hacer eso.

No dije nada.

—Tengo una obligación con mi cliente.

—Dígale que he pedido un poco de tiempo. Dígale que es por su bien.

—¿Y qué le digo a la otra parte?

—No lo sé, Foley, invéntese algo; que hay algún error en la documentación, lo que sea. Pero demórelo hasta la tarde.

—¿Y en qué beneficia esto a mi cliente?

—Si tengo suerte y doy en el clavo, podrá renegociar. Más dinero en su bolsillo.

Se calló un momento y después dijo:

—Eh, Cope.

—¿Qué?

—Es una chica rara, Chamique.

—¿Por qué?

—Cualquiera habría cogido el dinero enseguida. Tuve que insistirle porque, francamente, cuanto antes cobre mejor para ella. Los dos lo sabemos. Pero no quiso saber nada hasta que anoche la vapulearon con aquella historia de Jim/James. Antes de eso, dijera lo que dijera en la sala, estaba más interesada en que los chicos fueran a la cárcel que en la compensación económica. Realmente quería justicia.

—¿Y eso le sorprende?

—Usted es nuevo en esto. Yo llevo veintisiete años haciéndolo. Te vuelves cínico. O sea que sí, me sorprendió y mucho.

—¿Me está diciendo esto por alguna razón concreta?

—Sí, por una razón. A mí ya me conoce, yo quiero mi tercera parte del acuerdo. Pero Chamique es diferente. A ella este dinero le cambiará la vida. Así que, señor fiscal, no sé lo que se trae entre manos, pero no lo estropee.

Lucy bebía sola.

Era de noche. Lucy vivía en un apartamento de la facultad, un lugar muy deprimente. Muchos profesores trabajaban mucho para ahorrar con la esperanza de poder dejar el apartamento de la universidad. Lucy llevaba un año viviendo allí. Antes que ella, una profesora de literatura inglesa, Amanda Simon, había pasado tres décadas de soltería en aquel piso. Un cáncer de pulmón la había matado a los cincuenta y ocho años. Sus restos permanecían en el olor que había dejado atrás. A pesar de haber arrancado la moqueta y haber pintado todo el piso, la peste a tabaco seguía allí. Era un poco como vivir en un cenicero.

Lucy era una chica de vodka. Miró por la ventana. A lo lejos se oía música. Era el campus de una universidad. Siempre había música en alguna parte. Miró el reloj. Medianoche.

Encendió su propio iPod diminuto y buscó la lista de reproducción que había titulado « Suave ». Todas las canciones no sólo eran lentas sino que además te partían el corazón. Así que estaba bebiendo vodka en su deprimente piso, oliendo el humo de una difunta y escuchando canciones desgarradoras de pérdida, deseo y angustia. Era lastimoso, pero a veces es suficiente sentir. Daba lo mismo que te doliera. Lo importante era sentir.

En ese momento Joseph Arthur cantaba *Honey and the Moon*. Le decía a su amor verdadero que, si no era real, él la inventaría. Uau, no estaba mal. Lucy intentó imaginar un hombre, un hombre que valiera la pena, diciéndoselo a ella. Eso la hizo sacudir la cabeza de perplejidad.

Cerró los ojos e intentó unir las piezas. No encajaba nada. El pasado se estaba amotinando. Lucy se había pasado toda la vida adulta huyendo de esos malditos bosques en el campamento de su padre. Había cruzado el país, hasta llegar a California, y había vuelto a cruzarlo en dirección contraria. Se había cambiado el nombre y el color de los cabellos. Pero el pasado siempre la seguía. A veces le permitía ganar una ventaja cómoda, la engañaba para que creyera que había puesto suficiente distancia entre aquella noche y el presente, pero los muertos siempre rellenaban el hueco.

Al final aquella horrible noche siempre la encontraba. Pero esta vez... ¿cómo? Esas entradas de diario... ¿cómo podían existir? Sylvia Potter apenas había nacido cuando el Monitor Degollador actuó en el campamento PACE (su lema era: Paz Amor Comprensión Estío). ¿Qué podía saber ella? Por supuesto, como Lonnie, podía haber investigado en internet y haber descubierto que Lucy tenía un pasado. O tal vez alguien, alguien mayor y más listo, le había contado algo.

Aun así, ¿cómo podía saberlo ella? En realidad, ¿cómo podía saberlo nadie? Sólo una persona sabía que Lucy había mentido sobre lo sucedido aquella noche.

Y era evidente que Paul no había dicho nada. Miró a través del líquido transparente de su vaso. Paul... Paul Copeland. Todavía le veía con aquellos brazos y aquellas piernas desgarbados, el torso magro, los cabellos largos, esa

sonrisa deslumbrante. Curiosamente se habían conocido gracias a sus padres. El padre de Paul, tocoginecólogo en su país natal, había huido de la represión en la Unión Soviética sólo para encontrar bastante de lo mismo en el gran Estados Unidos. Ira, el padre todo corazón de Lucy, no podía resistirse a una historia trágica como ésa. Por eso Ira contrató a Vladimir Copeland como médico del campamento y dio a su familia la posibilidad de escapar de Newark en verano.

Lucy todavía recordaba el coche, el Oldsmobile Ciera desvencijado, subiendo por la pista, parándose, y las cuatro puertas abriéndose al mismo tiempo, y los cuatro miembros de la familia bajando a la vez. En ese momento, cuando Lucy vio a Paul por primera vez y sus ojos se encontraron, fue una explosión, una fractura, un rayo. Y vio que a él le sucedía lo mismo. En la vida existen esos raros momentos en que sientes una sacudida, y es una sensación maravillosa y al mismo tiempo duele una barbaridad, pero sientes, sientes de verdad, y de repente los colores parecen más brillantes y los sonidos más claros y la comida sabe mejor y nunca, ni un solo minuto, dejas de pensar en él y sabes, lo sabes y basta, que él siente exactamente lo mismo por ti.

—Así—dijo Lucy en voz alta, y tomó otro sorbo de vodka con tónica.

Como en esas canciones lastimeras que escuchaba una y otra vez. Un sentimiento. Un estallido de emoción. Un subidón o un bajón, no importaba. Pero ya no era lo mismo. ¿Qué había cantado Elton John, con aquella letra de Bernie Taupin, sobre el vodka con tónica? Algo sobre tomar un par de vodkas con tónica para empezar de nuevo.

A Lucy no le había funcionado. Pero ¿para qué dejar de intentarlo ahora?

La vocecita en su cabeza decía: «Deja de beber».

La voz más fuerte decía a la vocecita que se callara o se metiera en sus asuntos.

Lucy levantó un puño en el aire.

—¡Bien dicho, Voz!

Se rio y ese sonido, el sonido de su risa sola en aquella habitación silenciosa, la asustó. El siguiente en su lista «Suave» era Rob Thomas pidiéndole si podía abrazarla mientras se desmoronaba, si podía abrazarla mientras los dos se hundían. Ella asintió. Sí podía. Rob le recordó que tenía frío, estaba asustada y rota, y que, maldita sea, quería escuchar esa canción con Paul.

Paul.

Él tenía que saber lo de los diarios.

Hacía veinte años que no le veía, pero hacía seis Lucy le había buscado en internet. No quería hacerlo. Sabía que Paul era una puerta que era mejor dejar cerrada. Pero se había emborrachado —vaya sorpresa— y, así como algunas personas recurrían al teléfono cuando bebían demasiado, Lucy recurría a Google.

Lo que encontró la hizo serenarse y al mismo tiempo no fue una sorpresa.

Paul estaba casado. Trabajaba como abogado. Tenía una niña pequeña. Lucy incluso había encontrado una foto de su bonita esposa de familia acomodada en una recepción de una asociación benéfica. Jane, la esposa, era alta, delgada y llevaba perlas. Le quedaban bien las perlas. Toda ella decía a gritos que estaba hecha para las perlas. Otro trago.

Las cosas podían haber cambiado en seis años, pero entonces Paul vivía en Ridgewood, Nueva Jersey, apenas a treinta kilómetros de donde se encontraba Lucy ahora. Miró el ordenador que tenía en la habitación. Paul debía saberlo, ¿no?

Y no haría ningún daño realizar otra búsqueda en Google. Buscar su número de teléfono, de su casa, o mejor de su despacho. Podía llamarle. Advertirle, en realidad. Con total honestidad. Sin intenciones o significados ocultos, nada de eso.

Dejó el vodka con tónica. Por la ventana veía caer la lluvia. El ordenador ya estaba encendido. Su salvapantallas era ni más ni menos que el que ponía Windows por defecto. Nada de fotos de vacaciones familiares, ninguna diapositiva de los niños o el típico comodín de las solteras: la fotografía de una mascota. Sólo el logo de Windows brincando en la pantalla, como si el monitor le sacara la lengua. Llamarlo patético era poco.

Fue a la página de inicio y estaba a punto de teclear cuando oyó que llamaban a la puerta. Se detuvo y esperó.

Otra llamada. Lucy miró el reloj en la esquina inferior derecha del ordenador.

Las doce y diecisiete.

Tardísimo para visitas.

—¿Quién es?

Ninguna respuesta.

—¿Quién...?

—Soy Sylvia Potter.

Por la voz se notaba que estaba llorando. Lucy se puso en pie y fue a la cocina. Echó el resto de su bebida en el fregadero y guardó la botella en el armario. El vodka no olía, al menos no mucho, o sea que por ese lado estaba salvada. Se miró rápidamente en el espejo. La imagen que vio era horrible, pero no podía hacer mucho por remediarlo.

—Voy.

Abrió la puerta y Sylvia entró de golpe como si hubiera estado apoyada en ella. La chica estaba empapada. El aire acondicionado estaba al máximo. Lucy estuvo a punto de comentar que pillaría un resfriado de muerte, pero le pareció algo que podía decir una madre. Cerró la puerta.

—Siento pasar tan tarde —dijo Sylvia.

—No te preocupes. Estaba levantada.

Se paró en el centro de la habitación.

—Lamento lo de antes.

—No pasa nada.

—No, es que...

Sylvia echó un vistazo y se frotó el cuerpo con las manos.

—¿Quieres una toalla o algo?

—No.

—¿Quieres algo de beber?

—No, gracias.

Lucy indicó a Sylvia que se sentara y la chica se dejó caer en el sofá de Ikea. Lucy odiaba Ikea y sus manuales de instrucciones con dibujitos que parecían pensados por ingenieros de la NASA. Lucy se sentó a su lado y esperó.

—¿Cómo supo que yo había escrito el diario? —preguntó Sylvia.

—Eso no importa.

—Lo mandé de forma anónima.

—Lo sé.

—Y usted dijo que eran confidenciales.

—Lo sé y lo siento.

Sylvia se frotó la nariz y miró al vacío. Los cabellos le chorreaban.

—Además le mentí —dijo Sylvia.

—¿En qué?

—Sobre lo que había escrito. Cuando fui a verla al despacho el otro día. ¿Se acuerda?

—Sí.

—¿Se acuerda de lo que le dije que había escrito?

Lucy lo pensó un momento.

—Tu primera vez.

Sylvia sonrió, pero sin ninguna alegría.

—Supongo que, aunque sea enfermizo, era verdad.

Lucy se quedó un momento pensando en eso.

—No sé si te entiendo, Sylvia.

Sylvia no dijo nada durante un rato. Entonces Lucy recordó que Lonnie le había dicho que la ayudaría haciéndola hablar. Pero había dicho que esperaría al día siguiente.

—¿Ha venido Lonnie a verte esta noche?

—¿Lonnie Berger? ¿De la clase?

—Sí.

—No. ¿Para qué iba a venir a verme?

—No es importante. Entonces ¿has venido por decisión propia?

Sylvia tragó saliva y pareció insegura de sí misma.

—¿He hecho mal?

—No, ni mucho menos. Me alegro de que estés aquí.

—Estoy muy asustada —dijo Sylvia.

Lucy asintió intentando parecer tranquila y alentadora al mismo tiempo. Forzar el tema podía volverse contra ella. Así que esperó. Esperó dos minutos enteros antes de hablar.

—No tienes por qué tener miedo —dijo Lucy.

—¿Qué cree que debo hacer?

—Cuéntamelo todo, ¿vale?

—Ya lo he hecho, o al menos casi todo.

Lucy no sabía cómo enfocar lo.

—¿Quién es P?

Sylvia frunció el ceño.

—¿Qué?

—En tu diario. Hablas de un chico llamado P. ¿Quién es P?

—¿De qué está hablando?

Lucy calló y después volvió a intentarlo.

—Dime exactamente por qué estás aquí, Sylvia.

Pero Sylvia se había vuelto cautelosa.

—¿Para qué ha venido hoy a mi cuarto?

—Porque quería hablar de tu diario.

—Entonces ¿por qué me pregunta por un chico llamado P? Yo no he llamado P a nadie. Dije directamente que era... —las palabras se le atragantaron en la garganta, cerró los ojos y susurró— mi padre.

El pantano se rompió. Las lágrimas cayeron como la lluvia, en cascada.

Lucy cerró los ojos. La historia del incesto. La que les había horrorizado tanto a ella y a Lonnie. Maldita sea. Lonnie se había equivocado. Sylvia no había escrito el diario sobre la noche en el bosque.

—Tu padre abusó de ti cuando tenías doce años —dijo Lucy.

Sylvia se tapaba la cara con las manos. Era como si le arrancaran los sollozos del pecho. Todo su cuerpo se sacudía mientras bajaba y subía la cabeza. Lucy miró a la pobre chica, tan deseosa de agradar, y se imaginó al padre. Cogió la mano de Sylvia. Se acercó un poco más y la rodeó con sus brazos. Sylvia se apoyó en su pecho y lloró. Lucy la arrulló y la acunó, abrazándola.

Capítulo 18

No había dormido nada y Muse tampoco. Me afeité rápidamente con la máquina eléctrica. Olía tan mal que me planteé pedirle la colonia a Horace Foley.

—Tráeme esos papeles —le dije a Muse.

—En cuanto pueda.

Cuando el juez pidió silencio en la sala, llamé a un —gritos sofocados— testigo sorpresa.

—El pueblo llama a Gerald Flynn.

Flynn había sido el chico «simpático» que había invitado a Chamique Johnson a la fiesta. Y eso era lo que parecía, con su piel lisa, los rizos rubios bien peinados, los ojos azules que parecían mirarlo todo con ingenuidad. Debido a que cabía la posibilidad de que yo terminara mis interrogatorios en cualquier momento, la defensa tenía a Flynn esperando. Al fin y al cabo, se suponía que él era su testigo clave.

Flynn había apoyado en todo a sus compañeros de fraternidad. Pero una cosa era mentir a la policía e incluso en la declaración, y otra muy diferente hacerlo en «directo». Miré a Muse, que estaba sentada en la última fila e intentaba mantener una expresión serena. El resultado era un poco raro. Muse no sería mi primera elección como compañera de póquer. Le pedí que dijera su nombre para la sala.

—Gerald Flynn.

—Pero todos le llaman Jerry, ¿es correcto?

—Sí.

—Bien, empecemos por el principio. ¿Cuándo conoció a la señorita Johnson?

Chamique había venido a la sesión. Estaba sentada cerca del centro de la penúltima fila, junto a Horace Foley. Un lugar curioso para sentarse... Como si no quisiera comprometerse. Había oído algunos gritos en el pasillo aquella mañana. Las familias de Jenrette y Marantz no estaban nada contentas con la jugarreta de última hora. Habían intentado presionarla, pero no había funcionado. Así que habíamos empezado tarde. Pero estaban preparados. Estaban en su sitio con expresiones preocupadas, serias y atentas para el tribunal.

Era un retraso temporal, debían pensar. Unas horas más y todo habría terminado.

—Conocí a la señorita Johnson cuando vino a la fraternidad el doce de octubre —contestó.

—¿Recuerda la fecha?

—Sí.

Puse una cara de «Vaya, vaya, qué interesante», aunque no lo era en absoluto. Era normal que se acordara de la fecha. Ahora también formaba parte

de su vida.

—¿Por qué estaba la señorita Johnson en su fraternidad?

—La contrataron como bailarina exótica.

—¿La contrató usted?

—No. Bueno, la contrató la fraternidad. Pero no fui yo quien hizo la gestión.

—Ya. ¿Así que ella fue a su fraternidad y realizó un baile exótico?

—Sí.

—¿Y usted vio ese baile?

—Sí.

—¿Qué le pareció?

Mort Pubin se levantó.

—Protesto.

El juez ya me estaba mirando seriamente.

—¿Señor Copeland?

—Según la señorita Johnson, el señor Flynn aquí presente la invitó a la fiesta donde tuvo lugar la violación. Intento comprender por qué lo hizo.

—Pues pregúnteselo —dijo Pubin.

—Señoría, ¿me permite hacerlo a mi manera?

—Intente reformularlo —dijo el juez Pierce.

Me volví a mirar a Flynn otra vez.

—¿Le pareció que la señorita Johnson era una buena bailarina exótica? —pregunté.

—Supongo.

—¿Sí o no?

—No maravillosa. Pero sí, pensé que era muy buena.

—¿Le pareció que era atractiva?

—Sí, bueno, supongo.

—¿Sí o no?

—¡Protesto! —Pubin otra vez—. No tiene que contestar a una pregunta como ésta con un sí o un no. A lo mejor le parecía ligeramente atractiva. No siempre es sí o no.

—Estoy de acuerdo, Mort —dije, sorprendiéndolo—. Permita que lo reformule. Señor Flynn, ¿cómo describiría su atractivo?

—¿En una escala del uno al diez?

—Eso sería espléndido, señor Flynn. En una escala del uno al diez.

Lo pensó un momento.

—Siete, puede que ocho.

—Bien, gracias. Y en algún momento de esa noche, ¿habló con la señorita Johnson?

—Sí.

—¿De qué hablaron?

—No lo sé.

—Intente recordarlo.

—Le pregunté dónde vivía. Dijo que en Irvington. Le pregunté si iba a la escuela o si tenía novio. Cosas así. Me dijo que tenía un hijo. Ella me preguntó qué estudiaba. Le dije que quería estudiar medicina.

—¿Algo más?

—Eso fue todo, más o menos.

—Ya. ¿Cuánto rato cree que hablaron?

—No lo sé.

—A ver si yo puedo ayudarle. ¿Fueron más de cinco minutos?

—Sí.

—¿Más de una hora?

—No, no lo creo.

—¿Más de media hora?

—No estoy seguro.

—Más de diez minutos.

—Creo que sí.

El juez Pierce me interrumpió para pedirme que fuera al grano y pasara a otro tema.

—¿Cómo se marchó la señorita Johnson de aquella fiesta? Si es que lo sabe.

—Alguien vino a buscarla en coche.

—Ajá; ¿ella era la única bailarina exótica aquella noche?

—No.

—¿Cuántas más había?

—Eran tres.

—Gracias. ¿Las otras dos se fueron con la señorita Johnson?

—Sí.

—¿Habló con alguna de ellas?

—La verdad es que no. Puede que las saludara.

—¿Sería exacto decir que Chamique Johnson fue la única de las tres bailarinas exóticas con la que mantuvo una conversación?

Pubin estuvo a punto de protestar, pero lo pensó mejor.

—Sí —dijo Flynn—. Sería exacto.

Suficientes preliminares.

—Chamique Johnson ha testificado que ganó dinero extra manteniendo relaciones sexuales con varios de los jóvenes de la fiesta. ¿Sabe si esto es cierto?

—No lo sé.

—¿Ah, no? ¿Usted no utilizó sus servicios?

—No.

—¿Y tampoco oyó hablar a ninguno de sus compañeros de fraternidad respecto a que la señorita Johnson mantuviera relaciones de carácter sexual con

ellos?

Flynn estaba atrapado. O mentía o admitía que había tenido lugar una actividad ilegal. Hizo lo más tonto, tomó el camino de en medio.

—Puede que oyera algún rumor.

Ni chicha ni limonada, y le hacía quedar como un mentiroso.

Eché mano de mi tono más incrédulo.

—¿Puede que oyera algún rumor?

—Sí.

—Así que no está seguro de haber oído rumores —insistí, como si fuera la cosa más ridícula que había oído en mi vida—, pero podría ser. Simplemente no se acuerda de si oyó rumores o no. ¿Ése es su testimonio?

Esta vez se levantó Flair.

—¿Señoría?

El juez le miró.

—¿Éste es un caso de violación o el señor Copeland trabaja en antivicio? —Desplegó las manos—. ¿Es tan débil el caso de violación, tan cogido por los pelos, que pretende procesar a los chicos por contratar una prostituta?

—No pretendo eso —dije.

Flair me sonrió.

—Entonces tenga la bondad de hacer a este testigo preguntas relacionadas con los presuntos cargos. No le pida que recite todas las faltas que ha visto cometer a sus amigos.

—Avance, señor Copeland —dijo el juez.

Maldito Flair.

—¿Le pidió el teléfono a la señorita Johnson?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pensé que podría llamarla.

—¿Le gustaba?

—Me sentía atraído por ella, sí.

—¿Porque era un siete, quizá un ocho? —Gesticulé antes de que Pubin pudiera levantarse—. Lo retiro. ¿Llegó a llamar a la señorita Johnson?

—Sí.

—¿Puede decirnos cuándo? ¿Y puede contarnos lo mejor que sepa lo que se dijo en esa conversación?

—Diez días después la llamé y le pregunté si quería venir a una fiesta en la fraternidad.

—¿Quería que volviera a realizar uno de sus bailes exóticos?

—No —dijo Flynn. Vi que tragaba saliva y tenía los ojos un poco húmedos—. La invité a la fiesta.

Hice una pausa. Miré a Jerry Flynn. Dejé que el jurado le mirara. Había algo

en su cara. ¿Le gustaba de verdad Chamique Johnson? Alargué la pausa. Porque estaba confundido. Creía que Jerry Flynn formaba parte del complot, que él había llamado a Chamique y le había tendido una trampa. Intenté aclararme mentalmente.

—¿Señor Copeland? —dijo el juez.

—¿Aceptó su invitación la señorita Johnson?

—Sí.

—Cuando dice que era su invitada —dibujé unas comillas con los dedos— ¿se refiere a que era como una cita?

—Sí.

Le hice contar cómo la había recibido y la había acompañado hasta el ponche.

—¿Le dijo que contenía alcohol? —pregunté.

—Sí.

Era mentira. Y sonó a mentira, pero yo quería poner énfasis en lo ridículo de esa afirmación.

—Cuénteme cómo fue la conversación —dije.

—No entiendo la pregunta.

—¿Le preguntó a la señorita Johnson si quería tomar algo?

—Sí.

—¿Y ella dijo que sí?

—Sí.

—¿Y entonces usted qué dijo?

—Le pregunté si quería un poco de ponche.

—¿Y ella qué dijo?

—Dijo que sí.

—¿Y entonces qué?

Se agitó en la silla.

—Le dije que contenía alcohol.

Arqueé una ceja.

—¿Así, sin más?

—¡Protesto! —Pubin se levantó—. ¿Así, sin más? Le dijo que contenía alcohol. Pregunta contestada.

Tenia razón. Que se quedaran con su evidente mentira. Hice un gesto al juez dando a entender que pasaba a otra cosa. Le conduje por el relato de la noche. Flynn se ciñó a la historia que había contado; dijo que Chamique se emborrachó y empezó a flirtear con Edward Jenrette.

—¿Cómo reaccionó usted al verlo?

Se encogió de hombros.

—Edward es del último curso, y yo voy a primero. Son cosas que pasan.

—¿Así que cree que Chamique estaba impresionada porque el señor Jenrette

era mayor?

Esta vez Pubin decidió no protestar.

—No lo sé —dijo Flynn—. Puede ser.

—Ah, por cierto, ¿ha estado alguna vez en la habitación del señor Marantz y el señor Jenrette?

—Claro.

—¿Cuántas veces?

—No lo sé. Muchas.

—¿En serio? Pero si usted es de primero.

—Aun así son amigos míos.

Puse una expresión escéptica.

—¿Ha estado en ella más de una vez?

—Sí.

—¿Más de diez veces?

—Sí.

Puse una cara aún más escéptica.

—Bien, pues, dígame: ¿qué clase de estéreo o sistema de música tienen en la habitación?

Flynn respondió a esto inmediatamente.

—Tienen unos altavoces Bose para sistema iPod.

Yo ya lo sabía. Habíamos registrado la habitación y teníamos fotos.

—¿Y el televisor de la habitación? ¿De qué medida es?

Sonrió como si hubiera visto mi trampa.

—No tienen.

—¿No tienen televisor?

—No.

—Bueno, pues, volvamos a la noche en cuestión...

Flynn siguió con su cuento. Estaba disfrutando de la fiesta con sus amigos. Vio a Chamique subir las escaleras cogida de la mano de Jenrette. No sabía qué había pasado después. Más tarde, se encontró otra vez con Chamique y la acompañó a la parada de autobús.

—¿Le pareció angustiada? —pregunté.

Flynn dijo que no, que justo lo contrario. Chamique «sonreía» y «estaba contenta» y despreocupada. Su descripción de Pollyanna^[2] sonó a exagerada.

—Así que cuando Chamique Johnson contó lo de que había ido a la barrica de cerveza con usted y que después había subido y habían tirado de ella en el pasillo —dije—, ¿eso era una mentira?

Flynn era suficientemente listo para no picar.

—Yo le digo lo que vi.

—¿Conoce a alguien llamado Cal o Jim?

Lo pensó un momento.

—Conozco a un par de chicos que se llaman Jim. No conozco a ningún Cal.

—¿Está al corriente de que la señorita Johnson ha declarado que los hombres que la violaron se llamaban —no quería que Flynn protestara por este juego semántico, pero levanté los ojos al cielo un poco cuando dije la palabra «llamaban» — Cal y Jim?

No sabía cómo contestar a eso y optó por la verdad.

—Lo he oído.

—¿En la fiesta había alguien llamado Cal o Jim?

—Que yo sepa, no.

—Ya. ¿Sabe alguna razón por la que el señor Jenrette y el señor Marantz pudieran llamarse así entre ellos?

—No.

—¿Alguna vez ha oído esos nombres juntos? Me refiero a antes de la presunta violación.

—No que yo recuerde.

—¿Así que no puede aportar ninguna luz sobre el porqué la señorita Johnson testificaría que sus atacantes se llamaban Cal y Jim?

Pubin protestó a gritos.

—¿Cómo quiere que sepa por qué ha mentido esta mujer trastornada y ebria? Mantuve los ojos fijos en el testigo.

—¿No se le ocurre nada, señor Flynn?

—Nada —dijo firmemente.

Miré a Loren Muse. Tenía la cabeza baja; estaba manejando la BlackBerry. Levantó la cabeza, me miró y asintió.

—Señoría —dije—, tengo más preguntas para este testigo, pero ahora podría ser un buen momento para hacer una pausa y almorzar.

El juez Pierce estuvo de acuerdo.

Intenté no echar a correr hacia Loren Muse.

—Lo tenemos —dijo ella con una sonrisa—. El fax está en tu despacho.

Capítulo 19

Por suerte Lucy no tenía clase por la mañana. Entre lo que había bebido y lo que había trasnochado con Sylvia Potter, se quedó en la cama hasta mediodía. Al levantarse llamó a una de las consejeras de la escuela, Katherine Lucas, una terapeuta que Lucy siempre había considerado muy buena. Le explicó la situación de Sylvia. Lucas sabía lo que convenía hacer.

Pensó en la entrada del diario que había iniciado todo aquello. El bosque. Los gritos. La sangre. Sylvia Potter no lo había visto. ¿Quién entonces?

Ni idea.

La noche anterior había decidido llamar a Paul. Había llegado a la conclusión de que él necesitaba saber lo que pasaba. ¿O había sido el efecto del alcohol? Ahora que era de día y estaba sobria, ¿todavía le parecía una buena idea?

Una hora después, encontró el número del despacho de Paul en el ordenador. Era el fiscal del condado de Essex y era viudo. Jane había muerto de cáncer. Paul había creado una asociación sin fines de lucro con el nombre de su esposa. Lucy se preguntó cómo se sentiría Paul, pero no había forma de averiguarlo todavía.

Con mano temblorosa, marcó el número. Cuando le contestó la operadora, pidió hablar con Paul Copeland. Le dolió decirlo. Se dio cuenta de que no había pronunciado su nombre en voz alta en veinte años.

Paul Copeland.

Se puso una mujer y dijo:

—Fiscal del condado.

—Querría hablar con Paul Copeland, por favor.

—¿De parte de quién? —preguntó ella.

—Soy una vieja amiga —dijo Lucy.

Nada.

—Me llamo Lucy. Dígame que soy Lucy. De hace veinte años.

—¿Tiene apellido, Lucy?

—Usted dígaselo, ¿vale?

—El fiscal Copeland no está en el despacho en este momento. ¿Quiere dejar un número para que la llame?

Lucy le dio el teléfono de su casa, el del despacho y el del móvil.

—¿Puede decirme sobre qué quiere hablar con él?

—Sólo dígame que soy Lucy. Y que es importante.

Muse y yo nos encontrábamos en el despacho. La puerta estaba cerrada. Habíamos pedido bocadillos para almorzar. El mío era de ensalada de pollo con pan integral. Muse estaba devorando uno con albóndigas del tamaño de una tabla

de surf.

Yo tenía el fax en la mano.

—¿Dónde está tu detective? ¿Cingle lo que sea?

—Shaker. Cingle Shaker. Vendrá.

Me puse a revisar mis notas.

—¿Quieres comentarlo? —preguntó.

—No.

Ella sonreía de oreja a oreja.

—¿Qué? —pregunté.

—Odio decir esto, siendo tú mi jefe y eso, pero eres un genio, Cope, maldita sea.

—Sí, supongo que sí —dije.

Volví a mis notas.

—¿Quieres que te deje solo? —preguntó Muse.

—No. Puede que se me ocurra algo que necesite que hagas.

Ella levantó el bocadillo. Me sorprendió que fuera capaz de hacerlo sin ayuda de una grúa industrial.

—Tu predecesor —dijo Muse, hincando el diente en el bocadillo—, cuando tenía un caso importante, a veces se sentaba ahí mirando a la nada y decía que había entrado en la zona. Como si fuera Michael Jordan. ¿Tú haces eso?

—No.

—Oye. —Masticar y tragar—. ¿Te distraería si planteara otro tema?

—¿Te refieres a algo que no tiene que ver con el caso?

—A eso me refiero.

Levanté la cabeza.

—Me conviene distraerme. ¿Qué pasa?

Ella miró a un lado y se tomó un momento. Después dijo:

—Tengo amigos en homicidios de Manhattan.

Tenía una idea de adónde quería ir a parar. Di un mordisquito a mi bocadillo de ensalada de pollo.

—Seco —dije.

—¿Qué?

—La ensalada de pollo. Está seca. —Dejé el bocadillo y me limpié el dedo con la servilleta—. Déjame adivinar. Uno de tus amigos en homicidios te ha hablado del asesinato de Manolo Santiago.

—Sí.

—¿Te ha contado mi teoría?

—¿De que era uno de los chicos a los que el Monitor Degollador mató en el campamento, a pesar de que sus padres aseguran que no es él?

—Ésa es mi teoría.

—Sí, me lo han contado.

—¿Y?

—Creen que estás como una cabra.

Sonreí.

—¿Y tú qué crees?

—Yo habría dicho que estás como una cabra. Pero ahora —señaló el fax— he visto de lo que eres capaz. Así que lo que digo es que quiero participar.

—¿Participar en qué?

—Ya sabes en qué. Vas a investigar, ¿no? ¿Vas a intentar descubrir qué sucedió realmente en ese bosque?

—Sí —dije.

Separó las manos.

—Quiero participar.

—No puedo permitir que mezcles el trabajo del condado con mis asuntos personales.

—Primero —empezó Muse, exponiendo los hechos—, aunque todo el mundo esté convencido de que Wayne Steubens los mató a todos, el expediente de homicidios sigue técnicamente abierto. De hecho, pensándolo bien, es un homicidio cuádruple que sigue sin resolverse.

—No se produjo en nuestro condado.

—No lo sabemos. Sólo sabemos dónde se hallaron los cadáveres. Y una víctima, tu hermana, vivía en esta ciudad.

—Eso es exagerar un poco las cosas.

—Segundo, mi contrato es de cuarenta horas a la semana. Hago casi ochenta. Y tú lo sabes. Por eso me ascendiste. Así que lo que haga con esas cuarenta horas de más es cosa mía. O haré cien, no me importa. Y antes de que me lo preguntes, no, esto no es sólo un favor para mi jefe. Las cosas como son: soy investigadora. Si lo resuelvo, me colgaré una medalla. ¿Qué te parece?

Me encogí de hombros.

—Por mí...

—¿Puedo?

—Puedes.

Parecía muy complacida.

—¿Cuál es el primer paso?

Lo pensé un poco. Había algo que tenía que hacer. Hasta ahora lo había evitado, pero no podía seguir haciéndolo.

—Wayne Steubens —dije.

—El Monitor Degollador.

—Necesito verle.

—Le conocías, ¿no?

Asentí.

—Los dos éramos monitores en el campamento.

—Creo que leí que no aceptaba visitas.

—Tenemos que hacerle cambiar de idea —repliqué.

—Está en un centro de máxima seguridad de Virginia —dijo Muse—. Haré algunas llamadas.

Muse ya sabía dónde estaba encerrado Steubens. Increíble.

—Hazlas —dije.

Llamaron a la puerta y mi secretaria, Jocelyn Durels, asomó la cabeza.

—Mensajes —dijo—. ¿Te los dejo sobre la mesa?

Alargué la mano para que me los pasara.

—¿Algo importante?

—No demasiado. Muchos son de los medios. Deberían saber que estás en el juzgado, pero siguen llamando.

Cogí los mensajes y empecé a ojearlos. Levanté la vista hacia Muse. Estaba mirando a otro lado. En mi despacho no había casi nada personal. Cuando me instalé, puse una foto de Cara en la mesita auxiliar. Dos días después arrestamos a un pedófilo que había hecho cosas inexpresables a una niña de la edad de Cara. Hablamos de ello en este despacho y yo no paraba de mirar la foto de mi hija. Al final tuve que ponerla de cara a la pared. Aquella noche me la llevó a casa.

Aquél no era lugar para Cara. Ni siquiera lo era para su foto.

Estaba mirando aquellos mensajes cuando algo me llamó la atención.

Mi secretaria utiliza un papel de notas rosa anticuado, de los que le permiten guardar una copia amarilla en su cuaderno, y escribe los mensajes a mano. Su letra es impecable.

Según el mensaje rosa, me había llamado:

¿¿Lucy??

Me quedé mirando el nombre un momento. Lucy. No podía ser.

La nota incluía un teléfono del trabajo, otro de casa y un móvil. Los tres tenían los prefijos que indicaban que Lucy Dos Interrogantes vivía, trabajaba y, bueno, se movía por Nueva Jersey.

Cogí el teléfono y apreté el intercomunicador.

—¿Jocelyn?

—¿Sí?

—Veo que tengo un mensaje de alguien llamado Lucy —dije.

—Sí. Ha llamado hace una hora.

—No has apuntado su apellido.

—No quiso dármelo. Por eso he puesto dos interrogantes.

—No lo entiendo. ¿Le has preguntado el apellido y no te lo ha dicho?

—Eso.

—¿Qué más ha dicho?

—Al pie de la página.

—¿Qué?

—¿Has leído lo que he apuntado abajo?

—No.

Esperó y no dijo lo que era evidente. Bajé hasta el pie de la hoja y leí:

Dice que es una vieja amiga de hace veinte años.

Volví a leer las palabras. Y volví a leerlas.

—*Ground control to Major Cope.*

Era Muse. No había dicho esas palabras, las había cantado, como en la canción de David Bowie. Me sobresalté.

—Cantas tan bien como eliges los zapatos —dije.

—Muy gracioso. —Señaló mi mensaje y arqueó una ceja—. ¿Quién es la tal Lucy? ¿Una antigua novia?

No dije nada.

—Oh, vaya. —La ceja arqueada bajó—. He metido la pata. Perdona...

—No te preocupes, Muse.

—Tú tampoco te preocupes, Cope. Al menos hasta después.

Su mirada se dirigió al reloj detrás de mí. Yo también miré. Tenía razón. La hora del almuerzo había terminado. Aquello tendría que esperar. No sabía qué quería Lucy. O puede que sí lo supiera. El pasado estaba volviendo. Todo. Por lo visto, los muertos estaban saliendo de sus hoyos.

Pero todo eso tendría que esperar. Cogi el fax y me puse en pie.

Muse también se levantó.

—Empieza la función —dijo.

Asentí. Algo más que la función. Iba a destruir a esos dos hijos de puta. Y tendría que hacer un gran esfuerzo para no disfrutar demasiado.

En el estrado, después del almuerzo, Jerry Flynn parecía bastante sereno. Por la mañana le había hecho poco daño. No tenía por qué pensar que por la tarde sería diferente.

—Señor Flynn, ¿le gusta la pornografía? —empecé.

Ni siquiera esperé lo evidente. Me volví hacia Mort Pubin y le hice un gesto sarcástico con la mano, como si le hubiera presentado y le invitara a subir al escenario.

—¡Protesto!

Pubin ni siquiera tuvo que dar explicaciones. El juez me miró desaprobadoramente. Me encogí de hombros y dije:

—Prueba dieciocho. —Cogí la hoja de papel—. Ésta es una factura enviada a

la fraternidad de los gastos por conexiones de internet. ¿La reconoce?

La miró.

—Yo no pago las facturas. Lo hace el tesorero.

—Sí, el señor Rich Devin, que ha declarado que esta factura es de la fraternidad.

El juez miró a Flair y a Mort.

—¿Alguna objeción?

—Estipularemos que es una factura de la fraternidad —se limitó a decir Flair.

—¿Ve esta entrada? —Señalé una de las primeras líneas.

—Sí.

—¿Puede leer lo que dice?

—Netflix.

—Se escribe con «x» al final. —Deletreé «Netflix» en voz alta—. ¿Qué es Netflix? ¿Lo sabe?

—Es un servicio de alquiler de DVD. Se hace por correo. Puedes alquilar tres DVD a la vez. Cuando devuelves uno, te mandan otro.

—Bien, gracias. —Asentí y bajé el dedo unas líneas más abajo—. ¿Puede leerme esta línea?

Dudó.

—¿Señor Flynn? —dije.

Se aclaró la garganta.

—HotFlixxx —dijo.

—Acabado en tres equis, ¿correcto?

También lo deletreé en voz alta.

—Sí.

Puso una cara como si fuera a vomitar.

—¿Puede decirme qué es HotFlixxx?

—Es como Netflix —dijo.

—¿Es un servicio de alquiler de DVD?

—Sí.

—¿En qué se diferencia de Netflix? ¿Lo sabe?

Se puso rojo.

—Alquilan... películas diferentes.

—¿De qué clase?

—Pues... bueno, películas para adultos.

—Ya. Antes le he preguntado si le gustaba la pornografía... Tal vez habría sido mejor preguntar si acostumbra a ver películas pornográficas.

Se encogió.

—A veces —dijo.

—No hay nada malo en ello, hijo. —Sin mirar detrás de mí, consciente de que se había levantado, señalé la silla del abogado de la defensa—. Estoy seguro

de que el señor Pubin se ha puesto de pie para decirnos que él también disfruta con ellas, sobre todo con las tramas.

—¡Protesto! —exclamó Pubin.

—Lo retiro —me apresuré a decir. Y continué, dirigiéndome de nuevo a Flynn—: ¿Hay alguna película pornográfica en concreto que le guste más que otras?

Se le fue el color de la cara. Fue como si la pregunta hubiera abierto un grifo. Volvió la cabeza hacia la mesa de la defensa. Me moví para obstruirle la vista. Flynn tosió tapándose la boca con la mano y dijo:

—¿Puedo acogerme a la Quinta?

—¿Para qué? —pregunté.

Flair Hickory se puso de pie.

—El testigo ha pedido asesoramiento.

—Señoría —dije—, cuando fui a la facultad de derecho, nos enseñaron que la Quinta Enmienda servía para impedir autoincriminarse y corrijáme si me equivoco, pero bueno, ¿hay alguna ley que prohíba tener una película pornográfica favorita?

—¿Podemos hacer un descanso de diez minutos? —preguntó Flair.

—De ninguna manera, señoría.

—El testigo ha pedido asesoramiento —siguió Flair.

—No, no es verdad. Ha preguntado si podía acogerse a la Quinta. Mire lo que le digo, señor Flynn, le concedo la inmunidad.

—¿Inmunidad para qué? —preguntó Flair.

—Para lo que quiera. No quiero que el testigo baje del estrado.

El juez Pierce volvió a mirar a Flair Hickory. Éste se demoró un momento. Si Flair se lo llevaba aparte, me complicaría la vida. Podían salir con cualquier cosa. Miré detrás de mí, hacia Jenrette y Marantz. No se habían movido, no habían advertido a los abogados.

—No hay descanso —dijo el juez.

Flair Hickory se dejó caer en la silla.

Seguí con Jerry Flynn.

—¿Tiene una película pornográfica favorita?

—No —dijo.

—¿Conoce una película pornográfica llamada... —fingí estar mirando un papel, pero me lo sabía de memoria— una película llamada *Fantaseando con su aparato*?

Supongo que él lo había visto venir, y aun así la pregunta le sentó como una cornada.

—Mmm... ¿Puede repetir el título?

Lo repetí.

—¿La ha visto o ha oído hablar de ella?

—No lo creo.

—No lo cree —repetí—. ¿Es posible entonces?

—No estoy seguro. Nunca me acuerdo de los títulos de las películas.

—Bueno, veamos si puedo refrescarle los recuerdos.

Yo tenía el fax que Muse acababa de darme. Entregué una copia a los abogados contrarios y procuré exhibirme. Después ataqué de nuevo:

—Según HotFlixxx, una copia de ese DVD estuvo en poder de la fraternidad durante los últimos seis meses. Y de nuevo según los registros de HotFlixxx, devolvieron la película el día después de que la señorita Johnson presentara la denuncia a la policía.

Silencio.

Pubin parecía haberse tragado la lengua. Flair era demasiado bueno para delatar nada. Leyó el fax como si fuera alguna tontería de unos dibujos animados. Me acerqué más a Flynn.

—¿Esto le ha refrescado la memoria?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? Pues probemos de otra manera. Miré hacia el fondo de la sala.

Loren Muse estaba de pie junto a la puerta. Sonreía. Yo asentí. Ella abrió la puerta y entró una mujer que parecía una despampanante amazona de una película de serie B.

La detective de Muse, Cingle Shaker, entró en la sala como si fuera su bar favorito. La sala entera soltó un bufido al verla.

—¿Reconoce usted a la mujer que acaba de entrar en la sala? —pregunté.

No contestó y el juez dijo:

—¿Señor Flynn?

—Sí. —Flynn se aclaró la garganta para ganar tiempo—. La reconozco.

—¿De qué la conoce?

—La conocí anoche en un bar.

—Ya. ¿Y los dos hablaron de la película *Fantaseando con su aparato*?

Cingle se había hecho pasar por una ex actriz porno. Había conseguido que varios chicos de la fraternidad hablaran con ella. Como había dicho Muse, seguro que no le había costado mucho a una mujer con un cuerpo que debería estar prohibido hacer hablar a los chicos de la fraternidad.

—Puede que comentáramos algo —dijo Flynn.

—¿Algo de la película?

—Sí.

—Mmm... —dije, otra vez como si me pareciera raro—. Veamos, ahora que la señorita Shaker ha hecho de catalizador, ¿recuerda la película *Fantaseando con su aparato*?

Intentó no bajar la cabeza, pero se le hundieron los hombros.

—Sí, creo que me acuerdo —dijo Flynn.

—Me alegro de haber ayudado —dije.

Pubin se levantó para protestar, pero el juez le hizo un gesto para que se sentara.

—De hecho, le dijo a la señorita Shaker que *Fantaseando con su aparato* era la película porno preferida de toda la fraternidad, ¿no?

Dudó.

—No pasa nada, Jerry. Tres de sus compañeros le dijeron lo mismo a la señorita Shaker.

—¡Protesto! —gritó Mort Pubin.

Miré a Cingle Shaker. Todos la miraron. Cingle sonrió y saludó como si fuera una persona famosa y yo acabara de presentarla al público. Empujé el carrito con la tele y el reproductor de DVD. La película en cuestión ya estaba dentro del aparato. Muse la había pasado hasta la escena que nos interesaba.

—Señoría, anoche una de mis investigadoras visitó el King David's Smut Palace en Nueva York —miré al jurado y dije—: Está abierto veinticuatro horas, aunque para qué necesita alguien ir allí a... yo qué sé, las tres de la madrugada... me resulta incomprensible.

—Señor Copeland.

El juez me paró los pies correctamente con una mirada de desaprobación, pero el jurado había sonreído. Eso era bueno. Quería crear un ambiente relajado. Así, cuando llegara el contraste, cuando vieran lo que contenía el DVD, sería un mazazo.

—En fin, mi investigadora compró todas las películas calificadas XXX encargadas por HotFlixxx para la fraternidad en los últimos seis meses, incluida *Fantaseando con su aparato*. Quiero mostrarles una escena que creo que es relevante.

Todo se detuvo. Todos los ojos se volvieron hacia la tarima del juez. Arnold Pierce se lo tomó con calma. Se frotó la barbilla. Yo contuve la respiración. No se oía una mosca. Todos se echaron un poco hacia delante. Pierce se frotó un poco más la barbilla. Me habría gustado arrancarle la respuesta. Entonces, asintió simplemente y dijo:

—Adelante. Lo permitiré.

—¡Espere!

Mort Pubin protestó, hizo lo que pudo, lo intentó todo. Flair Hickory se unió a él. Pero era una pérdida de tiempo. Finalmente cerraron las cortinas de la sala para que no hubiera reflejos. Y entonces, sin explicación de lo que iban a ver, apretó la tecla *Play*.

El escenario era un dormitorio común y corriente con lo que parecía una cama de gran tamaño. Tres participantes. La escena empezaba con muy pocos preliminares. Comenzó un duro *ménage à trois*. Había dos hombres y una chica.

Los dos hombres eran blancos. La chica era negra. Los hombres blancos la manipulaban como si fuera un juguete. Se burlaban y se reían y hablaban entre ellos todo el tiempo:

« Dale la vuelta, Cal... Sí, Jim, así... Pégale, Cal...» .

Observé más la reacción del jurado que la pantalla. Un juego de niños. Mi hija y mi sobrina jugaban a Dora la exploradora. Jenrette y Marantz, por horrible que fuera, habían jugado a interpretar una escena de una película pornográfica. La sala estaba silenciosa como una tumba. Vi que las caras del público se demudaban, incluso las de Jenrette y Marantz, cuando la chica negra de la película gritaba, mientras los dos hombres blancos usaban sus nombres y reían con crueldad.

« Dóblala, Jim... Uau, Cal, a la muy puta le encanta... Tíratela, Jim, sí, más fuerte...» .

Así. Cal y Jim. Una y otra vez. Sus voces eran crueles, horribles, un infierno desatado. Miré al fondo de la sala y encontré a Chamique Johnson. Estaba sentada muy erguida, con la cabeza alta.

« Yuhu, Jim... Ahora me toca a mí...» .

Chamique me miró y asintió. Yo le devolví el saludo. Tenía lágrimas en las mejillas.

No estoy del todo seguro, pero creo que también había lágrimas en las mías.

Capítulo 20

Flair Hickory y Mort Pubin obtuvieron un receso de media hora. Cuando el juez se levantó para marcharse, la sala explotó. Yo volví a mi oficina y me negué a hacer comentarios. Muse me siguió. Era pequeñita pero se comportaba como si fuera mi agente del servicio secreto.

Cuando cerramos la puerta del despacho, me ofreció la palma de la mano.

—¡Choca esos cinco!

Me limité a mirarla y bajó la mano.

—Se ha acabado, Cope.

—Todavía no —dije.

—Dentro de media hora.

Asentí.

—Se habrá acabado, pero ahora mismo tenemos trabajo.

Me acerqué a la mesa de reuniones. El mensaje de Lucy seguía allí. Había logrado poner en práctica la compartimentación cerebral durante mi interrogatorio de Flynn. Había mantenido alejada a Lucy. Pero ahora, por mucho que quisiera dedicar unos minutos a regodearme en el triunfo del momento, el mensaje ya me estaba reclamando.

Muse me vio mirar la nota.

—Una amiga de hace veinte años —dijo Muse—. Es cuando tuvo lugar el incidente en el campamento PACE.

La miré.

—Está relacionado, ¿no?

—No lo sé —dije—. Pero es probable.

—¿Cómo se apellida?

—Silverstein. Lucy Silverstein.

—Ya —dijo Muse, sentándose con los brazos cruzados—. Es lo que me figuraba.

—¿Cómo te lo has figurado?

—Vamos, Cope. Ya me conoces.

—¿Quieres decir que sé que eres más fisgona de lo que te conviene?

—Lo cual forma parte de mi atractivo.

—Ser fisgona y tu gusto para los zapatos, y a. ¿Cuándo me investigaste, si se puede saber?

—En cuanto supe que ibas a ocupar el cargo de fiscal del condado.

No me sorprendió.

—Oh, y también le eché un vistazo al caso antes de decirte que quería ayudar.

Volví a mirar el mensaje.

—Era tu novia —dijo Muse.

—Un romance de verano —dije—. Éramos niños.

—¿Cuándo fue la última vez que supiste de ella?

—Fue hace mucho tiempo.

Nos quedamos un rato en silencio. Oía el revuelo al otro lado de la puerta. Lo ignoré. Lo mismo que Muse. Ninguno de los dos dijo nada. Nos quedamos mirando el mensaje sobre la mesa.

Finalmente Muse se puso de pie.

—Tengo cosas que hacer.

—Ve —dije.

—¿Te las arreglarás para volver a la sala sin mí?

—Lo conseguiré —dije.

Cuando Muse llegó a la puerta, se volvió a mirarme.

—¿La vas a llamar?

—Más tarde.

—¿Quieres que la investigue? A ver qué encuentro.

Lo pensé.

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—Porque un día fue muy importante para mí, Muse. No me parece bien que figues en su vida.

Muse levantó las manos.

—Vale, vale, no te enfades conmigo. No me refería a arrastrarla hasta aquí esposada. Sólo quería efectuar una investigación rutinaria preliminar.

—No lo hagas, ¿vale? Al menos por ahora.

—Entonces me pondré con lo de tu visita a Wayne Steubens en prisión.

—Gracias.

—Lo de Cal y Jim... no dejarás que se eche a perder, ¿verdad?

—Jamás.

Mi única preocupación era que la defensa argumentara que Chamique Johnson también había visto la película y se había inventado su historia basándose en ella, o que se había engañado hasta el punto de creer que era real. Sin embargo, tenía varios factores a mi favor. Uno, era fácil demostrar que la película no se había pasado en la pantalla grande del televisor de la sala común de la fraternidad. Muchos testigos lo corroborarían. Segundo, había demostrado con Jerry Flynn y con las fotografías tomadas por la policía que Marantz y Jenrette no tenían televisor en su habitación, de modo que ella no podía haberla visto allí.

De todos modos era la única dirección que podía imaginar que tomaría la defensa. Un DVD podía verse en un ordenador. No era muy consistente, claro, pero no quería dejar nada librado al azar. Jerry Flynn era lo que yo llamo un testigo «corrida». En una corrida, el toro sale y un puñado de tipos, que no son el

matador, le agitan la capa. El toro carga hasta que se agota. Luego los picadores a caballo salen con lanzas largas y se las clavan en una glándula de detrás del músculo del cuello, haciendo brotar la sangre e hinchando el cuello de modo que el toro ya no puede volver bien la cabeza. Entonces salen otros tipos con banderillas, o dagas alegremente decoradas, y las clavan en los costados del toro, cerca del lomo. Más sangre. El toro ya está medio muerto.

Y al final, el matador entra y termina el trabajo con una espada.

Ése era ahora mi trabajo. Había agotado a mi testigo, le había clavado una lanza en el cuello y le había pinchado con dardos de colores vivos. Había llegado el momento de sacar la espada.

Flair Hickory hizo todo lo que estaba en sus manos para impedirlo. Pidió un receso, argumentando que no habíamos presentado antes la película y que no era justo, y que ellos deberían haberla tenido enseguida, bla, bla, bla. Contraargumenté. La película había estado en poder de sus clientes, al fin y al cabo. No habíamos encontrado ninguna copia hasta anoche. El testigo había confirmado que la habían visto en la fraternidad. Si el señor Hickory quería demostrar que sus clientes no la habían visto, podía hacerles subir al estrado.

Flair se demoró discutiendo. Se entretuvo, pidió varios apartes con el juez, que le fueron concedidos, intentó con cierto éxito dar la oportunidad a Jerry Flynn de recuperarse.

Pero no le funcionó.

Lo vi en cuanto Flynn se sentó en la silla. Había sido herido demasiado gravemente por aquellos dardos y aquella lanza. La película había sido el golpe final. Había cerrado los ojos mientras la pasaba, los había cerrado tan fuerte que creo que lo que quería era cerrar los oídos.

Diría que Flynn probablemente no era un mal chico. La verdad era, tal como había testificado, que a él le gustaba Chamique. La había invitado a salir con buena intención. Pero cuando los chicos mayores se enteraron, se burlaron de él y le acosaron hasta que aceptó colaborar en aquel plan enfermizo de «recreación de película». Y Flynn, alumno de primero, no pudo negarse.

—Me odié a mí mismo por hacerlo —dijo—. Pero tiene que entenderlo.

«No, no lo entiendo», quería gritar. Pero no lo hice. Sólo le miré hasta que bajó los ojos. Después miré al jurado con una expresión ligeramente retadora. Pasaron unos segundos. Finalmente me volví a Flair Hickory y dije:

—Su testigo.

Tardé un poco en poder estar solo.

Tras mi ridícula reacción indignada ante Muse, decidí realizar una investigación de aficionado. Busqué los teléfonos de Lucy en Google. Dos no me dieron resultados, pero el tercero, el del trabajo, me mostró que era la línea

directa de una profesora de la Universidad de Reston llamada Lucy Gold.

Gold. Silverstein. Ingenioso.

Yo ya sabía que era «mi» Lucy, pero esto me lo confirmaba. La cuestión era qué hacer al respecto. La respuesta era bastante sencilla. Devolverle la llamada. Enterarme de qué quería.

No era de los que creían en coincidencias. No había oído hablar de esa mujer en veinte años. De repente me llama y no deja el apellido. Tenía que estar relacionado con la muerte de Gil Pérez. Tenía que estar relacionado con el incidente del campamento PACE.

Era evidente.

Compartimentar la vida. Debería haber sido fácil dejar atrás a Lucy. Un enamoramiento de verano, por muy intenso que sea, sólo es eso: un capricho. Puede que la amara, probablemente la amaba, pero entonces yo sólo era un chico. El amor de los adolescentes no sobrevive a la sangre y a los cadáveres. Existen puertas y aquella yo la cerré. Lucy se había esfumado. Tardé mucho tiempo en aceptarlo. Pero al final lo admití y mantuve cerrada esa maldita puerta. Ahora tendría que abrirla.

Muse quería realizar una investigación preliminar. Debería haber dicho que sí. Había dejado que la emoción dictara mi decisión. Debería haber esperado. Ver su nombre había sido un impacto. Debería haber esperado hasta asumir el impacto, hasta ver las cosas con más claridad. Pero no lo había hecho.

Tal vez no debía llamarla todavía.

No, me dije. Ya estaba bien de ganar tiempo.

Cogí el teléfono y marqué el número de su casa. Al cuarto timbre saltó el contestador. Una voz de mujer dijo: «No estoy en casa; deja tu mensaje, por favor».

El pitido fue demasiado rápido y no estaba preparado, así que colgué.

Muy maduro.

La cabeza me daba vueltas. Veinte años. Habían pasado veinte años. Lucy tendría treinta y siete. Me pregunté si todavía sería tan guapa. Cuando pienso en cómo era ella entonces, me parece que tenía la clase de belleza que se mantiene bien en la madurez. Algunas mujeres son así.

«Ponte las pilas, Cope».

Lo intentaba. Pero oír su voz, que sonaba exactamente igual... era el equivalente auditivo a toparse con tu antiguo compañero de cuarto en la universidad. En diez segundos, el tiempo se funde y es como volver a aquella habitación y nada ha cambiado. Es lo que sentí. Ella parecía la misma y yo volvía a tener dieciocho años.

Respiré hondo varias veces. Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Muse asomó la cabeza.

—¿Ya la has llamado?

—He probado en su casa. No estaba.

—Probablemente ahora no la localizarás —dijo Muse—. Está dando clase.

—¿Y tú lo sabes porque...?

—Porque soy la investigadora jefe. No tengo que hacer caso de todo lo que me dices.

Se sentó y puso sus pies calzados prácticamente sobre la mesa. Me miró a la cara y no dijo nada. Yo tampoco. Por fin, ella dijo:

—¿Quieres que me vaya?

—Primero dime lo que has descubierto.

Se esforzó de veras para no sonreír.

—Se cambió el apellido hace diecisiete años. Ahora se llama Lucy Gold.

Asentí.

—Esto debió de ser después del acuerdo.

—¿Qué acuerdo? Ah, sí, demandasteis al campamento, ¿no?

—Las familias de las víctimas.

—Y el padre de Lucy era el dueño del campamento.

—Sí.

—Mal asunto.

—No lo sé. No estuve muy involucrado.

—Pero vosotros ganasteis.

—Claro. Era un campamento de verano prácticamente sin seguridad. —Me estremecí al decirlo—. Las familias se hicieron con lo más valioso que tenía Silverstein.

—El campamento.

—Sí. Vendimos el terreno a un constructor.

—¿Todo?

—El bosque estaba afectado. Es una tierra que no puede explotarse y está en manos públicas. No se puede construir.

—¿El campamento todavía existe?

Negué con la cabeza.

—El constructor derribó las cabañas y construyó una urbanización cerrada.

—¿Cuánto os llevasteis?

—Después de pagar a los abogados, cada familia se embolsó más de ochocientos mil dólares.

Abrió mucho los ojos.

—Uau.

—Sí. Perder un hijo es un gran negocio.

—No quería decir...

Hice un gesto tranquilizador.

—Ya lo sé. Soy un imbécil.

No me lo discutí.

—Debió de representar un gran cambio —dijo Muse.

No contesté enseguida. El dinero se ingresó en una cuenta conjunta. Mi madre se marchó con cien mil. Dejó el resto para nosotros. Supongo que fue generosa. Mi padre y yo nos fuimos de Newark y compramos una casa decente en Montclair. Yo ya tenía una beca en Rutgers, pero ahora podía aspirar a ir a la Facultad de Derecho de Columbia en Nueva York. Allí conocí a Jane.

—Sí, lo cambió todo —dije.

—¿Quieres saber más cosas de tu examor?

Asentí.

—Fue a UCLA. Se licenció en Psicología. Obtuvo un posgrado de lo mismo en la USC, otro en inglés en Stanford. Todavía no tengo todo su historial laboral, pero ahora está aquí mismo, en la Universidad de Reston. Empezó el año pasado. La..., bueno, la pararon dos veces por conducir ebria cuando vivía en California. Una vez en 2001, otra en 2003. La absolvieron ambas veces. Aparte de eso no tiene antecedentes.

Me quedé pensando: conducir ebria no era propio de Lucy. Su padre, Ira, el director, había sido un porrero empedernido, tanto que ella no sentía el menor interés por nada que significara colocarse. Y ahora tenía dos arrestos por conducir ebria. Era difícil de imaginar. Pero, evidentemente, la chica que yo conocí ni siquiera tenía la edad legal para beber. Era feliz y un poco ingenua y muy recta, y su familia tenía dinero y su padre era un espíritu libre inofensivo.

Todo aquello también murió en el bosque aquella noche.

—Otra cosa —dijo Muse. Se agitó en la silla, buscando un tono casual—. Lucy Silverstein, alias Gold, no está casada. Todavía no he terminado las investigaciones, pero por lo que he visto, nunca se ha casado.

No sabía qué deducir de esto. Estaba claro que no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo, pero me afectó de todos modos. Era una chica tan viva, tan llena de vida y energía, y era tan fácil amarla. ¿Cómo podía haber permanecido soltera todos esos años? Y encima lo de los arrestos por conducir ebria.

—¿A qué hora termina su clase? —pregunté.

—Dentro de veinte minutos.

—De acuerdo. La llamaré entonces. ¿Algo más?

—Wayne Steubens no acepta visitas, excepto su familia cercana y su abogado. Pero estoy en ello. Dispongo de otros recursos, pero por ahora no tengo nada más.

—No le dediques demasiado tiempo.

—No lo haré.

Miré la hora. Veinte minutos.

—Debería irme —dijo Muse.

—Sí.

Se levantó.

—Ah, otra cosa.

—¿Qué?

—¿Quieres ver una foto de ella?

Levanté la cabeza.

—La Universidad de Reston tiene páginas de los docentes. Hay fotos de todos los profesores. —Me alargó una hoja de papel—. La dirección está aquí.

No esperó mi respuesta. Dejó la dirección sobre la mesa y me dejó solo.

Tenía veinte minutos. ¿Por qué no?

Rescaté la página de inicio. Utilizo una de Yahoo que te permite elegir al detalle su contenido. Tenía noticias, mis equipos de deporte, mis dos tiras cómicas preferidas —Doonesbury y Fox Trot— y cosas así. Introduje la página web de la Universidad de Reston que me había dado Muse.

Y allí estaba.

No era la mejor fotografía de Lucy. Su sonrisa era tensa, su expresión, triste. Había posado para la foto, pero se notaba que no le apetecía. Los cabellos rubios habían desaparecido. Sé que eso sucede con la edad, pero tenía la sensación de que en este caso era intencionado. El color no le sentaba bien. Era más mayor, claro, pero tal como había previsto, la edad le favorecía. Su cara era más delgada. Los altos pómulos eran más pronunciados.

Y seguía siendo preciosa.

Mirando su rostro, algo largamente dormido se despertó y empezó a estrujarme las entrañas. No me convenía eso en este momento. Ya tenía bastantes complicaciones en mi vida. No me convenía que resucitaran viejos sentimientos. Leí su breve biografía, y no me enteré de nada nuevo. Actualmente los estudiantes puntúan las clases y a los profesores. Esa información puede encontrarse en línea. La busqué. Lucy era muy querida por sus alumnos. Su puntuación era increíble. Leí algunos de los comentarios de los alumnos. Hacían que pareciera que esa clase les había cambiado la vida. Sonreí y sentí una punzada de orgullo.

Pasaron veinte minutos.

Le concedí cinco más, me la imaginé despidiéndose de sus alumnos, hablando con alguno que se había quedado atrás, recogiendo sus papeles y sus cosas en alguna cartera de polipiel hecha polvo.

Levanté el teléfono. Llamé a Jocelyn.

—¿Sí?

—No me pases llamadas —dije—. No quiero interrupciones.

—De acuerdo.

Apreté una tecla de línea exterior y marqué el número del móvil de Lucy. Al tercer timbre oí su voz diciendo:

—¿Diga?

El corazón se me subió a la garganta pero logré decir:

—Soy yo, Lucy.

Y entonces, unos segundos después, oí que se echaba a llorar.

Capítulo 21

—¿Luce? —dije—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Es sólo que...

—Sí, lo sé.

—No puedo creer que haya llorado.

—Siempre fuiste una llorona —dije, y me arrepentí inmediatamente.

Pero ella se rio.

—Ya no —dijo.

Silencio.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—Trabajo en la Universidad de Reston. Estoy cruzando los jardines.

—Ah —dije, porque no sabía qué decir.

—Perdona que te dejara un mensaje tan críptico. Es que ya no me apellido Silverstein.

No quería que ella supiera que yo ya lo sabía. Pero tampoco quería mentirle. Así que solté una exclamación poco comprometedora:

—Ah.

Más silencio. Esta vez lo rompió ella.

—Vaya, qué raro es esto.

Sonreí.

—Lo sé.

—Me siento como una tonta —continuó—. Como si volviera a tener dieciséis años y estuviera desesperada porque me ha salido un grano.

—Lo mismo que yo —dije.

—En realidad no cambiamos nunca, ¿no? Quiero decir que en el fondo siempre somos un niño asustado que no sabe qué va a ser de mayor.

Yo aún sonreía, pero pensé en que nunca se había casado y en los arrestos por conducir ebria. No cambiamos, supongo que no, pero nuestros caminos sí cambian.

—Me alegro de oír tu voz, Luce.

—Y yo de oír la tuya.

Silencio.

—Te he llamado porque... —Lucy calló. Y continuó—: No sé ni cómo explicarlo, o sea que deja que te pregunte algo: ¿te ha pasado algo raro últimamente?

—¿Raro en qué sentido?

—Algo extraño referente a aquella noche.

Ya esperaba que me dijera algo parecido, lo veía venir, pero igualmente se me borró la sonrisa como si me hubieran pegado un puñetazo.

—Sí.

Silencio.

—¿Tú sabes qué está pasando, Paul?

—No lo sé.

—Creo que debemos averiguarlo.

—Estoy de acuerdo.

—¿Quieres que nos veamos?

—Sí.

—Será muy raro —dijo.

—Lo sé.

—No es que yo quiera que lo sea. Y no es por eso por lo que te he llamado. Para verte. Pero creo que tenemos que encontrarnos y hablar de esto. ¿No crees?

—Sí —respondí.

—Estoy diciendo tonterías. Las digo cuando estoy nerviosa.

—Ya me acuerdo —dije. Y esta vez también me arrepentí de haberlo dicho y añadí rápidamente—: ¿Dónde podemos vernos?

—¿Sabes dónde está la Universidad de Reston?

—Sí.

—Tengo otra clase y después visitas de los alumnos hasta las siete y media —dijo Lucy—. ¿Quieres pasar por mi despacho? Está en el edificio Armstrong. ¿Te parece a las ocho?

—Allí estaré.

Cuando llegué a casa, me sorprendió encontrar a la prensa acampada frente a la entrada. Se oye hablar mucho de esto, de que la prensa hace estas cosas, pero aquélla era mi primera experiencia directa. Los policías locales estaban por ahí, animados ante la posibilidad de participar en algo que parecía importante. Se colocaron a ambos lados del paseo para que yo pudiera aparcar el coche. La prensa no intentó colarse. De hecho, cuando me detuve los periodistas no me hicieron mucho caso.

Greta me recibió con una bienvenida de héroe conquistador. Me cubrió de besos, de abrazos y felicitaciones. Quiero mucho a Greta. Hay personas que sabes que son buenas y ya está, que siempre están a tu lado. No abundan. Pero existen. Greta interceptaría una bala por mí. Eso hace que tenga ganas de protegerla. En eso me recuerda a mi hermana.

—¿Dónde está Cara? —pregunté.

—Bob se ha llevado a Cara y a Madison a Baumgarfs a cenar.

Estelle estaba en la cocina, llenando la lavadora.

—Esta noche tengo que salir —le dije.

—Está bien. Cara puede dormir en casa —intervino Greta.

—Gracias, pero preferiría que durmiera en casa esta noche.

Greta me siguió al estudio. Se abrió la puerta principal y entró Bob con las dos niñas. De nuevo me imaginé a mi hija saltándome al cuello y gritando « ¡Papá! ¡Ya estás en casa!» . No fue lo que pasó. Pero sí que sonrió y se acercó a mí. La levanté y la besé con ganas. Ella no dejó de sonreír, pero se frotó la mejilla. Bueno, qué se le va a hacer.

Bob me dio una palmada en la espalda.

—Enhorabuena por el juicio —dijo.

—Todavía no ha terminado.

—Eso no es lo que dicen los medios. Al menos así te quitarás de encima a Jenrette.

—O se volverá más feroz.

Palideció un poco. Si Bob participara en una película, sería el tipo republicano rico y malo. Tiene la piel rojiza, las mejillas gruesas, los dedos cortos y mochos. Éste es otro ejemplo de lo engañosas que pueden ser las apariencias. El entorno familiar de Bob era totalmente trabajador. Estudió y trabajó mucho. No le habían regalado nada y nada le había resultado fácil.

Cara volvió a entrar en la habitación con un DVD en la mano. Lo llevaba levantado como si fueran una ofrenda. Cerré los ojos y recordé qué día de la semana era y me maldije a mí mismo. Después dije a mi hija:

—Es la noche de cine.

Ella seguía alzando el DVD, con los ojos muy abiertos. Sonreía. En la tapa había una « peli » de dibujos animados o animada por ordenador, con coches parlantes o animales de granja o animales de zoológico, algo de Pixar o Disney, algo que ya había visto cien veces.

—Exacto. ¿Harás palomitas?

Me arrodillé para estar a su nivel y le puse una mano en cada hombro.

—Cariño, papá tiene que salir esta noche —dije.

Ninguna reacción.

—Lo siento, cielo.

Espere las lágrimas.

—¿Puede verla Estelle conmigo?

—Claro, hija.

—¿Y puede hacer palomitas?

—Por supuesto.

—¡Bien!

Yo me esperaba un ataque de mal humor, pero nada.

Cara se marchó y yo miré a Bob. Él me miró como diciendo: « Niños, ¿qué se le va a hacer?» .

—Por dentro —dije, señalando a mi hija—. Por dentro está destrozada.

Bob se rio y en ese momento sonó mi móvil. La pantalla sólo decía NUEVA JERSEY, pero reconocí el número y me sobresalté un poco. Descolgué y dije:

—Diga.

—Muy bonito lo de hoy, estrella del día.

—Señor gobernador —dije.

—No es correcto.

—¿Disculpa?

—Lo de señor gobernador. A un presidente de Estados Unidos puedes dirigirte correctamente como señor presidente, pero a los gobernadores se les llama simplemente gobernador o por su apellido, por ejemplo, gobernador Semental o gobernador Imán para las Chicas.

—Ah, ¿qué tal gobernador Compulsivo Anal? —intervine.

—Ahí está.

Sonreí. Durante mi primer año en Rutgers, conocí a Dave Markie (ahora gobernador) en una fiesta. Me intimidó. Yo era hijo de inmigrantes. Su padre era senador de Estados Unidos. Pero eso es lo bonito de la universidad. Se hacen extrañas alianzas. Acabamos siendo amigos íntimos.

Los adversarios de Dave no olvidaron airear esta amistad cuando me nombró para mi actual puesto de fiscal del condado de Essex. El gobernador se encogió de hombros y siguió adelante. Yo ya había conseguido buena prensa y a riesgo de preocuparme por lo que no debería preocuparme, el día de hoy podía haber contribuido a mis posibilidades de llegar a obtener un escaño en el Congreso.

—Bueno, menudo día, ¿eh? Bien, bien, Cope, Cope, no hay quien lo pare. ¿Es tu cumpleaños, Cope?

—¿Intentas atraer votantes aficionados al hip-hop?

—Intento entender a mi hija adolescente. En fin, felicidades.

—Gracias.

—De todos modos sigo sin hacer comentarios de este caso.

—No te había oído decir «sin comentarios» en la vida.

—Por supuesto que sí, pero de formas creativas: creo en nuestro sistema judicial, todos los ciudadanos son inocentes hasta que se demuestra su culpabilidad, las ruedas de la justicia girarán, no soy juez y jurado, debemos esperar a conocer todos los hechos.

—Esterotipos para no comentar.

—Esterotipos de sin comentarios y de todos los comentarios —corrigió—. Bueno, ¿cómo va todo, Cope?

—Bien.

—¿Sales con alguien?

—A veces.

—Tío, eres soltero. Eres guapo. Tienes dinero en la cuenta. ¿Ves adónde quiero ir a parar?

—Eres sutil, Dave, pero creo que te sigo.

Dave Markie siempre había sido un mujeriego. Físicamente no estaba mal,

pero lo que sí tenía era un don para ligar que podía cualificarse tirando por lo bajo como irresistible. Tenía esa clase de carisma que hacía que todas las mujeres se sintieran como si fueran la persona más hermosa y fascinante del mundo. Era todo una comedia. Sólo quería llevarlas a la cama. Ni más ni menos. Aun así, jamás he conocido a nadie mejor ligando.

Por supuesto ahora Dave estaba casado y tenía dos niños bien educados, pero no me cabía ninguna duda de que seguía teniendo sus ligues. Algunos hombres no pueden evitarlo. Es instintivo y primitivo. La idea de que Dave Markie no le tirara los trastos a una mujer era sencillamente un anatema.

—Buenas noticias —dijo—. Voy a pasar por Newark

—¿Para qué?

—Newark es la ciudad más grande de mi estado, por si no lo sabías, y yo valoro a todos mis electores.

—Ya.

—Y tengo ganas de verte. Hace mucho que no nos vemos.

—Estoy bastante ocupado con este caso.

—¿No puedes sacar tiempo para tu gobernador?

—¿Qué pasa, Dave?

—Se trata de lo que hemos mencionado antes. Mi posible candidatura al Congreso.

—¿Buenas noticias? —pregunté.

—No.

Silencio.

—Creo que tenemos un problema —añadió.

—¿Qué problema?

Su voz recuperó la jovialidad.

—Puede que no sea nada, Cope. Ya hablaremos. Quedamos en tu despacho, a mediodía, ¿vale?

—De acuerdo.

—Compra bocadillos de aquel local de Brandford.

—Hobby's.

—Ése. Los de pechuga de pavo con pan de centeno casero. Cómprate uno para ti también. Hasta luego.

El edificio del despacho de Lucy Gold era un engendro en medio de un patio más bien hermoso, una estructura «mod» de los setenta que supuestamente debía parecer futurista, pero la verdad es que a los tres años de terminar su construcción ya había pasado de moda. El resto de los edificios del patio eran de elegante ladrillo pero bastante faltos de hiedra. Aparqué en el estacionamiento del rincón suroeste. Incliné el retrovisor y entonces, parafraseando a Springsteen,

miré mi cara en el espejo y quise cambiarme de ropa, de cabello y de cara.

Bajé del coche y caminé por el parque. Me crucé con docenas de estudiantes. Las chicas eran mucho más guapas de lo que recordaba, pero eso seguramente se debía a mi edad. Los saludé con la cabeza al pasar. No me devolvieron el saludo. Cuando yo iba a la universidad había un tipo en mi clase que tenía treinta y ocho años. Había sido militar y no había llegado a licenciarse. Recuerdo cómo cantaba en el campus sólo por ser más mayor. Ésa era mi edad ahora. Difícil de creer que yo pudiera tener la misma edad que aquel carcamal.

Seguí con pensamientos tan poco elevados porque me ayudaban a ignorar adónde me dirigía. Llevaba una camisa blanca por fuera, vaqueros y una americana azul. Zapatos Ferragamo sin calcetines. La personificación del «*Casual Chic*».

Cuando me acerqué al edificio, sentí que el cuerpo me temblaba. Me enfadé conmigo mismo. Era un hombre hecho y derecho. Había estado casado. Era padre y era viudo. Llevaba sin ver a aquella mujer más de la mitad de mi vida.

¿Cuándo somos demasiado mayores para esto?

Busqué en el directorio, a pesar de que Lucy ya me había dicho que su despacho estaba en el tercer piso, puerta B. Profesora Lucille Gold. Tres-B. Apreté con esfuerzo el botón correcto del ascensor. Giré a la izquierda cuando salí al tercer piso, aunque la señal de «A-E» tenía una flecha apuntando a la derecha.

Encontré su puerta. En ella había una hoja con sus horas de visita. Casi todas estaban ocupadas. También había un horario de las clases y notas sobre cuándo debían presentarse los trabajos. Casi respiré sobre mi mano y la olí, pero ya me había tomado una pastilla de menta.

Llamé con dos golpes secos de los nudillos. Con seguridad, pensé. Virilmente.

Por Dios, qué lastimoso.

—Adelante.

Su voz me produjo un vuelco en el estómago. Abrí la puerta y entré en la habitación. Ella estaba de pie junto a la ventana. Todavía había sol y una sombra le cruzaba la cara. Seguía siendo muy hermosa. Encajé el golpe y me quedé quieto. Así nos quedamos un rato, a cuatro metros y medio de distancia, sin movernos.

—¿Qué tal la iluminación? —dijo.

—¿Perdona?

—He estado pensando dónde debía situarme. Cuando llamas, ¿sabes? No sabía si abrirte la puerta. No, demasiado cerca para empezar. ¿Quedarme sentada a la mesa con un lápiz en la mano? ¿Mirarte por encima de las gafas de leer? En fin, un amigo me ha ayudado a probar todos los ángulos. Él creía que éste era el mejor, al otro lado de la habitación con la persiana medio bajada.

Sonreí.

—Estás guapísima.

—Tú también. ¿Cuántos trajes te has probado?

—Sólo éste —dije—. Pero es que ya me han dicho otras veces que es mi mejor *look*. ¿Y tú?

—Me he probado tres blusas.

—Ésta me gusta —dije—. Siempre te sentó bien el verde.

—Entonces era rubia.

—Sí, pero todavía tienes los ojos verdes. ¿Puedo pasar?

Ella asintió.

—Cierra la puerta.

—¿No deberíamos abrazarnos o algo así?

—Todavía no.

Lucy se sentó en su silla y yo en la silla frente a su mesa.

—Esto es un lío —dijo.

—Lo sé.

—Tengo un millón de cosas que quiero preguntarte.

—Yo también.

—Me enteré de lo de tu mujer por internet. Lo siento.

Asentí.

—¿Cómo está tu padre? —pregunté.

—No muy bien.

—Lamento oír eso.

—Todo ese amor libre y todas esas drogas al fin se cobraron su peaje. Ira tampoco... nunca superó lo sucedido ¿entiendes?

Claro que lo entendía.

—¿Cómo están tus padres? —preguntó Lucy.

—Mi padre murió hace unos meses.

—Lo siento mucho. Le recuerdo muy bien de aquel verano.

—La última vez que fue feliz —dije.

—¿Por lo de tu hermana?

—Por muchas cosas. Tu padre le dio la oportunidad de volver a ejercer la medicina. Eso le encantaba, ejercer la medicina. Tampoco llegó a hacerlo.

—Lo siento.

—Mi padre nunca quiso participar en la demanda, quería mucho a Ira, pero necesitaba culpar a alguien y mi madre insistió. Todas las demás familias se apuntaron.

—No tienes que darme explicaciones.

Callé porque tenía razón.

—¿Y tu madre? —preguntó.

—Su matrimonio no sobrevivió.

La respuesta no pareció sorprenderla.

—¿Te importa si me pongo la bata profesional? —preguntó.

—En absoluto.

—Perder un hijo es una tensión espantosa para un matrimonio —dijo Lucy—. La gente cree que sólo las parejas sólidas sobreviven a un golpe así. Pero no es cierto. Lo he estudiado. He visto matrimonios que se podrían describir como «cutres» durar e incluso mejorar. He visto otros que parecían destinados a durar para siempre resquebrajarse como yeso barato. ¿Vosotros dos mantenéis buena relación?

—¿Mi madre y yo?

—Sí.

—Hace dieciocho años que no la veo.

Nos quedamos callados.

—Has perdido a muchas personas, Paul.

—No vas a psicoanalizarme, ¿verdad?

—No, nada de eso.

Se echó hacia atrás y miró arriba y a un lado. Fue un gesto que me devolvió al pasado. Nos sentábamos en el viejo campo de béisbol, donde la hierba estaba crecida, y yo la abrazaba y ella miraba arriba y a un lado de esa manera.

—Cuando estaba en la universidad tenía una amiga —empezó Lucy—. Ella tenía una gemela, aunque no idéntica. No sé si eso representa mucha diferencia, pero con los idénticos parece que existe un vínculo más fuerte. En fin, cuando estábamos en segundo año, su hermana murió en un accidente de coche. Mi amiga reaccionó de una forma rarísima. Estaba destrozada, sin duda, pero parte de ella se sentía casi aliviada. Era como si pensara que ya estaba. Que Dios había terminado con ella. Ya le había tocado lo peor y no podía pasarle nada. Ya había pagado. Si pierdes a una hermana gemela, es como si estuvieras a salvo el resto de tu vida. Una tragedia espantosa por persona. ¿Comprendes lo que te digo?

—Sí.

—Pero la vida no es así. Algunos tienen salvoconducto toda la vida. A otros, como tú, les toca más de lo que debería. Mucho más. Y la peor parte es que no te vuelves inmune.

—La vida no es justa —dije.

—Amén. —Me sonrió—. Esto es raro, ¿no?

—Sí.

—Estuvimos juntos... ¿qué? ¿Seis semanas?

—Algo así.

—Y sólo fue un capricho de verano, visto en perspectiva. Desde entonces habrás tenido docenas de novias.

—¿Docenas? —repetí.

—¿Qué pasa? ¿Cientos?

—Como mínimo —dije.

Silencio. Sentía un peso en el pecho.

—Pero tú eras especial, Lucy. Eras...

Paré.

—Sí, lo sé —dijo—. Tú también. Por eso es tan raro esto. Quiero saberlo todo de ti. Pero no sé si ahora es el momento.

Fue como si un cirujano estuviera trabajando, un cirujano plástico de aceleración del tiempo. Había cortado los últimos veinte años, había extraído mi yo de dieciocho años y lo había cosido a mi yo de treinta y ocho, prácticamente sin costuras.

—¿Por qué me has llamado? —pregunté.

—¿Esa cosa rara?

—Sí.

—Tú has dicho que también te había pasado algo extraño.

Asentí.

—¿Te importaría empezar? —preguntó—. ¿Como cuando hacíamos manitas?

—Au.

—Lo siento —se calló, cruzó los brazos como si tuviera frío—. Estoy diciendo tonterías. No puedo evitarlo.

—No has cambiado, Luce.

—Sí, Cope. He cambiado. No te puedes imaginar cuánto he cambiado.

Nos miramos a los ojos, de verdad, por primera vez desde que yo había entrado en la habitación. No soy ningún lince interpretando las miradas de las personas. He visto demasiados buenos mentirosos para creer en lo que veo. Pero ella me estaba contando algo, una historia, y la historia contenía mucho dolor.

No quería que hubiera mentiras entre nosotros.

—¿Sabes a qué me dedico ahora? —pregunté.

—Eres fiscal del condado. También lo vi en internet.

—Bien. Ese cargo me da acceso a la información. Una de mis colaboradoras realizó una investigación preliminar sobre ti.

—Ya. Así que ya sabrás lo de conducir bebida.

No dije nada.

—Bebo demasiado, Cope. Todavía. Pero ya no conduzco.

—No es de mi incumbencia.

—No lo es, pero me gusta contártelo. —Se echó hacia atrás, juntó las manos y las apoyó en el regazo—. Cuéntame lo que te ha pasado, Cope.

—Hace unos días, una pareja de detectives de homicidios de Manhattan me mostraron una víctima sin identificar, un varón —dije—. Creo que el hombre, que ellos dijeron que tendría treinta y tantos años, era Gil Pérez.

Abrió la boca.

—¿Nuestro Gil?

—Sí.

—¿Cómo es eso posible?

—No lo sé.

—¿Ha estado vivo todo este tiempo?

—Eso parece.

Luce meneó la cabeza y después dijo:

—A ver, ¿se lo has dicho a sus padres?

—La policía los llevó para identificarlo.

—¿Qué dijeron?

—Dijeron que no era Gil. Que Gil murió hace veinte años.

Se hundió un poco en la silla.

—Uau. —Vi cómo se mordía el labio inferior y reflexionaba. Otro gesto que nos devolvía a nuestros días de campamento—. ¿Qué ha estado haciendo Gil todo este tiempo?

—Espera, ¿no vas a preguntarme si estoy seguro de que era él?

—Por supuesto que lo estás. No me lo habrías dicho si no lo estuvieras. Por lo tanto, o bien sus padres mienten o, lo que es más probable, niegan la evidencia.

—Sí.

—¿Por cuál de las dos te inclinarías?

—No lo sé con seguridad. Pero creo que mienten.

—Deberíamos hablar con ellos.

—¿Los dos?

—Sí. ¿Qué más has sabido de Gil?

—No mucho. —Me agité en la silla—. ¿Y tú qué? ¿Qué te ha pasado?

—Mis alumnos escriben diarios anónimos. He recibido uno que prácticamente describe lo que nos sucedió aquella noche.

Creí que no lo había oído bien.

—¿Un diario de un alumno?

—Así es. Acierta en muchas cosas. Cómo fuimos al bosque. Cómo empezamos a besarnos. Cómo oímos el grito. —Todavía era incapaz de entenderlo.

—¿Un diario escrito por uno de tus alumnos?

—Sí.

—¿Y no tienes ni idea de quién lo escribió?

—Ni idea.

Lo pensé un momento.

—¿Quién conoce tu identidad real?

—No lo sé. No cambié de identidad, sólo de apellido. No sería tan difícil de averiguar.

—¿Y cuándo recibiste el diario?

—El lunes.

—El día después de que asesinaran a Gil.

Pensamos un momento en silencio.

—¿Tienes aquí el diario? —pregunté.

—Te he hecho una copia.

Me pasó las páginas por encima de la mesa. Las leí. Leerlo hizo que todo volviera, y que doliera. Me pregunté por lo del enamoramiento, lo de no llegar a superar al misterioso P. Pero cuando lo dejé sobre la mesa, lo primero que le dije fue:

—Esto no es lo que pasó.

—Ya.

—Pero se parece mucho.

Ella asintió.

—Conocí a una chica que conocía a Gil. Me dijo que le había oído referirse a nosotros. Que él había dicho que mentimos.

Lucy se quedó quieta un momento y después hizo girar la silla hasta ofrecerme su perfil.

—Mentimos.

—No sobre nada que fuera importante —dije.

—Estábamos haciendo el amor —dijo—, mientras los asesinaban.

No dije nada. De nuevo, compartimenté. Así era como lograba sobrevivir cada día. Porque, si no compartimentaba, recordaría que yo era el monitor de guardia aquella noche. Que no debería haberme escapado con mi novia. Que debería haberlos vigilado mejor. Que de haber sido yo un chico responsable, de haber hecho lo que se suponía que debía hacer, no habría dicho que había hecho recuento cuando no era verdad. No habría mentido sobre eso al día siguiente. Habríamos sabido que faltaban desde la noche anterior y no sólo desde la mañana. Así que tal vez mientras yo ponía las marcas de recuento junto a las inspecciones de las cabañas que no había hecho nunca, a mi hermana la estaban degollando.

—Éramos unos niños, Cope —dijo Lucy.

Silencio.

—Se escaparon. Se habrían escapado aunque hubiéramos estado vigilando.

Probablemente no. Yo habría estado allí. Les habría descubierto. O habría visto las camas vacías al hacer la ronda. No hice nada de esto. Salí y lo pasé bien con mi novia. Y al día siguiente, cuando vi que no estaban, pensé que se estarían divirtiendo. Gil había salido con Margot, aunque creía que ya habían cortado. Mi hermana se veía con Doug Billingham, aunque no muy en serio. Se habían escapado y lo estaban pasando bien.

Así que mentí. Dije que había mirado en las cabañas y que todos estaban a salvo, dentro. Porque no me di cuenta del peligro. Dije que estaba solo aquella noche; me aferré largamente a esa mentira porque quería proteger a Lucy. Es raro, ¿no? No sabía lo que había pasado. Así que mentí. Cuando encontraron a

Margot Green, reconocí parte de la verdad, que no había sido cuidadoso haciendo la guardia de noche. Pero dejé a Lucy al margen. Y me aferré tanto tiempo a esta mentira, que tuve miedo de rectificar y contar toda la verdad. Ya sospechaban de mí (todavía recuerdo la cara escéptica del *sheriff* Lowell) y si lo reconocía entonces, la policía se preguntaría por qué había mentido. De todos modos no tenía ninguna importancia.

¿Qué diferencia había entre que yo estuviera solo o con alguien? De uno u otro modo, no los vigilé.

Durante la demanda, los abogados de Ira Silverstein intentaron echarme parte de la culpa. Pero yo sólo era un crío. Había doce cabañas sólo en el lado del campamento de los chicos. Aunque hubiera estado en mi puesto, habría sido muy fácil escaparse sin que yo los viera. La seguridad del campamento no era suficiente. Eso era cierto. Legalmente no era culpa mía.

Legalmente.

—Mi padre solía volver a ese bosque —dije.

Lucy se volvió a mirarme.

—Iba a cavar.

—¿Para qué?

—Para encontrar a mi hermana. Nos decía que iba a pescar. Pero yo lo sabía. Lo hizo durante dos años.

—¿Por qué dejó de hacerlo?

—Mi madre nos abandonó. Supongo que pensó que su obsesión ya nos había costado demasiado cara. Entonces contrató a unos detectives. Llamó a viejos amigos. Pero creo que no volvió a cavar.

Miré la mesa de Lucy, que era un revoltijo. Había papeles por todas partes, algunos medio caídos, como una cascada congelada. También había libros de texto abiertos de cualquier manera, como soldados heridos.

—Éste es el problema cuando no tienes un cadáver —dije—. Doy por supuesto que has estudiado las etapas del duelo.

—Sí. —Asintió. Lo entendió—. El primer paso es la negación.

—Exactamente. En cierto modo, nunca pasamos de ahí.

—No hay cadáver, ergo, negación. Necesitas pruebas para seguir adelante.

—Mi padre sí. Yo sí estaba seguro de que Wayne la había matado. Pero también veía a mi padre haciendo sus salidas.

—Te hizo dudar.

—Digamos que mantuvo viva la posibilidad en mi cabeza.

—¿Y tu madre qué?

—Se volvió más y más distante. El matrimonio de mis padres nunca fue maravilloso. Ya hacía aguas antes. Cuando mi hermana murió, o lo que coño le pasara, ella se apartó totalmente de mi padre.

Nos quedamos los dos en silencio. Los últimos restos de sol estaban

desapareciendo. El cielo se convertía en un remolino de colores púrpuras. Miré por la ventana a mi izquierda. Ella también miró. Nos quedamos así un rato, lo más cerca que habíamos estado en veinte años.

Antes he dicho que los años habían sido eliminados quirúrgicamente. Entonces fue como si regresaran. Volvió la tristeza. La podía ver en ella. La destrucción de larga duración que aquella noche había infligido a mi familia era evidente. Yo había esperado que Lucy no hubiera tenido que pasar por eso. Pero estaba claro que sí. Para ella tampoco había habido conclusión. No sé qué más le había sucedido en los últimos veinte años. Atribuir a ese incidente toda la tristeza que veía en sus ojos sería demasiado pretencioso. Pero en ese momento me vi a mí mismo alejándome de ella aquella noche.

El diario del alumno decía que ella no había podido olvidarme. Yo no me atribuyo tanto mérito. Pero estaba claro que ella no había podido olvidar aquella noche. Lo que representó para su padre. Lo que representó para su infancia.

—¿Paul?

Ella seguía mirando por la ventana.

—¿Sí?

—¿Qué hacemos ahora?

—Averiguar qué sucedió realmente en el bosque.

Capítulo 22

Recuerdo haber visto en un viaje a Italia unos tapices que parecen cambiar de perspectiva dependiendo de dónde te sitúas. Si te mueves hacia la derecha, la mesa parece mirar a la derecha. Si te mueves hacia la izquierda, la mesa te sigue.

El gobernador Dave Markie era la personificación de ese efecto. Cuando entraba en una habitación tenía la capacidad de hacer que todos se sintieran como si él les estuviera mirando y pendiente de ellos. En su juventud le había visto ligarse a muchas mujeres, no por su atractivo, sino porque parecía interesarse sinceramente por ellas. Su mirada tenía una intensidad hipnótica. Recuerdo a una amiga lesbiana de Rutgers que dijo: « Cuando Dave Markie me mira así, vaya, cambiaría de equipo por una noche » .

Eso es lo que hizo en mi oficina. Jocelyn Durels, mi secretaria, se reía nerviosamente. Loren Muse se ruborizó. Incluso la fiscal del estado, Joan Thurston, sonreía de una manera que me mostraba cómo debía de ser su cara cuando recibió el primer beso en séptimo curso.

Muchos dirán que es el efecto del poder de su cargo. Pero yo le conocía de antes. El cargo era un potenciador del poder, no el creador.

Nos saludamos con un abrazo. Me había fijado que últimamente los hombres se saludan así, con un abrazo. Me gustaba el contacto humano sincero. No tengo muchos amigos de verdad, así que los pocos que tengo son enormemente importantes para mí. Los he elegido con cuidado y los quiero mucho a todos.

—Haz que se marchen todos —susurró Dave.

Nos deshicimos del abrazo. Él sonreía, pero recibí el mensaje. Hice salir a todos del despacho. Joan Thurston se quedó. La conocía bastante bien. La oficina del fiscal del estado estaba en mi misma calle. Intentábamos colaborar y ayudarnos mutuamente. Teníamos una jurisdicción parecida porque el condado de Essex tenía delincuencia en abundancia, pero a ella sólo le interesaban los delitos graves. Actualmente eso representaba básicamente terrorismo y corrupción política. Cuando su oficina tropezaba con algún otro delito, nos lo transfería a nosotros.

En cuanto se cerró la puerta y nos quedamos los tres solos, Dave dejó de sonreír. Nos sentamos en mi mesa de reuniones. Yo a un lado. Ellos al otro.

—¿Es malo? —pregunté.

—Mucho.

Levanté ambas manos e hice con los dedos indicando que podían empezar. Dave miró a Joan Thurston. Ella se aclaró la garganta.

—En este momento mis detectives están entrando en el despacho de la institución benéfica conocida como JaneCare. Tienen una orden de registro. Se llevarán los archivos y expedientes. Yo quería mantenerlo en secreto, pero los

medios ya se han enterado.

Sentí que el pulso se me aceleraba.

—Esto es una locura.

Ninguno de los dos dijo nada.

—Se trata de Jenrette. Me ha estado presionando para que no fuera duro con su hijo.

—Lo sabemos —dijo Dave.

—¿Y?

Dave miró a Thurston.

—Eso no hace que las acusaciones no sean ciertas.

—¿A qué te refieres?

—Los investigadores de Jenrette llegaron a sitios donde nosotros no nos habríamos metido. Encontraron incoherencias. Las presentaron a uno de mis mejores hombres. Mi empleado siguió investigando. Intentamos mantenerlo en secreto. Sabemos lo que estas acusaciones pueden representar para una asociación benéfica.

No me gustaba el cariz que estaba tomando la conversación.

—¿Encontrasteis algo?

—Tu cuñado ha estado robando.

—¿Bob? Es imposible.

—Ha desviado al menos cien mil dólares.

—¿Hacia dónde?

Ella me entregó dos hojas de papel y yo les eché un vistazo.

—Tu cuñado se está construyendo una piscina, ¿no?

No dije nada.

—Se entregaron cincuenta mil a Marston Pools en varios pagos que constan aquí como una ampliación de vuestra sede. ¿JaneCare ha realizado obras de ampliación?

No dije nada.

—Se entregaron otros treinta mil a Barry's Landscaping. El gasto consta como embellecimiento del área circundante.

Nuestras oficinas consisten en la mitad de una residencia de dos viviendas en el centro de Newark. No había ningún plan de expansión ni de embellecimiento. No necesitábamos más espacio. Nos concentrábamos en recoger fondos para tratamientos y curas. Ése era nuestro objetivo. He visto demasiados abusos en el sistema de asociaciones sin ánimo de lucro, con gastos de recogida de fondos que superan la cantidad dedicada a las buenas obras. Bob y yo habíamos hablado del tema y compartíamos las mismas ideas. Me sentí mareado.

—No podemos hacer favoritismos. Ya lo sabes —dijo Dave.

—Lo sé —dije.

—Y aunque quisiéramos mantenerlo en secreto en aras de la amistad, no

podríamos. Se ha filtrado a los medios. Joan está a punto de dar una rueda de prensa.

—¿Vais a arrestarle?

—Sí.

—¿Cuándo?

Ella miró a Dave.

—Ya está bajo custodia. Le hemos arrestado hace una hora.

Pensé en Greta. Pensé en Madison. Una piscina. Bob había robado a la asociación benéfica de mi esposa para construirse una puta piscina.

—¿Le habéis ahorrado la exposición pública?

—No. Tiene que presentarse ante el juez dentro de diez minutos. He venido como amiga, pero los dos convenimos en perseguir este tipo de casos. No puedo hacer favoritismos.

Asentí. Lo habíamos convenido. No sabía qué pensar.

Dave se levantó y Joan Thurston le siguió.

—Búscales un buen abogado, Cope. Creo que esto va a ponerse feo.

Puse la televisión y vi a Bob expuesto al público. No salió en directo en la CNN o la Fox, pero sí en News 12 Nueva Jersey, nuestro canal local veinticuatro horas de noticias. Saldrían fotos en todos los grandes periódicos de Jersey, como el *Star-Ledger* y el *Bergen Record*. Algunas de las filiales locales de los grupos de comunicación más importantes podían sacar algo, pero lo dudaba.

La exposición pública duró segundos. Bob iba esposado. No bajó la cabeza. Como muchos, parecía aturdido e inofensivo. Me entraron náuseas. Llamé a Greta a casa y al móvil. No contestó. Dejé mensajes en ambos teléfonos.

Muse me acompañó todo el rato. Cuando pasaron a otra noticia, dijo:

—Esto es una putada.

—Lo es.

—Deberías pedirle a Flair que lo represente.

—Conflicto de intereses.

—¿Por qué? ¿Por este caso?

—Sí.

—No entiendo por qué. No tienen ninguna relación.

—El padre de su cliente, EJ Jenrette, inició la investigación.

—Ah, vale. —Se echó hacia atrás—. Mierda.

No dije nada.

—¿Estás de humor para hablar de Gil Pérez y de tu hermana?

—Sí.

—Como sabes, hace veinte años hallaron su ropa rasgada y sangre en el bosque.

Asentí.

—Toda la sangre era O positivo. Como la de los desaparecidos. Cuatro de cada diez personas lo son, de modo que no es de extrañar. En aquel entonces no tenían pruebas de ADN, así que no había forma de saberlo con certeza. Lo he comprobado. Por mucho que lo apremiemos, las pruebas de ADN tardarán un mínimo de tres semanas. Es posible que más.

Yo sólo la escuchaba a medias. No dejaba de ver a Bob y su cara durante la exposición pública. Pensaba en Greta, la buena y cariñosa Greta, y en que esto la destrozaría. Pensé en mi esposa, en mi Jane, y en cómo la asociación benéfica que llevaba su nombre sería vilipendiada. Yo la había creado como un memorial para la esposa a quien había fallado en vida. Y ahora había vuelto a fallarle.

—Además, para realizar una prueba de ADN se necesita algo con lo que comparar. Podríamos utilizar tu sangre para compararla con la de tu hermana, pero necesitaríamos que un miembro de la familia Pérez colaborara.

—¿Qué más?

—En realidad no necesitas el ADN de los Pérez.

—¿Cómo es eso?

—Farrell Lynch ha terminado el proceso de envejecimiento.

Me entregó dos fotografías. La primera era la foto de Manolo Santiago tomada en el depósito. La segunda era la foto del proceso de envejecimiento derivado de la fotografía que le había dado de Gil Pérez.

Una concordancia total.

—Uau —dije.

—Te he buscado la dirección de los padres de Pérez.

Me entregó una hojita de papel.

La miré. Vivían en Park Ridge. A menos de una hora de camino.

—¿Irás a hablar con ellos? —preguntó Muse.

—Sí.

—¿Quieres que te acompañe?

Negué con la cabeza. Lucy ya había insistido en venir conmigo. Era suficiente compañía.

—También he tenido una idea —dijo ella.

—¿De qué se trata?

—La tecnología para localizar cadáveres enterrados ha mejorado mucho en veinte años. ¿Te acuerdas de Andrew Barrett?

—¿El chico del laboratorio en John Jay? Charlatán y raro.

—Y un genio. Es él. En fin, seguramente es el mayor especialista del país en la nueva máquina radar de penetración en el suelo. Prácticamente la inventó él y asegura que puede cubrir una gran extensión de terreno rápidamente.

—Es una zona demasiado grande.

—Pero podemos probarlo, ¿no te parece? Mira, Barrett se muere por probar

su juguete. Dice que necesita el trabajo de campo.

—¿Ya has hablado con él?

—Pues claro, ¿por qué no?

Me encogí de hombros.

—La investigadora eres tú.

Volví a mirar el televisor. Estaban pasando de nuevo la exposición pública de Bob. Esta vez aún me pareció más patético. Cerré los puños con fuerza.

—¿Cope?

La miré.

—Tenemos que volver a la sala —dijo.

Asentí y me levanté sin decir nada. Ella abrió la puerta. Pocos minutos después, vi a EJ Jenrette en el vestíbulo. Se colocó a propósito en mi camino. Incluso me sonreía.

Muse se paró e intentó que me desviara.

—Vayamos por la izquierda. Podemos pasar por...

—No.

Seguí mi camino. La rabia me consumía. Muse corrió para seguir mi ritmo. EJ Jenrette se quedó quieto, esperándome.

Muse me puso una mano en el hombro.

—Cope...

No reduje el paso.

—Estoy bien.

EJ siguió sonriendo. Le miré a los ojos. Él no se apartó. Yo avancé hasta que nuestras caras estuvieron a pocos centímetros de distancia. El muy idiota seguía sonriendo.

—Se lo advertí —dijo EJ.

Imité su sonrisa y me acerqué un poco más.

—Se ha corrido la voz —dije.

—¿De qué?

—Todos los presos que consigan que el pequeño Edward les haga un servicio reciben tratamiento de preferencia. Su hijo va a ser la puta de su bloque.

Me alejé sin esperar a ver su reacción. Muse trotaba detrás de mí.

—Eso sí ha tenido clase —dijo.

Seguí caminando. Era una amenaza vacía, por supuesto —los pecados del padre nunca deberían caer sobre el hijo— pero si esa imagen era la que EJ se llevaba cada día a la cama, me parecía bien.

Muse saltó delante de mí.

—Tienes que calmarte, Cope.

—Se me ha olvidado, Muse, ¿eres mi investigadora o mi loquera?

Levantó las manos en un gesto de rendición y me dejó pasar. Me senté en mi silla y esperé al juez.

¿En qué estaría pensando Bob?

Hay días en que los juicios son una pérdida de tiempo. Ése día fue uno de ellos. Flair y Mort sabían que lo tenían fatal. Querían excluir el DVD pornográfico porque no lo habíamos presentado antes. Intentaron un juicio nulo. Presentaron mociones y entregaron hallazgos, investigaciones y documentos. Seguro que sus pasantes se habían pasado la noche en vela.

El juez Pierce escuchó con sus cejas pobladas bajas. Tenía la mano en la barbilla y parecía muy pero que muy judicial. No hizo comentarios. Utilizó expresiones como «bajo consideración». No me preocupé. No tenían nada. Pero una idea se estaba introduciendo en mi cabeza y me daba la lata. Habían ido a por mí. Habían ido a por mí y a por todas. ¿Por qué no iban a hacer lo mismo con el juez?

Le miré la cara. No delataba nada. Le miré a los ojos, busqué alguna clase de indicio de que no estaba durmiendo. No vi nada, pero eso no significaba mucho.

Acabamos sobre las tres de la tarde, volví al despacho y miré los mensajes. No había nada de Greta. Volví a llamarla. No contestó. Lo intenté también en el móvil de Bob. Tampoco, nada. Dejé un mensaje.

Miré aquellas dos fotografías: el Gil Pérez envejecido, el Manolo Santiago muerto. Después llamé a Lucy y ella respondió a la primera.

—Hola —contestó Lucy.

A diferencia de la otra noche, esta vez la voz de Lucy tenía su cadencia característica y eso me devolvió otra vez al pasado.

—Hola.

Hubo un silencio raro, pero casi feliz.

—Tengo la dirección de los señores Pérez —dije—. Quiero tener otra conversación con ellos.

—¿Cuándo?

—Ahora. No viven muy lejos de tu casa. Puedo recogerte por el camino.

—Estaré preparada.

Capítulo 23

Lucy estaba fabulosa.

Llevaba un jersey verde ajustado que ceñía exactamente lo que debía, y el pelo recogido en una cola. Se ajustó un mechón detrás de la oreja. Además esa noche llevaba gafas, y me gustó cómo le quedaban.

Lucy subió al coche y se puso a revisar los CD inmediatamente.

—Counting Crows —dijo—. *August and Everything After*.

—¿Te gusta?

—El mejor debut de las dos últimas décadas.

Asentí.

Lucy introdujo el CD en el reproductor. Y empezó a sonar *Round Here*. Conduje y escuchamos la música. Cuando Adam Duritz cantó sobre una mujer que decía que ojalá te pegaran un tiro, que sus paredes se estaban desmoronando, me arriesgué a mirarla de soslayo. Lucy tenía los ojos húmedos.

—¿Estás bien?

—¿Qué otros discos tienes?

—¿Qué quieres?

—Algo ardiente y *sexy*.

—Meat Loaf. —Levanté el estuche del CD para que lo viera—. ¿Un poco de *Bat out of Hell*?

—Ay —dijo—. ¿Te acuerdas?

—Nunca viajo sin él.

—Vaya, siempre fuiste un romántico incurable —dijo.

—¿Qué tal un poco de *Paradise by The Dashboard Light*?

—Vale, pero adelántalo hasta la parte en que ella le hace prometer que la amará para siempre antes de rendirse.

—Rendirse —repetí—. Me encanta.

Se volvió, girando el cuerpo hacia mí.

—¿Qué frase utilizaste conmigo?

—Probablemente mi frase de seducción patentada.

—¿Cuál es?

—Por favor. Va, por favor —gimoteé.

Lucy rio.

—Oye, contigo funcionó.

—Es que soy fácil.

—Sí, claro.

Me golpeó el brazo de forma juguetona. Sonreí. Ella apartó la cabeza. Escuchamos un rato a Meat Loaf en silencio.

—¿Cope?

—¿Qué?

—Fuiste el primero para mí. —Estuve a punto de pisar los frenos—. Sé que fingí que no, con todo el rollo de mi padre y la vida que llevábamos, de desenfreno y amor libre. Pero no era verdad. Fuiste el primero. Fuiste el primer hombre a quien amé.

El silencio era pesado.

—Aunque, después de ti, por supuesto, me los pasé a todos por la piedra.

Meneé la cabeza y miré hacia la derecha. Volvía a sonreír.

Doblé a la derecha siguiendo la voz alegre del sistema de navegación.

Los Pérez vivían en una finca de pisos de Park Ridge.

—¿Nos esperan? —preguntó Lucy.

—No.

—¿Cómo sabes que estarán en casa? —preguntó.

—He llamado antes de recogerme. Mi número sale como oculto en el identificador. Cuando he oído la voz de la señora Pérez he disimulado la voz y he preguntado por Harold. Me ha dicho que me equivocaba de número. Me he disculpado y he colgado.

—Uau, qué bueno eres.

—Intento que no se me suba a la cabeza.

Bajamos del coche. La propiedad estaba bien cuidada. El aire estaba perfumado con el aroma de alguna flor. No pude identificarla. Tal vez lilas. El aroma era muy fuerte, empalagoso, como si a alguien se le hubiera volcado un champú barato.

Antes de que pudiera llamar, abrieron la puerta. Era la señora Pérez. No saludó ni ofreció una gran bienvenida. Me miró con ojos entornados y esperó.

—Tenemos que hablar —dije.

Sus ojos se movieron hacia Lucy.

—¿Quién es usted?

—Lucy Silverstein —dijo ella.

La señora Pérez cerró los ojos.

—La hija de Ira.

—Sí.

Se le hundieron un poco los hombros.

—¿Podemos pasar? —pregunté.

—¿Puedo decir que no?

La miré a los ojos.

—No me rendiré.

—¿En qué? Ese hombre no era mi hijo.

—Por favor —dije—. Cinco minutos.

La señora Pérez suspiró y se apartó un poco. Entramos. El aroma a champú era más fuerte dentro si cabe. Demasiado fuerte.

Ella cerró la puerta y nos guió hasta un sofá.

—¿Está en casa el señor Pérez?

—No.

Se oían ruidos procedentes de los dormitorios. En un rincón había cajas de cartón. La inscripción lateral indicaba que eran suministros médicos. Eché un vistazo a la sala. Todo, aparte de esas cajas, estaba tan ordenado, tan limpio, que se diría que se habían quedado con el piso piloto.

El piso tenía chimenea. Me levanté y me acerqué a la repisa, llena de fotografías familiares. Las miré. No había fotos de los padres Pérez. No había fotos de Gil. La repisa estaba llena de fotos de personas que supuse que eran los dos hermanos y la hermana de Gil.

Uno de los hermanos estaba en silla de ruedas.

—Ése es Tomás —dijo, señalando una foto de un chico sonriente en silla de ruedas graduándose en la Universidad de Kean—. Tiene PC. ¿Sabe lo que es?

—Parálisis cerebral.

—Sí.

—¿Cuántos años tiene?

—Tomás tiene treinta y tres años.

—¿Y éste quién es?

—Eduardo —dijo.

Su expresión me decía que no debía insistir. Eduardo parecía un chico malo. Me acordé de que Gil decía que su hermano era miembro de una banda o algo así, pero yo no me lo había creído.

Señalé a la chica.

—Recuerdo que Gil hablaba de ella —dije—. Era... ¿dos años más joven? Recuerdo que decía que quería entrar en la universidad.

—Glenda es abogada —dijo la señora Pérez y se le hinchó el pecho—. Fue a la Facultad de Derecho de Columbia.

—¿En serio? Yo también —dije.

La señora Pérez sonrió y volvió al sofá.

—Tomás vive en el piso de al lado. Tiramos una pared para unirlos.

—¿Puede vivir solo?

—Yo me ocupo de él. También tenemos ayuda.

—¿Está en casa?

—Sí.

Asentí y me senté. No sabía por qué me preocupaba por eso, pero era así. ¿Sabía lo de su hermano, lo que le había sucedido, dónde había estado los últimos veinte años?

Lucy no se había levantado. Permanecía en silencio y dejaba que yo llevara la conversación. Se estaba empapando de todo, estudiando la casa; probablemente llevaba puesta la bata profesional.

La señora Pérez me miró.

—¿A qué han venido?

—El cadáver que encontramos era de Gil.

—Ya le he explicado que...

Levanté el sobre.

—¿Qué es eso?

Abrí el sobre y saqué la primera fotografía. Era la antigua, la del campamento. La dejé sobre la mesita. Ella miró la imagen de su hijo. Observé su cara para ver la reacción. No pareció que nada se moviera o cambiara, o tal vez sucedía tan sutilmente que yo no era capaz de ver la transformación. De momento estaba perfectamente. Después, sin más ni más, se desmoronó. La máscara se quebró, y salió a la luz la pura devastación.

Ella cerró los ojos.

—¿Por qué me enseña esto?

—La cicatriz.

Siguió con los ojos cerrados.

—Dijo que la cicatriz de Gil estaba en el brazo derecho. Pero mire esta foto. Estaba en el izquierdo.

La mujer no dijo nada.

—¿Señora Pérez?

—Ese hombre no era mi hijo. Mi hijo fue asesinado por Wayne Steubens hace veinte años.

—No.

Busqué dentro del sobre. Lucy se inclinó. Ella todavía no había visto la foto. La saqué del sobre.

—Éste es Manolo Santiago, el hombre del depósito.

Lucy se sobresaltó.

—¿Cómo se llamaba?

—Manolo Santiago.

Lucy parecía atónita.

—¿Qué? —dije.

Me hizo un gesto para que continuara.

—Y esto —saqué la última fotografía— es una simulación de envejecimiento por ordenador. En otras palabras, mi técnico de laboratorio cogió la fotografía antigua de Gil y la envejeció veinte años. Después le añadió la cabeza rasurada y el vello facial de Manolo Santiago.

Puse las fotos una al lado de la otra.

—Eche un vistazo, señora Pérez.

Las miró, las miró largo rato.

—Sí que se parece. Nada más. O quizá es que usted cree que todos los latinos se parecen.

—¿Señora Pérez?

Era Lucy, dirigiéndose a la madre de Gil por primera vez desde que entramos.

—¿Por qué no tiene ninguna foto de Gil aquí?

Lucy señaló la repisa de la chimenea. La señora Pérez no siguió su mirada. Miró a Lucy.

—¿Tiene hijos, señora Silverstein?

—No.

—Entonces no lo entendería.

—No me venga con ésas, señora Pérez, eso es una tontería. —La señora Pérez puso una cara como si la hubiera abofeteado—. Allí tiene fotos de cuando los niños eran pequeños, de la época en que Gil estaba vivo. Pero ¿ninguna fotografía de su hijo? He ayudado a padres en el proceso de duelo. Todos tienen alguna foto a la vista. Todos. Y respecto al brazo en el que Gil tenía la cicatriz. No lo había olvidado. Una madre no comete ese error. Ya ve las fotografías. No mienten. Y, por último, Paul no le ha dado todavía el golpe de gracia.

Yo no tenía ni idea de cuál era el golpe de gracia, así que me quedé callado.

—La prueba de ADN, señora Pérez. Hemos recibido los resultados antes de venir aquí. Son sólo preliminares, pero coinciden. Es su hijo.

«Chica, eres buena», pensé.

—¿ADN? —gritó la señora Pérez—. No he dado permiso a nadie para realizar una prueba de ADN.

—La policía no necesita su permiso —dijo Lucy—. Al fin y al cabo, según usted, Manolo Santiago no es su hijo.

—Pero... ¿cómo ha conseguido mi ADN?

Me encargué yo.

—No me está permitido decírselo.

—¿Puede... puede hacer eso?

—Sí que podemos.

La señora Pérez se echó hacia atrás. Estuvo un buen rato sin decir nada. Esperamos.

—Miente.

—¿Qué?

—La prueba de ADN se equivoca —dijo— o están mintiendo. Ese hombre no es mi hijo. A mi hijo lo asesinaron hace veinte años. Como a su hermana. Murieron en el campamento de su padre porque nadie les vigilaba. Los dos están persiguiendo fantasmas, esto es lo que pasa.

Miré a Lucy con la esperanza de que ella dijera algo.

La señora Pérez se levantó.

—Quiero que se marchen.

—Por favor —dije—. Mi hermana también desapareció aquella noche.

—No puedo ayudarle.

Iba a decir algo más, pero Lucy me disuadió con un gesto. Decidí que sería mejor reagruparnos, enterarme de lo que ella pensaba y lo que tenía que decir antes de insistir con la señora Pérez.

Cuando cruzamos la puerta, la señora Pérez dijo:

—No vuelvan. Déjenme llorar en paz.

—Creía que su hijo había muerto hace veinte años.

—Eso nunca se supera —dijo la señora Pérez.

—No —intervino Lucy—. Pero llega un momento en que ya no quieres que sigan dejándote llorar en paz.

Lucy calló y yo la seguí. La puerta se cerró. Cuando subimos al coche, dije:

—¿Y bien?

—Está claro que la señora Pérez miente.

—Un buen farol —dije.

—¿La prueba de ADN?

—Sí.

Lucy pasó a otra cosa.

—En la casa, has mencionado el nombre de Manolo Santiago.

—Era el alias de Gil.

Estaba concentrada. Esperé un momento más y después pregunté:

—¿Qué ocurre?

—Ayer visité a mi padre. En su... residencia. Miré el libro de visitas. Durante el mes pasado sólo tuvo una visita aparte de mí. Un tal Manolo Santiago.

—Uau —dije.

—Sí.

Intenté digerirlo, pero no pude.

—¿Para qué iba a visitar Gil Pérez a tu padre?

—Buena pregunta.

Pensé en lo que había dicho Raya Singh acerca de que Lucy y yo habíamos mentido.

—¿Puedes preguntar a Ira?

—Lo intentaré. No está muy bien. Divaga bastante.

—Vale la pena intentarlo.

Lucy asintió, yo doblé a la derecha y decidí cambiar de tema.

—¿Por qué estás tan segura de que la señora Pérez miente? —pregunté.

—Porque está apenada, para empezar. ¿Te has fijado en el olor? Eran velas. Iba vestida de negro. Tenía los ojos rojos, los hombros caídos. Todo coincide. Segundo, las fotos.

—¿Qué pasa?

—No he mentado en eso. Es muy insólito tener fotos de la infancia de tus hijos y no tener ninguna de un hijo difunto. Esto solo no significaría mucho, pero ¿te has fijado en los huecos? No había suficientes fotos en esa repisa. Yo creo que

ella ha retirado las fotos en las que aparecía Gil. Por si acaso pasaba algo como lo de hoy.

—¿Quieres decir por si aparecía alguien?

—No lo sé exactamente. Pero creo que la señora Pérez se estaba deshaciendo de pruebas. Creía que ella era la única que tenía fotos que podrían utilizarse para identificar a su hijo. No se le ocurrió que tú pudieras conservar una foto de aquel verano.

Lo pensé un momento.

—Todas sus reacciones han sido raras, Cope. Como si interpretara un papel. Miente.

—Por lo tanto la pregunta es: ¿en qué miente?

—En caso de duda, empezar por lo evidente.

—¿Y qué es?

Lucy se encogió de hombros.

—Gil ayudó a Wayne a matarlos. Eso lo explicaría todo. Todos pensaban que Steubens tuvo un cómplice... si no ¿cómo enterró tan rápidamente los cadáveres? Pero quizá sólo fue un cadáver.

—El de mi hermana.

—Exacto. Después Wayne y Gil lo escenificaron para que pareciera que Gil también había muerto. Puede que Gil ayudara a Wayne. ¿Quién sabe?

No dije nada.

—Si es así, mi hermana está muerta —dije.

—Lo sé.

No dije nada.

—¿Cope?

—¿Qué?

—No es culpa tuya.

No respondí.

—Si es culpa de alguien, es mía —dijo.

Paré el coche.

—¿Por qué dices eso?

—Tú querías quedarte vigilando aquella noche. Querías hacer la guardia. Fui yo la que te engatusé para ir al bosque.

—¿Me engatusaste?

Ella no dijo nada.

—Estás bromeando, supongo.

—No —dijo Lucy.

—Podía pensar por mí mismo, Lucy. Tú no me hiciste hacer nada.

Estuvo un rato callada y después dijo:

—Sigues culpándote.

Sentí que apretaba las manos sobre el volante.

—No, y a no.

—Sí, Cope, claro que sí. Vamos. A pesar de este reciente descubrimiento, sabías que tu hermana tenía que estar muerta. Tenías la esperanza de tener una segunda oportunidad. Tenías la esperanza de poder redimirte.

—Esa licenciatura en psicología tuya da mucho de sí, ¿eh? —le espeté.

—No pretendía...

—¿Y tú qué, Luce? —Mi voz fue más mordaz de lo que habría querido—. ¿Te culpaba a ti misma? ¿Es por eso por lo que bebes tanto?

Silencio.

—No debería haber dicho eso —dije.

Su tono fue amable.

—No sabes nada de mi vida.

—Lo sé y lo siento. No es asunto mío.

—Esas faltas por conducir en estado de embriaguez fueron hace mucho tiempo.

No dije nada. Ella giró la cabeza y miró por la ventana. Seguimos en silencio.

—Puede que tengas razón —dije.

Lucy siguió mirando por la ventana.

—Te diré algo que nunca le he dicho a nadie —continué. Sentí que me ruborizaba y que casi se me saltaban las lágrimas—. Después de esa noche en el bosque, mi padre nunca volvió a mirarme de la misma manera. —Lucy se giró a observarme—. Puede que fuera cosa mía, claro, porque tienes razón: me culpaba hasta cierto punto. ¿Y si no nos hubiéramos ido? ¿Y si me hubiera quedado en mi puesto? Puede que la expresión de mi padre fuera sólo la de un padre totalmente hundido por la pérdida de su hija. Pero siempre pensé que había algo más. Algo casi acusador.

Lucy me puso una mano en el brazo.

—Oh, Cope. —Seguí conduciendo.

—Puede que tengas parte de razón. Puede que necesite hacer las paces con el pasado. Pero ¿y tú?

—¿Yo qué?

—¿Por qué quieres escarbar en esto? ¿Qué esperas conseguir después de todos estos años?

—¿Bromeas o qué?

—No. ¿Qué buscas exactamente?

—La vida que tenía acabó aquella noche. ¿No lo entiendes?

No dije nada.

—Las familias, incluida la tuya, arrastraron a mi padre a los tribunales. Nos arrebatasteis todo lo que teníamos. Ira no estaba preparado para un golpe así. No pudo soportar la tensión.

Esperé a que dijera algo más, pero no lo hizo.

—Esto lo entiendo —dije—. Pero ahora ¿qué buscas? En mi caso, como has dicho, intento rescatar a mi hermana. A falta de esto, intento descubrir qué le sucedió. ¿Tú qué buscas?

No me contestó. Conduje un rato más. El cielo empezaba a oscurecerse.

—No sabes lo vulnerable que me siento estando aquí —dijo.

No sabía muy bien cómo responder a esto, y me oí decir:

—Yo nunca te haría daño.

Silencio.

—En parte es porque me siento como si hubiera vivido dos vidas —dijo—. La de antes de aquella noche, en la que las cosas iban muy bien, y la de después, en que las cosas no van bien. Vale, sé que suena fatal. Pero a veces me siento como si aquella noche me hubiera empujado colina abajo y desde entonces no parara de rodar. A veces logro incorporarme, pero la colina es tan escarpada que nunca llego a recuperar el equilibrio del todo y entonces vuelvo a rodar ladera abajo. Así que quizá... no lo sé... pero quizá si descubro qué pasó realmente, si puedo extraer algo bueno de tantas cosas malas, dejaré de rodar.

Era tan magnífica cuando la conocí... Deseaba recordárselo. Deseaba decirle que estaba siendo demasiado melodramática, que seguía siendo preciosa, que profesionalmente le iba bien y todavía le esperaban muchas cosas buenas. Pero sabía que sonaría muy condescendiente.

Así que dije:

—Es estupendo volver a verte, Lucy.

Cerré los ojos con fuerza, como si la hubiera golpeado. Pensé en lo que ella había dicho, que no quería sentirse tan vulnerable. Pensé en aquel diario, en lo que decía de no haber encontrado nunca otro amor así. Quería cogerle la mano, pero sabía que para los dos todo estaba demasiado en carne viva, hasta el punto de que incluso un movimiento como ése sería demasiado y al mismo tiempo no sería suficiente.

Capítulo 24

Dejé a Lucy de nuevo en su despacho.

—Mañana iré a ver a Ira e intentaré que me hable de Manolo Santiago —dijo ella.

—De acuerdo.

Lucy cogió la manilla de la puerta.

—Tengo un montón de trabajos por corregir.

—Te acompañaré.

—No.

Lucy bajó del coche y la observé acercarse a la puerta. Se me encogió el estómago. Intenté entender lo que sentía en ese momento, pero se parecía demasiado a un torbellino de emociones. Era difícil discernir qué era qué.

Sonó mi móvil. Miré el identificador y vi que era Muse.

—¿Cómo ha ido con la madre de Pérez? —preguntó.

—Creo que miente.

—He descubierto algo interesante.

—Te escucho.

—El señor Pérez frecuenta un bar llamado Smith Brothers. Le gusta pasar el rato allí con amigos, jugar a los dardos y cosas así. Parece que es un bebedor moderado. Pero las dos últimas noches se ha pasado de rosca. Se echó a llorar y se metió en peleas.

—Está deprimido —dije.

En el depósito, la señora Pérez había sido la más fuerte de los dos. Él se había apoyado en ella. Recordé las fracturas que había visto en él, como si estuviera roto.

—Sea como fuere, el alcohol suelta las lenguas —dijo Muse.

—Muy cierto.

—Ahora mismo Pérez está en el bar. Podría ser un buen sitio para hablar con él.

—Voy para allá.

—Una cosa más.

—Te escucho.

—Wayne Steubens ha aceptado verte.

Creo que dejé de respirar.

—¿Cuándo?

—Mañana. Está cumpliendo condena en la prisión estatal de Red Onion, en Virginia. También he concertado una cita para que hables después con Geoff Bedford en la oficina del FBI. Él fue el agente especial que se encargó del caso Steubens.

—No puedo. Tenemos juicio.

—Sí puedes. Por un día puede encargarse uno de tus socios. Te he reservado asiento en el vuelo de la mañana.

No sé qué clase de bar esperaba encontrarme. Algo más rudo, creo. El local podría haber pertenecido a una cadena de restaurantes tipo T. G. I., Friday's o Bennigan's, aunque el bar era mayor que los de esas franquicias, y la zona de comedor mucho más pequeña. Estaba revestido de madera y tenía máquinas de palomitas y música de los ochenta que sonaba a todo volumen. En ese momento se oía a Tears for Fears cantando *Head Over Heels*.

En mis tiempos lo habrían etiquetado como un bar de *yuppies*. Había jóvenes con la corbata floja y mujeres que se comportaban como si fuesen profesionales. Los hombres bebían a morro, esforzándose mucho para que pareciera que lo pasaban bien con sus amigos mientras no dejaban de mirar a las chicas. Las mujeres bebían vino o martinis de pega y miraban a los chicos más disimuladamente. Meneé la cabeza. El Discovery Channel debería rodar un especial sobre el emparejamiento en ese local.

No parecía el bar al que iría un hombre como Jorge Pérez, pero lo encontré en el fondo. Estaba sentado en la barra con cuatro o cinco compinches, hombres que sabían beber, hombres que acunaban sus copas como si fueran polluelos necesitados de protección. Miraban con los ojos entornados a los *yuppies* del siglo XXI que pululaban por el local.

Me situé detrás del señor Pérez y le puse una mano en el hombro. Él se volvió lentamente, lo mismo que sus compinches. Tenía los ojos rojos y llorosos. Decidí probar una táctica directa.

—Le acompaño en el sentimiento —dije.

Pareció desconcertado. Los otros hombres, todos latinos que rayaban los sesenta, me miraron como si me estuviera comiendo con los ojos a sus hijas. Iban con ropa de trabajo. El señor Pérez llevaba un polo y pantalones de algodón. Me pregunté si eso significaría algo, aunque no tenía ni idea de qué podía ser.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Hablar.

—¿Cómo me ha encontrado? —Ignoré la pregunta.

—Vi su cara en el depósito. ¿Por qué mienten sobre Gil? —Entornó los ojos.

—¿Me está llamando mentiroso? —Los otros hombres me miraron con más mala cara aún.

—Si le parece podríamos hablar en privado.

Meneó la cabeza.

—No.

—Sabe que mi hermana también desapareció aquella noche, ¿verdad?

Él se volvió y cogió su cerveza. Me daba la espalda cuando dijo:

—Sí, lo sé.

—El del depósito era su hijo.

Siguió dándome la espalda.

—¿Señor Pérez?

—Largo de aquí.

—No pienso irme.

Los otros hombres, hombres endurecidos, hombres que se habían pasado la vida trabajando al aire libre con las manos, me miraron furiosos. Uno se bajó del taburete.

—Siéntese —dije, dirigiéndome a él.

No se movió. Le miré a los ojos y le sostuve la mirada. Otro hombre se puso de pie y se colocó frente a mí con los brazos cruzados.

—¿Saben quién soy? —pregunté.

Metí la mano en el bolsillo y saqué mi placa de fiscal. Sí, tengo placa. La verdad es que soy la máxima autoridad de orden público en el condado de Essex. No me gustaba que me amenazaran. Los matones me sacan de quicio. Todos conocemos el dicho de que hay que enfrentarse a un matón, pero sólo funciona si tienes poder para hacerlo. Yo lo tenía.

—Más vale que sean todos legales —dije—. Más vale que su familia sea legal, que sus amigos sean legales. Más vale que las personas que se encuentran por casualidad en la calle sean todas legales.

Los ojos entornados se abrieron un poco.

—Entréguenme identificaciones —dije—. Todos ustedes.

El que se había levantado primero levantó las manos.

—Vamos hombre, no queremos meternos en líos.

—Pues largo de aquí.

Dejaron algunos billetes sobre la barra y se marcharon. No corrieron, no se apresuraron, pero tampoco tenían ninguna intención de quedarse. Normalmente me habría sentido mal profiriendo amenazas vacías, abusando así de mi poder, pero en este caso se lo habían buscado.

Pérez se volvió a mirarme, no muy contento.

—Ya ve usted, ¿para qué tener una placa, si no vas a usarla? —dije.

—¿No ha hecho ya bastante? —preguntó.

El taburete contiguo al suyo estaba vacío. Me senté. Llamé al camarero y pedí una cerveza de « las que toma él », señalando la jarra de Jorge Pérez.

—El del depósito era su hijo —dije—. Puedo mostrarle las pruebas, pero ambos lo sabemos.

Se acabó la cerveza y pidió otra. Llegó junto con la mía. Levanté mi jarra como si fuera a hacer un brindis. Él me miró pero no levantó la suya. Tomé un largo sorbo. El primer sorbo de cerveza en un día caluroso es como la primera vez que introduces un dedo en un tarro de mantequilla de cacahuete. Disfruté de

lo que sólo se puede denominar el néctar de los dioses.

—Hay dos formas de jugar a esto —seguí—. Ustedes siguen fingiendo que no es él. Ya he solicitado la prueba de ADN. Sabe de qué hablo, ¿verdad, señor Pérez?

Él miró hacia los parroquianos.

—¿Y quién no lo sabe hoy día?

—Tiene toda la razón. CSI y todas esas series de policías de la tele. Por lo tanto sabe que no tendré ningún problema en demostrar que Manolo Santiago era Gil.

Pérez tomó otro sorbo. Le temblaban las manos. Su cara mostraba arrugas de preocupación. Insistí.

—La cuestión ahora es qué pasará cuando demostremos que es su hijo. Yo creo que usted y su esposa intentarán mostrarse sorprendidos, dirán tonterías como « no teníamos ni idea ». Pero no se sostendrá. Habrán quedado como unos mentirosos. Mis hombres empezarán a investigar de verdad. Revisaremos todos los registros telefónicos, todas las cuentas bancarias, llamaremos a las puertas, preguntaremos a sus amigos y vecinos sobre ustedes, preguntaremos por sus hijos...

—No meta a mis hijos en esto...

—No es posible —dije.

—No hay derecho.

—A lo que no hay derecho es a que mienta sobre su hijo.

Meneó la cabeza.

—Usted no lo entiende.

—Una mierda no lo entiendo. Mi hermana también estaba en el bosque aquella noche. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Iré a por usted, a por su esposa y sus hijos. Indagaré e indagaré y le aseguro que descubriré algo.

Miró fijamente la cerveza. Las lágrimas empezaron a resbalarle por la cara. No se las secó.

—Mierda —dijo.

—¿Qué pasó, señor Pérez?

—Nada.

Bajó la cabeza. Me acerqué para que mi cara quedara junto a la suya.

—¿Mató su hijo a mi hermana?

Levantó la cabeza y sus ojos me miraron como si buscaran en mi cara alguna clase de consuelo que nunca encontraría. Me mantuve firme.

—No quiero volver a hablar con usted —dijo Pérez.

—¿La mató? ¿Es eso lo que intentan ocultar?

—No intentamos ocultar nada.

—No hago amenazas vacías, señor Pérez. Iré a por usted. Iré a por sus hijos.

Su mano se movió con tanta rapidez que no tuve tiempo de reaccionar. Me

agarró las solapas con ambas manos y me acercó a él. Tenía veinte años más que yo o más, pero sentí su fortaleza. Me recuperé enseguida y, recordando algún movimiento de artes marciales que había aprendido de pequeño, le golpeé los antebrazos.

Me soltó, no sé si a causa de mi golpe o porque lo había decidido así. Pero me soltó. Se mantuvo firme y yo también. El camarero nos estaba mirando.

—¿Necesita ayuda, señor Pérez? —preguntó.

Yo ya volvía a tener la placa en la mano.

—¿Está declarando todas las propinas a Hacienda?

Se retiró. Todo el mundo miente. Todo el mundo tiene algo que prefiere que no se sepa. Todo el mundo se salta leyes y tiene secretos.

Pérez y yo nos miramos fijamente. Después él dijo:

—Se lo voy a poner fácil.

Esperé.

—Si va a por mis hijos, yo iré a por los suyos.

Sentí que se me encendía la sangre.

—¿Qué coño significa esto?

—Significa que me importa una mierda la placa que tenga. No se amenaza a nadie con ir a por sus hijos.

Salió del local. Pensé en aquellas palabras. No me gustaron. Cogí el móvil y llamé a Muse.

—Averigua todo lo que puedas de los Pérez —dije.

Capítulo 25

Por fin Greta me devolvió la llamada.

Todavía estaba en el coche, volviendo a casa, y me hice un lío buscando el maldito «manos libres» para que no pillaran al fiscal del condado de Essex saltándose la ley.

—¿Dónde estás? —preguntó Greta.

Noté que había llorado.

—Voy camino de casa.

—¿Te parece bien que pase a verte?

—Por supuesto. Antes te he llamado...

—Estaba en el juzgado.

—¿Bob ha pagado la fianza?

—Sí. Está arriba acostando a Madison.

—¿Te ha dicho...?

—¿A qué hora estarás en casa?

—Dentro de quince minutos, veinte como máximo.

—Quedamos dentro de una hora, ¿de acuerdo?

Greta colgó antes de que pudiera contestarle.

Cara todavía estaba levantada cuando llegué a casa. Me alegré de verla. La acosté y jugamos a su juego favorito, llamado «Fantasma». Fantasma es una mezcla del escondite y el pilla pilla. Una persona se esconde. Cuando la encuentran, intenta atrapar al descubridor antes de que éste llegue a la base. Lo que hacía aún más tonta nuestra versión del juego era que lo jugábamos en su cama. Esto limitaba de forma importante los escondites y las posibilidades de alcanzar la base. Cara se tapaba con las mantas y yo fingía que no lograba encontrarla. Después ella cerraba los ojos y yo escondía la cabeza bajo la almohada.

Ella era tan buena fingiendo como yo. A veces me escondía colocando la cara justo frente a la de ella, de modo que me viera en cuanto abriera los ojos. Nos reíamos los dos, como niños, claro. Era un juego tonto, y Cara pronto sería demasiado mayor para jugar a eso y no me apetecía nada.

Cuando llegó Greta y abrió la puerta con la llave que le había dado hacía años, yo estaba tan perdido en el mundo de mi hija que casi me había olvidado de todo: jóvenes violadores, chicas que desaparecían en el bosque, asesinos en serie que degollaban, cuñados que traicionaban tu confianza, padres de luto que amenazaban a niñas pequeñas. Pero el sonido de la puerta me devolvió a la realidad.

—Tengo que irme —dije a Cara.

—Una vez más —suplicó.

—Ha venido tu tía Greta. Necesito hablar con ella, ¿entendido?

—¿Una más? Por favor.

Los niños siempre piden una vez más. Y, si te rindes, volverán a pedirlo y a pedirlo. Una vez te rindes, no cesarán nunca. Siempre pedirán una vez más. Así que dije:

—Vale, una vez más.

Cara sonrió y se escondió y yo la encontré y ella me persiguió y después dije que tenía que irme y ella suplicó que jugáramos una vez más, pero yo soy una persona coherente, así que la besé en la mejilla y la dejé suplicando y casi llorando.

Greta esperaba al pie de la escalera. No estaba pálida. Tenía los ojos secos. Su boca era una línea fina que acentuaba sus ya demasiado prominentes mejillas.

—¿Bob no ha venido? —pregunté.

—Está con Madison. Y está esperando al abogado.

—¿A quién ha contratado?

—A Hester Crimstein.

La conocía, y era muy buena.

Bajé la escalera. Normalmente la besaba en la mejilla, pero ese día no lo hice. No estaba seguro de qué debía hacer exactamente. Tampoco sabía qué decir. Greta fue hacia el estudio. La seguí. Nos sentamos en el sofá y le cogí las manos. La miré a la cara, a esa cara vulgar y, como siempre, vi a un ángel. Adoraba a Greta. En serio. Se me rompió el corazón por ella.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

—Tienes que ayudar a Bob —dijo. Y después añadió—: Tienes que ayudarnos.

—Haré todo lo que pueda. Ya lo sabes.

Tenía las manos heladas. Bajó la cabeza y después me miró a los ojos.

—Tienes que decir que nos prestaste el dinero —dijo Greta en un tono monótono—. Que tú lo sabías. Y que estábamos de acuerdo en devolvértelo con intereses.

Me quedé clavado.

—¿Paul?

—¿Quieres que mienta?

—Acabas de decir que harías todo lo que pudieras.

—Me estás diciendo... —Tuve que callarme—. ¿Me estás diciendo que Bob cogió el dinero, Greta? ¿Que robó dinero de la asociación?

Su voz fue firme.

—Tomó el dinero prestado, Paul.

—Estás bromeando, supongo.

Greta apartó sus manos de las mías.

—Tú no lo entiendes.

—Explicámelo.

—Irá a la cárcel —dijo—. Mi marido. El padre de Madison. Bob irá a la cárcel. ¿Lo entiendes? Nos destrozará la vida.

—Bob debería haberlo pensado antes de robar dinero de una asociación benéfica.

—No lo robó. Sólo lo tomó prestado. Lo ha pasado mal en el trabajo. ¿Sabías que había perdido sus dos cuentas más importantes?

—No. ¿Por qué no me lo dijo?

—¿Qué querías que te dijera?

—¿Y la solución era robar?

—No... —se calló a media frase y meneó la cabeza—. No es tan sencillo. Habíamos firmado los papeles y nos habíamos comprometido con la piscina. Cometimos un error. Nos exralimitamos.

—¿Y el dinero de tu familia?

—Tras la muerte de Jane, mis padres creyeron que lo mejor era ponerlo todo en un fondo. No puedo tocarlo.

Sacudí la cabeza.

—¿Así que robó?

—¿Quieres dejar de decir eso? Mira. —Me dio unas fotocopias—. Bob tenía apuntado hasta el último centavo que cogió. Estaba aplicando un seis por ciento de interés. Lo pensaba pagar todo cuando las cosas le fueran mejor. Sólo era una manera de salir del apuro.

Eché un vistazo a los papeles, intenté encontrar algo que pudiera ayudarles, demostrarme que realmente Bob no había hecho lo que decían que había hecho. Pero no había nada. Eran notas escritas a mano que podían haberse escrito en cualquier momento. Se me encogió el corazón.

—¿Tú lo sabías? —pregunté.

—Eso no importa.

—Una mierda no importa. ¿Lo sabías?

—No —dijo—. No me dijo de dónde había salido el dinero. Pero escucha, ¿sabes cuántas horas ha dedicado Bob a JaneCare? Era el director. Un cargo que debería merecer un sueldo a tiempo completo. De seis cifras al menos.

—Por favor, no me digas que vas a justificarlo así.

—Lo justificaré de todas las formas que pueda. Amo a mi marido. Tú le conoces. Bob es un buen hombre. Tomó prestado el dinero y lo habría devuelto sin que nadie se enterara. Estas cosas se hacen continuamente. Tú lo sabes. Pero por culpa de quien eres y de esa maldita violación, la policía ha investigado esto. Y por culpa de quien eres, lo utilizarán para dar ejemplo. Destruirán al hombre que amo. Y si le destruyen, me destruirán a mí y a mi familia. ¿Lo entiendes, Paul?

Lo entendía. Lo había visto antes. Ella tenía razón. La familia pasaría un

auténtico calvario. Intenté sobreponerme a mi ira. Intenté verlo desde el punto de vista de Greta, intenté aceptar sus excusas.

—No sé qué quieres que haga —dije.

—Estamos hablando de mi vida.

Me estremecí cuando dijo esto.

—Sálvanos, por favor.

—¿Mintiendo?

—Fue un préstamo. Simplemente no tuvo tiempo de decírtelo.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza.

—Robó a una asociación benéfica. Robó a la asociación benéfica de tu hermana.

—De mi hermana no —dijo—. Tuya.

Lo dejé pasar.

—Ojalá pudiera ayudarte, Greta.

—¿Vas a darnos la espalda?

—No os doy la espalda. Pero no puedo mentir por vosotros.

Se limitó a mirarme, y ya no era un ángel.

—Yo lo haría por ti y lo sabes.

No dije nada.

—Has fallado a todas las personas de tu vida —dijo Greta—. No vigilaste a tu hermana en el campamento. Y al final, cuando mi hermana estaba sufriendo más... —se calló.

La temperatura de la sala bajó diez grados. La serpiente dormida en mi estómago se despertó y empezó a arrastrarse.

La miré a los ojos.

—Dilo. Venga, dilo.

—JaneCare no tuvo nada que ver con Jane. Tuvo que ver contigo. Con tu sentimiento de culpa. Mi hermana se moría. Sufría. Yo estaba allí, en su lecho de muerte. Y tú no.

El sufrimiento interminable. Los días se convirtieron en semanas, las semanas en meses. Yo estaba allí, lo observaba todo. Al menos casi todo. Observaba marchitarse a la mujer que adoraba, mi pilar de fortaleza. Observaba cómo la luz se fundía en sus ojos. Oía la muerte en ella, en la mujer que oía a lilas cuando le hice el amor al aire libre una tarde lluviosa. Y hacia el final, no pude soportarlo más. No pude observar cómo se apagaba la última luz. Me desmoroné. El peor momento de mi vida. Me desmoroné y hui y mi Jane murió sin mí. Greta tenía razón. Había fallado no quedándome de guardia. Otra vez Nunca lo superaré, y es verdad que fue la culpa lo que me impulsó a fundar JaneCare.

Greta sabía lo que había hecho, evidentemente. Tal como había dicho, ella era la única que estaba allí al final. Pero nunca habíamos hablado de eso. Ni una sola vez me había echado en cara mi mayor vergüenza. Siempre había querido

saber si Jane había preguntado por mí al final. Si supo que no estaba allí. Pero nunca lo pregunté. Pensé en preguntarlo entonces, pero ¿de qué serviría? ¿Qué respuesta me satisfaría? ¿Qué respuesta me merecía?

Greta se puso de pie.

—¿No nos ayudarás?

—Os ayudaré, pero no mentiré.

—Si pudieras salvar a Jane, ¿mentirías?

No dije nada.

—Si mentir hubiera salvado la vida a Jane, si mentir te devolviera a tu mujer, ¿lo harías?

—Ésa es una hipótesis sin sentido.

—No es verdad. Porque es mi vida la que está en juego. No mentirás para salvarla. Esto es muy típico de ti, Cope. Estás dispuesto a hacer lo que sea por los muertos. Pero con los vivos no eres tan bueno.

Capítulo 26

Muse me había mandado por fax un resumen de tres páginas sobre Wayne Steubens.

Muse era fantástica. No me había mandado todo el expediente. Lo había leído y me había dado los puntos esenciales. La mayoría ya los conocía. Recuerdo que, cuando arrestaron a Wayne, muchos se preguntaron por qué había decidido matar a los campistas. ¿Había tenido alguna mala experiencia en un campamento de verano? Un psiquiatra explicó que, a pesar de que Steubens no había hablado con él, creía que había sido víctima de abusos sexuales en un campamento de verano en su infancia. Sin embargo, otro psiquiatra conjeturó que se trataba sólo del placer de matar: Steubens había matado a sus cuatro primeras víctimas en el campamento PACE y había salido impune. Asociaba ese subidón, esa excitación, a los campamentos de verano, y por eso repitió la pauta.

Wayne no trabajaba en los demás campamentos. Por supuesto habría sido demasiado evidente. Pero las circunstancias habían sido su perdición. Un gran criminólogo del FBI llamado Geoff Bedford le había atrapado de esta manera. Wayne había sido uno de los sospechosos por los primeros cuatro asesinatos. Cuando el chico de Indiana fue asesinado, Bedford se puso a investigar a todos los que pudieran haber estado en todos esos lugares en el momento en cuestión. Lo más evidente era empezar por los monitores del campamento.

Incluyéndome a mí, por supuesto.

En principio Bedford no encontró nada en Indiana, el lugar del segundo asesinato, pero se había producido una retirada de dinero en un cajero a nombre de Wayne Steubens a dos pueblos de distancia del lugar del asesinato del chico de Virginia. Ése fue el punto de inflexión. Bedford siguió investigando. Wayne Steubens no había retirado dinero en ningún cajero de Indiana, pero sí en Everett, Pensilvania, y otra vez en Columbus, Ohio, lo que conformaba una pauta que sugería que había ido en coche desde su casa en Nueva York siguiendo ese camino. No tenía coartada y al final descubrieron al dueño de un pequeño motel cerca de Muncie que le identificó positivamente. Bedford siguió investigando y solicitó una orden de registro.

Encontraron recuerdos enterrados en el jardín trasero de Steubens.

No había ningún recuerdo del primer grupo de asesinatos. Pero la teoría era que aquéllos habían sido probablemente sus primeros asesinatos y que, o bien no había tenido tiempo para guardar recuerdos, o no había pensado en hacerlo.

Wayne se negó a hablar. Se declaró inocente y dijo que le habían tendido una trampa.

Le condenaron por los asesinatos de Virginia e Indiana. Era de los que tenían más pruebas. No tenían suficientes para imputarle los del campamento. Con este caso se planteaban problemas. Sólo había usado un cuchillo. ¿Cómo se las había

arreglado para matar a los cuatro? ¿Cómo los había hecho entrar en el bosque? ¿Cómo se había deshecho de dos de los cadáveres? Todo esto se podía explicar — sólo había tenido tiempo de deshacerse de dos cadáveres, se había adentrado mucho en el bosque persiguiéndolos—, pero el caso no quedaba bien atado. En los asesinatos de Indiana y Virginia, los casos estaban perfectamente cerrados.

Lucy me llamó cerca de medianoche.

—¿Cómo te ha ido con Jorge Pérez? —preguntó.

—Tienes razón. Mienten. Pero tampoco ha querido hablar.

—¿Cuál es el siguiente paso, entonces?

—Iré a ver a Wayne Steubens.

—¿En serio?

—Pues sí.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

Silencio.

—¿Lucy?

—Sí.

—Cuando le arrestaron, ¿qué pensaste?

—¿A qué te refieres?

—Aquel verano Wayne tenía veinte años, ¿no?

—Sí.

—Yo era monitor de la cabaña roja —dije—. Él estaba dos más abajo, en la amarilla. Le veía cada día. Estuvimos trabajando en la cancha de baloncesto toda una semana, los dos solos. Y es verdad que me parecía un poco raro. Pero ¿un asesino?

—No es como si llevaran un tatuaje o algo por el estilo. Tú trabajas con delincuentes y lo sabes.

—Supongo que sí. Tú también le conociste, ¿no?

—Sí.

—¿Qué pensabas de él?

—Pensaba que era un gilipollas.

Sonreí a pesar de todo.

—¿Creíste que era capaz de hacerlo?

—¿De hacer qué? ¿De degollar y enterrar personas vivas? No, Cope. No lo creía capaz.

—No mató a Gil Pérez.

—Pero sí mató a las otras personas. Eso lo sabes.

—Supongo que sí.

—Por favor, tú sabes que tuvo que ser él quien mató a Margot y Doug. ¿Qué otra teoría puede haber? ¿Resulta que estaba en un campamento en el que se produjeron unos asesinatos y después él mismo se convirtió en un asesino?

—No es imposible —dije.

—Ya.

—Es posible que esos asesinatos fueran un desencadenante para Wayne. Tal vez ya tenía el potencial y ese verano, en que fue monitor en un campamento donde degollaron a unos chicos, fuera el catalizador.

—¿Lo crees de verdad?

—Supongo que no, pero vete a saber.

—Recuerdo otra cosa de él —dijo Lucy.

—¿Qué?

—Wayne era un mentiroso patológico. Mira, ahora que tengo mi gran título de psicóloga, conozco el término técnico que lo define. Pero ya entonces lo vi. ¿Te acuerdas? Mentía sobre cualquier cosa. Por el gusto de mentir. Era su reacción natural. Mentía hasta sobre lo que había desayunado.

Lo pensé un momento.

—Sí que me acuerdo. En parte eran las fanfarronadas normales de campamento. Era un chico rico y tenía que adaptarse a un puñado de pringados como nosotros. Dijo que era camello. Que estaba en una banda. Que tenía una novia en casa que había salido en *Playboy*. Todo lo que decía eran tonterías.

—Recuérdalo cuando hables con él —dijo Lucy.

—Lo recordaré.

Silencio. La serpiente dormida había desaparecido. Ahora sentía otros sentimientos dormidos agitándose. Con Lucy seguía haciendo algo. No sabía si era real, simple nostalgia o el resultado de tantas tensiones, pero lo sentía y no quería ignorarlo, aun sabiendo que debía hacerlo.

—¿Sigues ahí? —preguntó.

—Sí.

—Todavía nos sentimos raros, ¿verdad?

—Sí, es verdad.

—Sólo para que lo sepas, no estás solo en esto —dijo Lucy—. Yo también me siento así, ¿vale?

—Vale.

—¿Te sirve de algo?

—Sí. ¿Te sirve a ti?

—Sí. Sería un asco ser la única que se siente así.

Sonreí.

—Buenas noches, Cope.

—Buenas noches, Lucy.

Lo de asesinar en serie, o al menos tener una conciencia gravemente defectuosa, debe de ser muy poco estresante, porque Wayne Steubens apenas

había envejecido en veinte años. Cuando le conocí era un chico guapo, y seguía siéndolo. Ahora llevaba el pelo muy corto, en comparación con las ondas de peluquería pagada por mamá de antes, pero le quedaba igual de bien. Sabía que sólo salía una hora al día de la celda, pero debía de pasarla al sol porque no tenía en absoluto la palidez típica de la prisión.

Wayne Steubens me ofreció una sonrisa encantadora, casi perfecta.

—¿Has venido a invitarme a una reunión de campamento?

—La celebraremos en el Rainbow Room de Manhattan. Oye, espero que no faltes.

Se rio como un loco, como si yo hubiera hecho la broma del siglo. No tenía ninguna gracia, evidentemente, pero su interrogatorio sería un baile. Le habían interrogado los mejores agentes federales del país. Lo habían evaluado psiquiatras que se conocían todos los trucos del «Manual del Psicópata». Las tácticas normales no servirían. Teníamos un pasado común. En cierto modo habíamos sido amigos. Tenía que utilizarlo.

Se calmó, dejó de reírse y la sonrisa se desvaneció.

—¿Todavía te llaman Cope?

—Sí.

—¿Cómo estás, Cope?

—Genial —dije.

—Genial —repitió Wayne—. Hablas como el tío Ira.

En el campamento llamábamos a los mayores tío o tía.

—Ira estaba como una cabra, ¿no te parece, Cope?

—Un poco colgado.

—Ya lo creo.

Wayne apartó la mirada. Intenté fijar mis ojos en los suyos, pero él los desviaba hacia todas partes. Parecía un poco alterado. Me pregunté si estaría medicado, y después pensé que probablemente sí y que debería haberlo preguntado.

—Bueno —dijo Wayne—, ¿vas a contarme a qué has venido realmente? —Y entonces, antes de que pudiera responder, levantó las palmas de las manos—. No, espera, no me lo digas. Todavía no.

Me esperaba algo diferente. No sé qué exactamente. Esperaba que su locura fuera más evidente o que la exteriorizara más. Con «locura» me refiero a los chalados espeluznantes que te vienen a la cabeza cuando piensas en asesinos en serie: la mirada penetrante, mascando chicle, la intensidad, relamiéndose, cerrando y abriendo los puños, la rabia bajo la superficie. Pero con Wayne no sentí nada de esto. Con «evidente» me refiero a la clase de sociópatas con los que tropezamos cada día, los tipos listos que sabes que están mintiendo y son capaces de hacer cosas espantosas. Esas vibraciones tampoco me llegaban.

Lo que recibía de Wayne era mucho más terrorífico. Sentado allí hablando

con él, el hombre que con toda probabilidad había asesinado a mi hermana y al menos a siete personas más, me sentía normal. Incluso bien.

—Han pasado veinte años, Wayne. Necesito saber qué pasó en aquel bosque.

—¿Por qué?

—Porque mi hermana estaba allí.

—No, Cope, no me refería a esto. —Se echó un poco hacia delante—. ¿Por qué ahora? Tú mismo has dicho que han pasado veinte años. Así que, amigo mío, dime, ¿por qué necesitas saberlo ahora?

—No estoy seguro —dije.

Sus ojos se fijaron en los míos. Intenté mantener el tipo. Cambio de papeles: el psicópata intentaba descubrir si yo le mentía.

—El momento es muy interesante —dijo.

—¿Y eso por qué?

—Porque tú no eres mi único visitante sorpresa reciente.

Asentí lentamente, intentando no parecer ansioso.

—¿Quién más ha venido?

—¿Por qué debería decírtelo?

—¿Por qué no?

Wayne Steubens se acomodó.

—Sigues siendo guapo, Cope.

—Tú también —dije—. Pero no podemos salir, es imposible.

—La verdad es que debería estar enfadado contigo.

—¿Ah, sí?

—Me echaste a perder aquel verano.

Compartimentar. Ya he hablado de esto. Sé que mi cara no mostró nada, pero fue como si me hubieran degollado con varias cuchillas de afeitar. Estaba conversando de banalidades con un asesino en serie. Le miré las manos. Me imaginé la sangre. Me imaginé la hoja en aquellas gargantas indefensas. Aquellas manos. Aquellas manos aparentemente inocuas que ahora tenía unidas sobre la mesa de acero. ¿Qué habían hecho?

Controlé la respiración.

—¿Qué hice para echártelo a perder? —pregunté.

—Ella habría sido mía.

—¿Quién habría sido tuya?

—Lucy. Lo normal era que aquel verano se enrollara con alguien. De no haber estado tú, y yo tenía más de una posibilidad, no sé si me entiendes.

No sabía muy bien qué decir, pero me arriesgué.

—Yo creía que te interesaba Margot Green.

Sonrió.

—Estaba buena, ¿eh?

—Sin duda.

—Era una calentabraguetas. ¿Te acuerdas de aquel día en la cancha de baloncesto?

Me acordé. De golpe. Es curioso cómo funcionan estas cosas. Margot era la tía buena del campamento y lo sabía, vaya si lo sabía. Siempre se ponía esas camisetas provocativas cuyo único propósito eran ser más obscenas que la desnudez. Aquel día, una chica se había hecho daño en la cancha de voleibol. No me acuerdo del nombre de la chica. Creo que resultó que se había roto una pierna, pero no me acuerdo. Lo que sí recordábamos, la imagen que compartía con aquel psicópata, era a Margot Green aterrada corriendo junto a la cancha de baloncesto con aquella camiseta tan provocativa, sacudiendo los pechos, pidiendo ayuda a gritos, y todos nosotros, tal vez treinta o cuarenta chicos que estábamos en la cancha, parados y mirándola con la boca abierta.

Sí, los hombres son unos cerdos. Y los adolescentes también. El mundo es contradictorio. La naturaleza exige que los varones entre los catorce y los diecisiete, por decir algo, sean erecciones hormonales andantes. No se puede evitar. Sin embargo, la sociedad cree que eres demasiado joven para hacer algo y remediarlo, y tienes que sufrir. Y ese sufrimiento se multiplicaba por diez cuando aparecía Margot Green.

Parece que Dios tiene sentido del humor.

—Me acuerdo —dije.

—Menuda calentabraguetas —dijo Wayne—. ¿Sabías que había dejado a Gil?

—¿Margot?

—Sí. Justo antes del asesinato. —Arqueó una ceja—. Da que pensar, ¿no?

No me moví, le dejé hablar, esperé a que dijera algo más. Lo dijo.

—La conseguí, a Margot, ¿sabes? Pero no era tan buena como Lucy.

Se puso una mano frente a la boca como si hubiera hablado demasiado. Menuda comedia. Me quedé quieto.

—¿Sabías que Lucy y yo tuvimos un idilio antes de que tú llegaras aquel verano?

—Ya.

—Te estás poniendo verde, Cope. No estarás celoso, ¿no?

—Fue hace veinte años.

—Sí, señor. Y si te soy sincero, sólo conseguí llegar a la segunda base. Seguro que tú llegaste más lejos, Cope. Seguro que tú mojaste, ¿no?

Estaba intentando provocarme, pero yo no pensaba seguirle el juego.

—Un caballero no cuenta sus conquistas —dije.

—Sí, ya. No me interpretes mal, vosotros dos erais la bomba. Hasta un ciego podía verlo. Tú y Lucy teníais algo muy especial, ¿verdad?

Me sonrió y parpadeó rápidamente.

—Lo tuvimos, hace mucho tiempo —dije.

—No lo dices de verdad, ¿no? Nos hacemos mayores, claro, pero en muchos aspectos nos sentimos exactamente como entonces. ¿No lo crees?

—La verdad es que no, Wayne.

—Bueno, la vida sigue, supongo. Nos permiten acceso a internet. Nada de páginas porno ni cosas así, y controlan todas nuestras comunicaciones. Pero te busqué en la red. Sé que eres viudo y tienes una hija de seis años. Pero no encontré su nombre. ¿Qué pasa?

Esta vez no pude evitarlo, el efecto fue visceral. Oír a ese psicópata mencionando a mi hija fue peor que tener su fotografía en mi despacho. Me tragué la rabia y fui al grano.

—¿Qué pasó en aquel bosque, Wayne?

—Que murieron personas.

—No juegues conmigo.

—Sólo uno de nosotros está jugando, Cope. Si quieres la verdad, empecemos por ti. ¿Por qué has venido hoy? Porque el momento no es una coincidencia. Los dos lo sabemos.

Miré detrás de mí. Sabía que nos vigilaban. Había pedido que no nos escucharan. Hice una seña para que entrara alguien. Un guardia abrió la puerta.

—Diga, señor —dijo el guardia.

—¿El señor Steubens ha tenido otras visitas en las últimas dos semanas?

—Sí, señor, una.

—¿Quién?

—Puedo buscarle el nombre, si lo desea.

—Se lo agradeceré.

El guardia se marchó y yo volví a mirar a Wayne, que no parecía preocupado.

—*Touché* —dijo—. Pero no era necesario. Yo te lo diré. Un tal Curt Smith.

—No conozco a nadie llamado así.

—Ya, pero él sí te conoce. Trabaja para una empresa llamada MVD.

—¿Un detective privado?

—Sí.

—Y vino porque quería... —ya lo había entendido, los muy hijos de puta— quería descubrir trapos sucios sobre mí.

Wayne Steubens se tocó la nariz y después me señaló con el dedo.

—¿Qué te ofreció? —pregunté.

—Su jefe había sido federal. Dijo que podía conseguir una mejora en mi estatus.

—¿Le dijiste algo?

—No. Por dos razones. Una, su oferta era un farol. Un exfederal no puede hacer nada por mí.

—¿Y dos?

Wayne Steubens se echó hacia delante. Se aseguró de que le mirara a los ojos.

—Quiero que me escuches, Cope. Quiero que me escuches atentamente.

Le sostuvo la mirada.

—En mi vida he hecho muchas cosas malas. No entraré en detalles. No hay ninguna necesidad. He cometido errores. Me he pasado los últimos dieciocho años en este agujero pagando por ellos. No es mi lugar. De verdad. No hablaré de Indiana o Virginia ni nada. Esas personas que murieron, yo no las conocía. Eran desconocidos.

Calló, cerró los ojos, se frotó la cara. Tenía una cara ancha. La piel brillante, casi cerosa. Volvió a abrir los ojos y se aseguró de que le estaba mirando. Le miraba. No podría haberme movido ni aunque hubiera querido.

—Pero, y ésta es la segunda razón que me pedías, Cope, no tengo ni idea de lo que sucedió en ese bosque hace veinte años. Porque yo no estaba allí. No sé lo que les pasó a mis amigos, no desconocidos, Cope, amigos: Margot Green o Doug Billingham o Gil Pérez o tu hermana.

Silencio.

—¿Mataste a esos chicos en Indiana y Virginia? —pregunté.

—¿Me creerías si dijera que no?

—Había muchas pruebas.

—Sí, las había.

—Pero tú sigues proclamando tu inocencia.

—Sí.

—¿Eres inocente, Wayne?

—Vayamos paso a paso, ¿vale? Te estoy hablando de aquel verano. Te estoy hablando del campamento. Yo no maté a nadie. No sé qué sucedió en aquel bosque.

No dije nada.

—Ahora eres fiscal, ¿no?

Asentí.

—Hay personas que indagan en tu pasado. Eso lo entiendo. Normalmente no le habría prestado mucha atención. Excepto que ahora tú también estás aquí. Lo que significa que ha sucedido algo. Algo nuevo. Algo que tiene que ver con aquella noche.

—¿Adónde quieres ir a parar, Wayne?

—Siempre pensaste que yo los maté —dijo—. Pero ahora, por primera vez, ya no estás tan seguro.

No dije nada.

—Algo ha cambiado. Lo veo en tu cara. Por primera vez te preguntas en serio si tuve algo que ver con lo que sucedió aquella noche. Y si has descubierto algo nuevo, tienes la obligación de contármelo.

—No tengo ninguna obligación, Wayne. No te juzgaron por esos asesinatos. Te juzgaron y condenaron por los asesinatos de Indiana y Virginia.

Abrió los brazos.

—Entonces ¿qué hay de malo en contarme lo que has averiguado?

Lo pensé un momento. Tenía parte de razón. Si yo le decía que Gil Pérez seguía vivo, no afectaría para nada a su condena, porque no le habían condenado por matar a Gil. Pero sí proyectaría una larga sombra. Un caso de asesino en serie es un poco como la casa de los cadáveres proverbial y literalmente: si descubres que una víctima no fue asesinada —al menos, no entonces ni por un asesino en serie— esa casa de cadáveres puede sencillamente implosionar.

Elegí la discreción. Hasta que tuviéramos una identificación positiva de Gil Pérez no había ninguna razón para decir nada. Le miré. ¿Estaba loco? Yo creía que sí. Pero ¿cómo podía estar seguro? De todos modos, había descubierto todo lo que podía por ese día. Así que me levanté.

—Adiós, Wayne.

—Adiós, Cope.

Fui hacia la puerta.

—¿Cope?

Me volví.

—Sabes que yo no les maté, ¿no?

No contesté.

—Y si yo no les maté —siguió—, debes replantearte todo lo que sucedió aquella noche, no sólo a Margot, a Doug, a Gil y a Camille. Sino lo que me sucedió a mí. Y a ti.

Capítulo 27

—Ira, mírame un momento.

Lucy había esperado a que su padre pareciera bastante lúcido. Se hallaba sentada frente a él en la habitación. Ira había sacado sus antiguos vinilos. Había una cubierta con un James Taylor melencólico en *Sweet Baby James* y otra de los Beatles cruzando Abbey Road (con un Paul descalzo y por lo tanto « muerto »). Marvin Gaye llevaba un pañuelo en *What's Going On* y Jim Morrison exudaba sexualidad en la cubierta del álbum original de los Doors.

—¿Ira?

Éste sonreía mirando una vieja foto de su época del campamento. El Volkswagen Escarabajo amarillo había sido decorado por el grupo de las chicas mayores. Le habían puesto flores y signos de la paz por todas partes. Ira estaba en medio con los brazos cruzados. Las chicas rodeaban el coche. Todas llevaban pantalones cortos y camisetas y lucían sonrisas resplandecientes. Lucy recordaba aquel día. Había sido un buen día, uno de esos que guardas en el cajón y lo sacas cuando te sientes especialmente triste.

—¿Ira?

Él se volvió a mirarla.

—Estoy escuchando.

Sonaba el clásico himno antiguerra de 1965, el tema de Barry McGuire, *Eve of Destruction*. A pesar de lo atormentada que era la canción, a Lucy siempre la consolaba. La canción pinta un panorama del mundo atrozmente sombrío. Canta sobre el mundo explotando, sobre cadáveres en el río Jordán, sobre el miedo a que pulsen el botón nuclear, sobre el odio en la China comunista y en Selma, Alabama (una rima forzada, pero funcionaba), sobre todo de la hipocresía y el odio en el mundo, y en el estribillo pregunta casi burlescamente cómo puede ser tan ingenuo el oyente para no pensar que estamos al borde de la destrucción.

¿Por qué la consolaba, entonces?

Porque era cierto. El mundo era un lugar terrible y aterrador. El planeta estaba entonces al borde del precipicio. Pero había sobrevivido, incluso podría decirse que había prosperado. El mundo también parece bastante horrible hoy. Puedes creer que lo superaremos. El mundo de McGuire era igual de aterrador. Tal vez más. Veinte años atrás estaba la Segunda Guerra Mundial, el nazismo. Eso hacía que los sesenta parecieran Disney landia. Eso también lo superamos.

Siempre parece que estemos al borde de la destrucción. Y parece que siempre lo superamos.

Puede que todos sobrevivamos a la destrucción que hemos provocado.

Lucy sacudió la cabeza. Qué ingenuidad. Qué propio de Pollyanna. Debería estar escarmentada.

Ira se había arreglado la barba, pero sus cabellos seguían despeinados. El gris

estaba adquiriendo un tono casi azulado. Le temblaban las manos y Lucy se preguntó si no serían los primeros síntomas de Parkinson. Sabía que sus últimos años no serían plácidos. Pero la verdad era que los veinte anteriores tampoco habían sido muy buenos.

—¿Qué pasa, cariño?

Era evidente que estaba preocupado. Ése había sido uno de los mayores atractivos de Ira, que se preocupaba sinceramente por las personas. Sabía escuchar como nadie. Detectaba la aflicción y deseaba encontrar la manera de aliviarla. Todos sentían esa empatía con Ira: todos los campistas, todos los padres, todos los amigos. Pero cuando eras su hija única, la persona que él amaba por encima de todo, era como la manta más cálida en el día más frío.

Había sido un padre verdaderamente magnífico. ¡Cuánto le echaba de menos!

—En el diario de visitas dice que un tal Manolo Santiago te visitó. —Lucy inclinó la cabeza—. ¿Te acuerdas, Ira?

A él se le borró la sonrisa.

—¿Ira?

—Sí —dijo—. Me acuerdo.

—¿Qué quería?

—Hablar.

—¿Hablar de qué?

Ira frunció los labios como si los forzara a mantenerse cerrados.

—¿Ira?

Él sacudió la cabeza.

—Cuéntamelo, por favor —dijo Lucy. Ira abrió la boca, pero no le salió ninguna palabra. Cuando por fin habló su voz era un susurro.

—Sabes de qué quería hablar.

Lucy miró por encima del hombro. Estaban solos en la habitación. *Eve of Destruction* había terminado. The Mamas and the Papas empezaron a decir que todas las hojas se habían vuelto marrones.

—¿El campamento? —dijo.

Ira asintió.

—¿Qué quería saber?

Ira se echó a llorar.

—¿Ira?

—Yo no quería volver allí —dijo.

—Ya lo sé.

—No dejaba de hacer preguntas.

—¿Sobre qué, Ira? ¿Qué te preguntó? —Ira se tapó la cara con las manos.

—Por favor...

—¿Por favor qué?

—No puedo volver más allí. ¿Lo entiendes? No puedo volver allí.

—Ya no puede hacerte daño.

Él siguió tapándose la cara con las manos. Sus hombros se estremecían.

—Esos pobres chicos.

—¿Ira?

Parecía tan aterrado.

—¿Papá? —dijo Lucy.

—Les fallé a todos.

—No, no es verdad.

Sus sollozos ya eran incontrolables. Lucy se arrodilló frente a él. Sentía que también ella estaba a punto de llorar.

—Por favor, papá, mírame.

Él no la miró. Rebecca, la enfermera, asomó la cara por la puerta.

—Iré a buscarle algo —dijo.

Lucy levantó una mano.

—No.

Ira soltó otro gemido.

—Creo que necesita algo que le calme.

—Todavía no —dijo Lucy—. Sólo estamos... por favor, déjenos solos.

—Tengo una responsabilidad.

—Está bien. Ésta es una conversación privada. Se ha emocionado, sólo eso.

—Iré a buscar a un médico.

Lucy estaba a punto de decirle que no lo hiciera, pero ya se había ido.

—Ira, por favor, escúchame.

—No...

—¿Qué le dijiste?

—No podía protegerlos a todos. ¿Lo entiendes?

No lo entendía. Le puso las manos en las mejillas e intentó levantarle la cabeza. Él pegó tal grito que casi la hizo caer de espaldas. Le soltó. Él retrocedió y tiró la silla al suelo. Se acurrucó en un rincón.

—¡No...!

—Está bien, papá. Está...

—¡No!

Volvió la enfermera Rebecca con dos mujeres más. Lucy reconoció a una como uno de los médicos. La otra era enfermera, se imaginó Lucy, porque llevaba una aguja hipodérmica.

—No pasa nada, Ira —dijo Rebecca.

Se acercaron a él y Lucy se puso en medio.

—Déjenle —pidió.

La doctora, que se llamaba Julie Contrucci a juzgar por la placa, se aclaró la garganta.

—Está muy agitado.

—Yo también —dijo Lucy.

—¿Disculpe?

—Dice que está agitado. ¿Y qué? Estar agitado forma parte de la vida. Yo también estoy agitada a veces. Usted también lo está a veces, ¿no? ¿Por qué no puede estarlo él?

—Porque no está bien.

—Está bien. Necesito que esté lúcido unos minutos más.

Ira soltó otro sollozo.

—¿A esto le llama lúcido?

—Necesito estar un momento con él.

La doctora Contrucci cruzó los brazos sobre el pecho.

—No puede decidirlo usted.

—Soy su hija.

—Su padre está aquí voluntariamente. Puede entrar y salir cuando le plazca. Ningún juez le ha declarado incompetente. Él decide.

Contrucci miró a Ira.

—¿Quiere un calmante, doctor Silverstein?

Los ojos de Ira iban de un lado a otro como los del animal acorralado en el que se había convertido de repente.

—¿Señor Silverstein?

Él miró a su hija y se echó a llorar otra vez.

—No dije nada, Lucy. ¿Qué querías que le dijera?

Empezó a sollozar otra vez. La doctora miró a Lucy. Y ella a su padre.

—Está bien, Ira.

—Te quiero, Luce.

—Yo también te quiero.

Las enfermeras entraron en acción. Ira alargó el brazo y sonrió soñadoramente cuando le clavaron la aguja. A Lucy le recordó su infancia. Él fumaba hierba delante de ella sin ningún disimulo. Le recordó inhalando profundamente, con una sonrisa como ésta, y se preguntó para qué lo necesitaba. Recordó que después del campamento había empeorado. Durante la infancia de Lucy las drogas formaban parte de la vida de su padre, eran una parte del « movimiento ». Pero ahora se preguntaba si sería como la bebida para ella. ¿Tendrían alguna forma de gen de la adicción? ¿O Ira, como Lucy, utilizaba agentes externos —drogas, alcohol— para huir, para atontarse, para no afrontar la verdad?

Capítulo 28

—Por favor, dígame que bromea.

El agente especial Geoff Bedford del FBI y yo estábamos sentados en un restaurante de esos de aluminio por fuera y fotografías firmadas de celebridades locales por dentro. Bedford era pulcro y llevaba un mostacho en forma de «U» con cera en las puntas. Estaba seguro de haber visto uno de éstos en la vida real, pero no pude recordar dónde. Era como si fueran a aparecer tres tipos más y montarse un cuarteto a capela.

—No —dije.

Apareció la camarera, pero no nos llamó guapos. No hay derecho. Bedford estaba leyendo la carta, pero acabó pidiendo sólo café. Capté el mensaje y pedí lo mismo. Le devolvimos las cartas. Bedford esperó a que se marchara.

—No hay duda de que Steubens lo hizo. Mató a todas esas personas. Nunca hubo ninguna duda. No la hay ahora. Y no hablo de duda razonable. No hay ninguna duda de ninguna clase.

—Los primeros asesinatos. Los cuatro del bosque.

—¿Qué pasa?

—No había ninguna prueba que lo vinculara a esos casos —respondí.

—Pruebas físicas no.

—Cuatro víctimas —dije—. Dos eran chicas. Margot Green y mi hermana.

—Así es.

—Pero ninguna de las otras víctimas de Wayne Steubens eran mujeres.

—Correcto.

—Todos eran varones de entre dieciséis y dieciocho años. ¿No le parece raro? Me miró como si de repente me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Mire, señor Copeland, he aceptado verle porque, primero, es fiscal del condado, y segundo, su hermana murió a manos de ese monstruo. Pero esta línea de interrogatorio...

—Acabo de ver a Wayne Steubens —dije.

—Estoy enterado. Y debo decirle que es un maldito psicópata y un mentiroso patológico.

Pensé que Lucy me había dicho lo mismo. También pensé que Wayne había dicho que él y Lucy habían tenido un idilio antes de que yo fuera al campamento.

—Ya lo sé —dije.

—No lo tengo tan claro. Deje que le explique algo. Wayne Steubens ha formado parte de mi vida durante casi veinte años. Piense en eso. He visto lo convincente que puede ser cuando miente.

No estaba seguro de qué estrategia seguir, así que tanteé y dije:

—Han aparecido otras pruebas.

Bedford frunció el ceño. Las puntas del bigote bajaron junto con sus labios.

—¿A qué se refiere?

—¿Sabe quién es Gil Pérez?

—Por supuesto que lo sé. Lo sé todo y conozco a todos los que estuvieron involucrados en el caso.

—No hallaron su cadáver.

—No. Tampoco hallamos el de su hermana.

—¿Cómo se explica esto?

—Usted estuvo en el campamento. Conoce la zona.

—Sí.

—¿Sabe cuántos kilómetros cuadrados tiene ese bosque?

—Sí.

Levantó la mano derecha y la miró.

—Hola, señor Aguja.

Después hizo lo mismo con la izquierda.

—Le presento a mi amigo, el señor Pajar.

—Wayne Steubens es un hombre relativamente pequeño.

—¿Y qué?

—Que Doug medía un metro ochenta. Gil era un chico duro. ¿Cómo cree que Wayne pudo sorprenderlos o dominarlos a todos a la vez?

—Tenía un cuchillo y pudo hacerlo. Margot Green estaba atada. La degolló. No sabemos en qué orden mató a los demás. Puede que también estuvieran atados, en diferentes lugares del bosque. No lo sabemos. Corrió detrás de Doug Billingham. El cadáver de Billingham estaba en una tumba poco profunda a un kilómetro de la de Margot. Tenía varias heridas de arma blanca, también algunas heridas defensivas en las manos. Encontramos sangre y ropa pertenecientes a su hermana y a Gil Pérez. Ya lo sabe.

—Sí.

Bedford inclinó la silla hacia atrás y se apoyó en las puntas de los pies.

—Dígame, señor Copeland. ¿Cuáles son esas pruebas nuevas que de repente han salido a la luz?

—Gil Pérez.

—¿Qué pasa?

—No murió aquella noche. Ha muerto esta semana.

La silla cayó de golpe hacia delante.

—¿Disculpe?

Le contó lo de que Manolo Santiago era Gil Pérez. Podría decir que me miró con escepticismo, pero eso sería hacerme un favor. En realidad, el agente Bedford me miró como si intentara convencerle de que el conejo Bunny existía.

—A ver si lo he entendido —dijo cuando yo terminé. La camarera volvió con los cafés. Bedford no se puso nada en el suyo. Levantó la taza con cuidado y

logró no meter el bigote dentro—. Los padres de Pérez niegan que sea él. La policía de Manhattan no cree que sea él. Y usted me dice que...

—Es él.

Bedford chasqueó la lengua.

—Creo que ya me ha hecho perder bastante tiempo, señor Copeland.

Dejó el café y empezó a levantarse.

—Sé que es él. Es sólo cuestión de tiempo que pueda demostrarlo.

Bedford se detuvo.

—Veamos —dijo—. Juguemos a su manera. Digamos que se trata de Gil Pérez. Que aquella noche sobrevivió.

—Vale.

—Eso no prueba la inocencia de Wayne Steubens. Para nada. Muchos creían... —me miró con dureza— que quizá Steubens tuvo un cómplice para los primeros asesinatos. Usted mismo se pregunta cómo pudo matar a tantos. Bien, si eran dos y hubo tres víctimas, sería más fácil, ¿no cree?

—Entonces ¿ahora cree que Pérez pudo ser su cómplice?

—No. ¡Qué dice! Ni siquiera creo que sobreviviera a aquella noche. Sólo planteo hipótesis. Por si ese cadáver del depósito de Manhattan resulta ser Gil Pérez.

Eché un sobre de azúcar y un poco de leche a mi café.

—¿Conoce a *sir* Arthur Conan Doyle? —pregunté.

—El que escribió los misterios de Sherlock Holmes.

—Exactamente. Uno de los axiomas de Sherlock dice más o menos así: « Es un gran error teorizar antes de tener los datos, porque se distorsionan los hechos para que se ajusten a las teorías, en lugar de que las teorías se ajusten a los hechos» .

—Empiezo a perder la paciencia, señor Copeland.

—Le he dado un hecho nuevo. En lugar de intentar repensar lo que sucedió, inmediatamente ha encontrado el modo de distorsionar el hecho para que se ajuste a su teoría.

Me miró fijamente sin decir nada. No le culpé por eso. Le estaba tratando con dureza, pero necesitaba provocarle.

—¿Sabe algo del pasado de Wayne Steubens? —preguntó.

—Algo.

—Encaja en el perfil como anillo al dedo.

—Los perfiles no son pruebas —dije.

—Pero ayudan. Por ejemplo, ¿sabe que durante la adolescencia de Steubens desaparecieron animales en el barrio?

—¿En serio? Vaya, ya no necesito más pruebas.

—Puedo darle un ejemplo ilustrativo.

—Adelante.

—Tenemos un testigo ocular de esto. Es un chico llamado Charlie Kadison. Entonces no dijo nada porque tenía demasiado miedo. Cuando Wayne Steubens tenía dieciséis años, enterró a un perrito blanco, no me acuerdo de la raza, es un nombre en francés...

—¿Bichon Frisé?

—Eso. Enterró al perro hasta el cuello. Sólo le sobresalía la cabeza. El pobre animal no podía moverse.

—Qué bestia.

—No, es peor aún.

Dio otro sorbo con exquisitos modales. Esperé. Dejé el café sobre la mesa y se secó la boca con una servilleta.

—Después de enterrar el perro, su viejo compañero de campamento va a la casa de otro chico, Kadison. Su familia tenía uno de esos cortacésped. Se lo pidió prestado...

Calló, me miró y asentí.

—Aggg —dije.

—Tengo otros casos como éste. Puede que una docena.

—Y aun así Wayne Steubens consiguió un empleo para trabajar en el campamento...

—Menuda sorpresa. No creo que ese Ira Silverstein fuera muy riguroso comprobando antecedentes.

—¿Y nadie pensó en Wayne cuando ocurrieron esos primeros asesinatos?

—No sabíamos nada de esto. En primer lugar, fue la policía local quien se encargó del caso del campamento PACE, no nosotros. No era un caso federal. Al menos al principio. Además, la gente estaba demasiado asustada para hablar durante la época de estudiante de Steubens. Como Charlie Kadison. También debe recordar que Steubens procedía de una familia rica. Su padre murió cuando él era pequeño, pero su madre le protegió, pagó a gente para que se callara, lo que fuera. Era sobreprotectora, por cierto. Muy conservadora. Muy estricta.

—¿Otra evidencia en su perfil del asesino en serie?

—No se trata sólo de un perfil, señor Copeland. Usted conoce los hechos. Steubens vivía en Nueva York pero se las arregló para estar en los tres lugares, Virginia, Indiana, Pensilvania, cuando los asesinatos tuvieron lugar. ¿Es una coincidencia? Y lo más importante, claro: encontramos cosas, los clásicos trofeos, pertenecientes a las víctimas en su propiedad.

—No de todas las víctimas —dije.

—Suficientes.

—Pero nada de los primeros cuatro campistas.

—Correcto.

—¿Por qué no?

—¿Mi conjetura? Probablemente tenía prisa. Steubens tenía que deshacerse

de los cadáveres. No tuvo tiempo.

—Repito que me parece que eso es distorsionar un poco los hechos —dije.

Se echó hacia atrás y me miró.

—¿Cuál es su teoría, señor Copeland? Porque me muero de ganas de escucharla.

No dije nada.

—¿Que un asesino en serie —dijo abriendo los brazos en un gesto rotundo— que degolló en Indiana y Virginia resultó ser monitor en un campamento de verano donde degollaron al menos a otras dos víctimas?

Tenía su parte de razón. No dejaba de pensar en eso desde el principio y no lograba explicármelo.

—Conoce usted los hechos, distorsionados o no. Es fiscal. Dígame lo que cree que pasó.

Lo pensé. Esperó. Lo pensé un poco más.

—Todavía no lo sé —dije—. Puede que sea demasiado pronto para teorizar. Puede que necesitemos conocer más hechos.

—Y mientras lo hace —dijo—, un tipo como Wayne Steubens mata a algunos campistas más.

Otra vez tenía parte de razón. Pensé en las pruebas de violación contra Jenrette y Marantz. Si lo pensabas objetivamente, había tantas pruebas, quizá más, contra Wayne Steubens.

O al menos antes las había.

—No mató a Gil Pérez —dije.

—Le he oído. En aras de la discusión, eliminémoslo de la ecuación. Supongamos que no matara a Pérez —Levantó ambas manos con las palmas hacia el techo—. ¿En qué situación nos deja eso?

Reflexioné sobre ello. «En la situación de preguntarme qué demonios le sucedió a mi hermana», pensé.

Capítulo 29

Una hora después me encontraba sentado en un avión. Aún no habían cerrado la puerta cuando Muse me llamó.

—¿Cómo te ha ido con Steubens? —preguntó.

—Te lo contaré más tarde. ¿Qué tal en la sala?

—Mociones y tonterías así, por lo que me han dicho. Han utilizado mucho la frase «bajo consideración». Ser abogado debe de ser mortalmente aburrido. ¿Cómo puede ser que no te estalle el cerebro en días como éste?

—No es fácil. ¿No ha pasado nada, entonces?

—Nada, pero mañana tienes el día libre. El juez quiere ver a todos los abogados en su despacho a primera hora del jueves.

—¿Por qué?

—Se ha hablado mucho del rollo de «bajo consideración», pero tu ayudante como se llame ha dicho que probablemente no era nada importante. Oye, tengo algo más para ti.

—¿Qué?

—He pedido a nuestro mejor pirado de la informática que peinara esos diarios que le mandaron a tu amiga Lucy.

—¿Y?

—Pues que todo concuerda con lo que ya sabías. Al menos al principio.

—¿A qué te refieres con «al principio»?

—He cogido la información que me ha pasado y he hecho algunas llamadas, investigando un poco. Y he descubierto algo interesante.

—¿Qué?

—Creo que ya sé quién mandó esos diarios.

—¿Quién?

—¿Llevas encima la BlackBerry?

—Sí.

—Es mucha cosa. Acabaremos antes si te mando los detalles por correo electrónico.

—De acuerdo.

—No quiero decir nada más. Preferiría ver si llegas a la misma conclusión que yo.

Mientras pensaba en aquello recordé mi conversación con Geoff Bedford.

—No quieres que distorsione los hechos para que se ajusten a las teorías, ¿verdad?

—¿Qué?

—No importa, Muse. Mándame el correo.

Cuatro horas después de despedirme de Geoff Bedford, estaba en el despacho adyacente al de Lucy, utilizado habitualmente por un profesor de lengua que se estaba tomando un año sabático. Lucy tenía la llave.

Ella estaba mirando por la ventana cuando su ayudante, un tal Lonnie Berger, entró sin llamar. Era curioso que Lonnie me recordara en cierto modo al padre de Lucy, Ira. Tenía ese aire de Peter Pan, de aspirante a marginado. No pretendo cargarme a los *hippies*, los izquierdistas o lo que se les quiera llamar. Les necesitamos. Creo firmemente que se les necesita en ambos extremos políticos, incluso (o tal vez más) aquéllos con los que no puedes estar de acuerdo o a los que quieres odiar. Todo sería muy aburrido sin ellos. Los argumentos no serían tan elaborados. Pensémoslo racionalmente: no se puede tener izquierda sin derecha. Y no se puede tener centro sin los dos anteriores.

—¿Qué pasa, Luce? Tengo una cita con una camarera cañón... —Lonnie me vio y se interrumpió—. ¿Quién es?

Lucy seguía mirando por la ventana.

—¿Y por qué estamos en el despacho del profesor Mitnick?

—Soy Paul Copeland —dije.

Le ofrecí la mano y la estrechó.

—Uau —dijo Lonnie—. Usted es el chico del relato, ¿no? El señor P o lo que sea. Bueno, leí sobre el caso en internet y...

—Sí, Lucy me informó de sus investigaciones aficionadas. Como sabrá, tengo a investigadores bastante buenos, investigadores profesionales, de hecho, que trabajan para mí.

Me soltó la mano.

—¿Hay algo que quiera contarnos? —pregunté.

—¿A qué se refiere?

—Tenía razón, por cierto. El correo procedía de los ordenadores de la Biblioteca Frost y se mandó a las seis cuarenta y dos de la tarde. Pero Sylvia Potter no estaba allí entre las seis y las siete de la tarde.

Empezó a retroceder.

—Tú sí, Lonnie.

Sonrió a su modo torcido y sacudió la cabeza. Estaba ganando tiempo.

—Está diciendo tonterías. A ver, espere... —Dejó de sonreír para fingir sorpresa e indignación—. Vamos, Luce, tú no puedes creer que...

Por fin Lucy se volvió a mirarlo, pero no dijo nada.

Lonnie me señaló.

—No crearás a este tío, ¿no? Es...

—¿Qué soy?

No respondió. Lucy se limitó a mirarlo. No dijo una palabra, sólo le miró

fijamente hasta que él empezó a aflojar. Al final Lonnie se dejó caer en una silla.

—Maldita sea —dijo.

Esperamos. Él bajó la cabeza.

—No lo entiendes.

—Cuéntanoslo —dije.

Él miró a Lucy.

—¿Confías en este hombre?

—Mucho más de lo que confío en ti —dijo ella.

—Yo que tú no lo haría. Es un mal tipo, Luce.

—Gracias por la calurosa recomendación —dije—. Veamos, ¿por qué le mandó esos diarios a Lucy?

Lonnie jugueteó con el pendiente.

—No tengo por qué decirle nada.

—Por supuesto que sí —dije—. Soy el fiscal del condado.

—¿Y?

—Lonnie, puedo hacer que le arresten por acoso.

—No es verdad. Para empezar no puede demostrar que yo haya mandado nada.

—Por supuesto que puedo. Cree que entiende de informática y supongo que es cierto, a un nivel suficiente para impresionar a las alumnas. Pero los expertos de mi oficina, bueno, ellos son lo que se denominaría profesionales preparados. Sabemos que usted los mandó. Tenemos las pruebas.

Lo pensó un momento, intentando decidir si debía continuar negándolo o probar otra estrategia. Decidió probar.

—¿Y qué? Aunque los hubiera mandado, ¿por qué iba a constituir acoso? ¿Desde cuándo es ilegal mandar un relato de ficción a un profesor de universidad?

Tenía razón.

—Puedo hacer que te despidan —dijo Lucy.

—Puede que sí, puede que no. Pero para que conste, Luce, tú tendrías más que explicar que yo. Eres tú la que mientes sobre tus orígenes. Eres tú la que se cambió el apellido para esconder tu pasado.

A Lonnie le gustó su argumento. Se sentó y cruzó los brazos con expresión satisfecha. Me moría de ganas de pegarle un puñetazo en la cara. Lucy no dejaba de mirarle. Él no era capaz de sostenerle la mirada. Me aparté un poco para dejarle espacio.

—Creía que éramos amigos —dijo.

—Y lo somos.

—¿Y entonces?

Él meneó la cabeza.

—No lo entiendes.

—Pues explicámelo.

Lonnie volvió a jugar con el pendiente.

—Delante de él no.

—Sí, Lonnie, delante de él.

Di una palmadita a Lonnie en el hombro.

—Ahora soy su mejor amigo. ¿Sabe por qué?

—No.

—Porque soy un agente del orden poderoso y furioso. Y me imagino que si mis investigadores sacuden un poco su vida, algo caerá.

—Ni hablar.

—¿Ni hablar? —repetí—. ¿Quiere ejemplos?

No dijo nada.

Levanté la BlackBerry.

—Aquí tengo sus antecedentes. ¿Quiere que los enumere?

Eso acabó con la sonrisa autosuficiente.

—Los tengo todos, Lonnie. Incluso los confidenciales. A eso es a lo que me refiero cuando digo que soy un poli poderoso y furioso. Tengo mil formas de joderlo. Así que déjese de imbecilidades y dígame por qué mandó esos diarios.

Miré a Lucy a los ojos. Ella me respondió con un leve asentimiento. Puede que lo entendiera. Habíamos comentado la estrategia antes de que llegara Lonnie. Si estaba solo con ella, Lonnie recurriría a ser el de siempre: mentiría y contaría historias y esquivaría y se escurriría e intentaría explotar su intimidad contra ella. Conocía la estrategia. Se pondría la fachada de tipo enrollado, intentaría utilizar su encanto de chico malo, pero si se le presionaba un poco, los tipos como Lonnie siempre acababan desmoronándose. Más aún, el miedo produce una respuesta más rápida y más sincera en alguien como Lonnie que hurgar en su supuesta simpatía.

Miró a Lucy.

—No tuve alternativa —dijo.

Empezaba a poner excusas. Bien.

—La verdad es que lo hice por tí, Luce. Para protegerte. Y para protegerme a mí también, claro. Mira, no incluí esos antecedentes en mi solicitud. Si la universalidad lo descubriera, me echarían. Sin más. Eso es lo que me dijo.

—¿Quién te lo dijo? —pregunté.

—No conozco los nombres.

—Lonnie...

—Lo digo en serio. No me lo dijeron.

—¿Y qué te dijeron?

—Me prometieron que esto no perjudicaría a Lucy. Que ella no les interesaba. También me dijeron que lo que hacía sería beneficioso para ella, que... —Lonnie se dio la vuelta teatralmente hacia mí— iban detrás de un

asesino.

Me miró con toda la energía que pudo, que no fue mucha. Esperé a ver si gritaba *J'accuse...!* Como no lo hizo, dije:

—Para que lo sepa, por dentro estoy temblando.

—Creen que es posible que usted tuviera algo que ver con esos asesinatos.

—Maravilloso, gracias. ¿Y qué pasó después, Lonnie? Le dijeron que mandara esos diarios, ¿no?

—Sí.

—¿Quién los escribió?

—No lo sé. Supongo que ellos.

—No deja de decir ellos. ¿Cuántos eran?

—Dos.

—¿Y cómo se llamaban, Lonnie?

—No lo sé. Mire, eran investigadores privados, ¿vale? Es lo que sé. Dijeron que les había contratado una de las familias de las víctimas.

Una de las familias de las víctimas. Una mentira. Una mentira descarada. Eran de MVD, la empresa de investigación privada de Newark. De repente todo cobraba mucho sentido. Todo.

—¿Mencionaron el nombre de su cliente?

—No. Me dijeron que era confidencial.

—Ya me imagino. ¿Qué más le dijeron?

—Me dijeron que su empresa estaba investigando esos antiguos asesinatos. Que no creían en la investigación oficial que los atribuía al Monitor Degollador.

Miré a Lucy. Le había contado mi visita a Wayne Steubens y Geoff Bedford. Habíamos hablado de aquella noche, de nuestro propio papel, de los errores que cometimos, de la antigua certeza de que los cuatro estaban muertos y de que Wayne Steubens los había matado.

Ya no sabíamos qué pensar.

—¿Algo más?

—Es todo.

—Oh, venga ya, Lonnie.

—Es todo lo que sé, lo juro.

—No, no lo creo. A ver, esos tipos le mandaron los diarios a Lucy para ver cómo reaccionaba, ¿no?

No dijo nada.

—Tenía que observarla. Tenía que contarles qué había dicho y qué había hecho ella. Por eso el otro día le dijo que había descubierto lo de su pasado en internet. Esperaba que le hiciera confidencias. Formaba parte de su misión, ¿no? Tenía que explotar su confianza y fingir que estaba a su lado.

—No es así.

—Por supuesto que sí. ¿Le ofrecieron una bonificación si conseguía sacarle

algo?

—¿Una bonificación?

—Sí, Lonnie, una bonificación. Más dinero.

—No lo he hecho por dinero.

Sacudí la cabeza.

—Eso es mentira.

—¿Qué?

—No finjamos que lo hizo sólo por miedo a que le denunciaran o por altruismo para descubrir a un asesino. Le pagaron.

Abrió la boca para negarlo. Se la cerré antes de que se tomara la molestia.

—Los mismos investigadores que encontraron sus antecedentes —dije— tienen acceso a cuentas bancarias. Pueden encontrar, por ejemplo, depósitos de cinco mil dólares. Como el que hizo hace cinco días en el Chase de West Orange.

Cerró la boca en el acto. Tenía que reconocerlo: las habilidades investigadoras de Muse eran increíbles.

—No hice nada ilegal —dijo.

—Eso es discutible, pero no estoy de humor ahora mismo. ¿Quién escribió el diario?

—No lo sé. Me dieron las páginas y me dijeron que fuera dándoselas a Lucy poco a poco.

—¿Y le dijeron de dónde habían sacado la información?

—No.

—¿Ni idea?

—Dijeron que tenían fuentes. Mire, lo sabían todo de mí. Lo sabían todo de Lucy. Pero le querían a usted. Eso era lo único que les preocupaba. Todo lo que consiguiera hacerle decir a Lucy sobre Paul Copeland era lo único que les importaba. Creen que usted podría ser un asesino.

—No, Lonnie, no lo creen. Creen que tú podrías ser tan idiota como para ayudarles a ensuciar mi reputación.

Perplejo. Lonnie se esforzó de verdad por parecer perplejo. Miró a Lucy.

—Lo siento mucho. Sabes que yo nunca haría nada que te perjudicara.

—Hazme un favor, Lonnie —dijo—. Desaparece de mi vista.

Capítulo 30

Aleksander « Sosh » Stekierki estaba solo en su ático.

Las personas se acostumbran a su entorno. Era lo que pasaba. Se estaba acomodando. Demasiado para un hombre con sus orígenes. Ahora no podía prescindir de este nivel de vida. Se preguntó si todavía era tan duro como antes, si podría meterse en aquellos antros, en aquellas guaridas, y arrasar sin miedo. Sabía perfectamente que la respuesta era « no ». No era la edad lo que lo había debilitado. Eran las comodidades.

Siendo niño Sosh, su familia se había visto atrapada en el horrible sitio de Leningrado. Los nazis rodearon la ciudad y causaron un sufrimiento indescribible. Sosh cumplió cinco años el 21 de octubre de 1941, un mes después de que empezara el asedio. Cumpliría seis y siete años mientras duraba el sitio. En enero de 1942, con raciones de cien gramos de pan al día, el hermano de Sosh, Gavrel, de doce años, y su hermana, Aline, de ocho, murieron de desnutrición. Sosh sobrevivió comiendo animales perdidos. Básicamente gatos. La gente oye estas historias pero no puede imaginarse el horror y la angustia. Estás indefenso. Coges lo que puedes.

Pero incluso a eso, incluso a ese horror, te acostumbras. Como las comodidades, el sufrimiento puede convertirse en la norma.

Sosh recordaba la primera vez que había puesto los pies en Estados Unidos. Se podía comprar comida por todas partes. No había largas colas. No había escasez. Recordaba haber comprado un pollo. Lo guardó en el congelador. No podía creerlo. Un pollo. Se despertaba por la noche con sudor frío. Corría al congelador, lo abría, miraba el pollo y se sentía seguro.

Todavía lo hacía.

La mayor parte de sus antiguos colegas soviéticos añoraban los viejos tiempos. Añoraban el poder. Algunos habían vuelto a la vieja patria, pero la mayoría se había quedado. Eran hombres amargados. Sosh contrataba a algunos de sus viejos colegas porque confiaba en ellos y porque quería ayudar. Tenían un pasado. Y cuando los tiempos eran duros y sus viejos amigos del KGB se compadecían de sí mismos, Sosh sabía que ellos también abrían los congeladores y se maravillaban viendo cuán lejos habían llegado.

No te preocupas por la felicidad y la realización personal cuando te mueres de hambre.

Es bueno recordarlo.

Vives con ese bienestar absurdo y te pierdes. Te preocupas por tonterías como la espiritualidad y la salud interior, la satisfacción y las relaciones. No tienes ni idea de la suerte que tienes. No tienes ni idea de lo que es pasar hambre, quedarte en los huesos, mirar impotente cómo alguien que amas, alguien joven y teóricamente sano, muere lentamente, y una parte de ti, una parte de ti

horriblemente instintiva, casi se alegra porque ahora tendrás media rebanada de pan más para comer.

Los que creen que somos algo más que animales están ciegos. Todos los humanos son salvajes. Los que comen bien sólo son más perezosos. No necesitan matar para conseguir comida. Así que se visten y encuentran objetivos supuestamente más nobles que les hacen creer que de algún modo están por encima de todo. Tonterías. Los salvajes sólo están más hambrientos. Nada más.

Se hacen cosas horribles para sobrevivir. El que se crea que está por encima de esto se engaña.

El mensaje le había llegado por internet.

Ahora las cosas funcionaban así. No por teléfono, no en persona. Ordenadores. Correos electrónicos. Era tan fácil comunicarse así y que no pudieran identificarte. Se preguntó cómo se las habría arreglado el viejo régimen soviético con internet. Controlar la información era una parte muy importante de lo que hacían. Pero ¿cómo controlarla con algo como internet? O puede que no fuera una diferencia tan grande. Al final, la forma de acorralar a los enemigos era a través de filtraciones. La gente hablaba. Las personas se vendían unas a otras. Las personas traicionaban a sus vecinos y a sus seres queridos. A veces por un pedazo de pan. A veces por un billete a la libertad. Todo dependía de lo hambriento que estuvieras.

Sosh leyó el mensaje otra vez. Era breve y simple y Sosh no estaba seguro de qué hacer con él. Tenían un número de teléfono. Tenían una dirección. Pero era la primera línea del correo la que no podía olvidar. Era muy clara.

La leyó otra vez

LA HEMOS ENCONTRADO

Y ahora no sabía qué hacer al respecto.

Llamé a Muse.

—¿Puedes localizarme a Cingle Shaker?

—Supongo que sí. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Quiero hacerle algunas preguntas sobre cómo funciona MVD.

—Ahora mismo.

Colgué y volví a observar a Lucy, que seguía mirando por la ventana.

—¿Cómo estás?

—Confiaba en él.

Iba a decir que lo sentía o algún otro tópico pero decidí guardármelo para mí.

—Tenías razón —dijo.

—¿Sobre qué?

—Probablemente Lonnie Berger era mi mejor amigo. Confiaba más en él que en nadie. Excepto Ira, claro, que últimamente ya tiene un brazo en la camisa de fuerza.

Intenté sonreír.

—Bueno, ¿qué te ha parecido mi número de autocompasión? Lo he hecho bien, ¿eh?

—Pues la verdad es que sí —dije.

Aparté la mirada de la ventana y la fijó en mí.

—¿Vamos a volver a intentarlo, Cope? Quiero decir cuando esto acabe y descubramos qué le sucedió a tu hermana. Vamos a volver a nuestra vida ¿o vamos a intentar averiguar que podría pasar?

—Me gusta cuando te andas con rodeos.

Lucy no sonreía.

—Sí —dije—. Quiero intentarlo.

—Buena respuesta. Muy buena.

—Gracias.

—No siempre quiero ser la que arriesga el corazón.

—No lo eres —dije—. Yo también estoy aquí.

—¿Quién mató a Margot y a Doug, pues? —preguntó.

—Uau, qué rapidez cambiando de tema.

—Sí, bueno, cuanto antes descubramos qué pasó... —Calló y se encogió de hombros.

—¿Sabes una cosa? —pregunté.

—¿Qué?

—Es muy fácil recordar por qué me enamoré de ti.

Lucy apartó la mirada.

—No voy a llorar, no voy a llorar, no voy a llorar...

—Ahora ya no sé quién los mató —dije.

—Vale. ¿Y Wayne Steubens? ¿Todavía crees que fue él?

—No lo sé. Sabemos que no mató a Gil Pérez.

—¿Crees que te dijo la verdad?

—Dijo que se había enrollado contigo.

—¡Puaj!

—Pero que sólo llegó a la segunda base.

—Si cuenta la vez que tropezó conmigo intencionadamente durante un partido de *softball* y me manoseó, bueno, podría decirse que está diciendo la verdad técnicamente hablando. ¿De verdad te dijo eso?

—Sí. También me dijo que se había acostado con Margot.

—Eso podría ser verdad. Margot se acostó con muchos chicos.

—Conmigo no.

—Eso es porque te pillé en cuanto llegaste.

—Sí, señora. También dijo que Gil y Margot habían roto.

—¿Y?

—¿Crees que es verdad? —pregunté.

—No lo sé. Pero tú ya sabes cómo era el campamento. Era como un ciclo vital de siete semanas. La gente salía y rompía y salía con otro.

—Cierto.

—¿Pero?

—Pero la teoría general es que las dos parejas habían ido al bosque para... enrollarse.

—Como nosotros —dijo.

—Sí. Y mi hermana y Doug seguían siendo pareja. No es que estuvieran enamorados, pero ya sabes a qué me refiero. Lo que quiero decir es que si Gil y Margot ya no salían, ¿por qué iban a escaparse juntos al bosque?

—Ya. Por tanto, si ella y Gil habían roto y sabemos que Gil no murió en el bosque...

Pensé en lo que había insinuado Raya Singh, una mujer que por lo visto había conocido e incluso había intimado con Gil Pérez, alias Manolo Santiago.

—Quizá Gil mató a Margot. Quizá Camille y Doug sólo le interrumpieron.

—Y Gil les silenció.

—Sí. Y eso sería un problema. Piénsalo. Es un chico pobre. Tiene un hermano con antecedentes. Sólo por eso ya será sospechoso.

—Por eso fingió que también había muerto —dijo Lucy.

Nos quedamos callados.

—Se nos escapa algo —dijo.

—Lo sé.

—Puede que nos estemos acercando.

—O puede que nos estemos alejando.

—Una de dos —convino Lucy.

Dios, qué bien sentaba estar con ella.

—Algo más —dije.

—¿Qué?

—Esos diarios. Lo que decían, que me encontraste cubierto de sangre y que yo dije que no podíamos decírselo a nadie.

—No sé que decirte.

—Empecemos por la primera parte, la parte que concuerda. La de que nos fuimos a escondidas.

—Vale.

—¿Cómo pueden haberse enterado?

—No lo sé —dijo.

—¿Cómo pueden saber que tú me convenciste?

—O... —tragó saliva— lo que sentía por ti.

Silencio.

Lucy se encogió de hombros.

—Puede que fuera evidente para cualquiera que viera cómo te miraba.

—Estoy intentando concentrarme y no sonreír.

—No hace falta que te esfuerces —dijo—. En fin, hemos visto la primera parte del diario. Pasemos a la segunda parte.

—Lo de verme cubierto de sangre. ¿De dónde demonios habrán sacado eso?

—Ni idea. Pero ¿sabes lo que más me asusta?

—¿Qué?

—Que supieran que nos separamos. Que nos perdimos de vista.

Yo también había pensado en eso.

—¿Quién podría saberlo? —pregunté.

—Yo nunca se lo he dicho a nadie —dijo Lucy.

—Yo tampoco.

—Alguien podría haberlo imaginado —dijo Lucy. Se calló y miró al techo—.

O...

—¿O qué?

—Tú nunca le dijiste a nadie que nos separamos, ¿no?

—No.

—Y yo nunca le he dicho a nadie que nos separamos.

—¿Y?

—Entonces sólo existe una explicación —dijo Lucy.

—¿Que es...?

Me miró directamente a los ojos.

—Que alguien nos vio aquella noche.

Silencio.

—Puede que Gil —dije—. O Wayne.

—Son nuestros dos sospechosos de asesinato, ¿no?

—Sí.

—¿Quién mató a Gil, entonces?

Callé.

—Gil Pérez no se suicidó y trasladó su cuerpo —siguió ella—. Y Wayne Steubens está en una cárcel de máxima seguridad de Virginia.

Lo pensé un momento.

—Por lo tanto, si el asesino no fue ni Wayne ni Gil —dijo—, ¿quién más puede ser?

—La encontré —dijo Muse, entrando en la oficina.

Cingle Shaker entró detrás de ella. Cingle sabía cómo hacer una entrada, pero no estoy seguro de que lo hiciera de una forma consciente. Sus movimientos desprendían cierta ferocidad, como si amenazara de algún modo al propio aire. Muse no era precisamente una mosquita muerta, pero junto a Cingle Shaker lo parecía.

Las dos se sentaron y Cingle cruzó sus largas piernas.

—Bueno, MVD te está poniendo bajo el microscopio —empezó Cingle.

—Eso parece.

—Es lo que es. Me he asegurado. Es una operación de tierra quemada. No reparan en gastos. No reparan en vidas tampoco. Ya han destruido la de tu cuñado. Han mandado a un hombre a Rusia. Han puesto a gente en la calle, no sé cuántos hombres. Han enviado a alguien a sobornar a tu examigo Wayne Steubens. En resumen, no piensan dejar piedra sin remover para hacerte daño.

—¿Tienes idea de lo que han conseguido?

—Por ahora no. Sólo lo que ya sabes.

Le hablé de los diarios de Lucy. Cingle asintió mientras yo hablaba.

—Ya lo han hecho antes. ¿Son muy precisos los diarios?

—Muchas cosas no concuerdan. Nunca me manché de sangre ni dije que debíamos mantenerlo en secreto ni nada por el estilo. Pero sí sabían lo que sentíamos el uno por el otro. Saben que nos fuimos a escondidas y todo eso.

—Interesante.

—¿Cómo podrían haber obtenido esta información?

—Es difícil saberlo.

—¿Alguna idea?

Reflexionó un momento.

—Como te he dicho, ésta es su forma de trabajar. Quieren agitar las aguas. Da lo mismo que sea verdad o no. A veces necesitas modificar la realidad. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—No, la verdad es que no.

—¿Cómo te lo explicaría? —Cingle lo pensó un momento—. Cuando entré a trabajar en MVD, ¿sabes para qué me contrataron?

Sacudí la cabeza.

—Para atrapar a maridos adúlteros. El adulterio es un gran negocio. Para mí empresa también. Ha llegado a ser el cuarenta por ciento de nuestro trabajo, o puede que más. Y MVD es la mejor en esto, aunque sus métodos sean más bien poco ortodoxos.

—¿Por qué?

—Depende del caso, pero el primer paso siempre es el mismo: estudiar al cliente. En otras palabras, ver lo que quiere realmente el cliente. ¿Quiere la verdad? ¿Quiere que le mientan? ¿Quiere que le tranquilicen, un medio para obtener el divorcio, qué?

—No te sigo. ¿No todos quieren la verdad?

—Sí y no. Mira, yo no podía soportar esta parte del trabajo. No me importaba realizar vigilancias ni investigar antecedentes, seguir a un marido o una esposa, comprobar los cargos de la tarjeta de crédito, los registros de llamadas, esa clase de cosas. Es todo un poco sórdido, pero bueno. Me parece razonable. Pero después estaba la otra parte del trabajo.

—¿Qué otra parte?

—La parte en la que se quiere que exista un problema. Algunas esposas, por ejemplo, quieren que sus maridos las estén engañando.

Miré a Muse.

—Estoy perdido.

—No, ya lo verás. Se supone que un hombre debe ser siempre fiel, ¿no? Conozco a un tipo. Hablo con él por teléfono, antes de que nos veamos en persona, y me dice que jamás, nunca, engañaría a su esposa, porque la ama, bla, bla, bla. Pero el hombre es un pringado feo que trabaja de ayudante de dirección en una cadena de tiendas o algo así, y yo pienso « Sí, claro, ¿quién va a ligar contigo? ». ¿Entiendes?

—Todavía no te sigo.

—Es más fácil ser un hombre bueno y honrado cuando no hay tentaciones. Pero en casos como éste, MVD modificaría la realidad. Utilizándome como cebo.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? Si una esposa quería pillar a su marido engañándola, mi trabajo era seducirle. Así es como funcionaba MVD. El marido estaba en un bar o por ahí. Me mandaban a mí como... —dibujó unas comillas con los dedos— « prueba de fidelidad » .

—¿Y?

—Pues que odio ser engreída, pero mírame. —Cingle abrió los brazos. Incluso vestida con un jersey ancho, estaba despampanante—. Si esto no es una injusta incitación al delito, ya me dirás qué lo es.

—¿Porque eres atractiva?

—Sí.

Me encogí de hombros.

—Si el hombre lo tiene claro, no debería representar ninguna diferencia lo atractiva que sea una mujer.

Cingle Shaker hizo una mueca.

—Por favor.

—¿Por favor qué?

—¿Estás obtuso aposta? ¿Cuánto crees que me costaría, por ejemplo, hacer que el señor ayudante de dirección me mirara?

—Mirar es una cosa. Ir más allá es otra.

Cingle miró a Muse.

—¿Es así de verdad?

Muse se encogió de hombros.

—A ver si esto te lo aclara —dijo Cingle—. Probablemente realicé, no sé..., unas treinta o cuarenta de estas denominadas pruebas de fidelidad. Adivina cuántos hombres casados me rechazaron.

—No tengo ni idea.

—Dos.

—No es una gran estadística, lo reconozco...

—Espera, no he terminado. Los dos que me rechazaron, ¿sabes por qué fue?

—No.

—Porque me pillaron. Se dieron cuenta de que pasaba algo raro. Los dos pensaron: «¿Qué coño hace una mujer como ésta insinuándoseme?». Se olieron la trampa, por eso no cayeron en ella. ¿Esto les hace mejores que los otros?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no lo hicieron.

—Pero ¿no debería importar el porqué? Uno podría decir que no porque tiene miedo de que le pillen. ¿Le hace esto más elevado moralmente que el que no tiene miedo? Puede que el que no tiene miedo quiera más a su esposa. Puede que sea más buen marido y esté más comprometido. Puede que el otro hombre se muera de ganas de tirárselas a todas, pero es tan apocado y tímido que no se atreve.

—¿Y?

—Pues que es el miedo, y no el amor ni los votos matrimoniales ni el compromiso, lo único que le hace ser honesto. ¿Cuál de los dos es mejor? ¿El acto o el corazón?

—Preguntas profundas, Cingle.

—¿Qué eliges tú, señor fiscal?

—Exactamente. Soy fiscal. Para mí sólo existen los actos.

—¿Los actos nos definen?

—Legalmente, sí.

—Así que el tipo que tiene demasiado miedo para llegar hasta el final, ¿es legal?

—Sí. No lo ha hecho. La razón no tiene nada que ver. Nadie dice que deba mantener el juramento por amor. El miedo puede ser una razón tan buena como cualquier otra.

—Uau —dijo—, y no estoy de acuerdo.

—Me parece justo. Pero ¿esto tiene algún propósito?

—El propósito es que MVD quiere trapos sucios. Y los consigue de la forma que sea. Si la realidad actual no se los ofrece, es decir, si el marido no engaña,

modificarán la realidad, es decir, buscarán a alguien como yo para insinuarse al marido. ¿Ahora lo entiendes?

—Creo que sí. No sólo debo ser cuidadoso con lo que pueda haber hecho, sino con lo que parece que hago o lo que podrían hacerme hacer.

—Ahí está.

—¿Y no tienes ni idea de quién les proporcionó la información para el diario?

—Por ahora no. Pero bueno, ahora me has contratado para hacer contraespionaje. ¿Quién sabe lo que puedo descubrir? —Se levantó—. ¿Puedo hacer algo más para ayudarte?

—No, Cingle. Creo que esto es todo.

—Bien. Por cierto, he traído la factura por el caso Jenrette-Marantz. ¿A quién se la doy?

—Dámela a mí —dijo Muse.

Cingle se la entregó y le sonrió.

—Me gustó verte actuar en el juzgado, Cope. Pillaste a esos hijos de puta por los huevos.

—No podría haberlo hecho sin ti —dije.

—No. He visto muchos fiscales. Eres de los buenos.

—Gracias. Pero me has dado que pensar. Según tu definición, ¿lo que hicimos fue modificar la realidad?

—No. Me utilizaste para descubrir información. No fue incitación al delito. Es verdad que utilicé mi atractivo para sonsacarle la verdad. Pero no hay nada malo en esto.

—Estoy de acuerdo —dije.

—Uau. Creo que deberíamos dejarlo así.

Entrelacé los dedos y puse las manos detrás de la cabeza.

—En MVD deben de echarte de menos.

—He oído que tienen una chica nueva. Dicen que es muy buena.

—Seguro que no tanto como tú.

—No te creas. En fin, a lo mejor intento robársela. No me iría mal otra chica estupenda, y ella atrae a un público ligeramente diferente.

—¿Cómo es eso?

—Yo soy rubia. La chica nueva de MVD es de piel oscura.

—¿Afroamericana?

—No.

Sentí que el suelo temblaba bajo mis pies al oír que Cingle Shaker decía:

—Creo que es india.

Capítulo 31

Llamé a Raya Singh al móvil. Cingle Shaker se había ido pero Muse se había quedado.

Raya contestó al tercer timbre.

—¿Diga?

—Puede que tengas razón —dije.

—¿Señor Copeland?

El acento era tan falso... ¿Cómo había podido creer que era real? ¿O acaso una parte de mí lo había sabido todo el tiempo?

—Llámame Cope —dije.

—Vale, Cope. —La voz era cálida. Capté el tono provocativo—. ¿En qué puede que tenga razón?

—¿Cómo puedo saber que no eres tú? ¿Cómo puedo saber que no podrías hacerme delirantemente feliz?

Muse levantó los ojos al cielo. Después se pasó el dedo índice por la garganta y fingió que vomitaba violentamente.

Intenté quedar con ella esa misma noche, pero Raya no quiso. No insistí. Si insistía demasiado, podría sospechar. Quedamos en vernos por la mañana.

Colgué y miré a Muse, que sacudía la cabeza.

—No empieces.

—¿Realmente utilizó esa frase? ¿«Delirantemente feliz»?

—Te he dicho que no empezaras.

Ella sacudió la cabeza otra vez.

Miré el reloj y vi que eran las ocho y media.

—Tengo que ir a casa —dije.

—De acuerdo.

—¿Y tú, Muse?

—Tengo cosas que hacer.

—Es tarde. Vete a casa.

No me hizo caso.

—Jenrette y Marantz —dijo Muse—. Realmente van a por ti.

—Puedo arreglármelas.

—Sé que puedes. Pero es sorprendente lo que pueden hacer los padres para proteger a sus hijos.

Iba a decir que lo entendía, que tenía una hija, que haría lo que fuera por mantenerla a salvo. Pero sonaba demasiado condescendiente.

—Nada me sorprende, Muse. Trabajas aquí cada día. Ves lo que es capaz de hacer la gente.

—A eso me refiero.

—¿Qué?

—Jenrette y Marantz han oído que te presentas a las elecciones. Piensan que es tu punto débil. Así que van a por ti, hacen todo lo que pueden para intimidarte. Es inteligente. Muchos tíos se habrían rendido. De todos modos tu caso no era demasiado sólido. Imaginaron que verías la información y te conformarías.

—Se equivocaron. ¿Y qué?

—¿Crees que van a dejarlo así? ¿Crees que sólo irán a por tí? ¿O crees que hay alguna razón para que el juez Pierce quiera veros mañana en su despacho?

Cuando llegué a casa tenía un correo electrónico de Lucy:

¿Te acuerdas de que nos pasábamos canciones el uno al otro para escucharlas? No sé si has oído ésta, así que te la mando. No seré tan atrevida como para decir que pienses en mí cuando la escuches. Pero espero que lo hagas.

Con cariño

Lucy

Luego descargué la canción adjunta. Era un clásico de Bruce Springsteen bastante raro llamado *Back in Your Arms*. Lo escuché sentado frente al ordenador. Bruce cantaba sobre la indiferencia y la añoranza, sobre todo lo que has desaprovechado y perdido y lo que añoras, y después implora desgarradoramente volver a estar entre sus brazos.

Me eché a llorar.

Allí solo, escuchando aquella canción, pensando en Lucy, en aquella noche, lloré por primera vez desde la muerte de mi esposa.

Descargué la canción en mi iPod y me lo llevé al dormitorio. Volví a ponerla. Y después otra vez. Y poco después por fin me venció el sueño.

A la mañana siguiente Raya me esperaba frente al *bistró*^[3] Janice en Ho-Ho-Kus, un pueblo al noroeste de Nueva Jersey. Algunas personas dicen que el nombre procede de una palabra de los americanos nativos utilizada por los indios lenni lenape, que controlaban este territorio hasta que los holandeses se instalaron en él en 1698. Pero no existen pruebas definitivas de ello, aunque eso no impide que los viejos discutan sobre el tema.

Raya llevaba unos vaqueros negros y una blusa blanca con el cuello abierto. Estaba impresionante. Arrebatadora. La belleza produce este efecto, a pesar de que yo y ya supiera lo que perseguía. Estaba enfadado porque me habían tomado

el pelo, y sin embargo no podía evitar sentirme atraído y odiarme por lo que sentía.

Por otro lado, por hermosa y joven que fuera, no podía evitar pensar que no le llegaba a Lucy ni a la suela del zapato. Me gustó sentir eso. Me apoyé en ello. Pensé en Lucy y se me escapó una sonrisa tonta. Se me aceleró un poco la respiración. Siempre me sucedía cuando estaba con Lucy. Todavía me sucedía.

Imagínate estar enamorado.

—Estoy contenta de que me llamaras —dijo Raya.

—Yo también.

Raya me rozó la mejilla. Desprendía un sutil olor a lavanda. Nos instalamos en un compartimiento del fondo del restaurante. Un mural impresionante de los comensales, pintado por la hija del dueño, ocupaba toda una pared. Todos aquellos ojos pintados parecían seguirnos. Nuestro reservado era el último, bajo un reloj enorme. Había comido a menudo en el *bistró* Janice durante los últimos cuatro años. Nunca había visto que ese reloj marcara la hora correcta. Una bromita del dueño, supongo.

Nos sentamos. Raya me dedicó su mejor sonrisa irresistible. Pensé en Lucy. Eso hizo que se desvaneciera el efecto.

—Así que eres investigadora privada —dije.

Las sutilezas no funcionarían con ella. No tenía ni tiempo ni paciencia. Seguí antes de que pudiera empezar a negarlo.

—Trabajas para Most Valuable Detection de Newark, Nueva Jersey. No trabajas en ese restaurante indio. Debería haberme dado cuenta cuando la mujer de recepción no supo quién eras.

Su sonrisa tembló pero no perdió nada de su voltaje. Se encogió de hombros.

—¿Cómo me has descubierto?

—Ya te lo contaré. ¿Cuánto de lo que dijiste es mentira?

—No mucho, en realidad.

—¿Sigues afirmando que no sabes quién era Manolo Santiago en realidad?

—Esa parte era cierta. No sabía que fuera Gil Pérez hasta que me lo dijiste.

Eso me confundió.

—¿Cómo os conocisteis en realidad? —pregunté.

Se echó hacia atrás y cruzó los brazos.

—No tengo por qué hablar contigo. Eso se lo dejo al abogado que me contrató.

—Si Jenrette te hubiera contratado a través de Mort o Flair, podrías utilizar este argumento. Pero tu problema es el siguiente: me estás investigando. No hay forma de que demuestres que Gil Pérez formaba parte del trabajo de investigación para Jenrette o Marantz. —No dijo nada—. Y en vista de que no tienes escrúpulos en ir a por mí, yo iré a por ti. A mí me parece que se suponía que no tenía que descubrirte. No hay ninguna necesidad de que MVD lo sepa. Si

tú me ayudas, yo te ayudo; todos salimos ganando, o cualquier tópico que se te ocurra.

Esto la hizo sonreír.

—Le conocí en la calle —dijo—. Tal como te dije.

—Pero no por casualidad.

—No, no por casualidad. Mi trabajo era acercarme a él.

—¿Por qué él?

John, el dueño del *bistró* Janice. Janice era su esposa y chef se acercó a nuestra mesa. Me estrechó la mano y me preguntó quién era aquella señorita tan guapa. Los presenté. Él le besó la mano. Yo fruncí el ceño y él se marchó.

—Decía que tenía información sobre ti.

—No lo entiendo. Gil Pérez se presenta en MVD...

—Para nosotros era Manolo Santiago.

—Bueno, vale, Manolo Santiago se presenta y dice que puede ayudar a sacar trapos sucios sobre mí.

—Trapos sucios es un poco fuerte, Paul.

—Lláname fiscal Copeland —dije—. Ésta era tu misión, ¿no? ¿Encontrar algo incriminatorio contra mí? ¿Intentar que yo no siguiera con el caso? —No contestó. No era necesario—. Y no puedes escudarte en el privilegio abogado-cliente, ¿sabes? Por eso vas a contestar a mis preguntas. Porque Flair nunca permitiría que sus clientes hicieran una cosa así. Ni siquiera Mort, por idiota que sea, tiene tan poca ética. EJ Jenrette os contrató por su cuenta.

—No me está permitido decirlo. Y francamente tampoco estoy en condiciones de hacerlo. Hago trabajo de campo. No trato con el cliente.

No me importaba el funcionamiento interno de su empresa, pero sentí que me estaba confirmando lo que había dicho.

—Así que Manolo Santiago se presenta —seguí—. Dice que tiene información sobre mí. ¿Y entonces qué?

—No dijo qué era exactamente. Se volvió desconfiado. Quería dinero, mucho dinero.

—Y vosotros le pasáis el mensaje a Jenrette.

Ella se encogió de hombros.

—Y Jenrette está dispuesto a pagar. Sigue a partir de ahí.

—Insistimos para que nos dé las pruebas. Manolo empieza a decir que todavía le falta ultimar unos detalles. Pero para entonces ya le hemos investigado. Sabemos que Manolo Santiago no es su nombre auténtico. Pero también sabemos que va detrás de algo gordo. Algo muy importante.

—¿Como qué?

El chico vino a llenar los vasos de agua y Raya tomó un sorbo.

—Nos dijo que sabía lo que había ocurrido realmente aquella noche a los cuatro chicos que murieron en el bosque. Dijo que podía demostrar que tú

mentiste sobre esa noche.

No dije nada.

—¿Cómo os encontró?—pregunté.

—¿A qué te refieres?

Pero yo estaba pensando.

—Fuisteis a Rusia a investigar a mis padres.

—Yo no.

—No, me refiero a un investigador de MVD. Y vosotros sabiais lo de aquellos asesinatos, que el *sheriff* me interrogó. Así que... —Ahora lo veía—. Así que interrogasteis a todos los que estuvieron relacionados con el caso. Sé que mandasteis a alguien a visitar a Wayne Steubens. Y eso significa que también fuisteis a ver a la familia Pérez, ¿no?

—No lo sé, pero tiene lógica.

—Y así es como se enteró Gil. Fuisteis a ver a los Pérez. Su madre o su padre o alguien os llamó. Él vio la manera de obtener algún dinero. Se presenta. No os dice quién es en realidad. Pero tiene suficiente información para despertar vuestra curiosidad. Y te mandan a ti para... ¿seducirle?

—Para acercarme a él. No seducirle.

—Tú dilo como quieras. ¿Y qué? ¿Mordió el anzuelo?

—Los hombres casi siempre pican.

Pensé en lo que había dicho Cingle. No era un camino que tuviera ganas de recorrer otra vez.

—¿Y qué te dijo?

—Casi nada. Bueno, nos dijo que aquella noche estabas con una chica. Una tal Lucy. Sólo sabía eso, lo que te dije. El día después de que nos conociéramos, llamé a Manolo al móvil. Se puso el detective York. El resto ya lo sabes.

—¿O sea que Gil intentaba conseguir pruebas? ¿Para cobrar esa importante recompensa?

—Sí.

Reflexioné. Había visitado a Ira Silverstein. ¿Por qué? ¿Qué podía decirle Ira?

—¿Gil dijo algo sobre mi hermana?

—No.

—¿Dijo algo sobre... bueno, sobre Gil Pérez? ¿O sobre cualquiera de las víctimas?

—Nada. Era desconfiado, ya te lo he dicho. Pero estaba claro que tenía algo gordo.

—Y entonces acaba muerto.

Sonrió.

—Imagínate lo que pensamos.

Vino el camarero a tomar nota. Yo pedí la ensalada especial. Raya pidió una hamburguesa con queso, poco hecha.

—Te escucho —dije.

—Un hombre dice que tiene trapos sucios sobre ti. Está dispuesto a darnos pruebas a cambio de dinero. Y antes de que pueda contarnos lo que sabe, acaba muerto. —Raya cortó un pedacito de pan y lo untó con aceite de oliva—. ¿Qué habrías pensado tú?

Me salté la respuesta obvia.

—Por lo tanto, cuando Gil apareció muerto, tu misión cambió.

—Sí.

—A partir de entonces tenías que acercarte a mí.

—Sí. Pensé que mi historia triste de Calcuta serviría contigo. Dabas el tipo.

—¿Qué tipo?

Se encogió de hombros.

—Un tipo y ya está. Yo qué sé. Pero no me llamaste. Así que te llamé yo.

—Esa habitación de Ramsey en la que me dijiste que vivía Gil...

—La alquilamos. Intentaba hacer que admitieras algo.

—Y lo que hice fue contarte cosas.

—Sí. Pero no estábamos seguros de que contaras la verdad o de que la contaras toda. Nadie creyó realmente que Manolo Santiago fuera Gil Pérez. Pensamos que probablemente era un pariente.

—¿Y tú?

—Yo te creí, francamente.

—También te dije que Lucy era mi novia.

—Eso ya lo sabíamos. De hecho, ya la habíamos localizado.

—¿Cómo?

—Somos una agencia de detectives. Pero según Santiago, ella también mentía sobre algo que sucedió aquella noche. Por eso pensamos que un interrogatorio directo no serviría.

—Y en lugar de eso le mandasteis el diario.

—Sí.

—¿De dónde sacasteis la información?

—Eso no lo sé.

—Y entonces le tocó a Lonnie Berger espiarla.

No se molestó en contestar.

—¿Algo más? —pregunté.

—No —dijo—. La verdad es que es un alivio que me hayas descubierto. No me importaba cuando creía que eras un asesino. Ahora me siento sórdida.

Me levanté.

—Puede que te pida que testifiques.

—No lo haré.

—Ya, me lo dicen siempre —dije.

Capítulo 32

Loren Muse estaba investigando a la familia Pérez.

Enseguida le llamó la atención algo curioso. Los Pérez eran los propietarios del bar en el que se había producido el encuentro de Jorge Pérez con Cope. A Muse le pareció un dato interesante. Eran una familia inmigrante pobre, y ahora tenían propiedades por valor de cuatro millones de dólares. Por supuesto, si empiezas con casi un millón, en veinte años, aunque solamente los inviertas razonablemente bien, la cifra tiene lógica.

Se preguntó qué significaría, si es que significaba algo, cuando llegó la llamada. Descolgó y sujetó el teléfono entre el hombro y la oreja.

—Muse al habla.

—Hola, encanto, soy Andrew.

Andrew Barrett era su contacto en John Jay College, el técnico del laboratorio. Aquella mañana tenía que ir al viejo campamento y empezar a buscar el cadáver con su nueva máquina de radar.

—¿Encanto?

—Sólo trabajo con máquinas —dijo—. No me aclaro con las personas.

—Ya. ¿Tienes algún problema?

—Bueno, en realidad no.

Canturreaba de una forma curiosa.

—¿Ya estás en el sitio? —preguntó Muse.

—¿Estás de coña? Por supuesto que sí. En cuanto me diste el visto bueno, fui pitando para allí. Hemos conducido toda la noche, hemos dormido en un Motel 6, y hemos empezado a trabajar al alba.

—¿Y qué pasa?

—Estamos en el bosque, ¿vale? Y empezamos a buscar. La XRJ, que es como se llama la máquina, la XRJ hacía cosas raras, pero la hemos acelerado y ya está. Oh, me he traído un par de estudiantes. ¿Te parece bien?

—Me da igual.

—Pensé que no te importaría. No les conoces. ¿Cómo ibas a conocerles? Son buenos chicos, ¿sabes?, ilusionados por hacer trabajo de campo. Supongo que lo recuerdas. Un caso de verdad. Se han pasado la noche informándose del caso en Google, leyéndolo todo sobre el campamento.

—¿Andrew?

—Vale, perdona. Ya te lo he dicho, lo mío son las máquinas, no las personas. Claro que no enseño a máquinas, eso no. Quiero decir que los estudiantes son personas, de carne y hueso, pero de todos modos... —Se aclaró la garganta—. Bien, ¿te acuerdas de que te dije que esta nueva máquina de radar, la XRJ, es una trabajadora estupenda?

—Sí.

—Bueno, pues tenía razón.

Muse se cambió el teléfono de lado.

—¿Me estás diciendo...?

—Te estoy diciendo que deberías venir enseguida. El forense ya está en camino, pero estoy seguro de que querrás verlo por ti misma.

El teléfono del detective York sonó y él descolgó.

—York

—Eh, soy Max, del laboratorio.

Max Reynolds era su contacto en el laboratorio para este caso. Esto era algo nuevo en el laboratorio. Contactos de laboratorio. Cada vez que tenías un caso de asesinato, te adjudicaban uno nuevo. A York le caía bien este chico. Era listo y se limitaba a darle la información. Algunos técnicos de laboratorio veían demasiadas series de televisión y creían que era esencial hacer un monólogo explicativo.

—¿Qué pasa, Max?

—Tengo el resultado de la prueba de fibras de la alfombra. La que había en el cuerpo de Manolo Santiago.

—Vale.

Normalmente el contacto se limitaba a enviar un informe.

—¿Algo raro?

—Sí.

—¿Qué?

—Las fibras son antiguas.

—No sé si te entiendo.

—Esta prueba suele ser muy fácil. Los fabricantes de coches utilizan todos la misma clase de alfombras. Así que puedes tener un GM y tal vez tendrás un margen de cinco años. A veces tienes más suerte. Quizá el color sólo se utilizó en un modelo y sólo durante un año, esa clase de cosas. Así que el informe dirá algo así como coche fabricado por Ford, interior gris, de 1999 a 2004. Algo así.

—Sí.

—Esta fibra de alfombra es antigua.

—Puede que no sea de coche. Puede que alguien le envolviera en una alfombra vieja.

—Es lo primero que pensamos. Pero hemos investigado un poco más. Es de coche. Pero el coche en cuestión debe de tener más de treinta años.

—Uau.

—Esta alfombra concreta se utilizó entre 1968 y 1974.

—¿Algo más?

—El fabricante —dijo Reynolds— era alemán.

—¿Un Mercedes-Benz?

—No, no es de una gama tan alta —dijo—. Si tuviera que adivinar diría que el fabricante era Volkswagen.

Lucy decidió volver a intentar hablar con su padre.

Ira estaba pintando cuando llegó Lucy, y la enfermera Rebecca estaba con él. La enfermera le echó una mirada de desagrado cuando la vio entrar. Su padre le daba la espalda.

—¿Ira?

Cuando él se volvió, Lucy casi retrocedió del susto. Estaba horrible. No tenía ningún color en la cara. Iba mal afeitado y tenía capas de pelos en las mejillas y el cuello. Siempre había llevado los cabellos con un estilo despeinado que le favorecía. Pero ahora no. Ahora parecía que hubiera vivido muchos años en la calle.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Lucy.

La enfermera Rebecca le lanzó una mirada de reproche.

—No muy bien —dijo él.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó Lucy.

Se acercó a la tela y se paró cuando vio lo que era.

Bosque.

La dejó de piedra. Sin duda, era su bosque. El viejo campamento. Lucy sabía exactamente qué parte de él representaba. Ira había pintado con precisión todos los detalles. Asombroso. Lucy sabía que ya no conservaba fotografías, y la verdad es que nadie sacaría una fotografía desde ese ángulo. Ira se acordaba. Se le había quedado grabado en el cerebro.

La pintura era una visión nocturna. La luna iluminaba las copas de los árboles.

Lucy miró a su padre. Su padre la miró a ella.

—Nos gustaría estar solos —dijo Lucy a la enfermera.

—No me parece buena idea.

La enfermera Rebecca creía que la conversación lo haría empeorar. La verdad era precisamente lo contrario. En la cabeza de Ira había algo que se le había quedado grabado. Después de tantos años, por fin tenían que enfrentarse a ello.

—¿Rebecca? —dijo Ira.

—¿Sí, Ira?

—Vete.

Así, sin más. El tono no era frío, pero tampoco especialmente cálido. Rebecca se demoró alisándose la falda, suspirando y poniéndose de pie.

—Si me necesitas me llamas, ¿vale, Ira? —dijo.

Ira no dijo nada. Rebecca se marchó, pero no cerró la puerta.

No tenía música puesta y eso sorprendió a Lucy.

—¿Quieres que ponga algo de música? ¿Te apetece Hendrix?

Ira negó con la cabeza.

—No, ahora no.

Cerró los ojos. Lucy se sentó a su lado y le cogió las manos.

—Te quiero —dijo.

—Yo también te quiero, Luce. Más que a nada. Siempre. Para siempre.

Lucy esperó. Él mantuvo los ojos cerrados.

—Estás pensando en aquel verano —dijo.

Ira siguió con los ojos cerrados.

—Cuando vino Manolo Santiago a verte...

Él apretó con fuerza los ojos.

—¿Ira?

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Saber qué?

—Que vino a verme.

—Estaba en el diario de visitas.

—Pero... —Por fin abrió los ojos—. Hay algo más, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—¿A ti también te visitó?

—No.

Eso pareció desconcertarlo. Entonces Lucy decidió tomar otro camino.

—¿Te acuerdas de Paul Copeland? —preguntó.

Ira volvió a cerrar los ojos, como si le dolieran.

—Claro.

—Le he visto —dijo Lucy.

Él abrió los ojos.

—¿Qué?

—Ha venido a verme.

Se quedó boquiabierto.

—Algo está pasando, Ira. Algo hace que revivamos todo aquello después de tantos años. Tengo que saber por qué.

—No, no tienes por qué.

—Sí. Ayúdame por favor.

—¿Por qué...? —Se le quebró la voz—. ¿Para qué ha ido a visitarte Paul Copeland?

—Porque quiere averiguar qué pasó aquella noche en realidad. —Inclinó la cabeza—. ¿Qué le dijiste a Manolo Santiago?

—¡Nada! —gritó—. ¡Absolutamente nada!

—Está bien, Ira. Pero yo necesito saber.

—No necesitas saber nada.

—¿Saber qué? ¿Qué le dijiste, Ira?

—Paul Copeland.

—¿Qué?

—Paul Copeland.

—Ya te he oído, Ira. ¿Qué quieres de él?

Su mirada era casi lúcida.

—Quiero verle.

—De acuerdo.

—Ahora. Quiero verle ahora.

Se estaba poniendo nervioso por momentos. Lucy suavizó el tono.

—Le llamaré, ¿vale? Puedo traerle...

—¡No!

Ira se volvió y miró su pintura. Se le saltaron las lágrimas. Alargó la mano hacia el bosque, como si quisiera desaparecer en él.

—Ira, ¿qué pasa?

—A solas —dijo—. Quiero ver a Paul Copeland a solas.

—¿No quieres que yo venga con él?

Él negó con la cabeza sin dejar de mirar el bosque.

—No puedo decirte estas cosas, Luce. Quiero hacerlo, pero no puedo. Paul Copeland. Dile que venga. Solo. Le diré lo que necesita saber. Y entonces tal vez los fantasmas podrán descansar.

Cuando volví a mi despacho, tuve otro sobresalto.

—Glenda Pérez está aquí —dijo Jocelyn Durels.

—¿Quién?

—Es abogada. Pero dice que la conocerás mejor como hermana de Gil Pérez.

Había olvidado su nombre. Fui directamente a la sala de espera y la vi. Glenda Pérez estaba igual que en aquellas fotos de la repisa de la chimenea.

—¿Señora Pérez?

Se levantó y me estrechó la mano superficialmente.

—Espero que tenga tiempo para recibirme.

—Adelante.

Glenda Pérez no esperó a que le mostrara el camino. Entró en mi despacho con la cabeza alta. La seguí y cerré la puerta. Habría apretado el intercomunicador para decir « No quiero interrupciones », pero me pareció que Jocelyn lo había entendido por nuestro lenguaje corporal.

Le indiqué con un gesto que se sentara. No lo hizo. Yo di la vuelta a mi mesa y me senté. Glenda Pérez se puso las manos en las caderas y me miró furiosa.

—Diga, señor Copeland, ¿le divierte amenazar a la gente mayor?

—Al principio no. Pero qué quiere que le diga, cuando le coges el tranquillo, no está mal, es bastante divertido.

Dejó caer las manos.

—¿Le parece divertido?

—¿Por qué no se sienta, señora Pérez?

—¿Amenazó a mis padres?

—No. Espere, sí. A su padre. Le dije que si no me contaba la verdad haría trizas su mundo e iría a por él y a por sus hijos. Si eso le parece una amenaza, sí, le amenacé.

Le sonreí. Ella se esperaba negativas, disculpas y explicaciones. No le había dado nada de eso, no había alimentado su fuego. Abrió la boca, la cerró y se sentó.

—Bueno, dejémonos de fingimientos —dije—. Su hermano salió vivo de ese bosque hace veinte años. Necesito saber qué pasó.

Glenda Pérez llevaba un traje gris. Las medias eran blancas transparentes. Cruzó las piernas e intentó parecer relajada. No lo logró ni de lejos. Esperé.

—Esto no es verdad. A mi hermano le asesinaron junto con su hermana.

—Creía que íbamos a dejarnos de fingimientos.

Se golpeó los labios con el dedo.

—¿De verdad va a ir a por mi familia?

—Estamos hablando del asesinato de mi hermana. Usted, señora Pérez, debería entenderlo.

—Me lo tomaré como un sí.

—Un sí grande y muy desagradable.

Volvió a golpear los labios. Esperé un poco más.

—¿Qué le parece si le planteo una hipótesis?

Abrí las manos.

—Me encantan las hipótesis.

—Supongamos —empezó Glenda Pérez— que ese fallecido, el tal Manolo Santiago, fuera mi hermano. Siempre en el terreno de la hipótesis.

—Vale, supongámoslo. ¿Qué más?

—¿Qué cree que representaría eso para mi familia?

—Que me mintieron.

—No sólo a usted.

Me recosté en el asiento.

—¿A quién más?

—A todos.

Volvió a empezar con los golpecitos en los labios.

—Como sabe, nuestras familias presentaron una demanda. Sacamos millones. Ahora sería un caso de fraude, ¿no? Hipotéticamente hablando.

No dije nada.

—Utilizamos ese dinero para montar un negocio, para invertir, para mi educación, para la salud de mi hermano. Tomás estaría muerto o en una institución de no haber obtenido ese dinero. ¿Lo entiende?

—Sí.

—E hipotéticamente hablando, si Gil estuviera vivo y nosotros lo hubiéramos sabido, todo el caso se habría basado en una mentira. Estaríamos expuestos a multas y tal vez a un proceso. Más aún, la policía investigó un homicidio cuádruple. Basaron el caso en la creencia de que los cuatro adolescentes habían muerto. Pero si Gil sobrevivió, también podrían acusarnos de obstrucción a una investigación en curso. ¿Lo ve?

Nos miramos. Ahora era ella la que esperaba.

—Su hipótesis tiene otro problema —dije.

—¿De qué se trata?

—Cuatro personas se adentran en el bosque. Uno sale de él vivo. Mantiene en secreto que ha sobrevivido. Se podría concluir, siempre basándose en su hipótesis, que él mató a los otros tres.

Golpeándose el labio.

—Entiendo por qué podría llegar a esta conclusión.

—¿Pero?

—No fue él.

—¿Debo creer en su palabra y ya está?

—¿Es importante?

—Por supuesto que lo es.

—Si mi hermano los mató, todo ha terminado, ¿no? Está muerto. No puede hacerlo volver y juzgarlo.

—Tiene razón.

—Gracias.

—¿Mató su hermano a mi hermana?

—No, no la mató.

—¿Quién la mató?

Glenda Pérez se puso de pie.

—Durante mucho tiempo no lo supe. En nuestra hipótesis. No supe que mi hermano estaba vivo.

—¿Sus padres sí?

—No he venido a hablar de ellos.

—Necesito saber...

—Quién mató a su hermana. Lo comprendo.

—¿Entonces?

—Entonces le diré una cosa más. Y basta. Se lo diré con una condición.

—¿Cuál?

—Que esto siga siendo una hipótesis. Que deje de decir a las autoridades que

Manolo Santiago es mi hermano. Que prometa dejar en paz a mis padres.

—No puedo prometer eso.

—Entonces no puedo decirle lo que sé de su hermana.

Silencio. Ya habíamos llegado. Al punto muerto. Glenda Pérez se levantó para marcharse.

—Es abogada —dije—, si me lo propongo, le retirarán la licencia...

—Ya está bien de amenazas, señor Copeland.

Callé.

—Sé algo de lo que le pasó a su hermana esa noche. Si quiere saber qué es, aceptará el trato.

—¿Aceptará mi palabra sin más?

—No. He redactado un documento legal.

—Me toma el pelo.

Glenda Pérez buscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó los papeles. Los desdobló. Era básicamente un acuerdo de confidencialidad. También dejaba claro que yo no diría ni haría nada para insistir en que Manolo Santiago era Gil Pérez, y que no se podría procesar a sus padres.

—Sabe que esto no tiene valor legal —dije.

Se encogió de hombros.

—Es lo mejor que se me ha ocurrido.

—No lo diré, a menos que sea absolutamente necesario —dije—. No tengo ningún interés en perjudicar a su familia. También dejaré de decirle a York o a quien sea que creo que Manolo Santiago es su hermano. Prometo que haré lo que pueda. Pero ambos sabemos que no puedo prometer más.

Glenda Pérez vaciló. Entonces dobló los papeles, se los metió en el bolsillo y fue hacia la puerta. Puso la mano en el pomo y se volvió a mirarme.

—¿Todavía en el terreno de la hipótesis? —dijo.

—Sí.

—Si mi hermano salió vivo de ese bosque, no salió solo.

Se me heló todo el cuerpo. No podía moverme. No podía hablar. Intenté decir algo, pero no pude. Miré a Glenda Pérez a los ojos. Me sostuvo la mirada. Asintió y pude ver que tenía los ojos húmedos. Se volvió y giró el pomo.

—No juegue conmigo, Glenda.

—No juego, Paul. No sé más. Mi hermano sobrevivió aquella noche. Y su hermana también.

Capítulo 33

El día se estaba rindiendo a las sombras cuando Loren Muse llegó al viejo campamento.

El rótulo decía Urbanización Lago Charmaine. Muse sabía que el terreno era inmenso y se extendía a ambos lados del río Delaware, que separa Nueva Jersey de Pensilvania. El lago y las casas estaban en el lado de Pensilvania. Casi todo el bosque estaba en Nueva Jersey.

Muse odiaba el bosque. Le gustaba el deporte pero no soportaba estar al aire libre. Odiaba los bichos, pescar, vadear, hacer excursiones, encontrar antigüedades raras, el polvo, las oficinas de correos, los cebos, los cerdos de premio, las ferias de agricultura y cualquier cosa de las que consideraba « rurales ».

Se paró frente a la casita donde vivía el guarda de seguridad, mostró su identificación y esperó que se levantara la barrera. No se levantó. El guarda, uno de esos levantapesas hinchados, se llevó dentro su identificación y llamó por teléfono.

—Oiga, que tengo prisa.

—No se ponga histérica.

—Que no me ponga...

Muse estaba que echaba chispas.

Delante de ella se veían luces parpadeantes. Un puñado de coches de policía, se figuró. Seguro que todos los policías en un radio de ochenta kilómetros estaban deseosos de participar.

El guarda colgó el teléfono y se sentó. No se acercó al coche de Muse.

—Yuju —gritó Muse.

El guarda no respondió.

—Oye, tío, que te estoy hablando.

Él se volvió lentamente a mirarla. Maldita sea, pensó ella. El chico era joven y gallito. Eso era un problema. Si tienes a un guarda ya mayorcito, suele ser un tipo bien intencionado que está retirado y aburrido. ¿Una guarda? A menudo era una madre que necesitaba ganar dinero extra. Pero ¿un hombre en plena juventud? Siete de cada diez veces era el más peligroso de los enteradillos, un aspirante a policía que por algún motivo no había entrado en el cuerpo. No era para desprestigiar su propia profesión, pero si a un tipo se le mete en la cabeza ser poli y no lo logra, suele haber una razón, y suele ser algo que preferirías no tener que presenciar.

¿Y qué mejor para compensar tu vida sin sentido que hacer esperar a un investigador jefe, a una investigadora jefe?

—Oiga —intentó Muse, en un tono ligeramente más amable.

—Todavía no puede pasar —dijo él.

—¿Por qué no?

—Tiene que esperar.

—¿A qué?

—Al *sheriff* Lowell.

—¿Al *sheriff* Lobo?

—Lowell. Ha dicho que nadie entra sin su permiso.

El guarda se subió los pantalones, ni más ni menos.

—Soy la investigadora jefe del condado de Essex —dijo Muse.

Él soltó una risita.

—¿Le parece que estamos en el condado de Essex?

—Los que están dentro son mis empleados. Necesito entrar.

—Oiga, no se ponga histérica.

—Muy buena.

—¿Qué?

—Lo de que no me ponga histérica. Ya lo ha utilizado dos veces. Es muy divertido. ¿Puedo utilizarlo cuando realmente tenga que humillar a alguien? Le citaré.

Él cogió un periódico y la ignoró. Muse sopesó la posibilidad de cruzar y cargarse la barrera.

—¿Lleva pistola? —preguntó Muse.

Él dejó el periódico.

—¿Qué?

—Una pistola. ¿Lleva una pistola? Para compensar otras carencias, ya sabe.

—Cállese.

—Yo sí llevo. Miré, si me abre la puerta, le dejaré tocarla.

No dijo nada. Una mierda le dejaría tocarla, puede que le pegara un tiro.

El guarda la miró furioso. Muse se rascó la mejilla con la mano libre, levantando el dedo meñique ostentosamente en su dirección. Por la forma como la miró Muse vio que el gesto le había dolido.

—¿Se está haciendo la lista conmigo?

—Oiga, no se ponga histérico —dijo Muse, apoyando las manos en el volante.

Era una estupidez y Muse lo sabía, pero la verdad es que también era divertido. Le estaba subiendo la adrenalina. Estaba ansiosa por saber qué había descubierto Andrew Barrett. A juzgar por la cantidad de luces parpadeantes, seguro que era algo gordo.

Como un cadáver.

Pasaron dos minutos. Cuando Muse estaba a punto de sacar el arma y obligarle a abrir la barrera, un hombre de uniforme se acercó a su vehículo. Llevaba un sombrero de ala ancha y una placa de *sheriff*. El nombre de la placa decía LOWELL.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita?

—¿Señorita? ¿Es que no le ha dicho quién soy?

—Pues, no, lo siento, sólo ha dicho...

—Soy Loren Muse, la investigadora jefe del condado de Essex. —Muse señaló la garita del guarda—. Minipelotas tiene mi identificación.

—Oiga, ¿qué me ha llamado?

El *sheriff* Lowell suspiró y se secó la nariz con un pañuelo. Tenía una nariz bulbosa y más bien enorme, igual que todos sus rasgos, largos y pendulantes, como si alguien hubiera dibujado una caricatura de él y después la hubiera dejado derretirse al sol. Agitó la mano con el pañuelo en dirección al guarda.

—Calma, Sandy.

—Sandy —repitió Muse. Miró hacia la garita—. ¿No es un nombre de chica?

El *sheriff* Lowell la miró desde encima de la enorme nariz. Seguramente con desaprobación. Muse no podía culparle.

—Sandy, dame la identificación de la señora.

Primero histérica, luego señorita, y ahora señora. Muse se estaba esforzando mucho para no ponerse furiosa. Estaba a menos de dos horas de Newark y de Nueva York, y cualquiera diría que había retrocedido en el tiempo.

Sandy entregó la identificación a Lowell. Éste se sonó la nariz con tanta fuerza y tenía la piel tan flácida que Muse temió que se arrancara parte de ella. Examinó la identificación, suspiró y dijo.

—Deberías haberme dicho quién era, Sandy.

—Pero usted dijo que no entrara nadie sin su permiso.

—Y si me hubieras dicho por teléfono quién era, te lo habría dado.

—Pero...

—Miren —interrumpió Muse—, háganme un favor. Discutan sus modales toscos en la próxima reunión de la logia, ¿vale? Tengo que entrar.

—Aparque a la derecha —dijo Lowell, sin ofenderse—. Sólo se puede acceder a pie. La acompañaré.

Lowell hizo una seña a Sandy con la cabeza y éste apretó un botón que levantó la barrera. Muse se rascó la mejilla con el dedo meñique otra vez al pasar. Sandy se desesperó, impotente, lo que a Muse le pareció muy oportuno.

Aparcó y Lowell se reunió con ella. Llevaba dos linternas y le entregó una. La paciencia de Muse empezaba a agotarse. La cogió de mala manera y dijo:

—Bueno, y a está bien, ¿por dónde?

—Usted sí que sabe cómo tratar a la gente —dijo él.

—Gracias, *sheriff*.

—Por la derecha. Vamos.

Muse vivía en un piso asqueroso de dos habitaciones o sea que no podía hablar mucho, pero aun sin entender demasiado, aquella urbanización cerrada parecía exactamente igual a cualquier otra, excepto que el arquitecto había pretendido darle un aspecto rústico y no lo había logrado. El exterior de aluminio simulaba

falsos troncos de cabaña, un aspecto de lo más ridículo en una inmensa urbanización de edificios de tres pisos. Lowell bajó de la acera y se metió en una pista.

—¿Sandy le ha dicho que no se pusiera histérica? —preguntó Lowell.

—Sí.

—No se ofenda. Se lo dice a todo el mundo. Incluso a los hombres.

—Debe de ser la alegría de su grupo de caza.

Muse contó siete coches patrulla y tres vehículos de urgencias de diferentes clases. Todos tenían las luces parpadeantes en marcha. Muse no podía imaginarse para qué. Los residentes, una mezcla de viejos y familias jóvenes, estaban observando no se sabe qué, atraídos por las innecesarias luces.

—¿Es muy lejos? —preguntó Muse.

—Unos dos kilómetros. ¿Quiere aprovechar para hacer una visita por el camino?

—¿Una visita de qué?

—Del lugar en el que se produjeron los asesinatos. Pasaremos por donde hallaron uno de los cadáveres hace veinte años.

—¿Trabajó en el caso?

—Periféricamente —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—Periféricamente. Me ocupé de aspectos relativamente menores o poco importantes. Me movía por los márgenes. Periféricamente.

Muse le miró.

Lowell podía estar sonriendo, pero era difícil saberlo con tanto colgajo.

—No está mal para un pueblerino tosco como yo, ¿eh?

—Estoy deslumbrada —dijo Muse.

—Puede que le convenga ser un poco más simpática conmigo.

—¿Por qué dice eso?

—Primero, manda hombres a buscar un cadáver a mi condado sin informarme. Segundo, éste es mi escenario del crimen. Usted es una invitada mía.

—¿No me vendrá ahora con el rollo de la jurisdicción?

—No —dijo él—. Pero me gusta parecer duro. ¿Cómo lo he hecho?

—Psé. ¿Podemos seguir con la visita?

—Claro.

El sendero se fue estrechando hasta que prácticamente desapareció. Subieron por las rocas y rodearon los árboles. Muse siempre había sido un poco muchachote. Le gustaba la actividad. Sus zapatos podían aguantarlo, y que Flair Hickory se fastidiara.

—Espere —dijo Lowell.

El sol seguía bajando. El perfil de Lowell se veía recortado. Se quitó el

sombrero y se sonó de nuevo.

—Aquí es donde hallaron al chico de los Billingham.

Doug Billingham.

Fue como si el bosque entendiera las palabras y el viento susurrara una vieja canción. Muse miró. Un chico. Billingham tenía diecisiete años. Le habían encontrado con ocho heridas de arma blanca, casi todas defensivas. Había peleado con el agresor. Miró a Lowell, que tenía la cabeza baja y los ojos cerrados.

Muse recordó otra cosa, algo del expediente. Lowell. Eso era. El nombre.

—Una mierda periféricamente —dijo—. Usted era el jefe.

Lowell no contestó.

—No lo entiendo. ¿Por qué no me lo ha dicho?

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no me dijo que estaba reabriendo mi caso?

—Porque no ha sido así. No sabía que tuviéramos nada hasta ahora.

—O sea que han topado con una mina de oro por pura casualidad —dijo él.

A Muse no le gustó el cariz que estaba tomando la conversación.

—¿A qué distancia estamos del lugar donde encontraron a Margot Green? —preguntó Muse.

—A un kilómetro al sur.

—Primero encontraron a Margot Green, ¿no?

—Sí. Veamos, por donde hemos entrado, donde están las casas, ahí se encontraba el campamento de chicas. Las cabañas, digamos. Las de los chicos estaban al sur. La chica Green fue hallada cerca de allí.

—¿Cuánto tardaron en localizar a Billingham tras encontrar a Green?

—Treinta y seis horas.

—Es mucho tiempo.

—Es mucho terreno.

—Aun así. ¿Estaba tirado en el suelo?

—No, le habían enterrado superficialmente. Por eso no debieron de verlo la primera vez que pasaron. Cuando se trata de chicos desaparecidos todo el mundo se apunta y quiere ayudar a cubrir más terreno. Pasaron por encima de él. No se dieron cuenta de que estaba aquí.

Muse miró al suelo. No había nada destacable. Había una cruz, como uno de esos recuerdos improvisados que se ponen en los lugares donde se ha producido un accidente de coche. Pero la cruz estaba casi tumbada. No había foto de Billingham. Ni recuerdos, ni flores ni peluches. Sólo una cruz hecha polvo. Sola en el bosque. Muse casi se estremeció.

—Probablemente ya lo sabe, pero el asesino se llamaba Wayne Steubens. Resultó que era un monitor. Se han elaborado muchas teorías sobre lo que pasó aquella noche, pero el consenso parece ser que Steubens liquidó primero a los

chicos desaparecidos, Pérez y Copeland. Los enterró. Empezó a excavar una tumba para Douglas Billingham cuando encontraron a Margot Green. Entonces se marchó. Según el criminólogo de Quantico, para él enterrar los cuerpos era parte de la emoción. Supongo que ya sabe que Steubens enterró a todas las demás víctimas, ¿verdad? Las de los otros estados.

—Sí, ya lo sé.

—¿Sabía que dos de ellos todavía estaban vivos cuando los enterró?

También lo sabía.

—¿Tuvo ocasión de interrogar a Wayne Steubens? —preguntó Muse.

—Hablamos con todos en ese campamento.

Lo dijo lenta y cuidadosamente. A Muse se le despertó una alarma en la cabeza. Lowell continuó.

—Sí, el tal Steubens me puso los pelos de punta, al menos es lo que pienso ahora. Pero puede que sea un efecto posterior, ya no lo sé. No había pruebas que relacionaran a Steubens con los asesinatos. De hecho, no había nada que relacionara a nadie con ellos. Encima Steubens era rico. Su familia contrató a un abogado. Como se puede imaginar, el campamento se vació enseguida. Todos los chicos volvieron a casa. A Steubens lo mandaron al extranjero el siguiente semestre. A una escuela de Suiza, creo.

Muse todavía miraba la cruz.

—¿Quiere que sigamos?

Ella asintió y se pusieron a caminar.

—¿Desde cuándo es investigadora jefe? —preguntó Lowell.

—Hace unos meses.

—¿Y antes?

—Tres años en homicidios.

Él volvió a secarse la nariz.

—No se vuelve más fácil, ¿verdad?

La pregunta parecía retórica, así que Muse no contestó y siguió caminando.

—No es la indignación —dijo él—. Ni siquiera son los muertos. Ellos ya no están. No puedes hacer nada. Es lo que queda atrás, el eco. Este bosque por el que camina. Algunos viejos creen que se oye un eco aquí. No es tan raro si te pones a pensarlo. Seguro que Billingham gritó. Él grita, resuena, rebota adelante y atrás, el sonido va disminuyendo, pero no llega a desaparecer nunca del todo. Como si una parte de él siguiera gritando, incluso ahora. El asesinato resuena así.

Muse mantuvo la cabeza baja, mirando dónde ponía los pies en el suelo accidentado.

—¿Ha conocido a alguna de las familias de las víctimas?

Ella lo pensó.

—Sólo a mi jefe.

—Paul Copeland —dijo Lowell.

—¿Se acuerda de él?

—Ya le he dicho que interrogué a todo el mundo del campamento.

La alarma volvió a sonar en la cabeza de Muse.

—¿Fue él quien le hizo investigar el caso? —preguntó Lowell.

Muse no contestó.

—El asesinato es injusto —siguió él—. Es como si Dios tuviera un plan y un orden natural. Lo crea y alguien decide desbaratarlo. Si resuelves el caso, es una ayuda. Pero es como si arrugaras una lámina de aluminio. Al encontrar al asesino vuelves a extenderla, pero para la familia, nunca recupera su forma.

—¿Una lámina de aluminio?

Lowell se encogió de hombros.

—Está hecho un filósofo, *sheriff*.

—Mire a su jefe a los ojos de vez en cuando. Lo que pasó en este bosque aquella noche sigue allí. Todavía resuena, ¿no?

—No lo sé —dijo Muse.

—Y yo no sé si usted debería estar aquí.

—¿Por qué lo dice?

—Porque yo interrogué a su jefe aquella noche.

Muse paró de caminar.

—¿Me está diciendo que existe un conflicto de intereses?

—Creo que es exactamente lo que podría estar diciendo.

—¿Paul Copeland fue sospechoso?

—El caso sigue abierto. A pesar de su interferencia, sigue siendo mi caso. Por lo tanto, no le responderé a esto. Pero sí le diré una cosa: mintió sobre lo ocurrido.

—Era un chico que tenía que hacer guardia. No sabía lo importante que era.

—Eso no es excusa.

—Pero después dijo la verdad, ¿no?

Lowell no respondió.

—He leído el expediente —continuó Muse—. Se escapó y no hizo lo que debía hacer durante la guardia. Hablando de estar destrozado, ¿qué le parece el sentimiento de culpa que debe de sentir? Seguro que echa de menos a su hermana. Pero creo que le consume más el sentimiento de culpa.

—Es interesante.

—¿Qué?

—Ha dicho que le consume el sentimiento de culpa —dijo Lowell—. ¿Qué clase de culpa?

Muse siguió caminando.

—Es curioso, ¿no le parece?

—¿Qué? —preguntó Muse.

—Que aquella noche dejara su puesto. Piénselo un momento. Un chico tan responsable. Todos decían lo mismo de él. Y de repente, la noche que los

campistas se escapan, la noche que Wayne Steubens planea cometer un asesinato, Paul Copeland decide portarse mal.

Muse no dijo nada.

—Querida colega, esto siempre me ha parecido demasiada coincidencia.

Lowell sonrió y se volvió.

—Venga, está oscureciendo y usted quiere ver lo que ha encontrado su amigo Barrett —dijo.

Después de que Glenda Pérez se marchara, no lloré, pero estuve a punto.

Me quedé sentado, solo, estupefacto, sin saber qué hacer, qué pensar o qué sentir. Me temblaba todo el cuerpo. Me miré las manos. Me temblaban de mala manera. Incluso hice eso que haces cuando crees que puedes estar soñando. Efectué todas las comprobaciones y no estaba soñando. Era real.

Camille estaba viva.

Mi hermana había salido viva del bosque. Como Gil Pérez

Llamé a Lucy al móvil.

—Hola —dijo.

—No te vas a creer lo que acaba de decirme la hermana de Gil Pérez.

—¿Qué?

La puse al corriente. Cuando llegué a la parte de que Camille había salido viva del bosque, Lucy pegó un grito.

—¿Lo crees? —preguntó.

—¿Lo de Camille?

—Sí.

—¿Por qué iba a decirlo si no fuera verdad?

Lucy no dijo nada.

—¿Qué? ¿Crees que miente? ¿Qué motivos tendría?

—No lo sé, Paul. Pero nos faltan muchas piezas.

—Lo comprendo, pero piensa un momento: Glenda Pérez no tiene motivos para mentirme sobre esto.

Silencio.

—¿Qué pasa, Lucy?

—Es que es muy raro. Si tu hermana está viva, ¿dónde demonios ha estado todo este tiempo?

—No lo sé.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Lo pensé un momento, intentando serenarme. Era una buena pregunta. ¿Ahora qué? ¿Qué hacía ahora?

—He vuelto a hablar con mi padre —dijo Lucy.

—¿Y qué?

- Recuerda algo sobre aquella noche.
—¿El qué?
—No quiere decírmelo. Ha dicho que sólo te lo dirá a ti.
—¿A mí?
—Sí. Ira ha dicho que quiere verte.
—¿Ahora?
—Si tú quieres.
—Quiero. ¿Paso a recogerte?
Ella vaciló.
—¿Qué?
—Ira ha dicho que quiere que vayas solo. Que no hablará delante de mí.
—De acuerdo.
Más vacilación.
—¿Paul?
—¿Qué?
—Recógeme de todos modos. Esperaré en el coche.

Los detectives de homicidios York y Dillon estaban en la «sala de tecnología» comiendo *pizza*. La sala era en realidad un lugar de reunión donde tenían televisores, vídeos y cosas por el estilo.

Entró Max Reynolds.

—¿Cómo va?

—Esta *pizza* es un asco —dijo Dillon.

—Estamos en Nueva York, ni más ni menos. La Gran Manzana. El hogar de la *pizza*. Y esto sabe a caca de perro.

Reynolds encendió el televisor.

—Siento que la comida no esté a tu gusto.

—¿Exagero? —Dillon miró a York—. A ver, ¿esto sabe a vómitos o soy yo?

—Es la tercera porción que te comes —dijo York

—Y probablemente la última. Para que veáis que lo digo en serio.

York miró a Max Reynolds.

—¿Qué tienes para nosotros?

—Creo que he encontrado a nuestro hombre. O al menos, su coche.

Dillon pegó un buen tirón a la *pizza* con los dientes.

—Menos hablar y más actuar.

—Hay una tienda en la esquina a dos calles de donde encontraron el cadáver —empezó Reynolds—. El dueño ha tenido problemas de robos de los artículos que tiene en la calle. Así que ha enfocado la cámara en esa dirección.

—¿Un coreano? —preguntó Dillon.

—¿Cómo dices?

—El dueño de la tienda. ¿Es coreano?

—No estoy seguro. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Me juego lo que sea a que es coreano. Por eso pone la cámara enfocando hacia fuera, por si le roban una naranja. Después empieza a gritar que paga los impuestos cuando probablemente tiene a diez ilegales trabajando en el local y exige que alguien haga algo. Como si la policía pudiera perder el tiempo mirando sus cintas baratas y borrosas para encontrar al ladrón de fruta.

Calló y York miró a Reynolds.

—Sigue.

—En fin, la cámara nos da una visión parcial de la calle. Nos pusimos a buscar coches así de antiguos, de más de treinta años, y mirad lo que hemos encontrado.

Reynolds ya tenía la cinta puesta en el sitio pertinente. Se vio un antiguo Volkswagen Escarabajo y él congeló la imagen.

—¿Este es nuestro coche? —preguntó York

—Un Volkswagen Escarabajo de 1971. Uno de nuestros expertos dice que lo sabe por la suspensión MacPherson delantera y por el maletero frontal. Más importante aún, esta clase de coche concuerda con las fibras de alfombra que encontramos en la ropa del señor Santiago.

—Joder —dijo Dillon.

—¿Se ve la matrícula? —preguntó York

—No. Sólo tenemos una imagen lateral. Ni una parte, ni siquiera el estado.

—Pero ¿cuántos Volkswagens Escarabajo amarillos originales puede haber en circulación? —dijo York—. Empezamos por los vehículos matriculados en Nueva York, y después Nueva Jersey y Connecticut.

Dillon asintió y habló mientras masticaba como una vaca.

—Podríamos encontrar algo.

York se volvió hacia Reynolds.

—¿Algo más?

—Dillon tenía razón, la calidad no es buena. Pero si lo amplió —apretó un botón y la imagen creció—, tenemos una visión parcial del hombre.

Dillon entornó los ojos.

—Parece Jerry García o algo así.

—Cabellos grises largos, barba gris larga —convino Reynolds.

—¿Ya está?

—Ya está.

—Empecemos por buscar en tráfico. Este coche no puede ser difícil de localizar —dijo York a Dillon.

Capítulo 34

Las acusaciones del *sheriff* Lowell resonaron en la quietud del bosque.

Lowell, que no era tonto, pensaba que Paul Copeland había mentido sobre los asesinatos.

¿Habría mentido? ¿Era importante?

Muse lo pensó un momento. Le gustaba Cope, eso estaba claro. Era un jefe estupendo y un fiscal de primera. Pero las palabras de Lowell la habían hecho retroceder. Le recordaban lo que ya sabía: era un caso de homicidio. Como cualquier otro. Te lleva donde te lleva, aunque te lleve a tu jefe.

Sin favoritismos.

Unos minutos después se oyeron ruidos cerca y Muse distinguió a Andrew Barrett, que hacía de su cuerpo desgarbado, todo extremidades largas, codos y movimientos raros y bruscos, una obra de arte. Empujaba lo que parecía un cochecito de niño. Tenía que ser la XRJ. Muse lo llamó. Barrett levantó la cabeza, evidentemente molesto por la interrupción. Cuando vio quién era, su cara se iluminó.

—¡Hola, Muse!

—Andrew.

—Cuánto me alegro de verte.

—Ya —dijo ella—. ¿Qué haces?

—¿Cómo que qué hago? —Dejó la máquina. Había tres jóvenes con sudaderas de John Jay pululando al lado de él, estudiantes probablemente—. Busco tumbas.

—Creía que habías encontrado algo.

—Sí. Está ahí delante, a unos cien metros. Pero creía que faltaban dos cadáveres y he pensado que era mejor no dormirse en los laureles, por decirlo de algún modo.

Muse tragó saliva.

—¿Has encontrado un cadáver?

La cara de Barrett mostraba el fervor normalmente reservado para las reuniones religiosas.

—Muse, esta máquina es una pasada. Hemos tenido suerte, eso también. No ha llovido en esta zona desde... no sé, ¿desde cuándo, *sheriff*?

—Dos o tres semanas —dijo Lowell.

—Eso ayuda. Mucho. El suelo seco. ¿Sabes algo de cómo funciona el radar que penetra en el suelo? Le he cargado 800 MHz a este trasto. Eso sólo me da un metro veinte, pero ¡qué metro veinte! La mayoría de las veces se busca demasiado profundo. Pero muy pocos asesinos cavan más de un metro o un metro veinte. El otro problema es que las máquinas actuales tienen dificultades para diferenciar entre objetos de la misma medida. Por ejemplo, una cañería o

unas raíces profundas y lo que queremos: huesos. La XRJ no sólo te da imágenes transversales más claras del suelo, sino que además tiene el nuevo ampliador en 3D...

—¿Barrett? —dijo Muse.

Él se levantó las gafas.

—¿Qué?

—¿Te parece que tengo el más ligero interés en cómo funciona tu máquina?

Volvió a bajarse las gafas.

—Ah...

—Lo único que me importa es que tu trasto funcione. Así que cuéntame lo que has encontrado antes de que le pegue un tiro a alguien.

—Huesos, Muse —dijo con una sonrisa—. Hemos encontrado huesos.

—Humanos, ¿no?

—Sin duda. De hecho, lo primero que hemos encontrado ha sido un cráneo. Entonces hemos parado de cavar. Ahora lo están haciendo los profesionales.

—¿Cuántos años tienen?

—¿Qué, los huesos?

—No, Barrett, el roble. Sí, los huesos.

—¿Y cómo voy a saberlo? La forense tendrá una idea. Está en la escena del crimen.

Muse echó a correr. Lowell la siguió. Frente a ella podía distinguir unos faros potentes, como si estuvieran en un plató de cine. Sabía que muchos equipos de excavación utilizaban voltaje potente incluso cuando excavaban a plena luz del día. Como le había dicho un técnico en escenas del crimen, las luces potentes ayudan a diferenciar el oro de los restos del pecio: « Sin la luz es como juzgar si una tía es guapa estando borracho en un bar oscuro. Puedes pensar que tienes algo, pero por la mañana te gustaría arrancarte un brazo » .

Lowell señaló a una mujer atractiva con guantes de goma. Muse se imaginó que sería otra estudiante, porque no tendría ni treinta años. Llevaba los cabellos largos negro azabache pulcramente recogidos, como una bailarina de flamenco.

—Es la doctora O'Neill —dijo Lowell.

—¿Es su forense?

—Sí. ¿Sabía que aquí es un cargo electo?

—¿Quiere decir que hacen campañas y todo eso? ¿En plan: hola, soy la doctora O'Neill y me porto de maravilla con los muertos?

—Le daría una respuesta ingeniosa —replicó Lowell—, pero ustedes los urbanitas son demasiado listos para nosotros los paletos.

Al acercarse más Muse se dio cuenta de que « atractiva » podía considerarse un eufemismo en aquel caso. Tara O'Neill estaba como un tren. Muse se fijó en que su físico distraía también a los otros miembros del equipo. El forense no está al mando de una escena del crimen. La policía manda. Pero todos se pasaban el

rato mirando disimuladamente a Tara O'Neill. Muse se acercó a ella rápidamente.

—Soy Loren Muse, investigadora jefe del condado de Essex.

La mujer le ofreció una mano enguantada.

—Tara O'Neill, forense.

—¿Qué puede decirme del cadáver?

Ella la miró cautelosamente, pero Lowell le hizo una seña dándole el visto bueno.

—¿Es usted quien mandó al señor Barrett aquí? —preguntó O'Neill.

—Sí.

—Es un personaje interesante.

—Soy consciente de ello.

—Pero esa máquina funciona. No sé cómo se las ha arreglado para encontrar estos huesos. Pero es bueno. Supongo que fue una suerte que tropezara primero con el cráneo.

O'Neill parpadeó y miró a otra parte.

—¿Algún problema? —preguntó Muse.

Ella meneó la cabeza.

—Yo crecí aquí. Solía jugar por aquí, justo en este sitio. Se diría que debería haber sentido algo, no sé, un escalofrío. Pero nada de nada. —Muse agitó los pies, y esperó—. Yo tenía diez años cuando esos adolescentes desaparecieron. Mis amigos y yo solíamos caminar por aquí. Encendíamos hogueras. Nos inventábamos historias en las que los dos chicos que nunca se encontraron seguían aquí, observándonos; eran muertos vivientes que nos perseguirían y nos matarían. Una estupidez. Sólo una forma de hacer que tu novio te dejara su chaqueta y te abrazara.

Tara O'Neill sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Doctora O'Neill?

—Sí.

—Dígame qué ha descubierto, por favor.

—Todavía estamos en ello, pero por lo que puedo ver tenemos un esqueleto bastante completo. Se ha encontrado a menos de un metro de profundidad. Necesitaré llevar los huesos al laboratorio para hacer una identificación positiva.

—¿Qué puede decirme ahora?

—Venga por aquí.

Acompañó a Muse al otro lado del hoyo. Los huesos estaban etiquetados y dispuestos sobre una lona azul.

—¿No hay ropa? —preguntó Muse.

—No.

—¿Se ha desintegrado o enterraron el cadáver desnudo?

—No puedo asegurarlo. Pero como no hay monedas, ni joyas, ni botones ni

cremalleras, ni siquiera zapatos, que normalmente duran mucho más tiempo, diría que lo enterraron desnudo.

Muse miró fijamente el cráneo marrón.

—¿Causa de la muerte?

—Es demasiado pronto para saberlo. Pero algunas cosas sí sabemos.

—¿Cuáles?

—Los huesos están en muy mal estado. No estaban enterrados muy hondo y llevan mucho tiempo aquí.

—¿Como cuánto?

—No sabría decirle. El año pasado hice un curso de muestras de tierra en escenas del crimen. Por la forma como se ha modificado la tierra se puede saber cuánto tiempo lleva excavado un hoyo. Pero esto es muy preliminar.

—Lo que sea. ¿Un cálculo?

—Los huesos llevan aquí bastante tiempo. Yo diría que al menos quince años. En resumen, y para responder a la pregunta que tiene en la cabeza, es consistente, muy consistente con el margen de tiempo en que tuvieron lugar los asesinatos en este bosque, hace veinte años.

Muse tragó saliva y preguntó lo que realmente quería consultar desde el principio.

—¿Puede decirme el sexo? ¿Puede decirme si los huesos pertenecen a un varón o a una mujer?

Una voz grave las interrumpió.

—Eh, doctora.

Era uno de los técnicos, con el anorak exigido para todos los de su equipo. Era un hombre tosco, con una barba poblada y una buena barriga. Tenía una palita en la mano y respiraba con la pesadez característica de los que no están en forma.

—¿Qué pasa, Terry? —preguntó O'Neill.

—Creo que ya lo tenemos todo.

—¿Quieres dejarlo?

—Por esta noche, creo que sí. Puede que tengamos que volver mañana para asegurarnos. Pero nos gustaría llevarnos ahora el cadáver, si te parece bien.

—Concédeme dos minutos —dijo O'Neill.

Terry asintió y las dejó solas. Tara O'Neill siguió mirando los huesos.

—¿Tiene conocimientos sobre el esqueleto humano, investigadora Muse?

—Alguno.

—Sin un examen concienzudo, puede ser bastante difícil diferenciar entre el esqueleto masculino y el femenino. Una de las cosas en las que nos podemos basar es el tamaño y la densidad de los huesos. Los masculinos tienen tendencia a ser más gruesos y más grandes, por supuesto. A veces la altura de la víctima puede ayudar: los hombres suelen ser más altos. Pero estas cosas a menudo no son definitivas.

—¿Me está diciendo que no lo sabe?

O'Neill sonrió.

—No estoy diciendo eso en absoluto. Se lo enseñaré, si me permite.

Tara O'Neill se puso en cuclillas y Muse la imitó. O'Neill tenía una linterna pequeña en la mano, de las que proyectan un haz estrecho pero potente.

—He dicho que era bastante difícil, no imposible. Mire.

Apuntó la luz hacia el cráneo.

—¿Sabe lo que está mirando?

—No —dijo Muse.

—Primero, los huesos parecen ser más bien ligeros. Segundo, mire el punto donde deberían estar las cejas.

—Vale.

—Eso se conoce técnicamente como cresta supraorbital. Es más pronunciada en los varones. Las mujeres tienen frentes muy verticales. Este cráneo se ha gastado, pero se ve que la cresta no es pronunciada. Pero la clave, lo que quiero que vea, es la zona pélvica, más concretamente la cavidad pélvica.

Desvió la linterna.

—¿Lo ve?

—Sí, lo veo, creo. ¿Y qué?

—Es muy ancha.

—¿Qué significa eso?

Tara O'Neill apagó la linterna.

—Significa —dijo O'Neill, poniéndose en pie— que su víctima es caucásica, que media uno setenta más o menos, la misma altura que Camille Copeland, por cierto, y sí, era una mujer.

—No lo vas a creer —dijo Dillon.

York levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Tengo una concordancia para el Volkswagen. Sólo hay catorce que coinciden en la zona de los tres estados. Pero éste es el ganador. Uno matriculado a nombre de un tal Ira Silverstein. ¿Te suena?

—¿No era el dueño del campamento?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que al fin y al cabo Copeland tenía razón?

—Tengo la dirección de Ira Silverstein —dijo Dillon—. Una especie de centro de rehabilitación.

—¿A qué esperas, pues? —dijo York—. Vámonos pitando.

Capítulo 35

Cuando Lucy subió al coche, apreté enseguida el botón del reproductor de CD. *Back in Your Arms* de Bruce empezó a sonar. Ella sonrió.

—¿Ya lo has descargado?

—Sí.

—¿Te gusta?

—Mucho. He añadido algunas canciones más. Una grabación pirata de uno de los conciertos en solitario de Springsteen. *Drive All Night*.

—Esa canción siempre me hace llorar.

—Todas las canciones te hacen llorar —dije.

—*Super Freak* de Rick James, no.

—Me doy por corregido.

—Ni *Promiscuous*. Ésa tampoco me hace llorar.

—¿Ni siquiera cuando Nelly canta *Is your game MVP like Steve Nash*?

—Ay, qué bien me conoces.

Sonreí.

—Pareces tranquilo para ser alguien que acaba de saber que su difunta hermana podría estar viva.

—Compartimentar.

—¿Eso es una palabra?

—Es lo que hago. Pongo las cosas en cajas diferentes. Así soporto esta locura. Me limito a ponerla en otro sitio un rato.

—Compartimentar —repitió Lucy.

—Exactamente.

—Los psicólogos disponemos de otra palabra para compartimentar —dijo Lucy—. Lo llamamos «Negación a lo grande».

—Llámalo como quieras. Algo se está moviendo, Luce. Encontraremos a Camille. Estará bien.

—Los psicólogos también tenemos una palabra para esto. Lo llamamos «Pensamiento iluso o incluso engañoso».

Conduje un rato más.

—¿Qué puede ser lo que tu padre ha recordado? —pregunté.

—No lo sé. Pero sabemos que Gil Pérez le visitó. Creo que esa visita removió algo en la cabeza de Ira. No sé qué. Puede que no sea nada. No está bien. Puede ser algo que se ha imaginado o que se ha inventado.

Aparcamos en una plaza cerca del Volkswagen Escarabajo de Ira. Fue curioso ver aquel viejo coche. Debería haberme hecho volver al pasado. Solía pasearse con él por el campamento. Sacaba la cabeza por la ventanilla y sonreía y realizaba pequeñas entregas. Dejaba que los campistas lo decoraran y fingía que participaba en un desfile. Pero ahora el viejo Volkswagen no despertó

ninguna emoción en mí.

Mi compartimentación se estaba resquebrajando. Porque tenía esperanza.

Tenía la esperanza de encontrar a mi hermana. Tenía la esperanza de estar conectando con una mujer por primera vez desde la muerte de Jane, de poder volver a sentir el latido de un corazón junto al mío.

Intenté avisarme a mí mismo. Intenté recordar que la esperanza era la más cruel de todas las damas, que puede estrujarte el corazón como una taza de poliestireno. Pero ahora mismo no quería pensarlo. Quería la esperanza. Quería aferrarme a ella y dejar que me hiciera sentir ligero por un rato.

Miré a Lucy. Ella sonrió y sentí que algo se me desgarraba en el pecho. Hacía tanto tiempo que no me sentía así, que no notaba aquella sensación de embriaguez. Entonces me sorprendí a mí mismo. Le cogí la cara con ambas manos y la acerqué a la mía. Su sonrisa desapareció. Sus ojos buscaron los míos. Alcé su mentón hacia arriba y la besé tan suavemente que casi me dolió. Sentí un sobresalto. Oí que jadeaba. Me devolvió el beso.

Me sentía felizmente hecho trizas por ella.

Lucy bajó la cabeza hacia mi pecho. Oí que sollozaba bajito. La solté. Le acaricié el pelo y luché contra la sensación de descontrol. No sé cuánto rato estuvimos así. Puede que fueran cinco minutos, puede que fueran quince. La verdad es que no lo sé.

—Será mejor que entres —dijo.

—¿Te quedarás aquí?

—Ira lo dejó claro. Tú solo. Pondré en marcha su coche, para que la batería no se descargue.

No volví a besarla. Bajé del coche y subí por el camino. El paisaje circundante era pacífico y verde. Me pareció que la mansión era de ladrillo y estilo georgiano, casi perfectamente rectangular, con columnas blancas en la parte frontal. Me recordó una fraternidad a gran escala.

Había una mujer en recepción. Le di mi nombre. Me pidió que firmara el libro de visitas. Lo hice. Realizó una llamada y habló en un susurro. Esperé, escuchando la versión hilo musical de algo de Neil Sedaka, que era un poco como escuchar una versión hilo musical del hilo musical.

Por el pasillo se acercó una pelirroja con ropa de calle. Llevaba una falda y las gafas colgando del cuello. Parecía una enfermera intentando no parecer una enfermera.

—Soy Rebecca —dijo.

—Paul Copeland.

—Le acompañaré a ver al señor Silverstein.

—Gracias.

Esperaba que siguiéramos por el pasillo, pero me llevó a la parte de atrás y después fuera. Los jardines estaban bien cuidados. Era un poco temprano para

encender las luces, pero ya estaban encendidas. Una hilera de densos setos rodeaba el recinto a modo de perros guardianes.

Localicé enseguida a Ira Silverstein.

Había cambiado y al mismo tiempo no había cambiado nada. Hay gente así. Se hacen mayores, los cabellos se les vuelven grises, se ensanchan, se encogen, pero siguen siendo igual que antes. Esto era lo que sucedía en el caso de Ira.

—¿Ira?

En el campamento nadie utilizaba apellidos. Los adultos eran tía o tío, pero yo no me veía llamándole tío Ira.

Ira llevaba un poncho que yo había visto por última vez en un documental de Woodstock. Calzaba sandalias. Se levantó con lentitud y me abrazó. El campamento también era así. Todo el mundo se abrazaba. Todos se amaban. Todo era muy *kumbayá*^[4]. Me fundí en su abrazo. Me apreté con todas sus fuerzas. Sentía su barba en mi mejilla.

Me soltó y dijo a Rebecca:

—Déjanos solos.

Rebecca se volvió. Ira me guio hasta un banco de cemento y madera verde del parque. Nos sentamos.

—Estás igual, Cope —dijo.

Se acordaba de mi apodo.

—Lo mismo que tú.

—Los malos años deberían notarse más en nuestros rostros, ¿no?

—Supongo que sí, Ira.

—¿A qué te dedicas ahora?

—Soy el fiscal del condado.

—¿En serio?

—Sí.

Frunció el ceño.

—Una institución muy seria.

El Ira de siempre.

—No proceso activistas antiguerra —dije para tranquilizarlo—. Me dedico a los asesinos y los violadores. Esa clase de gente.

Entornó los ojos.

—¿Por eso has venido?

—¿Cómo?

—¿Intentas encontrar asesinos y violadores?

No sabía qué pensar de eso, así que le seguí la corriente.

—Bueno, en cierto modo, así es. Intento averiguar qué pasó aquella noche en el bosque.

Ira cerró los ojos.

—Lucy me ha dicho que querías verme —dije.

—Sí.

—¿Por qué?

—Quiero saber por qué has vuelto.

—No me había ido a ninguna parte.

—Le rompiste el corazón a Lucy.

—Le escribí. Intenté llamarla. Ella no me contestó.

—Aun así. Sufrió mucho.

—No era mi intención que sufriera.

—¿Y ahora por qué has vuelto?

—Quiero averiguar qué le pasó a mi hermana.

—La asesinaron. Como a los demás.

—No, a ella no.

No dijo nada. Decidí insistir un poco.

—Tú ya lo sabes, Ira. Gil Pérez vino a verte, ¿no?

Ira apretó los labios.

—Seco.

—¿Qué?

—Estoy seco. Tenía un amigo de Cairns. Está en Australia. El tipo más enrollado que he conocido. Siempre decía « Un hombre no es un camello » . Era su forma de pedir una copa.

Ira sonrió.

—No creo que te den una copa aquí, Ira.

—Ah, ya lo sé. Tampoco he sido nunca un gran bebedor. Yo estaba más por lo que ahora llaman « drogas recreativas » . Me refería a agua. En esa nevera tienen Poland Spring. ¿Sabías que Poland Spring llega directamente a ti desde Maine?

Se rio y no me molesté en decirle que el anuncio de la radio no era así. Se levantó y avanzó tambaleándose hacia la derecha. Le seguí. Había una nevera en forma de baúl con el logo de los New York Rangers. Abrió la tapa, cogió una botella, me la dio y cogió otra para él. La destapó y bebió a morro. Le cayó agua en la cara, y el blanco de la barba se volvió gris oscuro.

—Ahhhh —resopló al terminar.

Intenté redirigir la conversación.

—Le dijiste a Lucy que querías verme.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque estás aquí.

Esperé un poco más.

—Estoy aquí porque me pediste que viniera —dije lentamente.

—No quiero decir aquí, en este lugar; quiero decir aquí, en nuestra vida.

—Ya te lo he dicho, sólo quiero averiguar...

—¿Por qué ahora?

Otra vez esa pregunta.

—Porque Gil Pérez no murió aquella noche —dije—. Volvió. Te visitó, ¿no?

Los ojos de Ira se pusieron a mirar a lo lejos y empezó a caminar. Me puse a su lado.

—¿Estuvo aquí, Ira?

—No utilizó ese nombre —dijo.

Siguió caminando y noté que cojeaba. Tenía la cara contorsionada por el dolor.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—Necesito caminar.

—¿Adónde?

—Hay caminos. En el bosque. Ven.

—Ira, no he venido a...

—Dijo que se llamaba Manolo algo. Pero yo supe quién era. El pequeño Gilly Pérez. ¿Te acuerdas de él? ¿De aquella época?

—Sí.

Ira sacudió la cabeza.

—Un buen chico. Pero fácil de manipular.

—¿Qué quería?

—No me dijo quién era. Al principio no. No estaba exactamente igual, pero había algo en sus gestos, ¿entiendes? Puedes disimular cosas. Puedes engordar. Pero Gil seguía teniendo ese ligero ceceo. Se movía de la misma manera. Como si estuviera alerta todo el rato. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí.

Creía que el recinto estaría cerrado, pero no lo estaba. Ira cruzó por un hueco entre los setos. Le seguí. Frente a nosotros había una colina boscosa. Ira cogió el camino.

—¿Puedes marcharte?

—Claro. Estoy aquí voluntariamente. Puedo entrar y salir cuando me place.

Siguió caminando.

—¿Qué te dijo Gil? —pregunté.

—Quería saber qué sucedió aquella noche.

—¿No lo sabía?

—Sabía algo. Quería saber más.

—No lo comprendo.

—No tienes por qué.

—Sí, Ira, sí tengo.

—Se acabó. Wayne está en la cárcel.

—Wayne no mató a Gil Pérez.

—Yo creía que sí.

Eso no lo entendí bien. Se movía más deprisa, cojeando, con evidente dolor.

Quería decirle que parara, pero su boca seguía moviéndose.

—¿Mencionó Gil a mi hermana?

Se paró un momento y su sonrisa era triste.

—Camille.

—Sí.

—Pobrecilla.

—¿La mencionó?

—Quería a tu padre, y a lo sabes. Un hombre tan amable, tan maltratado por la vida.

—¿Mencionó Gil lo que le había sucedido a mi hermana?

—Pobre Camille.

—Sí. Camille. ¿Dijo algo sobre ella?

Ira se puso a caminar otra vez.

—Cuánta sangre aquella noche.

—Por favor, Ira. Necesito que te concentres. ¿Dijo algo Gil sobre Camille?

—No.

—Entonces, ¿qué quería?

—Lo mismo que tú.

—¿Qué?

Se volvió.

—Respuestas.

—¿A qué preguntas?

—Las mismas que tú. Qué sucedió aquella noche... No lo entendía, Cope. Se acabó. Están muertos. El asesino está en la cárcel. Deberías dejar descansar a los muertos.

—Gil no estaba muerto.

—Hasta ese día, el día que me visitó, lo estaba. ¿Entiendes?

—No.

—Se acabó. Los muertos se han ido. Los vivos están a salvo.

Me adelanté y le cogí el brazo.

—Ira, ¿qué te dijo Gil Pérez?

—No lo entiendes.

Paramos. Ira miró colina abajo. Seguí su mirada. Ya sólo veía el tejado de la casa. Estábamos en pleno bosque. Los dos respirábamos más pesadamente de lo que deberíamos. La cara de Ira estaba pálida.

—Tiene que permanecer enterrado.

—¿El qué?

—Es lo que le dije a Gil. Se había acabado. Sigue adelante. Pasó hace mucho tiempo. Estaba muerto. De repente ya no lo estaba. Pero debería haberlo estado.

—Ira, escúchame. ¿Qué te dijo Gil?

—No lo dejarás, ¿no?

—No —dije—. No lo dejaré.

Ira asintió y parecía muy triste. Entonces buscó debajo del poncho y sacó un arma, apuntó en mi dirección y, sin decir una palabra más, me disparó.

Capítulo 36

—Lo que tenemos aquí es un problema.

El *sheriff* Lowell se sonó la nariz con un pañuelo que parecía grande incluso para ser un accesorio de payaso. Su comisaría era más moderna de lo que Muse esperaba, pero en esto sus expectativas tampoco eran muy altas. El edificio era nuevo, el diseño pulcro y limpio, con pantallas de ordenador y cubículos. Mucho blanco y gris.

—Lo que tiene aquí es un cadáver —replicó Muse.

—No me refería a eso. —El hombre hizo un gesto hacia la taza que ella tenía en la mano—. ¿Qué tal el café?

—Increíble, francamente.

—Antes era un asco. Unos lo hacían demasiado fuerte y otros demasiado flojo. Se quemaba en la cafetera. Pero el año pasado uno de los estupendos ciudadanos de este municipio donó una de esas cafeteras eléctricas a la estación. ¿Las ha probado alguna vez?

—¿*Sheriff*?

—Sí.

—¿Es esto un intento de ganarse mi confianza con sus encantos naturales y sencillos?

Sonrió.

—Un poco.

—Considéreme ganada. ¿Qué problema tenemos?

—Acabamos de encontrar un cadáver que ha estado en el bosque, según los primeros cálculos, mucho tiempo. Sabemos tres cosas: mujer, caucásica, un metro setenta. Por ahora sólo sabemos esto. Ya he investigado los archivos. No hay chicas desaparecidas en un radio de ochenta kilómetros que se ajusten a esa descripción.

—Ambos sabemos quién es —dijo Muse.

—No, todavía no lo sabemos.

—¿Cree que otra chica de un metro setenta fue asesinada en ese campamento en aquella época, y que la enterraron cerca de los otros dos cadáveres?

—No he dicho esto.

—¿Pues qué ha dicho?

—Que no tenemos una identificación positiva. La doctora O'Neill está trabajando en ello. Hemos pedido los historiales dentales de Camille Copeland. Lo sabremos seguro en uno o dos días. No hay prisa. Tenemos otros casos.

—¿No hay prisa?

—Eso es lo que he dicho.

—Pues no le sigo.

—Mire, en este punto es cuando debo preguntarme, investigadora Muse, ¿qué es usted ante todo? ¿Una agente del orden o una amiga de los políticos?

—¿A qué coño viene esto?

—Es la investigadora jefe del condado —dijo Lowell—. Me gustaría creer que una persona, sobre todo una mujer de su edad, ha llegado hasta ahí gracias a su talento y su capacidad. Pero también vivo en el mundo real. Entiendo lo que es la corrupción, el favoritismo y el peloteo. Por eso le pregunto...

—Me lo he ganado.

—Estoy seguro de que sí.

Muse sacudió la cabeza.

—No puedo creer que tenga que justificarme con usted.

—Pero, querida mía, tiene que hacerlo. Porque ahora mismo, si este caso fuera suyo y yo me metiera y usted supiera que al volver a casa iría directamente a hablar con mi jefe, alguien que, dicho finamente, está implicado, ¿qué haría?

—¿Cree que escondería su participación bajo la alfombra?

Lowell se encogió de hombros.

—Repito: si yo fuera aquí, pongamos, el ayudante, y mi cargo dependiera del *sheriff* que estuvo involucrado en su asesinato, ¿qué pensaría?

Muse se recostó en el asiento.

—Tiene razón —dijo—. ¿Qué puedo hacer para tranquilizarle?

—Puede darme tiempo suficiente para identificar el cadáver.

—¿No quiere que Copeland se entere de lo que hemos encontrado?

—Ha esperado veinte años. ¿Qué más da un par de días?

Muse entendía adónde quería ir a parar el *sheriff*.

—Quiero que la investigación se realice correctamente —dijo—, pero no me gusta nada mentir a un hombre que me gusta y en quien confío.

—La vida es dura, investigadora Muse.

Ella frunció el ceño.

—Quiero algo más —siguió Lowell—. Necesito que me diga por qué el tal Barrett estaba aquí con ese juguetito buscando cadáveres desaparecidos hace mucho tiempo.

—Ya se lo he dicho. Quería probar la máquina.

—Usted trabaja en Newark, Nueva Jersey. ¿Me está diciendo que no hay otros sitios en aquella zona a los que podría haberle mandado?

Tenía razón, por supuesto. Era hora de decir la verdad.

—Un hombre fue asesinado en Nueva York —dijo Muse—. Mi jefe cree que era Gil Pérez.

La cara de póquer de Lowell se desvaneció.

—Repita eso.

Estaba a punto de explicarse cuando Tara O'Neill entró corriendo. Lowell

parecía enfadado por la interrupción, pero mantuvo un tono neutro.

—¿Qué pasa, Tara?

—He encontrado algo en el cadáver —dijo—. Creo que es importante.

Después de que Cope bajara del coche, Lucy se quedó cinco minutos largos sentada con un rastro de sonrisa en los labios. Todavía estaba disfrutando del beso. Nunca había experimentado algo así, la forma como sus manos grandes le habían cogido la cara, la forma como la había... fue como si su corazón hubiera empezado no sólo a latir de nuevo, sino que además hubiera despegado.

Era maravilloso. Era aterrador.

Buscó en la colección de CD de Cope, encontró uno de Ben Folds y puso la canción *Brick*. Nunca había tenido muy claro de qué trataba la canción —sobre dosis, aborto, crisis mental— pero al final, la mujer es fría y lo está ahogando.

La música triste era mejor que beber, pensó Lucy. Pero no mucho más.

Al poner en marcha el motor, vio un coche verde, un Ford con matrícula de Nueva York, que se detenía frente al edificio. El coche se estacionó en la plaza que decía NO APARCAR. Bajaron dos hombres, uno alto y otro que parecía un cuadrado, y entraron en la casa. Lucy no sabía qué pensar. Probablemente no sería nada.

Llevaba las llaves del Escarabajo de Ira en el bolso. Hurgó en él y las encontró. Se metió un chicle en la boca. Si Cope volvía a besarla, seguro que no la pillaría con mal aliento.

Se preguntaba qué iba a decirle Ira a Cope. Se preguntaba qué podía recordar Ira. Padre e hija nunca habían hablado de aquella noche. Ni una sola vez. Deberían haberlo hecho. Podría haberlo cambiado todo. O podría no haber cambiado nada. Los muertos seguirían estando muertos, los vivos estando vivos. No era un pensamiento especialmente profundo, pero ahí estaba.

Bajó del coche y fue hacia el viejo Volkswagen. Tenía la llave en la mano y la dirigió hacia el coche. Es curioso a lo que te acostumbras. Hoy día los coches ya no se abren con llave. Todos tienen mando a distancia. El Escarabajo no, claro. Metió la llave en la cerradura del lado del conductor y la giró. Estaba oxidada y tuvo que hacer fuerza para que girara, pero se abrió.

Pensó en cómo había vivido su vida, en los errores que había cometido. Había hablado con Cope sobre ese sentimiento de sentirse empujada aquella noche, de rodar colina abajo y no saber cómo parar. Era cierto. Él había intentado localizarla, pero ella había permanecido escondida. Tal vez debería haberse puesto en contacto con él antes. Tal vez debería haber intentado hablar enseguida sobre lo que había sucedido aquella noche. Pero lo que hacemos es enterrarlo. Nos negamos a enfrentarnos a ello. Nos da miedo el enfrentamiento y

encontramos otras formas de escondernos. La de Lucy era la más corriente, en el fondo de una botella. La gente no recurre a la botella para escapar.

Recurre a ella para esconderse.

Subió al asiento del conductor e inmediatamente se dio cuenta de que algo no estaba bien.

La primera pista visual fue el piso del asiento del pasajero. Miró y frunció el ceño.

Una lata de refresco.

Coca Cola Diet para ser exactos.

La recogió. Todavía quedaba algo de líquido dentro. Reflexionó. ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba en el Escarabajo? Tres o cuatro semanas al menos. Entonces no había ninguna lata. O si la había ella no la había visto. Era una posibilidad.

Entonces fue cuando le llegó el olor.

Recordó algo que había sucedido en el bosque cerca del campamento cuando ella tenía doce años. Ira la había llevado a dar un paseo. Oyeron tiros e Ira se volvió completamente loco. Los cazadores habían invadido su tierra. Los encontró y se puso a gritar que aquello era una propiedad privada. Uno de los cazadores se puso a gritarle también. Se acercó a ellos y golpeó el pecho de Ira, y Lucy recordaba aquel horrible olor. Ahora volvía a olerlo.

Lucy se volvió y miró en el asiento de atrás.

Había sangre en el suelo.

Y entonces, a lo lejos, oyó tiros.

Los restos del esqueleto estaban dispuestos en una mesa de acero con agujeritos. Los agujeros facilitaban la limpieza con manguera. El suelo era de baldosas y estaba inclinado hacia un desagüe en el centro, como en las duchas de un gimnasio, lo que también facilitaba la eliminación de la suciedad. Muse no quería pensar en lo que bajaba por ese desguace, ni lo que utilizaban para limpiarlo; si un desatascador sería suficiente o habría que utilizar algo más contundente.

Lowell estaba en un lado de la mesa, de pie, y Muse en el otro con Tara O'Neill.

—¿Qué pasa?—preguntó Lowell.

—Primero, nos faltan algunos huesos. Cuando pueda volveré y echaré otro vistazo. Cosas pequeñas, nada importante. Es normal en un caso como éste. Estaba a punto de pasarlo por rayos X, comprobar los centros de osificación, especialmente en la clavícula.

—¿Qué nos dirá esto?

—Nos dará una idea de la edad. Los huesos dejan de crecer al hacernos

mayores. El último lugar de osificación está aquí, más o menos donde la clavícula se une con el esternón. El proceso se detiene hacia los veintiún años. Pero esto ahora no es importante.

Lowell miró a Muse y ella se encogió de hombros.

—¿Qué es eso tan importante que ha encontrado?

—Esto.

O'Neill señaló la pelvis.

—Ya me lo ha enseñado antes —dijo Muse—. Es la prueba de que el esqueleto pertenecía a una mujer.

—Sí, bueno, la pelvis es más ancha, como le he dicho. Además tenemos la cresta menos prominente y menos densidad ósea, todos los signos de que es una mujer. Yo no tengo ninguna duda: estamos viendo los restos del esqueleto de una mujer.

—¿Qué va a enseñarnos?

—El hueso púbico.

—¿Qué le pasa?

—¿Ve esto? Lo llamamos muesca, o mejor aún, erosión de los huesos púbicos.

—Entendido.

—El cartilago mantiene unidos los huesos. Esto es anatomía básica. Probablemente lo sabe. Normalmente pensamos en los cartílagos de la rodilla o el codo. Es elástico, se estira. Pero ¿ve esto? Las marcas de la cara del hueso púbico. Se forman en la superficie cartilaginosa, donde los huesos se encontraban y después se separaron.

O'Neill les miró a los dos con una expresión resplandeciente.

—¿Me siguen?

—No —dijo Muse.

—Estas muescas se forman cuando el cartilago se tensa. Cuando los huesos púbicos se separan.

Muse miró a Lowell, quien se encogió de hombros.

—¿Y esto significa? —probó Muse.

—Esto significa que en algún momento de su vida, los huesos se separaron. Y esto significa, investigadora Muse, que su víctima dio a luz.

Capítulo 37

El tiempo no va más lento cuando te están apuntando con una pistola.

Muy al contrario, se acelera. Cuando Ira me apuntó, esperaba tener tiempo para reaccionar. Empecé a levantar las manos, una demostración primitiva de que era inofensivo. Mi boca empezó a abrirse para intentar convencerle de que me dejara, para decirle que cooperaría y haría lo que quisiera. El corazón se me aceleró, la respiración se detuvo y mis ojos sólo veían la pistola, nada más que la abertura del cañón, el enorme agujero negro que miraba hacia mí.

Pero no tuve tiempo para nada. No tuve tiempo de preguntar a Ira por qué. No tuve tiempo de preguntarle qué le había pasado a mi hermana, si estaba viva o muerta, cómo había escapado Gil del bosque aquella noche, si Wayne Steubens había participado o no. No tuve tiempo de decirle a Ira que tenía razón, que debía abandonar, que abandonaría y todos podríamos volver a nuestra vida.

No tuve tiempo de hacer nada de esto.

Porque Ira ya estaba apretando el gatillo.

Hace un año leí un libro titulado *Blink* de Malcolm Gladwell. No osaría simplificar sus argumentos, pero parte de lo que dice es que necesitamos confiar más en nuestro instinto, la parte animal de nuestro cerebro que automáticamente salta si un camión se le echa encima. También plantea la teoría de que realizamos juicios inmediatos, a veces aparentemente basados en pocas pruebas, lo que solemos llamar corazonadas, y que a menudo acertamos. Tal vez era esto lo que pasaba aquí. Tal vez algo en la postura de Ira o en la forma en que sostenía el arma o lo que sea me hizo pensar que no hablaría conmigo, que iba a disparar y que yo iba a morir.

Algo me hizo saltar inmediatamente.

Pero la bala me tocó de todos modos.

Él apuntaba al centro de mi pecho. La bala me dio en un lado, desgarrándome la cintura como una lanza ardiente. Me desplomé de lado e intenté rodar detrás de un árbol. Ira volvió a disparar. Esta vez no acertó. Seguí rodando.

Mi mano tropezó con una piedra. No pensé mucho. La recogí y la lancé en dirección a Ira, sin dejar de rodar. Fue un gesto lastimoso, producto de la desesperación, algo que haría un bebé tumbado boca abajo.

El lanzamiento no tenía ninguna fuerza. La piedra le dio, pero no creo que le afectara. Entonces me di cuenta de que éste había sido el plan de Ira desde el principio. Era por esto por lo que quería verme a solas. Era por esto por lo que me había llevado al bosque. Porque quería dispararme.

Ira, esa alma bendita, era un asesino.

Miré detrás de mí. Ira estaba demasiado cerca. Me pasó por la cabeza aquella escena de la película *Los suegros*, una comedia en la que dicen a Alan

Arkin que esquivé las balas corriendo en « serpentina ». Esto no me serviría. El hombre sólo estaba a un par de metros. Tenía una pistola. Yo ya estaba herido, sentía que perdía sangre.

Iba a morir.

Estábamos bajando la colina, yo rodando e Ira intentando no caer, tratando de recuperar el equilibrio para dispararme otra vez. Sabía que lo haría. Sabía que sólo tenía un par de segundos.

Mi única posibilidad era cambiar de dirección.

Me agarré a la tierra y frené. Esto pilló desprevenido a Ira. Intentó frenar. Me agarré a un árbol con ambas manos y lancé las piernas contra él. Esto también fue lastimoso, como un mal gimnasta en el potro. Pero Ira estaba al alcance de mi golpe y estaba bastante desequilibrado. Le di con los pies en un lado del tobillo derecho. No fue un golpe fuerte, pero sí suficientemente fuerte.

Ira lanzó un grito y cayó al suelo.

« La pistola —pensaba yo—. Coge la pistola ».

Me arrastré hacia él. Yo era más grande. Yo era más joven. Estaba más en forma. Él era un anciano medio demente. Sin duda podía disparar un arma. Todavía tenía fuerza en los brazos y las piernas. Pero los años y el consumo de drogas habían ralentizado sus reflejos.

Me monté sobre él, buscando la pistola. Antes la tenía en la mano derecha. Busqué ese brazo. « Piensa en el brazo. Sólo el brazo ». Lo cogí con ambas manos, coloqué mi cuerpo sobre él, lo apreté y me incliné.

Pero la mano estaba vacía.

Había estado tan obsesionado con el brazo derecho que no vi llegar el izquierdo. Lo movió en un ancho arco. La pistola debió de caerse cuando él tropezó. Ahora la tenía en la mano izquierda, y la agarraba como una roca. Me golpeó la frente con la culata.

Fue como si un rayo me hubiera atravesado el cráneo. Sentí que el cerebro saltaba hacia la derecha, como si lo arrancaran de su sitio y empezara a traquetear. Mi cuerpo sufrió convulsiones.

Le solté.

Miré y vi que me estaba apuntando con la pistola.

—¡Quieto, policía!

Reconocí la voz.

Era York

El aire se detuvo y se desmenuzó. Moví la mirada de la pistola a los ojos de Ira. Estábamos muy cerca, la pistola apuntando directamente a mi cara. Y lo vi. Iba a disparar y matarme. No llegarían a tiempo. La policía estaba aquí. Estaba casi encima de él. Él tenía que saberlo. Pero iba a disparar de todos modos.

—¡Papá! ¡No!

Era Lucy.

Ira oyó su voz y algo en sus ojos cambió.

—¡Suelte el arma! ¡Ya! ¡Ahora!

Era York otra vez. Mis ojos seguían fijos en Ira. Ira mantuvo su mirada sobre mí.

—Tu hermana está muerta —dijo.

Después apartó la pistola, se la metió en la boca y apretó el gatillo.

Capítulo 38

Me desmayé.

Esto es lo que me dijeron. Pero conservo algún recuerdo borroso. Recuerdo que Ira cayó sobre mí, con la parte trasera de la cabeza destrozada. Recuerdo que Lucy gritó. Recuerdo que miré hacia arriba y vi el cielo azul, y vi pasar las nubes. Supongo que estaba boca arriba, en una camilla, y me llevaban a la ambulancia. Ahí se acababan mis recuerdos. Con el cielo azul. Con las nubes blancas.

Y entonces, cuando empezaba a sentirme casi en paz y en calma, recordé las palabras de Ira.

« Tu hermana está muerta... » .

Sacudí la cabeza. No. Glenda Pérez había dicho que Camille había salido viva del bosque. Ira no lo sabía. No podía saberlo.

—¿Señor Copeland?

Parpadeé antes de abrir los ojos. Estaba en la cama, en una habitación de hospital.

—Soy el doctor McFadden.

Paseé la mirada por la habitación. Vi a York detrás de él.

—Le dispararon en un costado. Le hemos cosido la herida. Se pondrá bien, pero le dolerá...

—¿Doctor?

McFadden había utilizado su entonación más médica, y no se esperaba que yo le interrumpiera tan rápidamente. Frunció el ceño.

—¿Sí?

—Estoy bien, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podemos hablar de esto más tarde? Necesito hablar enseguida con ese policía.

York disimuló una sonrisa. Esperaba que el médico discutiera. Los médicos son aún más arrogantes que los abogados. Pero no se tomó la molestia. Se encogió de hombros y dijo:

—Por supuesto. Pida a la enfermera que me llame cuando haya terminado.

—Gracias, doctor.

Se fue sin decir más. York se acercó un poco a la cama.

—¿Cómo supieron lo de Ira? —pregunté.

—Los técnicos de laboratorio descubrieron que las fibras que hallaron en el cadáver de... esto... —A York le falló la voz—. Bueno, no tenemos todavía una identificación positiva pero si quiere podemos llamarle Gil Pérez.

—Estaría bien.

—Bien; en fin, encontraron unas fibras en el cadáver. Sabíamos que

procedían de un coche viejo. También encontramos una cámara de seguridad que estaba cerca de donde se abandonó el cadáver. Vimos que era un Volkswagen amarillo, igual que el de Silverstein. Y nos apresuramos.

—¿Dónde está Lucy?

—Dillon le está haciendo algunas preguntas.

—No lo entiendo. Ira mató a Gil Pérez.

—Sí.

—¿Ninguna duda?

—Ninguna. Primero, encontramos sangre en el asiento trasero del Volkswagen. Estoy seguro de que concordará con la de Pérez. Y segundo, el personal de esa residencia ha confirmado que Pérez, bajo el nombre de Manolo Santiago, visitó a Silverstein el día antes del asesinato. El personal también ha confirmado que vio a Silverstein salir con el Volkswagen a la mañana siguiente. La primera vez que salía en seis meses.

Hice una mueca.

—¿No se lo dijeron a su hija?

—El personal que le vio no estaba de turno la siguiente vez que Lucy Gold fue de visita. Además, el personal ha insistido mucho en que a Silverstein nunca se le declaró incompetente ni nada por el estilo. Era libre de entrar y salir a voluntad.

—No lo entiendo. ¿Por qué iba a matarle Ira?

—Por la misma razón que quería matarle a usted, supongo. Los dos estaban investigando lo que ocurrió en el campamento hace veinte años. El señor Silverstein no quería que lo hicieran.

Intenté entenderlo.

—¿Así que él mató a Margot Green y a Doug Billingham?

York se demoró un segundo, como si esperara que añadiera a mi hermana a la lista. No lo hice.

—Podría ser.

—¿Y Wayne Steubens qué?

—Probablemente trabajaron juntos, no lo sé. Lo que sí sé es que Ira Silverstein mató a mi hombre. Ah, otra cosa: la pistola con la que Ira le disparó. Es del mismo calibre que la que se utilizó para matar a Gil Pérez. Están realizando la prueba de balística, pero usted sabe que concordará. Añada esto a la sangre en el asiento trasero del Escarabajo, las cintas de vigilancia que tenemos de él y el vehículo cerca del lugar donde se abandonó el cadáver... y bueno, el caso está resuelto. Pero Ira Silverstein está muerto y, como sabe, es muy difícil juzgar a un muerto. En cuanto a lo que hizo o no Ira Silverstein hace veinte años... —York se encogió de hombros— y yo también siento curiosidad. Pero este misterio tendrá que resolverlo otro.

—¿Nos ayudará, si le necesitamos?

—Claro. Me encantará. Y cuando lo descubra, ¿por qué no pasa por la ciudad

y le llevo a comer un buen filete?

—Hecho.

Nos estrechamos la mano.

—Debo darle las gracias por salvarme la vida —dije.

—De nada, pero no creo que se la salvara yo.

Recordé la expresión de la cara de Ira, su determinación de matarme. York también lo había visto: iba a matarme, fueran cuales fueran las consecuencias. La voz de Lucy había sido lo que me había salvado, más que la pistola de York.

York se marchó y me quedé solo en la habitación de hospital. Probablemente hay lugares más deprimentes donde estar solo, pero no se me ocurrió ninguno. Pensé en mi Jane, en lo valiente que había sido, en que lo único que realmente la asustaba, la aterraba, era quedarse sola en una habitación de hospital. Por eso pasaba la noche con ella. Dormía en una de esas butacas que pueden convertirse en la cama más incómoda sobre la faz de la tierra. No lo digo para que me aplaudan. Fue el único momento de debilidad de Jane, la primera noche en el hospital, cuando me cogió la mano e intentó que no se le notara la desesperación en la voz cuando dijo:

—No me dejes aquí sola, por favor.

No la dejé. Entonces no. No la dejé hasta mucho más tarde, cuando había vuelto a casa, donde ella quería morir porque la idea de volver a estar en una habitación como aquélla en la que yo me encontraba...

Ahora me tocaba a mí. Estaba solo en una habitación de hospital. No me asustaba demasiado. Pensé en eso, a dónde me había llevado mi vida. ¿Quién estaría a mi lado si lo necesitaba? ¿A quién podía esperar junto a mi cama cuando me despertara en un hospital? Los primeros nombres que me vinieron a la cabeza fueron Greta y Bob. Cuando el año pasado me había cortado la mano abriendo una barra de pan, Bob me había acompañado al médico y Greta se había ocupado de Cara. Eran mi familia, la única familia que tenía. Y ahora ya no la tenía.

Recordé la última vez que había estado hospitalizado. Tenía doce años y sufrí una fiebre reumática. Entonces era una enfermedad bastante rara, mucho más que ahora. Pasé diez días en el hospital. Recuerdo que Camille venía a visitarme. A veces traía a sus insoportables amigos porque sabía que eso me distraería. Jugábamos mucho a las palabras con el juego de Boggle. Los chicos se volvían locos con Camille. Ella traía las cintas de música que le regalaban ellos, de grupos como Steely Dan, Supertramp y Doobie Brothers. Camille me decía qué grupos eran buenos, qué grupos eran flojos, y yo seguía sus gustos como si fuera la Biblia.

¿Sufrió Camille en aquel bosque?

Esto era lo que me mortificaba. ¿Qué le hizo Wayne Steubens? ¿La ató y la aterrorizó, como hizo con Margot Green? ¿Forcejeó ella y sufrió heridas

defensivas como Doug Billingham? ¿La enterró viva, como a las víctimas de Indiana o Virginia? ¿Cuánto dolor habría sufrido Camille? ¿Habían sido sus últimos momentos aterradores?

Y ahora... la nueva pregunta: ¿de algún modo Camille había salido viva del bosque?

Volví mis pensamientos hacia Lucy. Me imaginé lo que estaría pensando, después de ver a su amado padre volándose la cabeza, preguntándose sobre los porqués y los comos de todo. Quería estar con ella, decir algo, intentar algo que la consolara un poco.

Llamaron a mi puerta.

—Adelante.

Esperaba que fuera una enfermera, pero era Muse. Le sonreí. Esperaba que me devolviera la sonrisa, pero no lo hizo. Su cara no podría haber sido más impenetrable.

—No pongas esta cara —dije—. Estoy bien.

Muse se acercó más a la cama. Su expresión no cambió.

—He dicho...

—Ya he hablado con el médico. Dice que ni siquiera tendrás que quedarte esta noche.

—¿A qué viene esta cara entonces?

Muse cogió una silla y la acercó a la cama.

—Necesitamos hablar.

Había visto a Loren Muse poner esta cara otras veces.

Era su cara de «manos a la obra». Era su cara de «voy a por este hijo de puta». Era su cara de «atrévete a mentirme y verás». Yo le había visto usar esa expresión con asesinos, violadores, ladrones de coches y pandilleros. Ahora la utilizaba conmigo.

—¿Qué pasa?

Su expresión no se suavizó.

—¿Cómo te ha ido con Raya Singh?

—Fue más o menos como esperábamos. —La puse al día rápidamente, porque hablar de Raya parecía fuera de lugar en ese momento—. Pero la gran noticia es que la hermana de Gil Pérez vino a verme. Me dijo que Camille seguía viva.

Vi que algo cambiaba en su cara. Era buena, sin duda, pero yo también. Dicen que una expresión de reconocimiento dura menos de una décima de segundo. Pero la detecté. No le sorprendió precisamente lo que le dije. Pero la sobresaltó, eso sí.

—¿Qué pasa, Muse?

—Hoy he hablado con el *sheriff* Lowell.

Fruncí el ceño.

—¿Todavía no se ha retirado?

—No.

Iba a preguntarle para qué se había puesto en contacto con él, pero ya sabía que Muse era concienzuda. Era normal que se hubiera puesto en contacto con el policía que había investigado aquellos asesinatos. En parte también explicaba su comportamiento hacia mí.

—Déjame adivinar —dije—. Cree que mentí sobre aquella noche.

Muse no dijo ni que sí ni que no.

—Es raro, ¿no crees? Que no estuvieras de guardia durante la noche de los asesinatos.

—Ya sabes por qué. Has leído los diarios.

—Sí, los he leído. Te escapaste con tu novia. Y después no quisiste que ella tuviera problemas.

—Exactamente.

—Pero esos diarios también decían que estabas cubierto de sangre. ¿Es cierto eso también?

La miré.

—¿Qué diablos pasa?

—Estoy haciendo como si no fueras mi jefe.

Intenté sentarme. Los puntos del costado me dolían una barbaridad.

—¿Lowell ha dicho que yo era sospechoso?

—No ha tenido que hacerlo. Y no hace falta que seas sospechoso para que te haga estas preguntas. Mentiste sobre aquella noche...

—Protegía a Lucy. Ya lo sabes.

—Sé lo que ya me has dicho, sí. Pero ponte en mi lugar. Necesito tratar este caso sin cortapisas ni sesgos. Si tú fueras yo, ¿no me harías estas preguntas?

Lo pensé.

—Entendido, vale, dispara. Pregunta lo que quieras.

—¿Estaba embarazada tu hermana?

Me quedé atónito. La pregunta me había cogido totalmente por sorpresa. Probablemente ésa era la intención de Muse.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿Por qué me preguntas esto?

—Tú contesta.

—No, mi hermana nunca estuvo embarazada.

—¿Estás seguro?

—Creo que lo sabría.

—¿Sí? —insistió.

—No lo entiendo. ¿Por qué me preguntas esto?

—Hemos tenido casos en los que las chicas lo han ocultado a las familias. Ya

lo sabes. Qué caramba, tuvimos un caso de una chica que ni siquiera lo sabía ella hasta que se puso de parto. ¿Te acuerdas?

Me acordaba.

—Mira, Muse, te lo digo como jefe. ¿Por qué me preguntas si mi hermana estaba embarazada?

Me escrutó la cara, con unos ojos que me inspeccionaban como lombrices viscosas.

—Ya está bien.

—Tienes que recusarte, Cope. Lo sabes.

—No tengo que hacer nada.

—Sí, debes hacerlo. Lowell sigue dirigiendo el caso. Es suyo.

—¿Lowell? Ese poli no ha trabajado en el caso desde que arrestaron a Wayne Steubens hace dieciocho años.

—Aun así. Este caso es suyo. Él manda.

No supe qué decir.

—¿Sabe Lowell que Gil Pérez ha estado vivo todo este tiempo?

—Le he contado tu teoría.

—Entonces, ¿por qué de repente me acosas con preguntas sobre si Camille estaba embarazada?

No dijo nada.

—Vale, como tú quieras. Mira, le prometí a Glenda que intentaría mantener a su familia fuera de esto. Pero cuéntaselo a Lowell. Puede que te deje participar. Confío más en ti que en un *sheriff* rural. La clave es que Glenda Pérez ha dicho que mi hermana salió viva de ese bosque.

—En cambio Ira Silverstein dijo que estaba muerta —replicó Muse.

Todo se paró. La expresión de su cara fue más reveladora esta vez. La miré intensamente. Ella intentó sostenerme la mirada, pero al final la apartó.

—¿Qué demonios pasa, Muse?

Se puso de pie. La puerta se abrió y entró una enfermera. Con un escueto saludo, me ató el aparato de tomar la presión al brazo y se puso a bombear. Me introdujo un termómetro en la boca.

—Vuelvo enseguida —dijo Muse.

El termómetro seguía en mi boca. La enfermera me tomó el pulso. El ritmo debía de salirse de las gráficas. Intenté gritar con el termómetro en la boca.

—¡Muse!

Se marchó y yo me quedé en la cama echando humo.

¿Embarazada? ¿Podía ser que Camille estuviera embarazada?

No me lo imaginaba. Intenté recordar. ¿Empezó a ponerse ropa holgada? ¿De cuánto tiempo estaría embarazada? ¿De cuántos meses? Mi padre lo habría visto si se le hubiera notado, era tocoginecólogo. No podría habérselo ocultado.

Pero es que tal vez no lo hizo.

Habría dicho que era una tontería, que era absolutamente imposible que mi hermana estuviera embarazada, excepto por una cosa. No tenía ni idea de lo que pasaba, y Muse sabía más de lo que me decía. Su pregunta no era fortuita. A veces un buen fiscal tiene que hacer preguntas absurdas en un caso. Tienes que conceder el beneficio de la duda a una idea absurda. Sólo para ver qué pasa. Sólo para ver si encaja en algún sitio.

La enfermera acabó, y cogí el teléfono y marqué el número de casa para saber cómo estaba Cara. Me sorprendí cuando contestó Greta con un amable:

—Diga.

—Hola —dije.

La amabilidad se esfumó.

—Dicen que vas a ponerte bien.

—Eso me han dicho.

—Estoy con Cara —dijo Greta, yendo directo al grano—. Puedo quedármela en casa esta noche, si lo prefieres.

—Te lo agradecería.

Hubo una pausa breve.

—¿Paul?

Normalmente me llamaba Cope. Mala señal.

—¿Sí?

—Me importa mucho el bienestar de Cara. Sigue siendo mi sobrina. Sigue siendo la hija de mi hermana.

—Lo entiendo.

—En cambio tú no me importas nada.

Colgó el teléfono.

Me recosté en los almohadones y esperé a que Muse volviera, intentando repasar los hechos en mi dolorida cabeza. Lo repasé todo paso a paso.

Glenda Pérez había dicho que mi hermana había salido viva del bosque.

Ira Silverstein había dicho que estaba muerta.

¿A quién debía creer?

Glenda Pérez parecía bastante normal. Ira Silverstein era un chiflado.

Un punto para Glenda Pérez.

También recordé que Ira había hablado todo el rato de que quería que las cosas siguieran enterradas. Mató a Gil Pérez, y había estado a punto de matarme a mí, porque quería que dejáramos de investigar. Debía de pensar que mientras yo pensara que mi hermana podía seguir viva, continuaría buscando. Buscaría, arrasaría y haría lo que fuera necesario, sin pensar en las consecuencias, si creía que había alguna posibilidad de encontrar a Camille. Estaba claro que Ira no deseaba eso.

Eso le daba un motivo para mentir, para decir que mi hermana estaba muerta.

Por otro lado, Glenda Pérez también quería que dejara de investigar. Mientras yo mantuviera activa la investigación, su familia corría un grave peligro. Su fraude y todos los otros casi delitos que ella había enumerado podían salir a la luz. Ergo, ella también se habría dado cuenta de que la mejor manera de hacer que me retirara era convencerme de que nada había cambiado en veinte años, de que Wayne Steubens había matado a mi hermana. A ella le habría interesado decirme que mi hermana estaba muerta.

Pero no es lo que había dicho.

Otro punto para Glenda Pérez.

Sentí que la esperanza —otra vez esa palabra— crecía en mi interior.

Loren Muse volvió a entrar en la habitación. Cerró la puerta detrás de ella.

—Acabo de hablar con el *sheriff* Lowell —dijo.

—¿Ah, sí?

—Como he dicho, es su caso. No podía hablar de ciertas cosas hasta que me diera el visto bueno.

—¿Se trata de tu pregunta sobre el embarazo?

Muse se sentó como si tuviera miedo de que la silla fuera a romperse. Puso las manos sobre el regazo. Era un gesto raro en ella. Muse normalmente gesticulaba como un siciliano atiborrado de anfetaminas que saliera despedido después de ser golpeado por un coche a toda velocidad. Nunca la había visto tan sumisa. Tenía los ojos bajos. Mi corazón sufrió por ella un momento. Intentaba por todos los medios hacer lo correcto. Como siempre.

—¿Muse?

Levantó la cabeza. No me gustó lo que vi.

—¿Qué pasa?

—¿Recuerdas que mandé a Andrew Barrett al campamento?

—Por supuesto —dije—. Barrett quería probar un nuevo aparatito de radar de penetración del suelo. ¿Qué?

Muse me miró. Eso fue todo lo que hizo. Me miró y vi que se le humedecían los ojos. Después hizo un asentimiento de cabeza. Fue el asentimiento más triste que he visto en mi vida.

Sentí que mi mundo se hundía de golpe.

Esperanza. La esperanza me había calentado el corazón. Ahora había desplegado las garras y lo había estrujado. No podía respirar. Sacudí la cabeza pero Muse no dejó de asentir.

—Encontraron unos restos antiguos no muy lejos de donde se hallaron los otros dos cuerpos —dijo ella.

Sacudí la cabeza con más fuerza. Ahora no. Después de todo, no.

—Mujer, un metro setenta, probablemente enterrada hace entre quince y

trece años.

Seguí sacudiendo la cabeza. Muse paró, esperando que me recuperara. Intenté aclarar mis pensamientos, intenté no oír lo que me decía. Intenté bloquearlo, intenté rebobinar. Y entonces recordé algo.

—Espera, me has preguntado si Camille estaba embarazada. ¿Estás diciendo que este cadáver... que pueden asegurar que estaba embarazada?

—No sólo embarazada —dijo Muse—. Había dado a luz.

Me quedé paralizado. Intenté asumirlo. No pude. Una cosa era saber que estaba embarazada. Eso podía haber pasado. Podía haber abortado, por ejemplo, no lo sé. Pero que hubiera llevado el embarazo a término, que hubiera dado a luz un bebé, y que ahora estuviera muerta, después de todo...

—Descubre lo que sucedió, Muse.

—Lo descubriré.

—Y si hay un niño vivo...

—También lo encontraré.

Capítulo 39

—Tengo noticias.

Alekséi Kokorov seguía siendo un espécimen atroz, aunque impresionante. A finales de los ochenta, justo antes de que derribaran el Muro y su vida cambiara para siempre, Kokorov había sido ayudante de Sosh en Intourist. Tenía su gracia si te parabas a pensarlo. En su país eran agentes de élite del KGB. En 1974, estaban en el « Spetsgruppa A », el grupo especial que teóricamente era la unidad contraterrorista y de crimen, pero una mañana fría de Navidad de 1979, su unidad había tomado por asalto el Darulaman Palace en Kabul. No mucho después, a Sosh lo habían destinado a trabajar en Intourist y se había mudado a Nueva York. Kokorov, un hombre con el que Sosh no congeniaba especialmente, también se había ido. Ambos habían dejado atrás a sus familias. Así eran las cosas. Nueva York era seductor. Un destino sólo permitido a los soviéticos más leales. Pero incluso éstos necesitaban ser vigilados por un colega con el que no congeniaran demasiado o con el que no tuvieran amistad. Incluso los más leales necesitaban que se les recordara que tenían seres amados en casa que podían sufrir por su culpa.

—Adelante —dijo Sosh.

Kokorov era un borracho. Siempre lo había sido, pero en su juventud esto casi era una ventaja para él. Era fuerte y listo, y beber le volvía especialmente perverso. Obedecía como un perro. Pero los años le habían pasado factura. Sus hijos eran mayores y no le necesitaban. Su esposa le había dejado hacia años. Era patético, pero es que él representaba el pasado. Sosh y él no se caían bien, pero el vínculo existía de todos modos. Kokorov había acabado siendo leal a Sosh y Sosh le tenía en nómina.

—Han encontrado un cadáver en aquel bosque —anunció Kokorov.

Sosh cerró los ojos. No se esperaba esto y, sin embargo, no estaba totalmente sorprendido. Pável Copeland quería desenterrar el pasado. Sosh tenía la esperanza de impedirselo. Hay cosas que es mejor que un hombre no sepa. Gavrel y Aline, sus hermanos, estaban enterrados en una fosa común. Sin lápidas ni dignidad. Esto no le había importado nunca a Sosh. Polvo al polvo, y todo ese rollo. Pero a veces pensaba en ello. A veces se preguntaba si Gavrel se levantaría un día acusando con un dedo a su hermano pequeño, el que le había robado un pedazo de pan hacía más de sesenta años. Fue sólo un mordisco, Sosh lo sabía. No habría cambiado nada. Aun así Sosh seguía pensando en lo que había hecho, en ese pedacito de pan, todos los días de su vida.

¿De eso se trataba ahora? ¿De los muertos buscando venganza?

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Sosh.

—Desde la visita de Pável, he estado comprobando las noticias locales —respondió Kokorov—. En internet. Han informado de ello.

Sosh sonrió. Dos viejos gánsteres del KGB utilizando el internet norteamericano para recoger información; tenía gracia.

—¿Qué debemos hacer?—preguntó Kokorov.

—¿Hacer?

—Sí. ¿Qué debemos hacer?

—Nada, Alekséi. Fue hace mucho tiempo.

—El asesinato no prescribe en este país. Investigarán.

—¿Y qué descubrirán?—Kokorov no dijo nada—. Ha terminado. Ya no tenemos agencia ni país que proteger. —Silencio. Alekséi se frotó la barbilla y miró hacia otro lado—. ¿Qué?

—¿Echas de menos aquella época, Sosh?—preguntó Alekséi.

—Echo de menos mi juventud—dijo—. Nada más.

—La gente nos temía—dijo Kokorov—. Temblaban al vernos pasar.

—¿Y eso era bueno, Alekséi?

Su sonrisa era horrible, con unos dientes demasiado pequeños para su boca, como la de los roedores.

—No finjas. Teníamos poder. Éramos dioses.

—No, Alekséi, éramos matones. No éramos dioses, éramos los esbirros que hacían el trabajo sucio de los dioses. Ellos tenían el poder. Nosotros teníamos miedo y por eso hacíamos que los demás tuvieran más miedo aún que nosotros. Nos hacía sentir grandes aterrorizar a los débiles.

Alekséi hizo un gesto despreciativo en dirección a Sosh.

—Te estás haciendo mayor.

—Los dos nos hacemos mayores.

—No me gusta revivir este asunto.

—Tampoco te gustó que Pável volviera. Es porque te recuerda a su abuelo, ¿no?

—No.

—El hombre que arrestaste. El viejo y su esposa.

—¿Te creías mejor, Sosh?

—No. Sé que no lo era.

—No fue mi decisión. Ya lo sabes. Les denunciaron y actuamos.

—Exactamente—dijo Sosh—. Los dioses te ordenaron hacerlo. Y lo hiciste.

¿Todavía te sientes un gran hombre?

—No fue así.

—Fue exactamente así.

—Tú habrías hecho lo mismo.

—Sí, lo habría hecho.

—Contribuíamos a una causa mayor.

—¿De verdad te creías eso, Alekséi?

—Sí. Todavía lo creo. Aún no estoy seguro de que nos equivocáramos tanto.

Cuando veo los peligros que ha traído la libertad, no estoy tan seguro.

—No —dijo Sosh—. Éramos gángsteres.

Silencio.

—¿Y ahora qué? —insistió Kokorov—. ¿Ahora que han encontrado el cadáver?

—Puede que nada. Puede que muera más gente. O puede que Pável Copeland tenga por fin la oportunidad de enfrentarse a su pasado.

—¿No le dijiste que no debía hacerlo, que debía dejar enterrado el pasado?

—Sí —dijo Sosh—. Pero no me escuchó. ¿Quién sabe cuál de los dos tendrá razón?

Entró el doctor McFadden y me dijo que había tenido suerte, que la bala me había atravesado el costado sin dañar ningún órgano interno. Siempre me llevo las manos a la cabeza cuando el héroe recibe un disparo y después sigue con su vida como si nada hubiera pasado. Pero la verdad es que hay un montón de heridas que se curan sin más. Estar sentado en aquella cama no iba a hacerme más bien que descansar en casa.

—Me preocupa más el golpe de la cabeza —dijo.

—Pero ¿puedo ir a casa?

—Duerma un poco primero, ¿entendido? Veamos cómo se siente al despertarse. Creo que debería quedarse esta noche.

Quería discutir, pero lo cierto era que no ganaba nada yéndome a casa. Estaba dolorido, mareado y sufría. Probablemente tenía muy mal aspecto y asustaría a Cara si me presentaba así.

Habían encontrado un cadáver en el bosque. Todavía no lograba concentrarme lo suficiente para pensar en esto.

Muse me había mandado la autopsia preliminar al hospital. Todavía no sabían mucho, pero era difícil creer que no se tratara de mi hermana. Lowell y Muse habían realizado una investigación a conciencia de mujeres desaparecidas de la zona, por si había alguna otra que pudiera coincidir con la descripción. La búsqueda no había dado frutos; la única concordancia preliminar con los registros informáticos de desaparecidos era mi hermana.

Por ahora la forense no había determinado la causa de la muerte. No era raro con un esqueleto en ese estado. Si la habían degollado o la habían enterrado viva, probablemente no lo sabrían nunca. No habría muescas en los huesos. Los cartilagos y los órganos internos habían desaparecido hacía tiempo, víctimas de alguna entidad parasitaria que se había dado un festín con ellos.

Salté al tema clave. La separación del hueso púbico.

La víctima había dado a luz.

Volví a pensar en ello. Me pregunté si era posible. En circunstancias

normales, eso me daría esperanzas de que la mujer desenterrada no fuera mi hermana. Pero si no lo era, ¿a qué conclusión podía llegar exactamente? ¿Que alrededor de la misma época otra chica, una chica que nadie había reclamado, había sido asesinada y enterrada en la misma zona que los chicos asesinados en el campamento?

No tenía ni pies ni cabeza.

Algo se me escapaba. Se me escapaban muchas cosas.

Saqué el móvil. En el hospital no había cobertura, pero busqué el teléfono de York en la agenda y utilicé el teléfono de la habitación para hacer la llamada.

—¿Alguna novedad? —pregunté.

—¿Sabe qué hora es?

No lo sabía. Miré el reloj.

—Las diez pasadas —dije—. ¿Alguna novedad?

Suspiró.

—Balística ha confirmado lo que ya sabíamos. La pistola que Silverstein disparó contra usted es la misma que utilizó para matar a Gil Pérez. Y lo del ADN tardará semanas, aunque el grupo sanguíneo del asiento trasero del Volkswagen concuerda con Pérez. En términos deportivos, diría que el partido está sentenciado.

—¿Qué ha dicho Lucy?

—Dillon dice que no ha ayudado mucho. Estaba en estado de *shock*. Ha dicho que su padre no estaba bien, que probablemente se imaginó alguna clase de amenaza.

—¿Dillon se lo ha creído?

—Claro, ¿por qué no? De todos modos, el caso está cerrado. ¿Cómo se encuentra?

—De muerte.

—A Dillon le pegaron un tiro una vez.

—¿Sólo una?

—Muy buena. El caso es que todavía enseña la cicatriz a todas las mujeres que conoce. Dice que las vuelve locas. Téngalo presente.

—Consejos de seducción de Dillon. Gracias.

—¿Sabe lo que les dice después de enseñar la cicatriz?

—Eh, muñeca, ¿quieres ver mi pistola?

—Maldita sea, ¿cómo lo ha sabido?

—¿Adónde ha ido Lucy después de que terminaran de hablar con ella?

—La acompañamos a su piso en el campus.

—De acuerdo, gracias.

Colgué y marqué el número de Lucy. Saltó el contestador. Dejé un mensaje y después llamé al móvil de Muse.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—Camino de casa, ¿por qué?

—Pensaba que podrías ir a la Universidad de Reston para interrogar a Lucy.

—Ya he ido.

—¿Y qué?

—No me ha abierto la puerta. Pero he visto luces encendidas. Está en casa.

—¿Está bien?

—No sabría decirte.

No me hizo ninguna gracia. Su padre había muerto y ella estaba sola en su piso.

—¿Estás muy lejos del hospital?

—A unos quince minutos.

—¿Puedes pasar a recogerme?

—¿Te dejan marchar?

—¿Quién va a impedírmelo? Además, sólo será un rato.

—¿Mi jefe me está pidiendo que le acompañe a casa de su novia?

—No. Yo, el fiscal del condado, te pido que me acompañes a casa de una persona de gran interés en un homicidio reciente.

—Como quieras —dijo Muse—. Ya estoy llegando.

Nadie me impidió salir del hospital.

No me encontraba bien, pero había tenido días peores. Me preocupaba Lucy y me daba cuenta de que era algo más que una preocupación normal.

La echaba de menos.

La echaba de menos de la forma que se echa de menos a alguien de quien te estás enamorando. Podría marear la perdiz, suavizar un poco esta afirmación, decir que mis emociones estaban en modo superacelerado con todo lo que estaba pasando, decir que se trataba de nostalgia de una época mejor, una época más inocente, una época en la que mis padres estaban juntos y mi hermana viva, y qué demonios, incluso Jane estaba bien y hermosa y feliz en algún lugar. Pero no era esto.

Me gustaba estar con Lucy. Me gustaba cómo me hacía sentir. Me gustaba estar con ella de la manera como te gusta estar con alguien de quien te estás enamorando. No había necesidad de más explicaciones.

Muse conducía. Su coche era pequeño y estaba lleno de trastos. Yo no era muy aficionado a los coches y no tenía ni idea de qué coche era, pero olía a tabaco. Debió de captar mi expresión porque dijo:

—Mi madre fuma como una carretera.

—Ya.

—Vive conmigo. Es algo temporal. Hasta que dé con el marido número cinco. Mientras tanto le digo que no fume en mi coche.

—Y no te hace ni caso.

—No; creo que decírselo hace que fume más. Es lo mismo en el piso. Llego de trabajar, abro la puerta y me siento como si tragara ceniza.

Deseaba que condujera más rápido.

—¿Estarás bien para ir al juzgado mañana?—preguntó.

—Creo que sí.

—El juez Pierce quería ver a los abogados en su despacho.

—¿Tienes idea de por qué?

—No.

—¿A qué hora?

—A las nueve de la mañana.

—Allí estaré.

—¿Quieres que pase a recogerte?

—Sí.

—¿Puedo coger un coche de empresa?

—No trabajamos para una empresa. Trabajamos para el condado.

—¿Un coche del condado entonces?

—Tal vez.

—Qué bien. —Condujo un rato más—. Siento mucho lo de tu hermana.

No pude decir nada. Todavía me costaba reaccionar. Tal vez necesitaba oír que se había confirmado la identidad. O tal vez llevaba veinte años de luto y ya no me quedaban más. O tal vez, lo más probable, estaba poniendo mis emociones en suspenso.

Ya habían muerto dos personas más.

Lo que pasara en ese bosque hacía veinte años... Tal vez los chicos del pueblo tenían razón, los que decían que un monstruo los había devorado o que el hombre del saco se los había llevado. Lo que había matado a Margot Green y a Doug Billingham, y con toda probabilidad a Camille Copeland, seguía vivo, seguía respirando, seguía cobrándose vidas. Puede que hubiera dormido veinte años. Puede que hubiera ido a un lugar nuevo o se hubiera trasladado a otro bosque en otro estado. Pero ese monstruo había vuelto, y yo no iba a permitir que volviera a salirse con la suya.

El alojamiento para profesores de la Universidad de Reston era deprimente. Los edificios de ladrillo eran viejos y estaban apiñados. La iluminación era mala, pero creo que esto podía convenirme.

—¿Te importa esperar en el coche?—pregunté.

—Tengo que hacer un recado —dijo Muse—. Vuelvo enseguida.

Subí por el camino. Las luces estaban apagadas, pero oí música. Reconocí la canción. *Somebody* de Bonnie McKee. Mortalmente deprimente —el tal «*somebody*» era el amor perfecto que ella sabe que está en alguna parte, pero no encuentra nunca— pero así era Lucy. Le encantaban las canciones

desgarradoras. Llamé a la puerta. No hubo respuesta. Toqué el timbre, llamé otra vez. Pero nada.

—¡Luce!

Nada.

—¡Luce!

Volví a llamar. Se estaba acabando el efecto de lo que me había dado el médico. Sentía los puntos en el costado. Los sentía literalmente, como si cada movimiento me desgarrara la piel.

—¡Luce!

Intenté abrir la puerta. Estaba cerrada. Había dos ventanas. Intenté mirar. Estaba demasiado oscuro. Intenté abrirlas. Ambas estaban cerradas.

—Por favor, sé que estás dentro.

Oí un coche detrás de mí. Era Muse. Se paró y bajó.

—Toma —dijo.

—¿Qué es?

—Una llave maestra. La he pedido en seguridad del campus.

Muse.

Me la lanzó y volvió al coche. Introduje la llave en la cerradura, volví a llamar y la giré. Se abrió la puerta. Entré y cerré la puerta.

—No enciendas la luz.

Era Lucy.

—Déjame sola, ¿vale, Cope?

El iPod pasó a la siguiente canción. Alejandro Escovedo preguntaba musicalmente qué clase de amor destruye a una madre y la deja perdida retorciéndose entre los árboles.

—Deberías hacer uno de esos recopilatorios —dije.

—¿Qué?

—Uno de esos que se anuncian en televisión. Time-Life presenta «Las canciones más deprimentes de todos los tiempos».

Oí que soltaba una risita. Mis ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad. La vi sentada en el sofá. Me acerqué más.

—No —dijo.

Pero seguí avanzando y me senté a su lado. Había una botella de vodka en su mano. Estaba medio vacía. Eché un vistazo. No había nada personal en el piso, nada nuevo, nada llamativo ni alegre.

—Ira —dijo.

—Lo siento mucho.

—La policía dice que mató a Gil.

—¿Tú qué crees?

—Vi sangre en el coche. Te disparó. Sí, por supuesto que creo que mató a Gil.

—¿Por qué?

No respondió y tomó un largo trago.

—¿Por qué no me das la botella? —dije.

—Esto es lo que soy, Cope.

—No es verdad.

—No soy para ti. No puedes rescatarme.

Tenía algunas respuestas para esto, pero todas me sonaban a tópico. Lo dejé correr.

—Te quiero —dijo—. No sé por qué, pero nunca he dejado de quererte. He estado con otros hombres. He tenido novios. Pero tú siempre estabas presente. Con nosotros. Incluso en la cama. Es una estupidez, una tontería, y sólo éramos unos chicos, pero así son las cosas.

—Lo entiendo —dije.

—Creen que Ira podría haber matado a Margot y a Doug.

—¿Tú no?

—El sólo quería que se olvidara, ¿sabes? Hacía demasiado daño, causaba demasiada destrucción. Cuando vio a Gil, debió de ser como si un fantasma hubiera vuelto para mortificarlo.

—Lo siento —repetí.

—Vete a casa, Cope.

—Prefiero quedarme.

—No es decisión tuya. Ésta es mi casa. Mi vida. Vete a casa.

Dio otro largo sorbo.

—No me gusta dejarte así.

Se rio lúgubrementemente.

—¿Crees que es la primera vez o qué?

Me miró, como desafiándome a discutirlo. No lo hice.

—Esto es lo que hago. Bebo en la oscuridad y escucho estas malditas canciones. Pronto me dormiré o me desmayaré o como quieras llamarlo. Mañana apenas tendré resaca.

—Quiero quedarme.

—No quiero que te quedes.

—No es por ti. Es por mí. Quiero estar contigo. Esta noche especialmente.

—No te quiero aquí. Sólo empeora las cosas.

—Pero...

—Por favor —dijo, y su tono era de súplica—. Déjame sola, por favor. Mañana. Empezaremos de nuevo mañana.

Capítulo 40

La doctora Tara O'Neill casi nunca dormía más de cuatro o cinco horas. No necesitaba más. A las seis de la mañana, con la primera luz del alba, volvía a estar en el bosque. Le encantaba ese bosque, de hecho le encantaban todos los bosques. Había estudiado medicina en la ciudad, en la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia. Todos creían que se lo pasaría de maravilla. Eres una chica tan atractiva, decían. La ciudad es tan viva, hay tanta gente, suceden tantas cosas.

Pero durante los años pasados en Filadelfia, O'Neill había vuelto a casa todos los fines de semana. Finalmente se presentó para el puesto de forense y ganó un dinero extra trabajando de patóloga en Wilkes Barre. Intentó descubrir su propia filosofía de vida y recordó algo que había oído una vez a una estrella de *rock* en una entrevista —creía que Eric Clapton— que no era un gran fan de las personas. Ella tampoco lo era. Prefería estar sola, por mal que sonara. Le gustaba leer y ver películas sin comentarios ajenos. No soportaba a los hombres, con sus egos, su constante fanfarroneo y sus terribles inseguridades. No quería un compañero en la vida.

En un bosque como éste se sentía plenamente realizada.

O'Neill llevaba su caja de herramientas, pero de todos los aparatitos que el contribuyente pagaba, el que le parecía más útil era el más sencillo: un colador. Era prácticamente igual al que tenía en su cocina. Lo sacó y empezó a trabajar con la tierra.

El trabajo del colador era encontrar dientes y huesecillos.

Era un trabajo pesado, muy parecido al que había hecho en un yacimiento arqueológico en su último año de instituto. Había trabajado en las Badlands de Dakota del Sur, una zona conocida como Big Pig Dig porque, originalmente, habían hallado allí un *Archaeotherium*, que era más o menos un cerdo antiguo y enorme. Trabajar con fósiles de cerdo y de rinocerontes antiguos había sido una experiencia estupenda.

Trabajó en este lugar de enterramiento con la misma paciencia, en una tarea que la mayoría consideraría mortalmente tediosa. Pero Tara O'Neill se lo pasó en grande.

Una hora después, encontró el hueso minúsculo. El pulso de O'Neill se aceleró. Se esperaba algo como esto, pues era consciente de esta posibilidad desde que había realizado los rayos X de osificación. Aun así, encontrar el eslabón perdido...

—Dios mío...

Lo dijo en voz alta, y sus palabras resonaron en el silencio del bosque. No podía creerlo, pero la prueba estaba allí, en la palma de su mano enguantada. Era el hueso hioides.

Al menos la mitad. Muy calcificado, incluso quebradizo. Volvió a buscar, tamizando lo más rápidamente que podía. No tardó mucho. Cinco minutos después, O'Neill encontró la otra mitad. Levantó ambas piezas.

Incluso después de tantos años, los fragmentos de hueso encajaban como un rompecabezas.

La cara de Tara O'Neill se iluminó con una sonrisa beatífica. Por un momento, miró su trabajo manual y sacudió la cabeza impresionada.

Sacó el móvil. No había cobertura. Caminó rápidamente un kilómetro hasta que encontró señal y marcó el número del *sheriff* Lowell. Él contestó al segundo timbre.

—¿Es usted, doctora?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En el lugar del enterramiento —dijo ella.

—Parece emocionada.

—Lo estoy.

—¿Porqué?

—He encontrado algo en la tierra —dijo Tara O'Neill.

—¿Y?

—Y cambia todo lo que pensábamos del caso.

Uno de los típicos pitidos que se oyen en los hospitales me despertó. Me desperté lentamente, parpadeé antes de abrir los ojos y vi a la señora Pérez sentada junto a la cama.

Había acercado la silla a mi cama. Tenía el bolso sobre el regazo. Sus rodillas se tocaban. Mantenía la espalda recta. La miré a los ojos y vi que había llorado.

—He oído lo del señor Silverstein —dijo. Esperé—. Y también he oído que habían encontrado huesos en el bosque.

Sentí la boca seca. Miré a mi derecha. La típica jarra de plástico amarillo oscuro de los hospitales, especialmente diseñada para que el agua sepa fatal, estaba sobre la mesilla. Iba a cogerla, pero la señora Pérez se levantó antes de que yo pudiera levantar la mano. Me sirvió el agua en un vaso y me lo acercó.

—¿Quiere sentarse? —preguntó la señora Pérez.

—Me parece una buena idea.

Apretó el mando a distancia y mi espalda fue levantándose hasta que quedé sentado.

—¿Está bien así?

—Está bien —dije.

Ella volvió a sentarse.

—Usted no lo dejará —dijo.

No me tomé la molestia de contestar.

—Dicen que el señor Silverstein mató a mi Gil. ¿Cree que es cierto?

« Mi Gil ». O sea que se había acabado el fingimiento. No más esconderse detrás de una mentira o de una hija. No más hipótesis.

—Sí.

Asintió.

—A veces pienso que Gil sí murió en aquel bosque. Así es como debería haber sido. El tiempo después de aquello fue prestado. Cuando aquel policía me llamó el otro día, ya lo sabía. Lo había estado esperando. Una parte de Gil no se escapó de aquel bosque.

—Dígame qué pasó —dije.

—Creí que lo sabía. Todos estos años. Pero quizá nunca supe la verdad. Puede que Gil me mintiera.

—Dígame lo que sepa.

—Usted estuvo en el campamento aquel verano. Conoció a mi Gil.

—Sí.

—Y conoció a la chica. A Margot Green.

Le dije que la conocía.

—Gil se enamoró locamente de ella. Era un chico pobre. Vivíamos en una zona marginada de Irvington. El señor Silverstein tenía un programa para que pudieran asistir hijos de trabajadores. Yo trabajaba en la lavandería. Ya lo sabe.

Lo sabía.

—Su madre me caía muy simpática. Era muy inteligente. Hablábamos mucho. Sobre todos los temas. De libros, de la vida, de nuestras desilusiones. Natasha era lo que nosotros llamamos un alma vieja. Era tan hermosa, pero era frágil. ¿Lo entiende?

—Creo que sí.

—En fin, Gil se enamoró como un loco de Margot Green. Era comprensible. Ella era prácticamente una modelo de revista a sus ojos. Los hombres son así. Les mueve la lujuria. Mi Gil no era distinto. Pero ella le rompió el corazón. Esto también es habitual. Lo normal habría sido que sufriera unas semanas y después la olvidara. Probablemente lo hubiera hecho.

Calló.

—¿Y qué pasó? —pregunté.

—Wayne Steubens.

—¿Qué pasa con él?

—Le susurró cosas a Gil. Le dijo que no debía dejar que Margot se saliera con la suya. Apeló al machismo de Gil. Dijo que Margot se reía de él. Que tenía que pagarle con la misma moneda. Wayne Steubens le calentó la cabeza. Y al poco tiempo, no sé cuánto, Gil aceptó.

Hice una mueca.

—¿Y la degollaron?

—No. Pero Margot se había pavoneado por todo el campamento. Querían que se acordara de esto.

Wayne lo había dicho. Era una calientabraguetas.

—Había muchos chicos que querían darle una lección. Mi hijo, por supuesto. Doug Billingham también. Y tal vez tu hermana. Ella estaba allí, aunque puede que Doug la convenciera para participar. No es importante.

Una enfermera abrió la puerta.

—Ahora no —dije.

Esperaba una discusión, pero mi tono de voz debió de disuadirla. Retrocedió y cerró la puerta al marcharse. La señora Pérez bajó la cabeza. Miró su bolso como si temiera que fueran a darle un tirón.

—Wayne lo planificó todo cuidadosamente. Es lo que nos dijo Gil. Pensaban llevar a Margot al bosque. Tenía que ser una broma. Su hermana les ayudó a engañarla. Le dijo a Margot que iban a encontrarse con unos chicos guapos. Gil se puso un pasamontañas. Agarró a Margot y la ató. Esto debía ser todo. Pensaban dejarla así unos minutos. Ella se desharía de la cuerda o ellos la desatarían. Era una estupidez, muy inmaduro, pero son cosas que pasan.

Yo sabía que era cierto. En aquel entonces en el campamento se hacían todo tipo de « bromitas ». Recuerdo que una vez cogimos a un niño y trasladamos su cama al bosque. Se despertó por la mañana solo, al aire libre, aterrado. Iluminábamos a un campista dormido a los ojos con una linterna, imitábamos el sonido de un tren y lo sacudíamos gritando « ¡Sal de las vías!» y mirábamos cómo el niño salía disparado de la cama. Recordé que había dos campistas matones que llamaban a los demás chicos « mariquitas ». Una noche, cuando los dos dormían profundamente, cogimos a uno, lo desnudamos y lo metimos en la cama con el otro. Por la mañana, los demás campistas los encontraron juntos en la misma cama. Se acabó el acoso.

Atar a una calientabraguetas y dejarla un rato sola en el bosque... No me habría sorprendido.

—Entonces algo salió espantosamente mal —dijo la señora Pérez.

Esperé. A la señora Pérez se le escapó una lágrima. Buscó en el bolso y sacó un puñado de pañuelos de papel. Se secó los ojos y se esforzó por dominarse.

—Wayne Steubens sacó una cuchilla de afeitar.

Creo que se me abrieron un poco los ojos cuando dijo esto. Prácticamente veía la escena. Veía a los cinco en el bosque, imaginaba sus caras, su sorpresa.

—Mire, Margot enseguida se dio cuenta de que era una broma. Se lo tomó bien. Dejó que Gil la atara. Entonces empezó a burlarse de mi hijo. Se rio de él, dijo que no sabía cómo tratar a una mujer de verdad. Los mismos insultos que las mujeres han lanzado contra los hombres toda la vida. Pero Gil no hizo nada. ¿Qué podía hacer? De repente, Wayne tenía la cuchilla en la mano. Primero, Gil pensó

que formaba parte de la actuación. Para asustarla. Pero Wayne no dudó. Se acercó a Margot y le cortó el cuello de oreja a oreja.

Cerré los ojos. Volví a verlo. Vi la hoja cruzando aquella piel tan joven, la sangre vertida, la fuerza vital que la abandonaba. Mientras degollaban a Margot Green, yo estaba a pocos centenares de metros de distancia haciendo el amor con mi novia. Probablemente aquello tenía algún sentido, de esa forma horrible en que los actos humanos corren adyacentes de la forma más asombrosa, pero en ese momento me costaba verlo.

—Por un momento nadie se movió. Se quedaron paralizados. Entonces Wayne les sonrió y dijo « Gracias por vuestra ayuda » .

Fruncí el ceño, pero tal vez empezaba a entenderlo. Camille había atraído a Margot al bosque, Gil la había atado...

—Entonces Wayne levantó la cuchilla. Gil dijo que podían ver lo mucho que disfrutaba Wayne con lo que había hecho. Cómo miraba el cadáver de Margot. Se le había despertado la sed. Fue a por ellos. Y ellos corrieron. Corrieron en direcciones diferentes. Wayne les persiguió. Gil corrió y corrió. No sé lo que pasó exactamente. Pero podemos imaginarlo. Wayne atrapó a Doug Billingham y le mató. Pero Gil se escapó. Y su hermana también.

La enfermera volvió.

—Lo siento, señor Copeland, pero tengo que tomarle el pulso y la tensión arterial.

Asentí con la cabeza para que pasara. Tenía que recuperarme. Sentía el corazón desbocado en el pecho. Otra vez. Si no me calmaba, me tendrían allí para siempre.

La enfermera trabajó rápida y silenciosamente. La señora Pérez miró la habitación como si acabara de entrar en ella, como si acabara de darse cuenta de donde estaba. Temí que iba a perderla.

—¿Está bien? —pregunté.

Ella asintió.

La enfermera acabó.

—Esta mañana le darán el alta.

—Estupendo.

Me sonrió forzosamente y nos dejó solos. Esperé a que la señora Pérez continuara.

—Evidentemente Gil estaba aterrado. Puede imaginárselo. Lo mismo que su hermana. Tiene que verlo desde su punto de vista. Eran jóvenes. Casi les matan. Habían visto cómo degollaban a Margot Green. Pero quizá lo peor de todo eran las palabras de Wayne « Gracias por vuestra ayuda » . ¿Lo entiende?

—Les había convertido en cómplices.

—Sí.

—¿Y qué hicieron?

—Se escondieron. Más de veinticuatro horas. Su madre y yo estábamos desesperadas de angustia. Mi marido estaba en casa, en Irvington. Su padre también estaba en el campamento. Pero estaba fuera con las partidas de búsqueda. Su madre y yo estábamos juntas cuando Gil llamó. Él sabía el número del teléfono público de la cocina. Había marcado tres veces antes, pero colgaba siempre que contestaba un desconocido. Más de un día después de que desaparecieran, lo descolgué yo.

—¿Gil le explicó lo que había pasado?

—Sí.

—¿Se lo contó a mi madre?

Ella asintió. Yo empezaba a entenderlo.

—¿Hablaron con Wayne Steubens?—pregunté.

—No fue necesario. Él ya había hablado con tu madre.

—¿Qué le dijo?

—Nada incriminatorio. Pero lo dejó claro. Se había buscado una coartada para aquella noche. Mire, nosotras ya lo sabíamos. Las madres son así.

—¿Qué sabían?

—El hermano de Gil, Eduardo, estaba cumpliendo condena. Gil tenía algunos antecedentes: él y unos amigos habían robado un coche. Su familia era pobre, mi familia era pobre. Habría huellas en la cuerda. La policía se preguntaría por qué su hermana había atraído a Margot Green al bosque. Wayne se había deshecho de las pruebas contra él. Era rico y muy querido y podía contratar al mejor abogado. Usted es fiscal, señor Copeland. Dígame, si Gil y Camille se hubieran presentado, ¿a quién habrían creído?

Cerré los ojos.

—Les dijeron que siguieran escondidos.

—Sí.

—¿Quién puso su ropa en el bosque?

—Yo. Me encontré con Gil, que seguía en el bosque.

—¿Vio a mi hermana?

—No. Él me dio su ropa. Se cortó, apretó la camisa contra la herida. Le dije que siguiera escondido hasta que tuviéramos un plan. Su madre y yo intentamos hallar la manera de dar la vuelta a la situación, de que la policía supiera la verdad. Pero no se nos ocurrió nada. Pasaron los días. Yo sabía cómo podía ser la policía. Aunque nos creyeran, Gil seguiría siendo un cómplice. Lo mismo que Camille.

Me di cuenta de otra cosa.

—Tiene un hijo discapacitado.

—Sí.

—Y necesitaba dinero. Para cuidarlo. Tal vez también para pagarle a Glenda una buena escuela. —Mis ojos se encontraron con los suyos—. ¿Cuándo

decidieron que podían ganar dinero con una demanda?

—Eso no formaba parte de nuestro plan original. Eso llegó más tarde, cuando el padre de Billingham empezó a atacar al señor Silverstein por no proteger a su hijo.

—Vieron su oportunidad.

Ella se agitó en la silla.

—El señor Silverstein debería haberlos vigilado. No habrían ido al bosque. No estaba exento de culpa. Sí, vi una oportunidad. Lo mismo que su madre.

La cabeza me daba vueltas. Intenté que hiciera una pausa lo suficientemente larga para poder asumir esa nueva realidad.

—Me está diciendo... —Paré—. ¿Me está diciendo que mis padres sabían que mi hermana estaba viva?

—Sus padres no —dijo.

Sentí un frío glacial en el corazón.

—Oh, no...

No dijo nada.

—No se lo dijo a mi padre.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque le odiaba.

Me quedé pasmado. Pensé en las peleas, en la amargura, en la infelicidad.

—¿Tanto?

—¿Cómo?

—Una cosa es odiar a alguien —dije—. Pero ¿odiaba tanto a mi padre como para dejar que pensara que su hija estaba muerta?

No me respondió.

—Le he hecho una pregunta, señora Pérez.

—No conozco la respuesta. Lo siento.

—¿Usted se lo dijo al señor Pérez?

—Sí.

—Pero ella no se lo dijo a mi padre.

Ninguna respuesta.

—Él iba al bosque a buscarla —dije—. Hace tres meses, en su lecho de muerte, sus últimas palabras fueron que quería que siguiera buscando. ¿Tanto le odiaba, señora Pérez?

—No lo sé —repitió.

Empezó a penetrar en mi cerebro, como gruesas gotas de lluvia. Golpes sordos.

—Estaba ganando tiempo, ¿no?

La señora Pérez no respondió.

—Escondió a mi hermana. No se lo dijo a nadie, ni siquiera... ni siquiera a

mi. Esperaba a cobrar el dinero de la demanda. Ése era su plan. Y en cuanto lo cobró... se marchó. Cogió el dinero que necesitaba y se fue con mi hermana.

—Ése era... ése era su plan, sí.

Farfullé la siguiente pregunta:

—¿Por qué no me llevó con ella?

La señora Pérez se limitó a mirarme. Lo pensé un momento. ¿Por qué? Y me di cuenta de algo.

—Si me llevaba a mí, mi padre nunca dejaría de buscarla. Pondría al tío Sosh y a todos sus excolegas del KGB a buscarla. Podía dejar marchar a mi madre, probablemente tampoco la amaba desde hacía tiempo. Creía que mi hermana estaba muerta, o sea que eso no sería un problema. Pero mi madre sabía que nunca me dejaría marchar a mí.

Recordé lo que el tío Sosh había dicho, sobre que mi madre había vuelto a Rusia. ¿Estarían allí las dos? ¿Estarían allí todavía? ¿Tenía sentido?

—Gil se cambió el nombre —siguió la señora Pérez—. Viajó mucho. Su vida no era nada del otro mundo. Y cuando aquellos detectives privados se presentaron en casa haciendo preguntas, se enteró. Lo vio como una oportunidad de volver a cobrar. Es curioso, pero él también le culpaba a usted.

—¿A mí?

—Aquella noche no hizo su guardia.

No dije nada.

—Por eso le culpaba, en parte. Pensaba que ésta podía ser una forma de vengarse.

Era lógico. Concordaba con todo lo que me había dicho Raya Singh.

La señora Pérez se puso de pie.

—No sé más.

—¿Señora Pérez?

Ella me miró.

—¿Estaba embarazada mi hermana?

—No lo sé.

—¿Llegó a verla?

—¿Disculpe?

—A Camille. Gil le dijo que estaba viva. Mi madre le dijo que estaba viva. Pero ¿usted llegó a verla?

—No —dijo—, nunca vi a su hermana.

Capítulo 41

No sabía qué pensar.

Tampoco tenía mucho tiempo. Cinco minutos después de que la señora Pérez saliera de mi habitación, entró Muse.

—Tienes que ir al juzgado.

Salimos del hospital sin demasiados problemas. Tenía un traje de recambio en el despacho. Me cambié. Y entonces fui al despacho del juez Pierce. Flair Hickory y Mort Pubin ya estaban allí. Se habían enterado de mi incidente de la noche anterior, pero si estaban preocupados no iban a demostrarlo entonces.

—Caballeros —dijo el juez—. Espero que podamos encontrar una forma de cerrar este caso.

No estaba de humor.

—¿De eso se trata?

—Sí.

Miré al juez. Él me miró. Sacudí la cabeza. Era lógico. Si habían intentado presionarme sacando mis trapos sucios, ¿qué iba a impedirles hacer lo mismo con el juez?

—La fiscalía no está interesada en hacer un trato —dije.

Me puse de pie.

—Siéntese, señor Copeland —dijo el juez Pierce—. Podría haber problemas con la prueba del DVD. Puede que tenga que excluirla.

Fui hacia la puerta.

—¡Señor Copeland!

—No me quedo —dije—. Van a por mí, juez. Usted ya ha hecho lo que ha podido. Écheme la culpa.

Flair Hickory frunció el ceño.

—¿De qué está hablando?

No contesté. Cogí la manilla de la puerta.

—Siéntese, señor Copeland, o le denunciaré por desacato.

—¿Porque no quiero negociar?

Me volví a mirar a Arnold Pierce. Le temblaba el labio inferior.

—¿Alguien tiene la bondad de explicarme de qué va esto? —dijo Mort Pubin.

El juez y yo no le hicimos caso. Asentí, dando a entender a Pierce que lo comprendía. Pero no pensaba rendirme. Giré el pomo y me marché. Bajé por el pasillo. Me dolía el costado herido. La cabeza me retumbaba. Tenía ganas de sentarme y llorar. Quería sentarme y pensar en lo que acababa de saber de mi madre y mi hermana.

—No creí que fuera a funcionar.

Me volví. Era EJ Jenrette.

—Sólo intento salvar a mi hijo —dijo.

—Su hijo violó a una chica.

—Lo sé.

Paré. Él tenía un sobre en la mano.

—Siéntese un segundo —dijo Jenrette.

—No.

—Imagínese a su hija. Su Cara. Imagine que un día ella se hace mayor. Que bebe demasiado en una fiesta. Que conduce y atropella a alguien. Que esta persona muere. Algo así. Un error.

—La violación no es un error.

—Sí lo es. Sabe que no volverá a hacerlo nunca más. Ha metido la pata. Creía que era invencible. Ahora sabe que no.

—No vamos a empezar otra vez con esto —dije.

—Lo sé. Pero todo el mundo tiene secretos. Todo el mundo comete errores, comete delitos, lo que sea. Algunas personas los entierran mejor que otras.

No dije nada.

—Nunca fui tras su hija —dijo Jenrette—. Fui tras usted. Fui tras su pasado. Incluso fui tras su cuñado. Pero nunca me acerqué a su hija. No lo haría jamás.

—Es muy noble —dije—. ¿Qué tiene contra el juez Pierce?

—No es importante.

Tenía razón. No necesitaba saberlo.

—¿Qué puedo hacer para ayudar a mi hijo, señor Copeland?

—Eso ya no tiene remedio —dije.

—¿De verdad cree eso? ¿Cree que su vida ha acabado?

—Su hijo cumplirá cinco, seis años máximo —dije—. Lo que haga en la cárcel y lo que haga cuando salga decidirán cómo es su vida.

EJ Jenrette levantó el sobre.

—No sé qué hacer con esto.

No dije nada.

—Un hombre hace lo que sea para proteger a sus hijos. Puede que ésta fuera mi excusa. Puede que fuera la de su padre.

—¿Mi padre?

—Su padre era del KGB. ¿Lo sabía?

—No tengo tiempo para esto.

—Esto es un resumen de su expediente. Mis empleados lo han traducido al inglés.

—No necesito verlo.

—Creo que debería verlo, señor Copeland. —Lo levantó pero no lo cogí—. Si quiere ver hasta dónde puede llegar un padre para mejorar la vida de sus hijos, debería leerlo. Puede que entonces me entienda un poco mejor.

—No quiero entenderle.

EJ Jenrette siguió con el sobre levantado. Finalmente lo cogí. Se fue sin decir

nada más.

Volví a mi despacho y cerré la puerta. Me senté a mi mesa y abrí el expediente. Leí la primera página. Nada sorprendente. Después leí la segunda página y volví a leerla otra vez, y cuando creía que ya no podía sufrir más, las palabras abrieron una herida en mi pecho y me lo desgarraron.

Muse entró sin llamar.

—El esqueleto que hallaron en el campamento —dijo—. No es tu hermana.

Yo no podía hablar.

—Mira, la doctora O'Neill halló algo llamado hueso hioides. Está en la garganta, creo. En forma de herradura. Parece que estaba partido por la mitad. Eso significa que probablemente estrangularon a la víctima con las manos. Pero parece que el hueso hioides no es tan frágil en una persona joven, es más como un cartilago. Así que la doctora O'Neill ha realizado más pruebas de osificación con rayos X. En resumen, es mucho más probable que el esqueleto pertenezca a una mujer de cuarenta y tantos años, tal vez cincuenta, que a alguien de la edad de Camille.

No dije nada, seguí mirando la página que tenía frente a mí.

—¿No entiendes lo que te digo? No es tu hermana.

Cerré los ojos. Me pesaba el corazón.

—¿Cope?

—Ya lo sé —dije.

—¿Qué?

—La mujer del bosque no es mi hermana —dijo—. Es mi madre.

Capítulo 42

A Sosh no le sorprendió verme.

—Lo sabías, ¿no?

Hablaba por teléfono. Tapó el receptor con la mano y me indicó:

—Siéntate, Pável.

—Te he hecho una pregunta.

Acabó de hablar y colgó el teléfono. Entonces vio el sobre que yo tenía en la mano.

—¿Qué es?

—Es un resumen del expediente de mi padre en el KGB.

Se le hundieron los hombros.

—No debes creer todo lo que dice —dijo Sosh, pero sus palabras no fueron muy convincentes.

Fue como si las leyera en un telepronter^[5].

—En la página dos —dije, intentando dominar el temblor de mi voz— dice lo que hizo mi padre.

Sosh se limitó a mirarme.

—Entregó a los abuelos, ¿no? Fue él quien los delató. Mi propio padre.

Sosh siguió sin hablar.

—Contesta, maldita sea.

—Sigues sin entenderlo.

—¿Mi padre entregó a mis abuelos, sí o no?

—Sí.

Callé.

—A tu padre le acusaron de estropear una entrega. No sé si lo hizo o no. Da igual. El gobierno iba a por él. Ya te hablé de la cantidad de presión que podían ejercer. Habrían destruido a toda la familia.

—¿Así que vendió a mis abuelos para salvar su propia piel?

—El gobierno habría acabado descubriéndolos de todos modos. Pero sí, de acuerdo, Vladimir decidió salvar a sus hijos sacrificando a sus suegros. No sabía que todo saldría tan mal. Creía que el régimen sólo les metería un poco de miedo. Creía que retendrían a tus abuelos unas semanas a lo sumo. Y a cambio, su familia tendría una segunda oportunidad. Tu padre daría una vida mejor a sus hijos y a los hijos de sus hijos. ¿Lo entiendes?

—No, lo siento, no lo entiendo.

—Porque eres rico y tienes una vida segura.

—No me vengas con esta mierda, Sosh. La gente no vende a su propia familia. Tú deberías saberlo. Sobreviviste al asedio. La población de Leningrado no se rindió. Los nazis os hicieron de todo pero aguantasteis con la cabeza bien alta.

—¿Y eso te parece inteligente? —saltó él. Sus manos se cerraron en puños—. Dios mío, qué ingenuo eres. Mis hermanos murieron de hambre. ¿Entiendes lo que es eso? Si nos hubiéramos rendido, si les hubiéramos entregado la ciudad a aquellos hijos de puta, Gavrel y Aline estarían vivos. La historia se habría vuelto contra los nazis algún día. Pero mis hermanos seguirían con vida, tendrían hijos, nietos, se habrían hecho mayores. En cambio...

Apartó la cabeza.

—¿Cuándo descubrió mi madre lo que había hecho él? —le pregunté.

—Le mortificaba. A tu padre, me refiero. Creo que en parte tu madre siempre lo había sospechado. Y era por eso por lo que le despreciaba tanto. Pero la noche que tu hermana desapareció, tu padre pensó que Camille había muerto. Se desmoronó y confesó la verdad.

Tenia lógica. Una lógica horrible. Mi madre se había enterado de lo que había hecho mi padre. Nunca le perdonaría que hubiera traicionado a sus amados padres. No le habría importado nada hacerle sufrir, o dejar que pensara que su hija había muerto.

—Así que mi madre escondió a mi hermana —dije—. Esperé a tener el dinero de la demanda. Y tenía pensado desaparecer con Camille.

—Sí.

—Pero esto nos lleva a la cuestión principal, ¿no?

—¿Qué cuestión?

Separé las manos.

—¿Y yo qué, su hijo? ¿Cómo pudo dejarme mi madre?

Sosh no dijo nada.

—Toda mi vida —dije—. Me he pasado toda la vida pensando que mi madre no me quería. Que se marchó sin mirar atrás. ¿Cómo pudiste dejarme creer eso, Sosh?

—¿Crees que la verdad es mejor?

Pensé en cómo había espiado a mi padre en aquel bosque. Él cavaba y cavaba buscando a mi hermana. Y un día dejó de hacerlo. Creí que había dejado de hacerlo cuando mi madre se marchó. Recordaba el último día que había ido al bosque y que me dijo que no le siguiera:

«Hoy no, Paul. Hoy iré solo...» .

Aquel día cavó su último hoyo. No para buscar a mi hermana, sino para enterrar a mi madre.

¿Era justicia poética, enterrarla en el lugar donde se suponía que había muerto mi hermana, o fue una cuestión más bien práctica? ¿Quién iba a pensar en buscarla en un sitio que había sido rastreado tan a conciencia?

—Mi padre descubrió que pretendía fugarse.

—Sí.

—¿Cómo?

—Yo se lo dije.

Sosh me miró a los ojos, pero no dijo nada.

—Me enteré de que tu madre había transferido cien mil dólares de su cuenta conjunta. Era protocolo habitual del KGB vigilarnos unos a otros. Le pregunté a tu padre sobre eso.

—Y él se enfrentó a ella.

—Sí.

—Y mi madre... —Se me quebró la voz. Me aclaré la garganta, parpadeé y lo intenté de nuevo—. Mi madre nunca pretendió abandonarme —dije—. También pensaba llevarme con ella.

Sosh me sostuvo la mirada y asintió.

Aquella verdad debería haberme proporcionado cierto consuelo, pero no fue así.

—¿Sabías que la había matado, Sosh?

—Sí.

—¿Y ya está?

Se quedó en silencio.

—¿Y no hiciste nada de nada?

—Todavía trabajábamos para el gobierno —dijo Sosh—. Si se sabía que era un asesino, podía ponernos en peligro a todos.

—Tu tapadera habría salido a la luz.

—No sólo la mía. Tu padre conocía a muchos de nosotros.

—Y dejaste que se saliera con la suya.

—Era lo que hacíamos en aquella época. Sacrificios por una causa mayor. Tu padre dijo que ella había amenazado con denunciarnos a todos.

—¿Tú le creíste?

—¿Qué importa lo que yo creyera? Tu padre nunca quiso matarla. Perdió la cabeza, supongo. Natasha iba a escaparse y esconderse. Iba a llevarse a su hijo y desaparecer para siempre.

Recordé las últimas palabras de mi padre, en su lecho de muerte...

« Paul, todavía necesitamos encontrarla... » .

¿Se refería al cadáver de Camille? ¿O a la propia Camille?

—Mi padre descubrió que mi hermana seguía viva —dije.

—No es tan simple.

—¿Qué quieres decir con que no es tan simple? ¿Lo descubrió o no? ¿Mi madre se lo dijo?

—¿Natasha? —Sosh soltó un ruidito—. Jamás. No había persona más valiente, más capaz contra la adversidad. Tu madre no habría hablado le hiciera lo que le hiciera tu padre.

—¿Incluido estrangularla hasta matarla?

Sosh no dijo nada.

—Entonces ¿cómo lo descubrió?

—Después de matar a tu madre, tu padre registró sus papeles, revisó sus llamadas. Lo dedujo o al menos lo sospechó.

—¿Así que lo sabía?

—Ya te he dicho que no era tan simple.

—No estás siendo claro, Sosh. ¿Buscó a Camille?

Sosh cerró los ojos. Dio la vuelta a su mesa.

—Antes has hablado del sitio de Leningrado —dijo—. ¿Sabes lo que me enseñó? Los muertos no cuentan. Ya no están. Los entierras y sigues con tu vida.

—Lo tendré presente, Sosh.

—Tú empezaste esta cruzada. No querías dejar en paz a los muertos. Y ahora ¿cómo estás? Han muerto dos personas más. Te has enterado de que tu padre mató a tu madre. ¿Ha valido la pena, Pável? ¿Ha valido la pena agitar los viejos fantasmas?

—Depende —dije.

—¿De qué?

—De lo que le sucediera a mi hermana.

Esperé. Recordé las últimas palabras de mi padre: « ¿Lo sabías?» .

Creí que me estaba acusando, que había visto la culpa en mi cara. Pero no se trataba de eso. Me preguntaba si yo sabía lo que había pasado en realidad con mi hermana ¿Sabía lo que él había hecho? ¿Sabía que había asesinado a mi madre y la había enterrado en el bosque?

—¿Qué le pasó a mi hermana, Sosh?

—A eso me refería cuando te he dicho que no era tan simple.

Esperé.

—Tienes que entenderlo. Tu padre nunca estuvo seguro. Sí, encontró algunas pruebas, pero lo único que sabía con certeza era que tu madre iba a fugarse con el dinero y que pretendía llevarte con ella.

—¿Y?

—Y solicitó mi ayuda. Me pidió que investigara sus pruebas. Me pidió que localizara a tu hermana.

Le miré.

—¿Lo hiciste?

—Lo investigué, sí. —Dio un paso hacia mí—. Y cuando acabé, le dije a tu padre que estaba equivocado.

—¿Qué?

—Le dije a tu padre que tu hermana había muerto aquella noche en el bosque.

Eso me desorientó.

—¿Es cierto?

—No, Pável. No murió aquella noche.

Sentí que el corazón se me expandía en el pecho.

—Le mentiste. No querías que la encontrara.

No dijo nada.

—¿Y ahora? ¿Dónde está ella ahora?

—Tu hermana sabía lo que había hecho tu padre. No podía presentarse sin más. No había pruebas de la culpabilidad de tu padre. Y seguía existiendo el problema de por qué había desaparecido de entrada. Además, ella temía a tu padre. ¿Cómo podía volver con el hombre que había asesinado a su madre?

Pensé en la familia Pérez, en los cargos por fraude y todo lo demás. A mi hermana le habría pasado lo mismo. Incluso antes de añadir a mi padre al problema, Camille habría tenido dificultades para volver a casa.

Volví a sentir que me embargaba la esperanza.

—¿Y la encontraste?

—Sí.

—¿Y qué?

—Y le di dinero.

—La ayudaste a esconderse de él.

No respondió. No hacía falta.

—¿Dónde está ahora? —pregunté.

—Perdimos el contacto hace años. Tienes que entenderlo, Camille no quería hacerte daño. Pensó en llevarte con ella. Pero no era práctico. Sabía cuánto querías a tu padre. Y después, cuando te convertiste en un personaje público, supo lo que supondría su regreso para ti: el escándalo. Si ella volvía, todo saldría a la luz. Y cuando eso ocurriera, tu carrera habría terminado.

—Ya ha terminado.

—Sí. Ahora lo sabemos.

«Lo sabemos», dijo. Sabemos.

—¿Dónde está Camille? —pregunté.

—Está aquí, Pável.

La habitación se vació de aire. No podía respirar. Sacudí la cabeza.

—Después de tantos años me costó un poco encontrarla —dijo él—. Pero la encontré. Hablamos. No sabía que tu padre había muerto. Se lo dije. Y eso evidentemente lo cambiaba todo.

—Espera un momento. Tú... —Callé—. ¿Tú y Camille habéis hablado?

Era mi voz, creo.

—Sí, Pável.

—No lo entiendo.

—Cuando has entrado, estaba hablando con ella.

Se me enfrió todo el cuerpo.

—Está alojada en un hotel dos calles más abajo. Le dije que viniera. —Miró el ascensor—. Es ella. Está subiendo.

Me volví despacio y miré los números del ascensor iluminándose. Oí cómo sonaba en cada piso. Di un paso hacia delante. No podía creerlo. Esto era otro truco cruel. La esperanza estaba jugando conmigo otra vez.

El ascensor se paró. Oí que las puertas se abrían. No se deslizaron. Se abrieron a regañadientes como si les diera miedo entregar a su pasajera. Me quedé paralizado. El corazón me retumbaba en el pecho. Mantuve los ojos fijos en las puertas, en la abertura.

Y entonces, veinte años después de desaparecer en aquel bosque, mi hermana Camille volvió a mi vida.

Epílogo

Un mes después Lucy no quiere que haga este viaje.

—Por fin ha terminado —me dice, justo antes de que me vaya al aeropuerto.

—Ya he oído eso antes —contraataco.

—No tienes que volver a verle, Cope.

—Sí. Necesito unas últimas respuestas. —Lucy cierra los ojos—. ¿Qué?

—Es todo muy frágil, ¿sabes?

Lo sé.

—Me da miedo que remuevas las aguas otra vez.

Lo entiendo pero tengo que hacerlo.

Una hora después, estoy mirando por la ventanilla del avión. En el último mes, la vida ha vuelto casi a la normalidad. El caso Jenrette y Marantz dio algunos giros inesperados y raros antes de alcanzar su bastante glorioso final. Las familias no se rindieron. Ejercieron toda la presión que pudieron sobre el juez Arnold Pierce y él cedió. Desestimó el DVD porno, afirmando que no se había presentado a tiempo. Parecía que lo teníamos mal. Pero el jurado vio la maniobra, normalmente es así, y dieron un veredicto de culpabilidad. Por supuesto Flair y Mort apelarán.

Me gustaría procesar al juez Pierce, pero no lo conseguiría jamás. Me gustaría procesar a EJ Jenrette y a MVD por chantaje. También dudo que lo consiguiera. Pero la demanda de Chamique va bien. Se dice que quieren acabar con esto rápidamente. Se habla de un acuerdo de siete cifras. Espero que lo consiga. Pero cuando miro en mi bola de cristal, no veo mucha felicidad para Chamique en el futuro. No lo sé. Su vida ha sido tan agitada. Me da la sensación de que el dinero no va a cambiarlo.

Bob, mi cuñado, está libre bajo fianza. Hablé en su favor. Declaré a las autoridades federales que aunque mis recuerdos eran un poco « borrosos », creía que Bob me había dicho que necesitaba un préstamo y que yo lo aprobé. No sé si funcionará. No sé si estoy haciendo lo correcto o lo incorrecto (probablemente lo correcto) pero no quiero que destruyan a Greta y a su familia. Pueden llamarme hipócrita, lo soy, pero la línea entre el bien y el mal a veces se difumina. Se difumina aquí, bajo la luz brillante del mundo real.

Y, por supuesto, se difumina en la oscuridad de aquel bosque.

Respecto a Loren Muse, sigue siendo Muse, gracias a Dios. El gobernador David Markie todavía no ha pedido mi dimisión y yo no se la he ofrecido. Probablemente lo haré y probablemente debería hacerlo, pero ahora mismo voy aguantando.

Raya Singh acabó dejando Most Valuable Detection para asociarse con Cingle Shaker, nada más y nada menos. Cingle dice que están buscando a una tercera estupenda para que su agencia pueda llamarse « Ángeles de Charlie » .

El avión aterriza. Desembarco. Miro mi BlackBerry. Hay un breve mensaje de mi hermana, Camille:

Hola, hermano, Cara y yo vamos a almorzar a la ciudad y de tiendas.

Te quiero, Camille.

Mi hermana, Camille. Es fantástico tenerla de vuelta. No puedo creer la rapidez con que se ha convertido en una parte integral y con todas las de la ley de nuestra vida. Pero la verdad es que sigue existiendo una tensión latente entre los dos. Vamos mejorando. Y mejoraremos más. Pero la tensión existe y no se puede negar, y a veces exageramos en nuestro esfuerzo por combatirla llamándonos todo el rato «hermano» y «hermana» y diciendo «te echo de menos» y «te quiero».

Todavía no sé todo lo que ha hecho Camille durante estos años. Hay detalles que no me cuenta. Sé que empezó con una nueva identidad en Moscú, pero que no se quedó mucho tiempo. Estuvo viviendo dos años en Praga y otro en Begur, en la Costa Brava. Volvió a Estados Unidos, se movió un poco más, se casó y se instaló en Atlanta, pero acabó divorciándose tres años después.

No ha tenido hijos, pero ya es la mejor de las tías posibles. Quiere mucho a Cara, y el sentimiento es más que recíproco. Camille vive con nosotros. Es maravilloso, más de lo que podría haber esperado, y esto alivia mucho la tensión.

Por supuesto, una parte de mí sigue preguntándose por qué Camille tardó tanto en volver a casa, y ésta es la mayor fuente de tensión, creo. Entiendo lo que dijo Sosh acerca de que quería protegerme, de mi reputación y del recuerdo de mi padre. Y me parece comprensible que tuviera miedo de nuestro padre mientras estuvo vivo.

Pero creo que hay algo más.

Camille decidió no hablar de lo que pasó en aquel bosque. Nunca dijo a nadie lo que había hecho Wayne Steubens. Su decisión, correcta o no, había dejado a Wayne libre para matar a otras personas. No sé qué habría sido lo correcto, no sé si presentarse a la policía habría cambiado las cosas. Se puede decir que Wayne habría salido impune de todos modos, que podría haber huido o haberse quedado en Europa, que habría sido más cuidadoso en sus asesinatos, y habría cometido incluso más. ¿Quién sabe? Pero las mentiras tienen tendencia a infectarse. Camille creyó que podría enterrar esas mentiras. Puede que todos lo creyéramos.

Pero ninguno de nosotros salió ileso de aquel bosque.

En cuanto a mi vida amorosa, estoy enamorado. Así de sencillo. Amo a Lucy con todo mi corazón. No vamos despacio, nos hemos lanzado como si quisiéramos recuperar el tiempo perdido. Puede que en lo que somos haya una

desesperación insana, una obsesión, un agarrarse a un clavo ardiendo. Nos vemos mucho, y cuando no estamos juntos me siento perdido y desorientado y sólo deseo volver a estar con ella. Hablamos por teléfono. Nos mandamos correos y mensajes de texto constantemente.

Pero así es el amor, ¿no?

Lucy es divertida, tontorrón, cálida, lista y hermosa, y me abruma de la mejor de las maneras. Es como si estuviéramos de acuerdo en todo.

Excepto, claro, en que yo realice este viaje.

Entiendo su miedo. Sé perfectamente lo frágil que es todo esto. Pero tampoco se puede vivir siempre sobre hielo fino. Así que aquí estoy, en la cárcel estatal de Red Onion, Virginia, esperando enterarme de algunas últimas verdades.

Entra Wayne Steubens. Estamos en la misma habitación que la última vez. Él está sentado en el mismo sitio.

—Vaya por Dios —dijo—. Has estado muy ocupado, Cope.

—Les mataste —dije—. Después de todo, tú, el asesino en serie, lo hiciste. — Wayne sonríe—. Lo planificaste todo el tiempo, ¿no?

—¿Están escuchando esta conversación?

—No.

Él levanta la mano derecha.

—¿Tengo tu palabra de que no escuchan?

—Tienes mi palabra —digo.

—Entonces, por qué no. Sí, fui yo. Planifiqué los asesinatos.

Ya estamos. Por fin ha decidido que necesita afrontar el pasado.

—Y lo hiciste tal como explicó la señora Pérez. Degollaste a Margot. Después Gil, Camille y Doug echaron a correr. Los perseguiste. Atrapaste a Doug. También lo mataste.

Levanta el dedo índice.

—Cometí un error de cálculo. Metí la pata con Margot. Ella tenía que ser la última porque ya estaba atada. Pero su cuello estaba tan a la vista, tan vulnerable... que no pude resistirme.

—Al principio había cosas que no entendía —digo—. Pero ahora creo que sí.

—Te escucho.

—Los diarios que los detectives privados mandaron a Lucy —digo.

—Ahhh.

—Me preguntaba quién nos había visto en el bosque, pero Lucy lo vio enseguida. Sólo una persona podía saberlo: el asesino. Tú, Wayne.

Separó las manos.

—La modestia me impide decir más.

—Fuiste tú quien facilitó la información a MVD, lo que utilizaron en aquellos diarios. Fuiste la fuente de información.

—Modestia, Cope. De nuevo me remito a la modestia.

Está disfrutando.

—¿Cómo conseguiste que Ira te ayudara?—pregunté.

—El bueno del tío Ira. Ese *hippie* medio descerebrado.

—Sí, Wayne.

—No me ayudó mucho. Sólo necesitaba quitarlo de en medio. Mira, Cope, esto puede que te descoloque, pero Ira tomaba drogas. Yo tenía fotos y pruebas. Si se sabía, su precioso campamento iría a la ruina. Igual que él.

Sonríe más aún.

—Así que, cuando Gil y yo amenazamos con destapar todo —digo—, Ira se asustó. Como has dicho, estaba medio descerebrado entonces, y ahora era mucho peor. La paranoia le nubló el raciocinio. Tú ya cumplías condena, y Gil y yo no haríamos más que empeorar las cosas destapándolo todo. Ira fue presa del pánico. Silenció a Gil e intentó silenciarme a mí.

Otra sonrisa de Wayne.

Pero ahora su sonrisa tiene algo diferente.

—¿Wayne?

No habla. Sólo sonríe. No me gusta. Repaso lo que acabo de decir. Sigue sin gustarme.

Wayne sigue sonriendo.

—¿Qué?—pregunto.

—Se te escapa algo, Cope.

Espero.

—Ira no fue el único que me ayudó.

—Lo sé —dije—. Gil contribuyó. Ató a Margot. Y mi hermana también estuvo allí. Te ayudó a atraer a Margot al bosque.

Wayne entorna los ojos y separa un poco los dedos pulgar e índice.

—Todavía se te escapa una cosita de nada —dice—. Un secretito de nada que he guardado todos estos años.

Contengo el aliento. Él sólo sonríe. Rompo el silencio.

—¿Qué?—repito.

Se inclina hacia delante y susurra:

—Tú, Cope.

No puedo hablar.

—Estás olvidando tu papel en esto.

—Sé lo que hice —digo—. Abandoné mi puesto.

—Sí, cierto. ¿Y si no lo hubieras hecho?

—Te habría detenido.

—Sí —dice Wayne, arrastrando la palabra—. Exactamente.

Espero algo más. No dice nada.

—¿Esto es lo que querías oír, Wayne? ¿Que me siento responsable en parte?

—No. No es tan sencillo.

—¿Entonces qué?

Sacude la cabeza.

—No captas la idea.

—¿Qué idea?

—Piensa, Cope. Cierro, abandonaste tu puesto. Pero tú mismo lo has dicho: yo lo tenía todo planificado.

Se rodea la boca con las manos y su voz es sólo un susurro.

—Contéstame a esto: ¿cómo sabía yo que no estarías en tu puesto aquella noche?

Lucy y yo vamos en coche al bosque.

Ya he conseguido el permiso del *sheriff* Lowell, así que el guarda de seguridad, sobre el que Muse me había advertido, nos deja pasar enseguida. Paramos en el aparcamiento frente a los pisos. Es raro, pero ni Lucy ni yo habíamos vuelto allí en dos décadas. Evidentemente, entonces aquella urbanización no existía. Aun así, después de tanto tiempo, sabemos perfectamente dónde estamos.

El padre de Lucy, su querido Ira, había sido el dueño de aquella tierra. Había llegado allí hacía muchos años, sintiéndose como Magallanes descubriendo un nuevo mundo. Probablemente Ira miró aquel bosque y sintió que estaba cumpliendo su sueño de toda la vida: un campamento, una comuna, un hábitat natural libre de los pecados del hombre, un lugar de paz y armonía, todo, algo que fomentara sus valores.

Pobre Ira.

La mayor parte de los delitos que veo empiezan con algo pequeño. Una mujer hace enfadar a su esposo por algo intrascendente —dónde está el mando de la tele, una cena fría— y la cosa pasa a mayores. Pero en este caso, era todo lo contrario. Algo grande hizo rodar la bola. Al final, un asesino en serie desquiciado lo había iniciado todo. La sed de sangre de Wayne Steubens había sido el desencadenante.

Tal vez todos se lo pusimos fácil de un modo u otro. El miedo terminó por ser el mejor cómplice de Wayne. EJ Jenrette también me había enseñado su poder: si metes miedo a la gente, logras que acepten lo que tú quieres. Aunque no había funcionado en el caso de violación contra su hijo. No había podido asustar a Chamique Johnson. Tampoco había podido asustarme a mí.

Tal vez porque a mí ya me habían asustado bastante.

Lucy lleva flores, pero no debería haberlo hecho. En nuestra tradición no colocamos flores en las tumbas. Colocamos piedras. Tampoco sé para quién son las flores: para mi madre o para su padre. Probablemente para ambos.

Tomamos el antiguo sendero, que todavía existe, aunque está un poco

desdibujado, hacia el lugar donde Barrett encontró los huesos de mi madre. El hoyo donde ha yacido todos estos años está vacío. Los restos de cinta amarilla de la escena del crimen han volado con la brisa.

Lucy se arrodilla. Escucho el viento, me pregunto si oigo los llantos. No. No oigo nada más que el hueco de mi corazón.

—¿Por qué fuimos al bosque aquella noche, Lucy? —No me mira—. Nunca había pensado en ello. Todos se lo preguntaban. Todos se preguntaban cómo había podido ser tan irresponsable. Pero para mí estaba claro. Estaba enamorado. Me había escapado con mi novia. ¿Qué podía ser más natural que esto?

Deposita las flores con esmero. Sigue sin mirarme.

—Ira no ayudó a Wayne Steubens aquella noche —digo a la mujer que amo—. Fuiste tú.

Oigo al fiscal en mi voz. Quiero que se calle y se vaya. Pero no se va.

—Me lo dijo Wayne. Los asesinatos estaban cuidadosamente planificados: ¿cómo podía saber que yo no estaría en mi puesto aquella noche? Porque tu misión era hacer que no estuviera.

Veo que se encoge y se marchita.

—Por eso no podías enfrentarte a mí —digo—. Por esto te sientes como si rodaras colina abajo y no pudieras parar. No es porque tu familia perdiera el campamento o la reputación o el dinero. Es porque ayudaste a Wayne Steubens.

Espero. Lucy baja la cabeza. Estoy de pie detrás de ella. Esconde la cara entre las manos. Solloza. Le tiemblan los hombros. La oigo llorar y mi corazón se parte en dos. Doy un paso hacia ella. A la mierda, pienso. Esta vez el tío Sosh tiene razón. No necesito saberlo todo. No necesito destapararlo todo.

Sólo la necesito a ella. Así que doy este paso.

Lucy levanta una mano para detenerme. Se recupera poco a poco.

—No sabía lo que pensaba hacer —dice—. Me dijo que haría arrestar a Ira si no le ayudaba. Pensé... pensé que sólo iba a asustar a Margot. A hacerle alguna broma estúpida.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Wayne sabía que nos separamos.

Asiente.

—¿Cómo lo supo?

—Me vio.

—A ti —digo—. No a nosotros.

Asiente otra vez.

—Encontraste el cadáver, ¿no? El de Margot. Ésa era la sangre de la que habla el diario. Wayne no hablaba de mí. Hablaba de ti.

—Sí.

Pensé en ello, en lo aterrada que debió de sentirse, en cómo debió de correr a ver a Ira, el pánico que debió de sentir también Ira.

—Ira te vio manchada de sangre. Pensó... —No habla. Pero ahora todo cobra sentido—. Él no nos habría matado a Gil ni a mí para protegerse —digo—. Pero era padre. Al final, por mucha paz, amor y comprensión que predicara, Ira era ante todo un padre como cualquier otro. Y mató para proteger a su hijita.

Ella vuelve a sollozar.

Todos habían callado. Todos tenían miedo: mi hermana, mi madre, Gil, su familia y ahora Lucy. Todos eran igual de culpables, y todos habían pagado un precio terrible. ¿Y yo qué? Busco excusas argumentando que era joven y que sólo quería echar una canita al aire. Pero ¿es esto una excusa en realidad? Tenía la responsabilidad de vigilar a los campistas aquella noche y fui un vago.

Los árboles parecen caernos encima. Los miro y después miro la cara de Lucy. Veo la belleza. Veo el dolor. Quiero acercarme a ella. Pero no puedo. No sé por qué. Quiero hacerlo, sé que es lo correcto. Pero no puedo.

En lugar de esto me doy la vuelta, alejándome de la mujer que amo. Espero que me llame, que me pida que me detenga. Pero no lo hace. Me deja marchar. La oigo sollozar. Sigo caminando. Camino hasta salir del bosque y llegar al coche. Me siento en una acera y cierro los ojos. Un día u otro tendrá que pasar por aquí. Así que me siento y la espero. Me pregunto adónde iremos cuando venga. Me pregunto si nos marcharemos juntos o si este bosque, después de todos estos años, se habrá cobrado una última víctima.

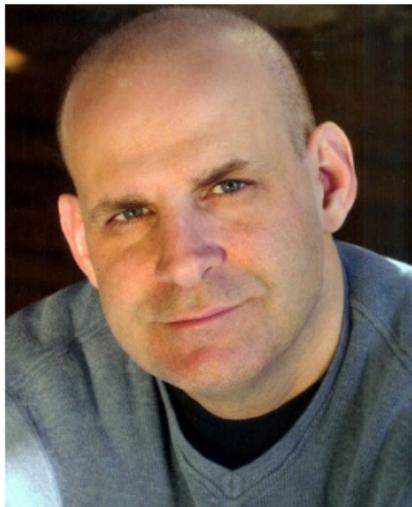
Fin

Agradecimientos

No soy especialista en casi nada, pero tengo la suerte de conocer a genios generosos que sí lo son. Esto parecerá una lista de nombres, pero me ayudaron mis amigos y colegas, el doctor Michael Baden, Linda Fairstein, el doctor David Gold, la doctora Anne Armstrong Coben, Christopher J. Christie y el auténtico Jeff Bedford.

Gracias a Mitch Hoffman, Lisa Johnson, Brian Tart, Erika Imranyi y a todos los de Dutton. Gracias a Jon Wood de Orion y a Francoise Triffaux de Belfond. Gracias a Aaron Priest y a todos los de la Agencia Literaria Aaron Priest, de nombre tan creativo.

Por último, quiero manifestar un agradecimiento especial a la inteligente Lisa Erbach Vanee, que en la última década ha aprendido a tratar magníficamente mis cambios de humor e inseguridades. Gracias, Lisa.



HARLAN COBEN. Con 46 años, 15 novelas y millones de libros vendidos, Harlan Coben es uno de los valores en alza de la novela policiaca. Su obra se aleja de los lugares tópicos del género para escarbar en los barrios acomodados y mostrar sus secretos. Ganador del Edgar Award, el Shamus Award y el Anthony Award, es autor de grandes *best sellers* como *La promesa*, *El inocente*, *Golpe de efecto*, *Última oportunidad*, *Motivo de ruptura*, *No se lo digas a nadie*, *Sólo una mirada*, *Por siempre jamás...* Sus libros han sido publicados en más de 33 idiomas en todo el mundo.

Harlan Coben proviene de Newark (Nueva Jersey), una ciudad deprimida y violenta. Como lector, Coben llegó al thriller de la mano de William Goldman. Él tenía 15 años y su padre le pasó *Marathon man*. No pudo soltarlo hasta que lo terminó. De ahí extrajo una de sus máximas: «Lo más importante es hacer un libro irresistible. Se trata de que cada frase atrape al lector según avanza la historia», afirma convencido.

Harlan Coben lo pasa bien escribiendo. Le gusta hacerlo por las mañanas, cuando sus cuatro hijos y su mujer, una pediatra, ya se han puesto en marcha. Normalmente acude a algún café o biblioteca del pueblo. «Soy un escritor de calle. En casa uno siempre encuentra algo mejor que hacer». Apenas investiga o se documenta antes de escribir. A veces le basta con llamar al fiscal jefe de Nueva Jersey, un amigo de la infancia con quien jugaba al béisbol. «Le digo: “¿Si pasara esto o aquello, cómo sería el proceso?”. Él me lo aclara y ya está»,

cuenta divertido.

Notas

[1] El juego de palabras proviene de la expresión en inglés *Hurry up and wait* (Date prisa y espera), en la que se ha sustituido el término *Hurry* por «Curry» como referencia a la mezcla de especias características de la cocina india. (N. de la ED.) <<

[2] *Pollyanna* es una novela de Eleanor H. Porter publicada en el año 1913. La historia trata sobre una niña llamada Pollyanna, huérfana de padre y madre, que es enviada a vivir con su estricta Tía Polly. Pollyanna, educada con optimismo por parte de su padre, usa el juego de encontrar el lado bueno de cualquier situación para alegrar la vida de todos los que la rodean. (N. de la ED.) <<

[3] Un *bistró* es un pequeño establecimiento popular de Francia, donde se sirven bebidas alcohólicas, café, quesos y otras bebidas. Puede referirse también a un restaurante económico que sirve comidas tradicionales o típicas. (*N. de la ED.*)

<<

[4] *Kumbayá* es una canción tradicional afroamericana de principios del siglo XX. En la cultura popular la canción se asocia con la cercanía y unión entre las personas, la armonía o el abrazo espiritual. (N. de la ED.) <<

[5] El telepronter es una herramienta de lectura que permite a un orador realizar el seguimiento de un texto o un discurso sin dejar de mirar a sus interlocutores.
(N. de la ED.) <<